

*Dulce*  
Destino



*Virginia Camacho*

**DULCE DESTINO**  
**Virginia Camacho**

**Contenido**

Sinopsis:

PRIMERA PARTE

- :1:
- :2:
- :3:
- :4:
- :5:
- :6:
- :7:
- :8:
- :9:
- :10:
- :11:
- :12:
- :13:

SEGUNDA PARTE

- :14:
- :15:
- :16:
- :17:
- :18:
- :19:
- :20:
- :21:
- :22:
- :23:
- :24:
- :25:
- :26:
- :27:
- :28:
- :29:
- :30:
- :31:
- :32:
- :33:
- :34:
- :35:
- :36:
- :37:
- :38:

## **Sinopsis:**

Daniel Santos lo tenía todo: dinero en su cuenta, lujosos automóviles, buenos amigos, autoridad en la mesa de juntas, acciones en la empresa y en el club. Si lo deseaba, podía llamar una amiga, concertar una cita, y pasar la noche con ella; una noche sin compromisos... Tenía todo lo que un soltero podía desear.

Pero había algo que siempre había querido con desesperación y nunca había estado más lejos de obtener.

Ella.

A veces se odiaba por quererla tanto. Ella veía a través de él, ni siquiera se daba cuenta de que estaba allí... al parecer, nunca podría escalar lo suficientemente alto como para llegar a ella. Estaba tan cansado, y se sentía tan solo, siempre tan solo.

Pero era incapaz de enamorarse de otra, la quería a ella.



**:1:**

*30 años atrás*

Sandra Santos sólo tenía diecinueve años cuando pisó suelo americano.

Una amiga de su abuela materna la había contactado cuando se enteró de que ésta última estaba gravemente enferma, así que le había propuesto irse con ella a trabajar a Estados Unidos luego de que le fallara.

Sandra así lo había hecho, pero el trabajo que ella esperó era totalmente diferente a éste que le proponían. La amiga de su abuela quería hacerla una prostituta.

Qué podía hacer? No era capaz siquiera de imaginarse usando esos vestidos tan descarados y llamativos para apostarse en las calles y atraer y seducir clientes, mucho menos se imaginaba desnuda y permitiendo que hombres desconocidos pasearan sus ávidas manos por todo su cuerpo, que entre otras cosas, nunca había sido visto desnudo por ningún hombre.

Era una chica de pueblo, una muy inocente, aunque no demasiado ingenua. Y era bonita.

Ser bonita se convirtió en su cruz.

Con el poco dinero que traía fue capaz de pagar una semana de alquiler en una pensión donde había disponible una diminuta habitación. La anciana que lo dirigía parecía bastante estricta, pero también considerada ante el infortunio de esta chica.

Qué podía hacer una joven sin estudios, que no hablaba bien el idioma, y sin dinero? Volver a su tierra ya no era una opción, no sólo carecía de medios, sino que, a qué volver? Nadie la esperaba allá, ni familia ni amigos; se había despedido de todos con la esperanza de empezar una nueva vida aquí.

Aparte de prostituirse, no tenía otra alternativa: ser la sirvienta de alguna casa de ricos. Pero las señoras de esas casas le echaban una mirada y la descartaban. Demasiado bonita, demasiado llamativa. Su trasero invitaría al señor de la casa, o a los señoritos, a ofrecerle atenciones que ellas no querían que se les diese.

Sin embargo, la acuciante necesidad de encontrar un empleo y empezar pronto a ganar dinero la impulsó a no rendirse. No tenía alternativas, y esa tarde recogió el diario que un sin—techo sacó del caneco de la basura de un parque para mirar las ofertas de empleo. Curiosamente, había una oferta que estaba subrayada, como si alguien antes la hubiese tachado. Era para trabajar en la limpieza de una casa que, imaginó, no estaba cerca de los barrios que últimamente había frecuentado.

New Jersey tenía barrios realmente elegantes, casas enormes con jardines inmensos y que necesitarían mucho personal para mantenerse limpias.

Dobló el periódico y lo puso bajo su brazo, y en su escaso inglés, preguntó cómo llegar a la dirección. La mujer del puesto de revistas que le explicó le dijo que a esos sitios no entraban los autobuses, pero que había uno que la dejaría a una distancia caminable.

Ella lo tomó.

Para entrar a la mansión tuvo que anunciarse en una portería, dejar un documento y ser revisada de pies a cabeza con un sensor. Luego tuvo que caminar otro tramo bastante largo, de caminos que conducían a otras casas muy elegantes y de extrañas arquitecturas hasta llegar a la que indicaba el diario.

Era preciosa, con algunas partes pintadas en blanco y otras en negro, de dos niveles, grandes ventanales, y un jardín precioso. A la entrada había un lago que supuso se congelaba en invierno. Un

camino flanqueado de pinos conducía hasta su entrada y por él anduvo. Sus pies ardían ya, pero llegó por fin a la entrada.

Dónde debía llamar? Había aprendido que a los ricos les molestaba que la gente de baja categoría llamara a la puerta principal. Al parecer, ese espacio estaba reservado sólo a los invitados.

Afortunadamente, un anciano, que parecía ser el jardinero, se ocupaba de unos setos. Ella se le acercó y lo saludó.

—Me preguntaba...

—Vienes por el aviso? —preguntó el hombre. Sandra procesó la frase en inglés lo más rápido que pudo y sonrió asintiendo—. Bien, sígueme.

Caminó tras él, y como se temía, el anciano la condujo a través de la entrada trasera de la casa.

—Hay... —empezó a decir Sandra, luego reformuló su pregunta— Quien es la señora de la casa? Hay niños, adolescentes o...

—No hay ni señora, ni niños, ni jóvenes. Sólo el señor.

—Ah... vaya—. Entraron a la mansión, y Sandra se preguntó por qué la habían traído a la sala. Se había imaginado que la llevarían a la cocina, o a algún sitio del personal de servicio—. Puedes sentarte —dijo el anciano.

—Yo? Sentarme? Aquí?

—El señor rara vez viene por este lado de la casa, y además, ahora no se encuentra. Maggie te entrevistará.

—Maggie?

—El ama de llaves.

—Ah—. Sandra se sentó entonces, y se tomó la libertad de masajear un poco sus pantorrillas.

Estuvo allí más o menos un minuto, hasta que una mujer de piel oscura y cabellos rizados entró. Sandra se puso en pie al instante y la detalló. Le llevaba al menos diez años, pero se veía muy joven.

—Mi nombre es Maggie —se presentó la mujer—. Soy el ama de llaves de esta casa. Tienes alguna recomendación? —Sandra se mordió el interior del labio, no sólo estaba el problema que no le entendía todo, sino que lo poco que entendía, no le alegraba mucho. Ella no traía recomendación de ningún tipo, escasamente estaba en el país de forma legal.

—No tengo recomendación —contestó, y a continuación soltó la parrafada que había estado practicando para cuando se presentara—, pero soy muy habilidosa y responsable. Sé hacer todos los quehaceres de la casa, y me considero trabajadora. Deme unos días y se lo demostraré—. Maggie la miró entrecerrando sus ojos.

—No hablas inglés, verdad? —El corazón de Sandra empezó a latir furiosamente.

—Sólo un poco.

—Español? —Sandra asintió con la cabeza gacha.

—Bueno, afortunadamente para ti, estamos urgidos de personal; podemos darte una semana de prueba—. Maggie la miró e imaginó que no le había entendido, así que repitió lentamente—: Una semana de prueba.

—Ah... gracias. Muchas gracias! —Maggie sacudió la cabeza, y de inmediato empezó a guiarla por la casa, y allí comprendió que la sala a la que la habían llevado, era la parte de la zona del servicio. Tardaría un poco en conocer toda la mansión y ser capaz de caminar por ella sin perderse. Dentro de

ella cabían otras diez casas de las que ella consideraba grandes.

De repente la puerta principal se abrió, y entró un hombre de algunos treinta años, de cabello negro abundante y piel cetrina. Y muy, muy guapo.

—Señor –saludó Maggie, poniéndose derecha, y Sandra la imitó.

—Maggie, tendremos visita esta noche –contestó el hombre caminando con prisa. Maggie fue detrás, y Sandra hizo lo mismo.

—Hemos de preparar la cena?

—Sí. Pero sólo seremos dos.

—Bien –El hombre se fijó entonces en ella, y tuvo una reacción algo curiosa. La miró directo a los ojos, y Sandra pudo notar que los suyos eran chocolate, y tenía arruguitas en los ojos como de alguien que ríe mucho.

—A quién tenemos aquí? –le preguntó a Maggie, pero miraba a Sandra.

—Ah, estás aquí –observó Maggie como si apenas se fijara en que la había seguido—. Ella es Sandra, le estoy mostrando la casa. Quizá la contrate –Sandra miró a Maggie un poco dudosa. Tal vez ella no creía que la entendía, pero esa parte sí lo había comprendido.

—Quizá? –preguntó el señor.

—No habla inglés. Es una inmigrante latina –él volvió a mirarla, ésta vez más atentamente, y Sandra empezó a sentirse nerviosa. Se asombró tremendamente cuando él, en un español europeo, le dijo:

—Mi nombre es Jorge Alcázar. Conmigo puedes hablar tu idioma tranquilamente. Llevas mucho tiempo en el país? –ella abrió su boca para contestar, pero estaba tan sorprendida que tuvo que tomarse unos segundos de más.

—Sólo una semana, señor –contestó ella en el mismo idioma.

—No te preocupes. Si Maggie considera que eres buena, te quedarás. Esfuérzate—. Sandra sonrió, y Jorge notó que se le hacían unos preciosos hoyuelos en las mejillas.

—Me esforzaré. Gracias, señor –contestó ella, casi haciendo una reverencia. Él volvió a cambiar al inglés y le informó que su visita era su amigo Hugh Hamilton, y que sólo esperaban una cena sencilla mientras hablaban de negocios, y que luego esperaba que les llevara vino y café para seguir trabajando. Maggie tomó nota y de inmediato se dirigió a las cocinas. Sandra le echó un último vistazo al señor. Alto, guapo, rico... y buena persona. Había hombres perfectos en el mundo.

Jorge Alcázar empezó a ser demasiado consciente de la nueva chica. Ella había superado la semana de prueba, y siempre que podía, la retrasaba para conversar con ella. Al principio le había dicho que era para oxigenar su propio idioma, luego tuvo que admitir ante sí mismo que le agradaba hablar con ella. Era inteligente, tenía chispa, e ideas muy firmes.

Y además era guapa.

No debía estar mirando a la chica del servicio, por más que su uniforme le ajustara perfecto, e imaginara unas espectaculares piernas debajo. Por la manera de conducirse y de hablar, sospechaba que rechazaría un avance suyo, así que mejor no le hacía propuestas incómodas y seguía como hasta ahora.

Pero a menudo se sorprendía a sí mismo observándola mientras limpiaba, o sacudía, o

simplemente caminaba de un lado a otro de la casa.

Ahora, por ejemplo, la observaba mientras regaba unas flores en el jardín a través del ventanal de su despacho privado.

—Deberías saber lo mono que te ves admirando a la chica de la limpieza —dijo tras él la voz de Hugh. Tomado por sorpresa, Jorge se giró a mirarlo. Lo habían anunciado hacía un par de minutos, pero él se había embelesado mirando a Sandra.

—No admiraba a nadie, sólo meditaba mientras te esperaba.

—Sí, meditabas en un hermoso par de piernas. A que sí—. Jorge no insistió en defenderse. Conocía demasiado bien a Hugh, y cuando a éste se le metía un tema en la cabeza, era difícil sacárselo.

Hugh se sentó en uno de los sofás del enorme despacho, y observó a Sandra al otro lado del ventanal.

—Sin embargo, tengo que admitir que tienes buen gusto. Te has acostado con ella?

—Estás loco? No ves quién es?

—Por eso mismo. A algunas no les importa tener una aventura con el señor. No te has acostado con ella?

—No. Y deja el tema, por favor.

—Tienes treinta y siete años y nunca te he visto demasiado entusiasmado por ninguna mujer. Tal vez sólo era que no había llegado a ti.

—He entrado en tu punto de mira —se resignó Jorge—. Está bien, habla todo lo que tengas que hablar, di lo que piensas y luego déjame en paz—. Hugh rió por lo bajo.

—Sólo digo que no pierdes nada, y seguramente ella tampoco.

—Respeto a la gente que trabaja conmigo. No corromperé a mi propio personal.

—Pero ella es diferente, verdad? —Jorge no dijo nada, caminó hasta su escritorio y sacó unos documentos esperando desviar la atención de su amigo—. Yo sólo te estoy dando una idea —siguió Hugh—. Has estado tan inmerso en los negocios, hasta tu vida personal trata de negocios. Mira tu nueva casa, incluso tienes un ama de llaves ahora. Descansa, échate una cana al aire... y si es con la chica piernas largas, mejor! —Jorge sonrió.

—Una cana al aire, eh? —repitió él para sí.

La idea le gustaba, le gustaba mucho.

En la noche entró a la cocina bajo la excusa de ir por un vaso de agua, aunque al lado de su cama podía encontrar una jarra llena. Sin embargo, era más probable encontrarse con ella si iba hasta los sitios que más frecuentaba.

La encontró en la mesa comedor de la cocina con varios cuadernos abiertos sobre ella.

—Qué haces? —preguntó intrigado, y ella se puso en pie asustada.

—Ah, lo siento —dijo ella—. Son... tareas. No puedo hacerlas en la habitación, despierto a mi compañera...

—Tareas? Estás estudiando?

—Estudio Inglés.

—Qué bien. Déjame ver —él se acercó y miró los apuntes. Sonrió al notar que su letra era cursiva y cuidada.

—Tienes bonita letra.



—Gracias.

—Puedo ayudarte? —ella lo miró sorprendida.

—No quiero molestarlo.

—Tengo insomnio. Tal vez ayudándote me entre sueño—. Sin esperar respuesta, se sentó a su lado y se puso a revisar los cuadernos. Con un poco de reticencia, Sandra empezó a mostrarle las partes en las que tenía dificultad para comprender, y se dio cuenta de que su jefe era también un buen maestro, paciente, y con sentido del humor.

Así las noches de ayudar a Sandra con sus tareas se volvieron una costumbre, una peligrosa costumbre.

Ella fue mejorando en el idioma, y él fue descubriendo que la chica le gustaba cada vez más. Eso era un problema.

—Tienes libre el domingo, verdad? —le preguntó una vez. Sandra lo miró con un poco de cautela.

—Sí, Señor. La mayoría del personal tiene libre ese día.

—Mmm... te molestaría mucho si te propongo llevarte a un sitio bonito? New Jersey tiene sitios preciosos, y estoy segura de que tampoco conoces New York. Se puede ir y venir en un mismo día... —antes de que terminara de hablar, Sandra ya se había puesto en pie y recogía sus libretas de apuntes —. Perdona. Te molesta?

—No, no me molesta, pero creo que se equivoca conmigo, señor —contestó Sandra en voz baja y la mirada en el suelo—. Yo no salgo con mis patrones.

—No te estoy proponiendo...

—Le agradezco, pero ya tenía planes para este domingo. Y para los otros domingos... —Desapareció tras la puerta que llevaba a las habitaciones del personal de servicio, y Jorge se quedó allí, mirando la cocina vacía, y arrepintiéndose de haber hecho tal sugerencia. Estaba seguro de que de ahora en adelante ella lo evitaría. Tonto Hugh y sus ideas locas.

Pasaron los días, y tal como Jorge temió, Sandra no se estaba mucho tiempo en la misma sala que él si sólo estaban los dos. Por más que volvió a la cocina por las noches, nunca la encontró allí haciendo sus deberes. Se preguntaba a dónde iba ahora.

Decidió no prestarle demasiada atención, aunque por más que lo intentaba, ella volvía a meterse en sus pensamientos.

Tenía otras cosas en qué pensar. Las tiendas que había fundado hacía sólo unos ocho años estaban creciendo de una manera vertiginosa, y estaba ganando socios que confiaban plenamente en su capacidad para llevar el negocio al éxito. En Awsome se vendía no sólo ropa y calzado, sino que ahora también estaba incursionando en todo tipo de accesorios para mujeres y hombres. La respuesta del cliente no se había hecho esperar. La mesa directiva tenía la idea de extenderse e ir más allá, pero para eso necesitaban capital, que lamentablemente ahora no tenían.

Iba en su auto luego de una reunión con un posible socio inversionista cuando vio a Sandra. Estaba sentada sola en una cafetería, mirando lejos y con unos apuntes delante. Sonrió y detuvo el auto dejándolo en una zona de parqueo público, y sin dudar, se encaminó a ella. Entró a la cafetería y pidió dos tazas de café, del mejor, negro y muy aromático. Esta chica venía de la tierra del café, así que no podía traerle cualquier cosa.

Sandra se sintió seducida por el aroma a café y levantó la mirada. Al ver a Jorge sosteniendo un

par de tazas y sonriéndole con cierta picardía, entrecerró sus ojos.

—Parece que después de todo, sí pude invitarte a una taza de café —dijo él, y le puso la taza delante. Sandra cerró las libretas y miró la negra y humeante bebida bastante tentada a recibirla. Para tener derecho a estar sentada aquí, había pedido un simple jugo, y sospechaba que los meseros del lugar no estaban muy contentos con esta cliente en particular—. Vamos, no lo mires así. Te arrepentirás toda la vida.

Eso era verdad, pensó ella, y tomó la taza y le dio un sorbo.

Ah, directo de las montañas de Colombia, se dijo, y pegó la nariz a la taza saboreándola con todos sus sentidos disponibles. Jorge se echó a reír.

—Echas de menos tu tierra?

—Mucho.

—Pero no piensas volver —ella bajó la mirada.

—Ya no puedo. Prometí hacer cosas grandes aquí, así que volver sería una derrota.

—Te entiendo. Me identifico contigo, sabes? —Sandra lo miró un poco incrédula—. Yo también dejé mi tierra siguiendo el sueño americano.

—Pero usted lo consiguió—. Él sonrió un tanto enigmático.

—A costa de unas cuantas cosas—. Ella tuvo curiosidad de preguntarle qué cosas, pero no se atrevió. Él siguió hablando, buscando entablar con ella una conversación, y al fin, Sandra cedió y puso de su parte contestando, haciendo comentarios, y hablando a su vez.

Cuando hubieron terminado el café, ella recogió sus apuntes. Viendo que ella tenía intención de irse, él también se puso en pie.

—Sabes, no te invité para nada extraño aquella vez —dijo él, y ella lo miró de reojo sin creerle. Jorge se echó a reír—. Bueno, tal vez sí, un poco. Pero siempre es sabido que el hombre llega hasta donde la mujer le permite. Quedó claro que yo ni siquiera llegué a invitarte a tomar algo.

—Ya lo hizo.

—Dolió?

—Claro que no. Pero no puedo permitir que el señor de la casa me haga este tipo de invitaciones otra vez. Sería muy fácil caer si me descuido.

—Estás diciendo que no te soy indiferente?

—Señor Alcázar, no me obligue a renunciar.

—No! Claro que no. Qué difícil eres, mujer —ella sonrió, y él adoró los hoyuelos en sus mejillas.

—Ustedes dos! —exclamó una mujer, vestida con una falda larga y llena de estampados de colores vivos. Era de tez oscura, cabello rizado, negro y largo, recogido en una trenza que en la punta llevaba enredada una pluma.

Sandra y Jorge la miraron un poco tomados por sorpresa, y Jorge incluso dio un paso atrás para tomar a Sandra y salir corriendo con ella en volandas en caso de que la mujer se pusiera agresiva, pero ésta sólo cerró sus ojos y arrugó su frente como si estuviera sufriendo mucho.

—Esta sangre —dijo ella con voz queda—, esta sangre me quiere decir algo —Sandra miró a Jorge como pidiéndole salir corriendo de aquí, pero la mujer abrió de nuevo sus ojos y miró fijamente a Sandra, que tuvo un poco de temor al ver esta extraña mujer comportándose de un modo más extraño aún—. Harás un largo viaje —le dijo la mujer a Sandra—. Uno muy cansado. Uno casi interminable.

Pero no temas; cuando todo lo des por perdido, cuando tus esperanzas se hayan agotado, llegarás por fin a tu dulce destino—. Sandra elevó una ceja, sorprendida por esas palabras. Pero la mujer dejó de prestarle atención a ella y miró a Jorge, y con el mismo tono de voz le dijo—: Nunca olvides estas palabras: El sirviente que se esfuerza llegará a convertirse en el jefe del mal hijo, y hasta se quedará con la herencia que a éste le tocaba—. Y mirando al cielo dijo—: Esta sangre está destinada a unirse.

Jorge y Sandra la miraron pestañeando un par de veces, sorprendidos por este gran show. Sandra incluso quiso aplaudir. Debían estar promocionando la visita de algún circo, o algo así. La mujer luego los observó y se aclaró la garganta. Miró en derredor como preguntándose dónde estaba y Jorge guió a Sandra en dirección al auto queriendo reír por lo extraño de todo, y ella, olvidando que había prometido guardar las distancias con su jefe, aceptó ser llevada en el auto hasta la mansión.

En el camino fueron hablando y riendo de la extraña mujer y sus locas palabras, y el camino se les hizo muy corto.

Al llegar a la casa, Jorge borró de inmediato su sonrisa al reconocer el automóvil parqueado frente a la mansión. Miró a Sandra y ella vio un poco de preocupación en su rostro.

—Está todo bien? —preguntó ella. Él no tuvo tiempo de contestar, pues por la puerta principal salió una despampanante mujer, alta, pelirroja, de ojos marrones y piel muy clara, que al ver a Jorge se ajustó sus lentes de sol y caminó a él. Al advertir a la mujer a su lado, no dudó en echarle una mirada de arriba abajo y menospreciarla enseguida.

—Parece que tenía razón en estar preocupada —dijo ella con voz muy educada y una sonrisa estudiada. Sandra se empezó a sentir como una pequeña cucaracha frente a la fineza de esta mujer, sus ropas, su bolso, o tan sólo sus lentes de sol debían equivaler a su salario.

—Hola, Laylah —saludó Jorge.

—Hola? —reprochó ella—. Así tan simplemente saludas a tu prometida? —Jorge sintió la mirada de Sandra, y no pudo hacer nada cuando ella se disculpó y se alejó. Tuvo deseos de salir corriendo de allí, ir detrás de Sandra, cambiarlo todo.

Pero no podía. Laylah era la hija de su nuevo socio inversionista. El hombre había dejado en sus manos casi toda su fortuna a cambio del matrimonio. Si bien él no tenía renombre, estaba demostrando ser un brillante hombre de negocios.

Había ganado mucho dinero con esta transacción, pero sospechaba que había perdido algo mucho más valioso y para siempre.

—Tengo que preocuparme por la chica del servicio? —preguntó Laylah cruzándose de brazos.

—No. No tienes que preocuparte.

—Mira, no me molesta que tengas tus aventuras, pero no las pasees delante de mí, ni las subas en el mismo auto en que me subiré yo. Ten un poco de respeto, por favor.

—A qué viniste?

—A esto, precisamente.

—Estás molesta?

—No demasiado. Qué —preguntó ella entrecerrando sus ojos—. Tenías la esperanza de que cancelara el compromiso? —y dicho esto se echó a reír. Jorge la observó mientras se encaminaba a su convertible y subía en él para irse.

Buscó a Sandra para hablar con ella, pero a mitad de camino se detuvo. Para qué? Qué ganaba reteniéndola? Si ella decidía irse, estaba en todo su derecho, no?

El matrimonio con Laylah era un hecho. Nada en este mundo lo detendría. Había soñado un poco con la chica del servicio, pero no era más que eso, un sueño. La vida real era muy diferente, y él había hecho sus compromisos y sus promesas ya.

Cuando una semana después ella presentó su renuncia, no fue capaz de pedirle que recapacitara, sintió que el corazón le dolía un poco, pero él no tenía ningún derecho.

—Podría reubicarte —propuso él—. Has mejorado mucho tu inglés. No tienes que ser siempre una chica del servicio. Puedo...

—No tiene que hacerlo. Tal vez aceptando su ayuda llegue más rápido a mi meta, pero no estaré cómoda con eso—. Él la miró y pasó saliva tratando de desatar el nudo en su garganta.

—Entonces intentaré arrancarte una promesa —ella lo miró impertérrita—. Prométeme que cuando necesites ayuda, vendrás a mí. No importa qué tan grave sea la situación, o cuán desesperante. Acude a mí, por favor.

—Prometerle eso le hará sentirse mejor? —él sonrió triste.

—Nada hará que me sienta mejor, Sandra. Pero cuando te conocí, ya estaba comprometido con Laylah. Si las cosas fueran diferentes...

—Se lo prometo —cortó Sandra—. Algún día, si necesito algo con mucha desesperación, consideraré acudir a usted. Pero lo haré sólo como último recurso. Espero no tener que cruzarme mucho con usted en el futuro—. Jorge hizo una mueca, pero no tuvo más que aceptar lo que ella decía.

La observó salir de la casa desde el ventanal de la biblioteca, y su corazón no dejó de gritarle que se arrepentiría de esto por el resto de su vida.

:2:

—Qué sucede, Maggie? —le preguntó Jorge Alcázar a su ama de llaves, que había intentado al menos tres veces formar una frase, pero no le era posible.

—Es que... es... quiero decir...

—Me estás preocupando, mujer.

—Es que ella está aquí.

—Ella quién?

—Sandra! Sandra Santos! La recuerdas? Hace casi veinte años ya que se fue, la recuerdas? Y está aquí! Pide verse con usted! La recuerdas?

Por supuesto que la recordaba, pensó Jorge poniéndose en pie y saliendo de su despacho privado y caminando veloz hacia la sala, donde esperaba la mujer que hacía exactamente veinte años había cruzado esa puerta y nunca más había vuelto a ver.

Cuando la vio, se detuvo en seco. Ella estaba preciosa, definitivamente preciosa. Veinte años mayor, con la madurez pintada en sus facciones, y una que otra cana en su cabello negro, pero su mirada era la misma, y los hoyuelos en sus mejillas no se habían borrado cuando sonreía. Seguía siendo la misma.

Caminó a ella, y sin detenerse mucho, la abrazó. Ella se echó a reír.

—Parece que te complace verme —dijo ella, y él adoró su voz. Ah, sólo la había tenido en su casa por unos cuantos meses, pero nunca imaginó que ese corto lapso bastaría para quedar marcada a fuego en su corazón.

Nunca la había olvidado. Se había casado, había tenido dos hijos. Había enviudado, pero nunca había sido capaz de olvidar a Sandra Santos.

Y eso que nunca le dio siquiera un beso.

—Mujer, me hace tan feliz tenerte de nuevo en mi casa —ella se separó de él y miró el suelo.

—He oído mucho de ti últimamente. Parece que eres un exitoso hombre de negocios.

—Los medios hablan más de la cuenta.

—Pero es verdad, no? —Jorge tomó sus manos y las miró. Sintió una opresión en el pecho al ver que no eran las manos cuidadas de una señora, no. Eran las manos trabajadoras de una mujer pobre.

—Y qué ha sido de ti? Te he buscado tanto!

—De veras me buscabas?

—Pero parecía que te hubiese tragado la tierra! —Sandra se echó a reír otra vez, un poco tímida.

—No me estaba escondiendo, ni mucho menos.

—Ven —le dijo él. Le tomó la mano y la llevó hasta una pequeña sala donde tendrían privacidad para hablar. La condujo hasta un fino sofá, y Sandra se sintió un poco inquieta por sentarse en unos muebles que antes estuvieron prohibidos para ella.

—No me puedo tardar mucho —dijo ella mirando en derredor un poco inquieta.

—No nos vemos desde hace muchos años. Te vas a ir al cabo de sólo unos minutos? —ella elevó un hombro excusándose.

—Vengo a hacer el cobro de una promesa que nos hicimos hace muchos años —Jorge la miró a los ojos y recordó. Ella estaba en una situación desesperada ahora? Con disimulo, analizó su ropa. Su calzado no estaba demasiado viejo, pero definitivamente no era fino. Y su bolso era también bastante

corriente. Tenía un poco de polvo pegado a los pies, lo que indicaba que había hecho gran parte del camino hasta aquí a pie.

—Estás en una situación desesperada? —ella asintió.

—Voy a morir, Jorge—. Él se quedó quieto de repente. Los ojos de Sandra se humedecieron.

—No estás de broma, verdad? —ella negó sacudiendo su cabeza. Jorge guardó silencio por unos segundos tratando de encajar esa noticia. Se rascó suavemente el cuello y la miró de nuevo

—Te... te ayudaré con los gastos médicos, pero... Por qué no viniste antes? Has esperado a que sea grave para acudir a mí?

—Lo descubrí hace sólo unos meses.

—Qué tienes, mujer? Estoy seguro de que si te llevo a los mejores médicos del país te curarás. Qué digo los mejores del país? Iré hasta el fin del mundo buscando la cura a tu enfermedad! —él se había levantado para sentarse en el mismo mueble que ella y tomó sus manos. Las lágrimas de Sandra rodaron por sus mejillas.

—Ya no se puede hacer nada por mí.

—No digas eso. Qué es? Qué tienes? Yo te veo muy bien!

—No vine aquí por mí. Ya, como te dije, no hay nada que se pueda hacer. Vengo por mi hijo—. Jorge la miró un tanto sorprendido. Miró la sala en derredor como esperando que algún chiquillo saliera de detrás de un mueble, pero no había nadie.

—Tienes un hijo? —ella asintió.

—Es la luz de mi vida, Jorge. Y cuando yo muera, él se va a quedar solo. Tengo mucho miedo por él.

—Tuviste un hijo? Quién...? —ella tomó sus manos y las acercó a su rostro para besarlas, impidiendo que terminara su pregunta: quién es el padre?

—Me lo prometiste. Me prometiste que cuando estuviera en una situación complicada, no importa lo desesperado que fuera, me pediste que acudiera a ti. Ahora estoy aquí, y te ruego, no, te suplico, que por favor, cuando yo me vaya, cuando yo no esté, cuides de mi hijo.

Jorge estaba en shock. Demasiados sentimiento luchando en su cabeza y su corazón. Ella se había casado? No tenía el chico un padre, acaso? Imaginársela con un hijo, en cierta manera, era imaginársela en brazos de otro hombre.

Y luego se dio cuenta de cuán mezquino era eso. Él no sólo había estado en brazos de otra mujer, se había casado y tenido dos hijos. Sandra, por supuesto, también había hecho su vida.

—Qué calor hace! —exclamó Nina Pontini bajando del automóvil donde ella, Meredith, Marissa y Diana venían. El chofer de la mansión las había traído desde el club. Diana bajó del auto y esperó a que Marissa bajara para cerrar la puerta, se puso ambas manos en la cintura y miró en derredor con una sonrisa satisfecha.

Amaba tener a sus ex compañeras de estudio en casa. Casi le había suplicado a su padre que por favor les extendiera una invitación a las familias de sus amigas para que se les permitiera pasar el verano aquí con ella. Las echaba mucho de menos, aunque tenía que reconocer que si le ofrecían volver al internado, ella preferiría estar en casa con su padre.

El verano apenas iniciaba, y había planeado una actividad para cada día. Aún quedaban unas horas

de sol, así que a lo mejor se metían todas a la piscina a darse un chapuzón.

—Si no está el molesto de tu hermano, consideraré meterme a la piscina —dijo Marissa admirando la luz del sol sobre el lago al frente de la mansión.

—Ten cuidado, Diana —intervino Meredith—. Si Esteban aparece, Marissa lo matará.

—Seré hija única, entonces, y seré feliz —Marissa y Nina rieron, pero de repente Nina se quedó en silencio y señaló hacia un lugar. Las otras tres adolescentes miraron a la dirección en que Nina apuntaba, y se quedaron un poco sorprendidas.

Había un chico allí, uno rubio, alto y un poco delgado. Estaba tan quieto mirando las aguas de la piscina que parecía una estatua.

—Trabaja aquí? —preguntó Nina, dando unos pasos para acercarse y verlo mejor—. O es un primo perdido tuyo, Diana?

—Tal vez es sólo alguien que viene por el puesto de jardinero —supuso Diana mirando al chico. Éste movió su cabeza y las miró a ellas. Las cuatro retrocedieron y se escondieron detrás de un muro, riendo y cuchicheando acerca del desconocido.

Jorge Alcázar respiró profundo y se puso en pie. Sandra lo miraba esperando a que él dijera algo. Llevaba un rato en silencio, y ella empezaba a sentirse inquieta.

—No te pido gran cosa —dijo ella, con voz casi suplicante—. Él es un buen chico, sabes? Quiere estudiar, ser alguien. Y es muy inteligente. Pero sólo tiene diecisiete años. Te prometo que es muy responsable y no te dará qué hacer. Sólo dale la oportunidad de tener un techo seguro hasta que se haga mayor y pueda valerse por sí mismo sin que deje la escuela. Es todo lo que te pido—. Jorge se giró a mirarla.

—Tengo un hijo de su edad...

—No te estoy pidiendo que lo tomes como hijo, ni mucho menos! —lo interrumpió ella—. Un trabajo aquí estará bien! Él se desempeña muy bien en todo, y sabrá ganarse el pan—. Jorge sonrió.

—Parece que es un chico perfecto.

—Ya sé que una madre siempre habla bien de sus hijos, pero mi Daniel... es el mejor hijo del mundo.

—Daniel, eh? —Sandra sonrió.

—Sí, le puse el nombre de mi padre. Hay unos cuantos Daniel entre los americanos.

—Sí, no es un nombre del todo raro. Qué hay del padre? No querrá él hacerse responsable de su hijo? —Sandra hizo una mueca y miró a otro lado.

—Él ni siquiera sabe que Daniel existe.

—Cómo es eso? Huyó? —Ella se echó a reír.

—No tuvo ocasión de huir. Nunca se lo dije.

—Por qué? —ella hizo una mueca esquivando el tema. Se puso en pie y caminó a él.

—Ya sé que estoy siendo muy impositiva. Dirás que estoy abusando de una promesa que me hiciste hace muchos años y que tal vez ya no tenga validez. Ya no tengo nada de mí que quieras y yo pueda ofrecerte a cambio de esto, Jorge, pero estoy segura de que no te arrepentirás de este acto de bondad que tengas hacia mi hijo. Está mal que lo diga yo, pero mi Daniel es tan buen chico... Ha sido mi consuelo en estos duros años, mi mejor amigo, y en muchas ocasiones, hasta mi profesor—. Jorge extendió una mano a ella y le retiró el cabello de la frente.

—No digas que no hay nada en ti que yo quiera —susurró él—. Siempre ha habido algo de ti que he anhelado toda mi vida —Sandra cerró sus ojos.

—Pero ya no soy la joven de antes.

—Ah, siempre has sido mi vida. Cometí un terrible error al dejarte ir. Me he arrepentido de ello cada día de estos pasados veinte años, Sandra—. Ella lo miró a los ojos. La iba a besar? Al fin? Luego de veinte años, sabría al fin lo que era un beso de Jorge Alcázar?

Los años también habían pasado sobre él. Tenía el cabello encanecido y menos abundante. Ahora debía tener más de cincuenta años, casi sesenta, pero él aún se veía fuerte y lleno de vida. Seguía siendo el hombre por el que una mujer podía suspirar.

Pero Jorge no la besó, sólo dio unos pasos alejándose y sonrió.

—Tengo que conocer a ese dechado de virtudes, no? —Sandra sonrió un poco decepcionada y asintió—. Lo traerás aquí?

—Vino conmigo —susurró ella—. Le pedí que me esperara afuera.

—Cómo, con el calor que hace? —Sandra se encogió de hombros.

—No estaba segura de que quisieras conocerlo, y no quería molestarte—. Jorge la miró censurándola por eso, y llamó a Maggie, que apareció casi de inmediato.

—Un joven vino con Sandra...

—Ah, el que está de pie frente a la piscina?

—Seguramente. Hazlo venir, Maggie, por favor.

—Claro —Maggie salió y Jorge miró a Sandra, que no parecía muy nerviosa, sólo lo miraba con los ojos llenos de esperanza.

Hasta no ver el chico, no diría nada. Sabía de sobra que los adolescentes a esa edad podían ser muy problemáticos. Su hijo era uno de ellos, y le había sacado todas las canas que ahora tenía. Si Daniel era la mitad de malo, buscaría el modo de ayudarlo sin tener que tener demasiado contacto con él. Una mensualidad estaría bien hasta que se hiciera mayor.

—Es increíble que tu padre te deje tener novio —dijo Nina, totalmente desnuda y considerando ponerse un bikini de dos piezas bastante revelador, u otro más revelador aún. Marissa estaba en ropa interior, al igual que Diana; la única que hacía algo por cubrirse era Meredith, envuelta en una toalla y detrás de un biombo.

—No es un “novio” —contestó Marissa—. Es mi prometido, Simon.

—Lo conoces, por lo menos?

—Claro, el otro día fue a casa para ser presentado.

—Es guapo? —preguntó de nuevo Nina. Marissa sonrió.

—Sí, lo es.

—Parece que te gusta.

—Un poco. Va a ser mi esposo, no? Tiene que gustarme.

—Yo espero que papá no haga eso conmigo —rezongó Diana—. Si me impone un esposo así como hicieron contigo, me suicidaré.

—No digas estupideces —la regañó Marissa—. Si te suicidas, te mato —Diana se echó a reír. Se asomó por la ventana y miró hacia la piscina, encontrando que aún estaba el chico de antes allí, de



pie, en exactamente la misma posición.

—Será normal? —se preguntó Diana, pero Marissa la escuchó y se acercó a mirar.

—Sigue allí —comentó ella al verlo.

—Mira, ni se mueve, ni camina, ni nada. Con este sol, y él ahí.

—Sigue allí el bomboncito de la piscina? —preguntó Nina, acercándose a ellas.

—Nina —reprochó Meredith—, es necesario que te expreses así del chico?

—Que sólo tenga quince años no me impide admirar al sexo masculino.

—Estábamos muy lejos cuando lo vimos, por qué dices que es un bomboncito —se rió Diana—. Puede que tenga ojos disparejos, o una horrible cicatriz que le deforme la cara.

—No seas tonta. Tengo un radar interno para detectar chicos guapos —las tres rieron, y Meredith al fin sintió curiosidad por ir a ver.

Al momento, vieron que Maggie se acercaba a él y luego se iban juntos. Estuvieron atentas y notaron que caminaban hacia el interior de la mansión.

Diana se preguntó entonces si de verdad sería un nuevo empleado. Al parecer, las vacaciones de Nina se iban a poner interesantes.

Daniel llevaba por lo menos una hora de pie bajo el sol y frente al resplandor de la piscina.

No pasaba nada, estaba acostumbrado a esto.

Sabía que no podría entrar a la mansión hasta que se le diera orden. Con los ricos, las cosas eran siempre muy previsibles.

Sandra, su madre, le había pedido que esperara aquí hasta que lo hicieran llamar. El comportamiento de ella había sido muy extraño, pues, por más preguntas que le hiciera, ella no explicaba claramente qué era lo que venían a buscar aquí. Hacía años que había dejado de ser una sirvienta y ahora trabajaba como dama de compañía de una anciana rica y excéntrica. En este trabajo no tenía ya que lavar platos o baños, sólo estar pendiente de esta mujer malhumorada, enferma y sola, darle su medicina y de vez en cuando, leerle, conversar con ella, ser su aya.

Él no quería esto. Él quería algo más, pero aún era considerado un niño, y muy pocos lo tenían en cuenta. Desde los trece años trabajaba y estudiaba al tiempo, ayudaba a su madre en los quehaceres, sacaba las mejores notas en la escuela y ya se estaba preparando para concursar por una beca en alguna universidad y estudiar una carrera. Pero esto eran sólo planes, pues por muy becado que estuviera, su madre estaría sola, y ella estaba un poco delicada de salud; últimamente no se estaba sintiendo bien, así que se preocupaba sin nadie que cuidara de ella en caso de que enfermara.

Qué podría hacer?

No comprendía del todo lo que venían a hacer aquí, pero esperaba que fuera algo que ayudara a Sandra a estar mejor, a trabajar menos, a sentirse bien.

En los ojos de su madre había habido siempre una tristeza que él nunca pudo borrar, a pesar de que se consideraba un buen hijo. Por más que se había esforzado, y aunque en muchas ocasiones la hizo sonreír con sus logros, sus chistes y payasadas, muy en el fondo había algo que la entristecía o la preocupaba, y más últimamente.

—Eres el hijo de Sandra Santos? —preguntó la mujer que les había abierto la puerta cuando llegaron aquí. Daniel asintió en silencio—. Sígueme —pidió ella, y él hizo caso.

El interior de la mansión estaba increíblemente fresco. No parecía verano aquí dentro. Los muebles, como en toda casa de ricos, era de una exquisita fineza y buen gusto. Las paredes eran algunas paneladas en madera, otras forradas de papel tapiz color marfil. Los marcos de las puertas y las ventanas eran también en madera, y había cuadros de reconocidos pintores colgados en las paredes. El piso de parquet brillaba, quizá por el trabajo de cera y pulido que se hacía constantemente sobre él.

Sonrió cuando se dio cuenta de que era incapaz de admirar una casa sin asociarlo al trabajo de la servidumbre.

La mujer lo condujo hasta una sala en la que estaba de pie su madre, y un hombre alto y canoso que debía ser el señor de la casa. Él se detuvo y la miró a ella fijamente, pues tenía los ojos humedecidos como si hubiese estado llorando.

Si a ella le había tocado suplicar por un trabajo aquí, lo mejor sería irse y no regresar, se dijo.

—Así que tú eres Daniel —dijo el hombre, y Daniel asintió con un movimiento de cabeza—. Me han hablado muy bien de ti.

—En cambio —dijo Daniel, con cautela—, de usted yo no sé nada—. El hombre sonrió, y Sandra le abrió los ojos a su hijo para que se comportara.

—Mi nombre es Jorge Alcázar.

—Jorge es un buen amigo —explicó Sandra, mirándolo significativamente para que no hiciera preguntas impertinentes y fuera amable. Daniel arrugó un poco su frente.

—Un amigo, eh? Entiendo.

—Qué entiendes? —preguntó ella, desconfiada.

—Tu madre trabajó para mí hace veinte años —explicó Jorge, sonriente—. No nos habíamos vuelto a ver, pero le debo unos cuantos favores.

Entonces no eres mi padre, quiso decir Daniel, pero se mordió la lengua; hacía mucho tiempo que había hecho las cuentas y que sabía que su madre le había mentado con respecto a su padre. No podía haber sido un novio que huyó cuando la supo embarazada, de ser así, por qué su reticencia en revelar su nombre? Se lo había preguntado miles de veces cuando era niño, deseoso de poder tener por lo menos en su mente la imagen creada por él mismo de su padre, pero eso había sido hasta que ella le había pedido que, si en verdad la amaba, no le volviese a preguntar eso.

Se había hecho adolescente, y si bien no le volvió a preguntar, no dejó de indagar, hacer conjeturas.

Todo lo que sabía hasta ahora era que debía ser un señor, rico, y probablemente de esos que abusaban de sus criadas. Se había imaginado la historia. Su madre era joven y guapa, él la engatusó tal vez, o en el peor de los casos, la abusó, la embarazó, y entonces ella huyó. O quizá él la despidió, quién sabe.

Él se parecía a su padre, de eso no le quedaba duda. Había visto unas cuantas fotografías de sus abuelos y bisabuelos y ninguno era rubio ni de ojos claros, así que los suyos debía haberlos heredado por la línea paterna.

Y hasta allí llegaban sus conclusiones.

Este hombre aquí era un amigo, uno de la época en que él no había nacido, así que tampoco podía saber la verdad de su origen. Y qué tipo de favores podía deberle una mujer humilde como su madre a un hombre tan imponente como este?

Había tenido que admirar su sagacidad. Con una sola frase, él había aclarado el tipo de relación que los había unido en el pasado y despejado toda duda con respecto al tema.

Jorge admiró al muchacho frente a él, era alto, un poco delgado para su gusto, el cabello castaño rubio le caía liso sobre la frente, aclarado por el sol, y tenía unos ojos impresionantemente verdes. No verde—avellana, ni verde—azulados. No, sólo verdes, como los de la hoja de un árbol en verano.

A quién se los había heredado? Y ese cabello rubio, sería igual que el de su padre, quizá? Quién era el padre de este chico, que, tenía que reconocer, era guapo, y tenía una apostura bastante imponente a pesar de ser sólo un niño de diecisiete años?

Lo había mirado a él como un ave rapaz por encontrar a su madre con los ojos humedecidos, como culpándolo de la desdicha de ésta. Y tal vez tenía razón.

—Tu madre sólo habla maravillas de ti —siguió diciendo Jorge—. Estás a la altura de sus elogios? —Daniel no sonrió.

—No puedo evitar que mi madre me cubra de honores que quizá no tengo. Pero yo sí que puedo decir que ella es la mejor madre del mundo.

—Quizá, eh? Quizá no tienes esos honores, pero quizá sí.

—Si soy buena o mala persona no me queda a mí decirlo. Eso tendría que descubrirlo por usted mismo.

—Daniel! —lo reprendió Sandra, y se detuvo cuando escuchó la risa de Jorge.

—Me gustas —dijo Jorge mirándolo con ojos brillantes, luego se dirigió a Sandra—. Definitivamente, tiene tu ingenio para contestar.

—Un error en su carácter que no he podido corregir.

—Déjalo. Siempre hay alguien que sabe apreciar este tipo de cosas—. Volvió a mirar a Daniel, que parecía incómodo por oírlos hablar así, como si él no estuviese presente—. Bien, puedes retirarte. Maggie? —ella apareció en el umbral de la puerta—. Lleva a Daniel a la cocina y dale algo de beber. Debe tener mucha sed; estuvo esperando afuera.

—Claro, señor—. Daniel quiso quedarse allí y conversar con aquel hombre por un poco más de tiempo. Qué seguía ahora? Se preguntó. Sería su jefe? Qué tipo de relación era esta, y qué favores le debía él a su madre?

Cuando Daniel se hubo ido, Sandra miró a Jorge expectante, pero éste no hizo esperar demasiado su respuesta.

—Haré lo que me pides —contestó él, y Sandra dejó salir el aire que había estado conteniendo—. Con una condición.

—Cuál? —preguntó ella de inmediato, y Jorge sonrió.

—Que tú y yo salgamos de vez en cuando —ella se sonrojó un poco y bajó la mirada.

—Pero... ya no soy la jovencita de antes... Y seguro que te criticarán tus amigos y...

—A estas alturas de la vida, crees que eso me importa? —ella sonrió.

—No, supongo que no.

—Entonces, salimos? —ella lo miró un poco tímida, pero luego de un leve titubeo, movió su cabeza afirmativamente. Jorge se acercó a ella y besó su frente con suma delicadeza—. Tal vez digas que es demasiado tarde —susurró él mirándola a los ojos—, pero planeo hacerte feliz.

—No es muy difícil hacer feliz a una mujer como yo.

—Aun así, me esforzaré—. Sandra sonrió, ya empezaba a ser feliz. No quiso pensar en que era muy poco tiempo el que le quedaba para estar juntos. La cercanía de la muerte le estaba enseñando que era mejor un poco de amor y felicidad que nada.

:3:

Diana vio a su padre subir a uno de los autos acompañado de una mujer y el chico estatua de la piscina. Elevó una ceja preguntándose por qué su padre tenía ese tipo de atenciones con un par de personas que de lejos se notaba no eran de su círculo social.

—Se fueron? —preguntó Marissa acercándose. Diana no la miró.

—Papá los lleva en su coche. Esto es muy raro.

—Raro por qué? Tu padre es un hombre considerado.

—No con todo el mundo. Ese chico... creí que venía aquí por un empleo, pero ahora veo que vino tal vez con su madre, y... no sé qué pensar de todo.

—No te preocupes demasiado por cosas como esta. A menos que estés pensando que, ya que tu padre enviudó, está buscando nueva esposa —Diana miró a su mejor amiga con ojos grandes de terror.

—Crees que sea eso?

—Yo, que abrí mi enorme boca y empeoré la situación. No me prestes atención. A lo mejor no es nada—. Marissa le dio la espalda y Diana la siguió haciéndole preguntas. No quería que otra mujer viniera y le robara el poco tiempo que tenía con su padre. Él la había mandado traer del internado sólo para pasar tiempo juntos, ahora se iba a buscar una esposa? No, no y no.

El auto de Jorge se detuvo frente a un edificio bastante viejo, pero limpio. Sandra lo condujo hasta el ascensor y fueron hablando acerca del trabajo actual de ella, los estudios de Daniel y muchas cosas igual de triviales. Daniel no decía nada, sólo los escuchaba hablar.

Era notorio que entre los dos había confianza, Jorge bromeaba con su madre y ella reía encantada. En más de una ocasión había torcido el gesto, pues suponía que su madre se estaba riendo tal vez mucho. Demasiado.

—Me voy a mi habitación —dijo él cuando llegaron al pequeño apartamento y los dejó solos. Jorge miró a Sandra interrogante.

—Tal vez está celoso de ti. Hasta ahora, toda mi atención fue siempre para él.

—Quieres decir que no has tenido novio desde que él nació? —Sandra se sonrojó.

—Bueno... No.

—Por qué no? Todos los hombres que conociste fueron prejuiciosos y no quisieron a una mujer que ya tenía un hijo?

—En parte fue eso. Y en parte... no quería imponerle a mi hijo un padrastro.

—Eso es una excusa, Sandra. Si te hubieses enamorado, habrías tenido tal vez que pedirle perdón a Daniel, pero te habrías casado—. Sandra hizo una mueca aceptando que aquello era verdad. Le señaló a Jorge un mueble y ambos se sentaron en él.

—Nunca me enamoré.

—Ni siquiera de su padre? —Sandra sonrió triste.

—Ya sé a dónde quieres ir preguntando eso. No quiero hablar de él.

—Sabe él quién es su progenitor, por lo menos?

—No, no lo sabe; y si llegaras a averiguarlo, por favor, nunca se lo digas.

—Averiguarlo? —preguntó Jorge mirándola con sospecha—. Es decir que es alguien a quien yo podría conocer? Se mueve en mis círculos, Sandra? —Ella agitó su cabeza con fuerza.

—Nunca se lo digas. No quiero que tengan relación. Sacrifiqué muchas cosas con tal de evitarlo. Por favor...

—Está bien, está bien. A menos que sea un asesino o un mafioso, no veo por qué tanta precaución, pero te haré caso—. Sandra lo miró agradecida, y él se le acercó más—. Pero ten en cuenta que, tarde o temprano, él descubrirá la verdad. No se pueden esconder las cosas para siempre.

—Yo espero que en este caso sí.

—Había olvidado lo terca que eres—. Ella sonrió.

—Y yo, lo insistente que puedes ser tú —él la miró sonriendo, feliz de tenerla cerca otra vez. Ella era hermosa aún para estar cerca de los cuarenta. Su cuerpo seguía siendo delgado, aunque no tanto como antes, y no había perdido su gracia al caminar, ni esa distinción en sus gestos. Haber sido una empleada toda la vida no le había hecho apocarse, y eso le hacía sentirse orgulloso de ella.

—Háblame de tus hijos —pidió ella, y Jorge sonrió de medio lado.

—Bueno, son dos. Esteban y Diana. Esteban es el mayor y tiene la misma edad de Daniel; y Diana, sólo quince. Es mi princesa.

—Me imagino. Se llevan bien? —preguntó ella con una sonrisa—. Esteban y Diana —aclaró.

—Para nada. Viven como el perro y el gato.

—Ah, vaya.

—Ella estuvo los últimos años en un internado, pero hice que volviera a casa. No quiero que mi hija crezca más tiempo lejos. Me estoy haciendo viejo, sabes? Es una buena chica. Tal vez un poco como todas; odia las matemáticas, pero le encantan las artes plásticas. He descubierto que tiene don para la pintura.

—Qué bien. Y Esteban?

—Ah, él... no lo sé. Sólo es bastante pendenciero, me contesta siempre de mala forma, le va muy regular en la escuela, y está todo el día de pelea con su hermana. No sé qué hacer con él.

—Tenle paciencia. Tal vez sólo es cuestión de tiempo.

—Sí, tal vez.

—Y Laylah... te llevabas bien con ella? —él respiró profundo sabiendo que tarde o temprano tendría que contestar a esta pregunta.

—Sí. Realmente sí. No éramos muy cariñosos el uno con el otro, y tampoco discutíamos. Éramos buenos amigos, supongo. Ella adoraba a los niños, fue fiel y cumplió perfectamente con su papel de esposa... Realmente no tengo nada que reprocharle, excepto que se haya accidentado de esa manera dejándole a Diana un terrible trauma.

—Vaya.

—Fueron tiempos difíciles —siguió él—, Esteban entró en crisis, y empeoró su comportamiento. Diana se apegó más a mí, y así siguen las cosas.

—Pero lo superarán. Son jóvenes todavía.

—Eso espero. Esteban a veces me saca de mis casillas.

—Sólo es un adolescente.

—Pero necesito que crezca rápido—. Él la miró en silencio por un momento. Sonrió y dijo—:

Quieres ir a cenar? –ella lo miró un tanto sorprendida.

—A... ahora?

—Sí –él miró su reloj—. Te parece bien si paso por ti a las siete?

—Yo...

—No puedes decir que no. Me prometiste que saldrías conmigo... a menos que ya tengas un compromiso previo.

—Pues no, pero...

—Crees que Daniel se disgustará?

—Tal vez –farfulló ella.

—Entonces dile que tú y yo estamos saliendo. Es un adolescente, y si es listo, no le quedará difícil creerlo –Sandra se echó a reír.

—Está bien. Pasa por mí a las siete—. Él sonrió y se puso en pie. Se despidió de ella y se fue sin agregar nada más. Sandra, nerviosa, se encaminó a la habitación de su hijo. Lo encontró con un libro en las manos, recostado en su cama y concentrado leyendo.

—Esta noche saldré con Jorge –dijo ella, y él se movió para mirarla.

—Entonces, son novios? –Sandra se puso roja.

—Mmm... creo que sí.

—Te hace feliz? –preguntó él. Sandra asintió lentamente. Daniel la miró entrecerrando sus ojos—. No habrás hecho un trato macabro con él donde él te pasa dinero, o cuida de mí y tú estás con él, no?

—Claro que no! Daniel, por favor!

—No hay nada detrás de estas atenciones?

—No!

—Entonces un amigo al que no veías hace veinte años te propone salir y tú vas? –Sandra cerró sus ojos.

—En el pasado él y yo... nos gustábamos. Pero había ese problema de las diferencias sociales; no se pudo.

—Y ahora que están mayores, las diferencias sociales no importan?

—Algún día lo comprenderás. Algún día entenderás lo raro, destructivo y hermoso que puede ser el amor.

—Raro, destructivo, hermoso... Me parece que no quiero experimentar esa emoción.

—El amor no es una emoción. Es un ser vivo, y un superviviente, además; por más que intentes matarlo, si él no lo hace por sí mismo, no morirá –Daniel sonrió.

—Estás enamorada—. Sandra se cruzó de brazos y esquivó su mirada—. Pero... no te parece que es un poco mayor para ti? Casi es un anciano.

—No soy una adolescente, sabes?

—Mmmm... hay algo de lo que deba preocuparme? Pasado, historial con la policía...

—Nada –rió Sandra—. Está limpio. Y pronto entenderás que es un buen hombre, uno del que puedes aprender mucho.

—No sé, tengo sentimientos encontrados al respecto –suspiró él sentándose en la cama y haciendo a un lado el libro. Miró a su madre fijamente y siguió—: me parece a mí que no es muy listo, si te

dejó ir hace veinte años—. Sandra sonrió halagada por las palabras de su hijo.

—En el refrigerador está tu cena. Ya sabes qué hacer —dijo ella saliendo. Él volvió a tomar su libro y a recostarse en su cama.

—Sí, ya sé qué hacer —contestó él, sospechando que le aguardaban muchas cenas solo en casa.

Las semanas empezaron a pasar, y se hizo muy normal ver a Jorge a menudo en casa. Ellos salían bastante, y a veces, llegaban un poco tarde en la noche.

No le decía nada, y mucho menos le reprochaba, al fin que su madre tenía derecho a ser feliz aunque a él no le hiciera mucha gracia; después de todo, era su madre.

Pero una noche ella no regresó.

Se dio cuenta porque le entró sueño y él no se dormía hasta que ella llegara. Había estado entretenido haciendo deberes, pero miró el reloj y se dio cuenta de que eran las dos de la mañana ya.

Ella no tenía un teléfono móvil, era demasiado costoso, así que no tenía cómo llamarla.

Pero Jorge sí, pensó, y estaba seguro de que tenían su número en algún lado de la casa.

Iba a tomar el teléfono cuando éste timbró. La voz de Jorge lo sorprendió un poco.

—Ya te iba a llamar —le dijo Daniel, un poco molesto—. Dónde está mi madre?

—Daniel...

—Mira, comprendo que ya son adultos y todo eso, pero mi mamá...

—Sandra se fue, Daniel —le interrumpió Jorge. Daniel separó un poco el auricular de su oreja y lo miró.

—Se fue? A dónde se fue? De qué hablas?

—Estaba con ella y... simplemente, se fue. Ella ha muerto, Daniel—. Daniel sintió su corazón latir más lentamente, y su piel empezó a sentir un cosquilleo—. La traje al hospital en cuanto pude —siguió Jorge, y Daniel notó que estaba evitando llorar—, pero ya no había nada que hacer. Lo siento. Lo siento.

—Qué le hiciste a mi madre?

—Te juro que...

—Qué le hiciste!! —gritó.

—Nada! —contestó Jorge—. Ella ya estaba enferma! Una afección en el corazón. Los médicos se lo dijeron, le dijeron que no le quedaba mucho tiempo.

—Estás mintiendo —susurró Daniel—. Estás mintiendo, tienes que estar mintiendo.

—Espera un momento en casa, mandaré por ti...

—En qué hospital están?

—Espera en casa —insistió Jorge—. Mandaré por ti—. Él cortó la llamada, y Daniel no tuvo más remedio que esperar a que Jorge hiciera lo que había dicho.

Puso el auricular en su soporte y se dio cuenta de que había empezado a temblar. Poco a poco las palabras de Jorge empezaron a filtrarse en su conciencia. Ella estaba enferma ya, no le quedaba mucho tiempo.

Sí, él había notado que ella tenía un aspecto más cansado. Luego de ir a ver a Jorge a su mansión, ella había renunciado a su anterior trabajo, le había dicho que tenía dinero ahorrado como para tomarse un descanso, y él vio confirmada su sospecha de que Jorge le estaba pasando dinero, pero



ahora sabía que no era por eso. Ella ya sabía que iba a morir.

Se sintió decepcionado, solo, un poquito abandonado.

Ella no le había dicho nada. No le confió su dificultad más grande. Estaba enferma y él nunca lo supo.

No fue capaz de llorar. Un chofer llamó a su puerta y lo metió en un auto. Fue a ver el cuerpo de su madre. Vio cómo Jorge, con ojos rojos, se encargaba de todo, de la funeraria, de su entierro, y él no fue capaz de hacer nada, de sentir nada.

Le habían mentido. Lo habían excluido de esta verdad, y se sintió inútil, incapaz; de todo, menos un hombre de verdad.

Diana iba en el asiento de atrás de uno de los autos de la familia bastante triste. El verano se había acabado, y con él, sus vacaciones con sus amigas. Ahora estaba de nuevo sola en esa enorme casa con el idiota de su hermano, y un papá que últimamente se ausentaba mucho.

Le abrieron la puerta y ella bajó sin muchos ánimos de entrar. Para qué? Iba a estar todo solo...

Y entonces vio al chico estatua.

Estaba otra vez frente a la piscina, pero ahora no estaba de pie, sino sentado en el suelo, vestido de negro, abrazando sus rodillas, y mirando las aguas tranquilas.

Se estuvo allí mirándolo por espacio de un minuto, pero él no se movió.

Era un poco raro.

Resignada, entró a la mansión y se encaminó a su habitación. Cuando Maggie le preguntó si le apetecía algo de comer, estuvo a punto de preguntarle quién era el chico de la piscina, pero se contuvo. Qué le importaba a ella quién era él?

Entró a su habitación y sacó de uno de los armarios un cuaderno grande de dibujo. Le encantaba dibujar. Además, había descubierto algo que se llamaba memoria fotográfica, y ella la tenía, sobre todo, para recordar formas y colores. Rostros, figuras, paisajes. Ella sólo necesitaba un vistazo para luego plasmarlo. Y lo hacía bien.

Se detuvo cuando se dio cuenta de que había dibujado la escena que acababa de ver, el chico de negro frente a la piscina.

Miró hacia la ventana y se dio cuenta de que había empezado a llover. El cielo estaba oscuro por los nubarrones, y las gotas, grandes y pesadas, caían con violencia contra el techo, los cristales de la ventana y el suelo.

Se levantó y miró hacia la piscina. El chico seguía allí, bajo la lluvia. No le importaba coger un resfriado? O era ella que estaba alucinando?

Salió de la habitación y bajó buscando a su padre en su despacho, esperando encontrarlo en casa. Jorge estaba sentado en el sofá de su despacho privado, vestido de negro también, con una mirada triste y distante.

—Papá —le preguntó ella acercándose—, quién es el chico que desde hace rato está frente a la piscina? —Jorge elevó la mirada a ella—. Lo he visto aquí ya dos veces, y... Es normal? Quiero decir, está allí, bajo esta lluvia, sin importarle si atrapa un resfriado.

Jorge soltó el aire en algo que se parecía demasiado a un suspiro.

—Es Daniel —contestó.

—De qué lo conoces?

—Es... el hijo de una amiga.

—Ya. Y qué hace aquí? Qué hace allí, exactamente? Alguien debería ir y decirle que entre. Incluso llegué a pensar que es un poco anormal...

—No. Es normal. Es todo lo normal que un chico de su edad podría ser. Es sólo que... está muy triste.

—Por qué? —preguntó Diana sintiendo curiosidad.

—Acaba de perder a su madre —contestó Jorge, y Diana de inmediato empatizó con él.

—Vaya. Pobre.

Daniel no sintió que se había empapado, ni que estaba lloviendo, ni que todo alrededor se había vuelto un diluvio sino hasta que de repente el agua se detuvo. Miró arriba y encontró que alguien sostenía un paraguas para él, lo cual era inútil, pues ya estaba completamente empapado.

—Si sigues aquí bajo la lluvia —dijo la voz de una chica, aunque era de sospecharse, pues ella tenía el cabello largo hasta la cintura, y tenía todos los atributos de una mujer—, te vas a resfriar, sabes?

Él no dijo nada, sólo miró de nuevo al frente, ignorándola.

—Sabes? —siguió ella—, tengo un grupo de amigas—. Daniel no la miró, aunque sí se preguntó qué tenía que ver eso con él—. Nos hacemos llamar las sin—madre. Todas perdimos a nuestra madre cuando éramos unas niñas—. Él frunció el ceño, pero siguió sin decir nada. La chica se sentó en el suelo mojado al lado de él, y no tardó en mojarse toda también. Llovía a cántaros, y el paraguas no era suficiente para los dos—. La madre de Marissa murió de cáncer cuando ella aún era un bebé —siguió diciendo ella—. La de Nina se fue con un hombre y la dejó con sus abuelos. La de Mer murió en el parto. Y la mía —ella suspiró—, murió en un accidente de coche—. Se estuvo en silencio por unos segundos—. Yo iba con ella —siguió, y al fin Daniel se giró a mirarla—. Recuerdo el momento como si acabara de suceder. Ella perdió el control del coche, y estaba lloviendo, como ahora. Nos salimos de la carretera... Sólo tenía siete años. Mi hermano dice que debí morir yo y no ella... Y le tengo terror a los autos.

Se estuvieron en silencio por espacio de un minuto, y Diana terminó casi tan empapada en agua como él. La lluvia no había amainado, por el contrario, ahora se escuchaban truenos a la distancia.

—No te digo que con el tiempo van a sanar tus heridas —siguió ella—. Eso es mentira, nunca sanan. Pero aprenderás a recordarla con alegría, y eso será bastante.

Recordarla con alegría, pensó Daniel.

Durante este par de días horribles, llenos de funerarias y cementerios, no había pensado en ella con alegría. Sentía ira, sentía decepción.

Ella había hecho muchas cosas a sus espaldas, como por ejemplo, decidir que desde ahora viviría en esta casa y que Jorge Alcázar tendría su custodia; él era su adulto responsable y apenas se enteraba. Había estado enferma con una grave afección del corazón, pero no había considerado oportuno contarle lo que le pasaba a él, a su único hijo.

Tenía derecho a sentirse triste y traicionado.

Pero entonces la imagen de ella, abrazándolo y acunándolo en las épocas en que estuvo enfermo vino a él como un rayo de luz en medio de su cielo nublado. Su madre bromeaba con él, reían juntos a menudo y habían desarrollado un lenguaje sin palabras que les permitía comunicarse rápido y eficientemente. Siempre se habían dicho que el uno era el amor de la vida del otro, y así ninguno de

los dos se había sentido solo, al menos por su parte. Le había hecho falta su padre, claro que sí, pero tenía a su madre, y sólo con ella se sentía más que afortunado.

Ella le había enseñado todo lo que sabía, y cuando él la superó en conocimientos, los papeles se intercambiaron. Fue a trabajar con ella siempre, así estuviera alguno de los dos enfermos o no. Comieron en la misma mesa y el mismo plato siempre, fueran finos, caseros, o comidas rápidas. Cuando era pequeño, ella le tomaba la mano para cruzar la calle. Cuando él se hizo mayor, le tomaba el brazo a ella para que se apoyara en él y no fuera a tropezar. Era su madre, y sólo se tenían el uno al otro, tenían que cuidarse entre sí.

—Yo... —empezó a decir él, con voz quebrada, pues el llanto, ese esquivo que no había acudido a él mientras la enterraba, aparecía por fin— acabo de perderla... —siguió— y ya la echo de menos—. Y dicho esto, se echó a llorar.

Era como si acabara de comprender que ahora estaba verdaderamente solo en la tierra. No tenía más familiares, no conocía a su padre, no tenía tíos, o primos lejanos. No había nadie a dónde ir.

De aquí en adelante, debía valerse por sí mismo, sufrir en silencio, alegrarse en silencio.

Ausencia, vacío. Esas palabras no llegaban a cubrir ni la mitad de lo que en este momento estaba sintiendo. Su madre había sido siempre la persona más importante en su vida, y ahora no estaba.

Ausencia? Vacío? Súmale desconsuelo. Nadie le podría regresar a su madre.

Se preguntaba cómo era que el mundo alrededor seguía girando, cuando todo su universo se había derrumbado.

Ya no había nadie que cuidara de él, descubrió. La persona en la que antes se apoyaba, y se reía de sus aciertos y desventuras ya no eraría allí más.

Estaba solo.

—Lo sé —susurró ella, contestando a su queja y apoyando una mano delicada en su hombro—, pero sólo tú puedes hacer que ese dolor se convierta en fuerza. Fuerza para no rendirte y seguir adelante.

Daniel elevó a ella su cara y la miró al rostro por primera vez. Su belleza exterior concordaba perfectamente con la interior, se dio cuenta; y fue allí, en ese instante, en ese abrir y cerrar de ojos y sin saber realmente lo que estaba pasando, que se enamoró. De una vez y para siempre.

Ella sonrió, y Daniel, al ver que estaba empapada, sintió que despertaba de un trance. Por qué estaba él aquí bajo la lluvia? Por qué lloraba delante de ella como un niño pequeño, cuando no le faltaba mucho para convertirse en un adulto? Cómo era posible que un hombre hecho y derecho como él mostrara tal falta de carácter y permitiera que una dama viniera a rescatarlo a él? Cómo había permitido que ella viniera hasta él y se empapara también?

—Mi nombre es Diana —se presentó ella con la misma sonrisa de antes.

—Ah... yo... Daniel. Mi nombre es Daniel.

—Entramos?

—Sí, claro que sí.

Desde una de las ventanas de la casa, Jorge fue testigo de la escena. No alcanzó a sentir celos ni desconfianza. Una voz vino a él como si retumbara desde un lugar olvidado en su conciencia.

“Esta sangre está destinada a unirse”.

Fue como un golpe en su pecho. ¿Lo que había dicho esa loca a él y a Sandra hacía veinte años era verdad, acaso? Hicieran lo que hicieran, lo Santos y los Alcázar terminarían juntos?

No se había podido con Sandra y con él. Repararía el Destino este error uniendo a sus hijos?

—No es posible –susurró no sabiendo si reír o molestarse. El chico era un pobretón, hijo bastardo, y tal vez sin ninguna habilidad, pero ya los veía unidos mucho más allá del matrimonio.

Los vio caminar bajo el paraguas hacia el interior de la casa. En un momento, les pudo ver el rostro y fue cuando descubrió que él la miraba con una luz que antes no había estado allí, y ella sonreía con desenfado, siendo que su hija odiaba a todos los chicos de su edad por causa de su hermano mayor. En ese momento, lo supo.

Esta sangre estaba destinada a unirse.

:4:

—Quién rayos eres tú y qué haces en mi casa? —preguntó Esteban Alcázar al ver a Daniel sentado en los muebles de una de las salas. Daniel se puso en pie de inmediato.

Lo sabía, sabía que sentarse en la sala era una mala idea, pero Jorge había insistido en que lo esperara aquí, y ahora uno de los señoritos de la casa le estaba reprochando, y él no tenía ninguna excusa, aunque sólo se había atrevido a apoyarse en la punta de uno de los muebles.

—Ah... hola...

—Qué hola ni qué mierdas! —exclamó Esteban mirándolo de arriba abajo. Sus zapatos, sus jeans, su camiseta, todo, gritaba: soy pobre! —Si estás buscando trabajo, la servidumbre entra por la otra puerta, y no se sienta en los muebles! Qué asco!

—Qué te da asco? —preguntó Jorge entrando, y detrás de él, Diana. Daniel se sonrojó de inmediato, avergonzado de haber sido hallado en falta y ser regañado delante de ella. Notó que él había hablado en español, y de inmediato Esteban cambió su actitud.

Sabía que a los niños ricos no les gustaba tropezarse con gente como él, pero ya no podía hacer nada más que aguantarse la regañina.

Diana le sonrió y Daniel quiso esconderse detrás de un mueble, o algo. Y luego se sintió estúpido. Por qué estaba actuando así? Acaso nunca había visto chicas guapas en su vida?

Luego de la escena en la piscina, ambos habían entrado, y Maggie le había señalado la habitación que ocuparía. Su ropa ya estaba allí, así que se dio un baño (la habitación tenía baño privado) y luego bajó a la sala, pues Jorge quería hablar con él allí. Diana, al parecer, también se había dado un baño. Lucía el cabello suelto, negro y largo, muy hermoso, y una ropa y zapatos diferentes.

—Aprovecho que estamos todos aquí —empezó a decir Jorge y los invitó a sentarse. Cuando vio que Daniel permanecía de pie, le insistió para que tomara asiento. Daniel lo hizo sin dejar de mirar a Esteban, que le echó malos ojos—, para presentarles al nuevo miembro de la familia.

—Qué? —preguntaron Diana y Esteban al tiempo.

—Eso que oyeron —confirmó Jorge—. Desde ahora, Daniel es como alguien más de la familia.

—Lo recogiste en la calle, o qué? —rió Esteban. Daniel miraba a Jorge estupefacto. Nunca se hubiese imaginado algo así. Esto lo había arreglado su madre con él?

—No, Esteban. No lo recogí de ninguna parte.

—Lo vas a... adoptar? —preguntó Diana, mirando a Daniel, y éste no le sostuvo la mirada.

—No, no lo haré.

—Entonces no es familia ni por sangre ni por ley. Verdad?

—Aun así —siguió Jorge, mirando a su hijo con severidad—, quiero que traten a Daniel con consideración y respeto. Entrará a estudiar en la misma escuela que ustedes, y si es lo suficientemente listo —dijo ahora, mirando directamente a Daniel—, entrará también a la universidad con ustedes.

Daniel estaba anonadado. Se le había juntado navidad, acción de gracias, pascua y día de reyes. Todo junto ese día.

—Por qué? —preguntó Diana—. Debe haber una razón por la que quieras meter en tu casa a alguien que, sin ofender, es un desconocido, no? —ella lo miraba, pero Daniel estaba concentrado en las líneas de sus manos. Muy interesantes ese día.

—Tal vez lo sea, pero las circunstancias lo han traído a esta casa, y yo he decidido acogerlo. Daniel —él lo miró—, tu madre siempre habló bien de ti, diciendo que eres un buen chico, listo y

responsable. Espero que de ahora en adelante hagas honor a sus palabras y lo seas. Soy un padre muy dadivoso con mis hijos, pero ellos mismos te pueden decir que también soy severo cuando son irresponsables. No es así, Esteban? —éste sólo sonrió con sarcasmo y miró a otro lado—. Qué dices, aceptas apegarte a las normas de esta casa? —Daniel asintió, y con voz queda, contestó:

—Sí, señor.

—Tendrá parte en la herencia? —preguntó Esteban de repente.

—Mis hijos son tú y Diana, Esteban.

—Ah, bueno —contestó el adolescente poniéndose en pie, como si eso hubiese sido lo único que le importara—. No es más que un recogido, entonces. Bien. No tengo que preocuparme. No hay mucha diferencia entre tú y un criado, verdad? —Daniel lo miró sin decir nada, pero sí que se le ocurrían un par de cosas para echarle en cara.

Sólo en diez minutos lo había conocido hasta el fondo, pero por respeto a Jorge se mordió la lengua.

Esteban salió de la sala, y Jorge no hizo nada por detenerlo. Cuando se quedaron los tres, miró a Diana esperando que ella tuviera un mejor comportamiento. Ella le sonrió tranquilizándolo.

—Parece que no te resfriaste —le dijo a Daniel, y éste la miró un poco sorprendido.

—Ah... no. Soy fuerte.

—Eso parece. Me alegra. Le diste la habitación de invitados, papá?

—Sí. Estás conforme, Daniel? Quieres cambiar algo de tu habitación? —su nueva habitación era tan grande como toda su antigua casa. Tenía su propio baño, su propio ordenador y un mueble que podría llenar de libros de gusto personal. Sonrió.

—No le cambiaría nada.

—Bien, me alegra.

—No sé si me presenté antes —dijo ella extendiéndole la mano—; yo soy Diana. Es un gusto conocerte—. Él extendió la suya y se la estrechó, extrañamente feliz de poder tomarla. Por lo general, los sirvientes no le daban la mano a los señores de la casa. Tal vez, por una vez en su vida, él ya no estaba por debajo de nadie.

—No te vayas, Daniel —le pidió Jorge cuando Diana salió también y los dejó solos. Daniel volvió a sentarse en el borde del mueble, y Jorge se preguntó si acaso se sentía más cómodo así. También Sandra se sentaba de esa manera en los muebles de esta casa. Era como si temiesen que los pillaran en falta por usar los muebles de la sala—. Quiero dejar algunas cosas claras antes de que empieces tu vida aquí—. Siguió.

Daniel tragó saliva y esperó. Cuando Jorge vio que el chico no lo atacaba a preguntas, sonrió.

—Es verdad todo lo que dije, por si dudabas.

—No dudo, señor.

—Para ti, soy Jorge. Tal vez te cueste un poco, pero llámame por mi nombre—. Daniel asintió, pero no dijo nada. Jorge respiró profundo y se puso en pie—. Hice un trato con tu madre —siguió, y caminó hacia un mueble donde habían dispuestas diferentes botellas de licor y se sirvió un poco—. Ella me pidió que cuidara de ti hasta que te hicieras mayor. Faltan unos pocos años para eso, pero yo quiero proponerte otra cosa —Daniel lo miró atento—. Quiero que trabajes para mí. Por tu madre, sé que estás acostumbrado a estudiar y trabajar al tiempo. No quiero que te desempeñes en las tareas que antes hacías, ni que estés holgazán en tu tiempo libre. Quiero ver de qué eres capaz.

—Dónde trabajaría?

—En mi empresa. Soy el presidente y socio mayoritario del Grupo Empresarial Alcázar. Una de mis dependencias son las tiendas Awsome—. Daniel elevó sus cejas admirado. Conocía las tiendas, aunque sólo una vez había entrado allí para comprarle un perfume a su madre—. Quiero que me prometas que de aquí en adelante me obedecerás en todo. No importa qué. Por muy absurdo que te parezca, por raro o impositivo, me obedecerás.

—Espero no tener que matar a nadie —Jorge sonrió.

—No, no tendrás que matar a nadie, ni alguna otra cosa que parezca o sea ilegal. Sólo serán tareas que necesito que desempeñes. Y una de esas tareas empieza hoy. Necesito que ayudes a Esteban a entrar a Harvard.

—Qué?

—Es un estudiante muy regular. Es listo, pero indisciplinado. Si le ayudas a entrar, tú también estás dentro.

—Señor... ni siquiera estoy seguro de que pueda entrar yo, cómo puedo ayudar a otro?

—Por eso deberás esforzarte y dar lo mejor de ti.

—Y por qué Harvard? Por qué no otra universidad?

—Porque Harvard es la mejor. Por eso. Aceptas el trato? —Daniel lo miró arrugando su frente. Como si pudiera decir que no, pensó.

—Y si logramos entrar a Harvard, y nos graduamos... seré libre? O tendré una enorme deuda que pagarle a usted? —Jorge sonrió otra vez. El chico no era fácil de pelar.

—Sí. Tendrás una deuda que deberás pagar con más trabajo.

—Me lo imaginé.

—Pero ya no serán trabajos de baja categoría, eso te lo garantizo.

—Cuando se considerará saldada esa deuda?

—Cuando yo lo diga, y no antes.

—Y si decide que seré su esclavo toda la vida?

—Te estoy dando la oportunidad de tu vida: vives en una mansión, quizá estudies en una de las mejores universidades del planeta, y tendrás empleo garantizado luego de que te gradúes. Llamas a eso esclavitud? Sabes cuántos desearían estar en tu lugar ahora?

—Tengo ambiciones, pero las ambiciones no serían eso si no consigo lo que quiero por mí mismo.

—Ah, no te equivoques, no te regalaré nada. Todo tendrás que pagarlo. Pero ya que veo que estás inquieto con respecto a tu libertad, tu trato terminará el día que yo muera y alguien con la sangre Alcázar pueda liderar mis empresas.

—Eso pueden hacerlo Diana o Esteban.

—Tal vez. Trato? —preguntó Jorge extendiendo su mano. Daniel lo miró por un segundo. Por un lado, pensó que este anciano estaba haciendo un trato con un adolescente. Esto no era legal en ningún estado, que él supiera. Y por otro lado, él tenía razón, era la oportunidad de su vida. Había estado muy preocupado por su futuro antes. Ahora tal vez no sería fácil, pero tenía opciones.

—Trato —respondió él tomando la mano y estrechándola. Jorge lo miró y sonrió entre orgulloso y aliviado. Todo iba por buen camino.

Daniel caminó por unos pasillos y dio con una habitación de juegos increíble. Había de todo allí, cada cosa electrónica con la que él nunca había soñado, cada juguete, cada aparato.

Caminó mirando todo un poco anonadado. Quién disfrutaba de estas cosas?

—Todo es mío—dijo Esteban desde un rincón. Daniel se giró a mirarlo, y lo encontró apoltronado en el sofá de la sala—. Por si te estabas preguntando.

—No me preguntaba de quién era, sino quién lo disfrutaba.

—No es lo mismo?

—No desde mi punto de vista—Esteban lo miró de arriba abajo. Se puso en pie y dio unos pasos acercándose a él y mirándolo con sospecha. Era un chico alto y de espaldas anchas. Llevaba unos pantalones entubados azul celeste, y una camiseta sin mangas de líneas blanco y negro. El cabello negro y abundante lo peinaba con gel hacia arriba y Daniel notó que llevaba un aro negro en la ceja. Él, en cambio, llevaba un simple pantalón de mezclilla azul oscuro y una camiseta polo de franjas blancas y rojas. Nada de accesorios en ninguna parte, y el cabello lo llevaba sin geles ni cremas en un corte clásico.

—Quién eres, realmente?—preguntó Esteban cruzándose de brazos y elevando el mentón.

—Mi nombre es Daniel Santos.

—No pregunté cuál es tu nombre, sino quién eres. Por qué papá se compadeció de ti y te trajo aquí?—Daniel esquivó su mirada inquisitiva. Él no tenía esa respuesta. Estaba bien que el anciano hubiese querido un poco a su madre, pero hasta él pensaba que todo lo que le acababa de ofrecer era demasiado.

—Sólo soy un chico pobre, con eso debería bastarte.

—No sé si serás pobre de ahora en adelante. Ya te dijeron de cuánto será tu asignación?—Daniel lo miró confundido.

—Asignación?

—Diana y yo tenemos una. Podemos comprar todo lo que queramos mientras no nos salgamos del límite. Igual, no podemos. Cuál es tu monto?

—No tengo uno—. Esteban sonrió.

—Entonces sí eres pobre. No puedes usar lo que hay aquí—advirtió Esteban mirando en derredor con ojos entornados—. Todo es mío. Nadie entra, excepto para limpiar. Ni siquiera la tonta de mi hermana viene aquí, así como yo no entro a su estudio.

—Estudio?

—Quiere ser pintora. Cree que tiene el don.

—Tú no lo crees?

—Ella es una estúpida, no tiene ningún don—. Daniel apretó la mandíbula, molesto. Dio la media vuelta para salir; de todos modos, no le gustaba estar en presencia de semejante capullo.

—Tampoco te acerques cuando vengan mis amigos, o amigas—. Daniel se giró a mirarlo.

—Ya. Algo más?

—Mmmm—Esteban miró el techo, como buscando alguna otra prohibición—. No mastiques con la boca abierta, no me hables si no te lo he pedido, no te subas al mismo auto con nosotros cuando vayamos a la escuela, no digas por ahí que vives en mi casa, y tampoco se te ocurra enamorarte de



Marissa; ella es mía.

—Marissa?

—Lo único bueno que tiene mi hermana. Es su mejor amiga.

—Ah. Algo más? —Esteban le echó malos ojos, tal vez comprendiendo que se estaban burlando de él.

—No te pases de listo.

—Bien. Hasta luego, entonces—. Salió del salón, y Esteban no le quitó la mirada de encima hasta que desapareció. No le gustaba este palurdo. No le gustaba nada, pero tenía que tragarse su presencia, pues hasta que no se hiciera con el control de la empresa, no podría mandar en esta casa.

Le urgía ser el señor.

Daniel siguió deambulando por la casa memorizando los pasillos y preguntándose qué habría detrás de cada puerta cerrada. En una sala, encontró un retrato familiar grande donde estaban Jorge, Esteban, Diana, y una pelirroja que debía ser la madre. Ninguno de sus hijos había heredado su cabello, Esteban tal vez tenía su color de piel, mientras que la de Diana era más como la de su padre.

Parecía ser una familia normal. No se les veía ni felices ni desdichados.

Observó a la mujer pelirroja e hizo una mueca cuando pensó que tal vez la que hubiese estado pintada allí podría haber sido su madre. No había conocido toda la historia, pero si era cierto que Jorge y ella se gustaban cuando eran jóvenes, ella pudo haber sido la señora de esta casa.

Ya no había vuelta atrás, se dijo. Las cosas habían resultado muy diferentes.

Se giró y encontró en una esquina de aquella sala un hermoso piano de cola color caoba tal como el resto del mobiliario de la sala. Se acercó y se sentó en el sillín sonriendo. De niño, su madre le había comprado un juguete de piano, que traía demos de canciones populares e infantiles. Había sido, con mucho, uno de los mejores regalos que le había dado, y de los más caros. Luego había crecido y lo fue dejando un poco olvidado, pues se habría visto muy raro que lo vieran tocando en un pequeño piano de sólo dos octavas y con figuras de colores.

Destapó las teclas y probó con la melodía que más le había gustado: “Danny Boy”.

Ah, precioso, pensó cerrando sus ojos, mientras sus dedos probaban con las teclas acertadas.

Sólo tocaba con una mano, pues no tenía ni idea de cómo acompañar. Tal vez podía preguntarle a Jorge si podía usar el piano. Encontraría en la biblioteca partituras y aprendería a leerlas, y así, podría mejorar su técnica.

Tal vez venirse a vivir a una mansión no era tan malo.

Se detuvo preguntándose si esto era egoísta. Para poder estar aquí, había sido necesario que su madre muriera.

Ni mil pianos finos palearían su dolor por su pérdida.

—No pares —dijo alguien a su espalda, y él se giró. Diana se acercaba con una radiante sonrisa y se sentaba en el lado izquierdo del sillín. Lo miró con sus ojos chocolates muy grandes—. Yo te acompaño y tú haces la melodía. Vale?

—No. No tengo ganas.

—Vamos. Hace unos minutos lo estabas haciendo muy bien. Me sé esa canción, toquémosla.

—Tocas piano? —ella le mostró su blanca sonrisa, y con pericia, puso ambas manos sobre el

teclado demostrándole que sabía manejarlo.

—Tengo don para las artes —sonrió ella mirando el teclado y elevando un hombro—. Sé dibujar, sé tocar el piano, y me gusta escribir.

—Qué escribes?

—De todo un poco —volvió a reír ella. Y Daniel la miró sorprendido cuando ella empezó la canción que antes él había tocado, pero de una manera mucho más profesional y segura. Pero claro, los niños ricos tenían la obligación de aprender a tocar al menos un instrumento musical, así, su gusto por la música se afinaba y podían hablar y alardear ante sus amigos con propiedad. Lo sabía de primera mano.

—Es una letra un poco triste, no te parece? —preguntó ella, y Daniel asintió—. Tal vez alguien algún día te la dedique a ti, Danny boy—. Daniel se echó a reír.

—Mamá me decía Dan. Decía que Danny es más de chica.

—Ok, Dan boy. Las gaitas están sonando —él se echó a reír de nuevo identificando la letra de la canción y la miró con el corazón vibrando en su pecho. Estudió el teclado, y apoyó los dedos siguiendo la melodía mientras ella hacía el acompañamiento.

Las notas llenaron la sala, dulces y melancólicas. Diana lo esperaba cuando él de pronto fallaba en una nota, y él empezó a preguntarse si tal vez alguien lo esperaba a él tal como la persona que cantaba esa canción irlandesa esperaba al Danny boy. Sería tan hermoso ser amado de esa manera!

Por el momento, ya había una persona fallecida que lo amaba y lo esperaba en el más allá.

—Aaah, te gusta la música! —exclamó Diana cuando hubieron terminado, como si de repente hubiese encontrado un tesoro. Luego su sonrisa se tornó más bien triste y bajó la mirada—. Esteban dice que tocar es una pérdida de tiempo. Lo mismo que mi gusto por la pintura.

—Al parecer, Esteban dice muchas tonterías —Diana lo miró directo a los ojos con infinito agradecimiento y un poco sonrojada, pues no había esperado que este chico se pusiera de su parte. Volvió a dedicarse al piano y él la observó mientras ambos guardaban silencio, que era llenado por las dulces notas de la misma canción, que al parecer se había quedado en el corazón de ambos.

—La cena está lista —dijo Maggie, haciéndose oír por encima de los acordes. Diana abandonó el piano y se puso en pie.

—Vamos, papá odia que lo hagamos esperar.

—Yo? En la mesa?

—No dijo papá que eres de la familia? Los miembros de esta familia cenan en la misma mesa. No es así, Maggie?

—Hay un asiento dispuesto para ti —dijo Maggie asintiendo. Diana lo miró, y con la cabeza le señaló la puerta para que echara a andar. Daniel sonrió y la siguió.

Se sentó al lado de Esteban en la mesa, que estaba a la izquierda de Jorge y al frente de Diana. Él lo miró como si no debiese estar allí, pero no le prestó atención. Miró a estas personas preguntándose si de veras esta sería una familia para él de aquí en adelante.

Tal vez no debía soñar demasiado, pero tal como había aprendido en su corta vida, debía aprovechar y disfrutar siempre el presente, pues no sabía cuando la vida te volvería a cambiar.

Miró a Diana, que hablaba animadamente de cualquier cosa y pensó que definitivamente le gustaría vivir más momentos hermosos con ella. No sabía por qué, pero mirarla se había convertido en un placer. Y apenas la acababa de conocer



:5:

Los días empezaron a pasar, y los Alcázar y Daniel entraron a la escuela. Una mañana, él simplemente encontró su nuevo uniforme y útiles escolares en su habitación, y se dio cuenta de que no era cualquier tela, ni cualquier par de zapatos.

No estaba acostumbrado a ir uniformado a ninguna parte, pero al parecer en las escuelas privadas era ley.

Y Diana se veía preciosa en su falda escocesa gris y roja, y su camisa blanca con lazo rojo.

Al parecer, estaba en el mismo grupo con Esteban, y recordó que Jorge le había pedido, o más bien ordenado, que lo ayudara a entrar a Harvard, pero conforme fueron pasando los días y fue analizando el comportamiento de Esteban, decidió que si él fuera un jurado calificador de tal universidad lo habría descartado de inmediato. La mitad del día Esteban dormía, y la otra mitad escuchaba música mientras hacía bolas de papel y se balanceaba en su silla. También se dio cuenta de que el chico era una especie de matón al que los demás le tenían cierto temor, y huían o se escabullían cuando él estaba cerca.

Jorge lo mandó llamar a su oficina, y Daniel entró aún con su uniforme al enorme edificio del Grupo Empresarial Alcázar sospechando que le pedirían una especie de informe. Cuando estuvo en el despacho del presidente, éste le puso delante un juego de tarjetas bancarias, y él se preguntó qué pretendía mostrándole eso.

—Son tuyas —dijo Jorge, y acto seguido le dijo el monto del que disponía en cada una. Daniel no pudo evitar abrir la boca asombrado, aquello era demasiado. Entre su madre y él, en el pasado, nunca habían logrado reunir siquiera una tercera parte de lo que ahora disfrutaría él solo.

—Pero... no lo necesito. Quiero decir, tengo techo, y como en tu mesa. Me llevas y me traes en los carros de la casa...

—Pronto aprenderás que este estilo de vida tiene un precio —dijo Jorge, interrumpiéndolo—. Harás amigos que no te llevarán a sitios donde se come con diez dólares, ni podrás presentarte ante ellos con zapatos de veinte. Tal vez no te consideres a ti mismo igual a ellos, pero entonces deberás fingir, de lo contrario, ellos nunca te aceptarán.

Daniel miró las tarjetas pensativo. No entendía mucho, pero tenía lógica, así que extendió la mano y las tomó.

—Parece que quiere que estas personas me incluyan en su círculo. Pero yo creo que nunca me aceptarán del todo. Soy el hijo de una mucama, de una sirvienta. Y de padre desconocido, además.

—Sí, pero estás en América, hijo. Aquí no hay sangre azul, ni nobleza. Si bien la alta sociedad es como una pequeña burguesía, lo que dicta las normas es el dinero; si lo tienes, o si parece que lo tienes, entrarás. Deberás, además, comportarte como si no lo necesitaras, o no te preocupara. Si cuentas las monedas delante de otros, te marginarán—. Daniel sonrió de medio lado.

—Por qué me ayuda de esta manera? —Jorge le devolvió la sonrisa mirándolo fijamente.

—De veras quieres quedarte donde quedó Sandra?

—Ella no pudo surgir por mi culpa —dijo Daniel borrando su sonrisa y odiando el comentario—. Yo fui el peso que la hundió.

—Puede que tengas razón con eso. No conozco las circunstancias bajo las cuales Sandra se quedó embarazada de ti, pero está visto que ella renunció a su vida por la tuya. Tal vez no deba decirte esto, pero tendrás que valorar su sacrificio surgiendo tú. Ella te dejó sus últimos recursos, que no fueron

dinero, ni bienes; su más grande recurso fue una promesa que le hice hace tiempo, y por eso vino a mi casa. No acabó con veinte años de distanciamiento por mí, no. Lo hizo por ti. Ahora tú lo tomarás donde ella lo dejó, o rechazarás sus esfuerzos y decidirás vivir a tu manera. Si te precias de ser inteligente, tomarás la mejor decisión.

Daniel lo miró apretando los dientes. No muy a menudo alguien le hablaba con la verdad tan crudamente, pero tuvo que aceptar que lo que Jorge decía era razonable, y por su bien. Se quedó en silencio por unos segundos, y Jorge sonrió.

—Es increíble poder hablar con un adolescente sin que este se altere y empiece a gritar —Daniel lo miró un poco torvamente.

—Mi madre me enseñó a respetar a los mayores.

—Y la adoro por eso. Cómo le va a Esteban?

—Fatal. Ni siquiera permite que me le acerque en el colegio. Está en su lista de prohibiciones.

—Vaya, es una lástima. Pensaba que tú podrías haber aprovechado como nadie el paso por Harvard

—. Daniel entrecerró los ojos mirándolo fijamente, y Jorge mantuvo su sonrisa displicente—. Además de las tarjetas, tenía otra cosa que decirte —siguió—. La otra semana empezarás un trabajo por horas aquí.

—Aquí? —preguntó Daniel, mirando en derredor—. Haciendo qué?

—Necesitamos otro recadero.

—Ah.

—Así que vendrás a este lugar cuando salgas de la escuela. Y también los sábados.

—Bien.

—No te quejas?

—Debería?

—Sí, bueno. Es sólo que no estoy acostumbrado a esto.

—Usted no está acostumbrado a dar órdenes y que se le obedezca? —Jorge elevó una ceja.

—Hablo de los adolescentes. Esteban estaría rompiendo cosas.

—Me imagino.

—Ya puedes irte —dijo Jorge tomando un papel y concentrándose en él. Daniel lo miró y asintió. Cuando iba hacia la puerta, tropezó con Hugh Hamilton, que al verlo frunció el ceño y se dirigió a Jorge con una pregunta en el rostro.

—Disculpe, señor —dijo Daniel, pero entonces Jorge lo llamó.

—Él es mi buen amigo, Hugh.

—Un placer, señor —saludó Daniel. Hugh parecía confundido, tal vez no se esperaba un chico en edad escolar aquí.

—Quién eres?

—Daniel Santos.

—Santos, Santos... Santos... —la última vez lo dijo mirando a Jorge. Éste asintió.

—Sí, es el hijo de Sandra.

—Conoció a mi madre? —le preguntó Daniel a Hugh.

—La vi un par de veces. Trabajaba para Jorge.

—Ah. Permiso —dijo, y salió. Hugh hizo una mueca de asombro.

—Estás loco? Qué hace este chico aquí? Y por qué llevaba ese uniforme?

—Digamos que lo adopté.

—Por qué? Por amor a su madre?

—En parte.

—Y la otra parte?

—Una corazonada —Hugh quedó mudo ante esto. Se echó a reír y se sentó frente a él.

—Quiero escucharlo.

—Puede que sea una tontería, y tal vez te rías, pero creo que ese chico debe hacer parte de mi familia.

—Ajá—. Hugh se quedó en silencio, mirando a Jorge y esperando a que éste se explicara. Cuando no lo hizo, se cruzó de brazos y se recostó al espaldar de su silla—. Asombroso. Asombroso! —Jorge hizo una mueca.

—Cuando lo conozcas un poco mejor, te gustará.

—Qué me importa a mí a quién metas en tu casa? Tienes una hija adolescente, recuerdas? Has pensado en eso?

—Por eso lo hice.

—Ah. Ya entiendo. Parte de la familia, eh? Vaya!

—Todavía tengo tiempo —suspiró Jorge—. No es más que un niño, y aún es muy moldeable. Puedo hacer de él un hombre digno, respetable. A pesar de sus orígenes y su historia, puedo hacer de él alguien grande. Tal vez necesite tu ayuda.

—La necesitarás, amigo. La mía y la de todo el mundo.

—Cuento contigo?

—Es un buen chico?

—Crees que lo habría metido en mi casa con una hija adolescente si no lo pensara?

—Cosas peores se han visto.

—Es un buen chico. Lo es.

—Ya, ya. Te creo. Espero que las cosas salgan como planeas.

—Tal vez, como también, tal vez deba ayudar esta vez al destino—. Aún más confundido, Hugh lo miró y luego se echó a reír. Tal vez Jorge se estaba haciendo viejo.

Daniel se adaptó bastante rápido a su nueva escuela. Por la mañana un auto los llevaba a él y a Diana hasta ella, pues Esteban había insistido en irse aparte, y por la tarde él se iba a la empresa. Llegaba por la noche, a veces con Jorge, a veces en transporte público, y entonces hacía sus deberes.

Cuando Diana se dio cuenta de que era bueno en matemáticas, muy a menudo fue a su habitación con sus apuntes para que le explicara o le ayudara a resolver ecuaciones. En cambio, nunca vio a Esteban con un libro en la mano.

Luego de algunas semanas de clase, y decidiéndose por fin a poner en marcha el plan de Jorge, lo buscó por todo el colegio encontrándolo dormido a la hora de un descanso en uno de los jardines. Lo movió por el hombro, y cuando Esteban se dio cuenta de que era él, lo miró asesino.

—No te atrevas a interrumpir mi siesta.

—Tenemos que hablar —Esteban sólo apoyó su antebrazo sobre sus ojos y siguió durmiendo—. Es importante.

—No tengo nada importante que hablar con insectos como tú.

—Los insectos no hablan, a menos que entiendas su lenguaje —Esteban volvió a mirarlo severo.

—Que no me haya metido contigo hasta ahora, no quiere decir que no lo haga en el futuro. Aléjate de mí o diré a todos aquí que eres algo así como un caso de asistencia social. Sabes lo que te harán los demás si se enteran de que eres un pobretón? —Daniel se encogió de hombros.

—Sé defenderme—. Esteban se echó a reír.

—No entiendes. Déjame en paz.

—Puedes hacerme bullying si quieres —siguió Daniel, terco—, pero tú definitivamente perderás más si sigues como vas—. Esto le llamó la atención, no por lo que decía en sí, sino porque Daniel osara seguir molestandolo. Se sentó en la banqueta y lo miró con furia.

—Estás colmando mi paciencia!

—He leído y preguntado por allí, y sé que serás el próximo presidente del Grupo Empresarial Alcázar. El puesto te corresponde por sangre, pero estoy seguro de que sé más acerca de los movimientos de la bolsa de valores que tú; no te estás preparando para ser el próximo jefe.

—De qué estás hablando?

—Estás creído que por sólo ser el hijo te elegirán, pero si no cumples con los requisitos, la mesa de accionistas podrá libremente elegir a otro CEO, tú perderás muchos privilegios y tendrás que depender de lo que otros decidan con tu empresa.

—Ahora eres un experto en negocios?

—Me gusta leer.

—Qué maravilla. Te vas a volver mi conciencia o algo así? No basta con tenerte alrededor en mi casa, sino que también en la escuela he de soportarte?

—Tengo algo que se llama memoria eidética, a un cierto nivel. Soy muy inteligente. Puedo ayudarte a entrar a una universidad como... Harvard, por ejemplo. Y luego de que te hayas graduado allí, nadie pondrá en duda que eres apto para la presidencia. Imagino que quieres tal poder: ser el presidente, ser el jefe; manejar dinero, mucho dinero...

Esteban lo miró interesado por primera vez.

—Por supuesto que quiero.

—Durmiendo en las clases no lo conseguirás.

—Serás mi abuelita sermoneadora?

—Hagamos un trato —siguió Daniel, como si no lo hubiese escuchado—: te ayudaré a entrar a Harvard, e incluso a graduarte, pero a cambio tendrás que hacer algo.

—Ni siquiera sé si de verdad eres buen estudiante.

—Lo soy, y para demostrártelo, entraré a los primeros cinco de esta escuela en el primer trimestre.

—Woah! Eres estúpido? Eso es imposible! Por muy bueno que seas, las escuelas privadas tienen un nivel, sabes? No creo que puedas...

—Si entro a los primeros cinco —lo interrumpió Daniel—, cambiarás tu actitud en clase, y yo te ayudaré en lo académico.

—Ya. Gratis? No te creo.

—Claro que no será gratis. Quiero algo a cambio. Quiero que cuando seas el presidente me tengas en cuenta, me contrates. Seré tu empleado aun cuando tu padre haya muerto—. Esteban ladeó su cabeza observándolo con cierta admiración.

—Es decir, te estás asegurando desde ya un empleo para toda la vida?

—Bueno, muchas cosas pueden suceder. Puede que yo monte mi propia compañía en el camino – Esteban se echó a reír.

—Quisiera verlo. Pero me parece interesante tu propuesta. Tal vez, si mejoro mis notas, papá deje de darme la lata y me suba la asignación. Y ser un universitario en Harvard suena bien. Las chicas allí han de estar muy sexys.

Daniel elevó su mirada al cielo, un poco sorprendido por la manera de pensar de este chico.

—Entonces, aceptarás que te ayude?

—Me estás usando de trampolín, verdad?

—Un poco—. Esteban se echó a reír.

—Está bien. Entra a los primeros cinco y hablaremos. Si no, no volverás a jorobarme con este tema. Entendido?

—Si entro a los primeros cinco, atenderás en las clases, harás los deberes, estudiarás para los exámenes y mejorarás tu comportamiento.

—Qué?

—Quieres ser el presidente o no?

—Es necesario todo eso?

—Tú hazme caso—. Y con esas palabras, Daniel lo dejó. Esteban lo miró con el ceño fruncido, esperando a que el idiota fallara en su ambición de ocupar los primeros puestos.

Pero Daniel ocupó el tercer lugar en el primer trimestre. No del salón, sino de todo el colegio, los profesores tuvieron que empezar a tenerlo en cuenta, y a contar con él.

Diana, asombrada de que alguien que ella conociera ocupara tan alto lugar, lo celebró improvisando una fiesta en casa, a la que sólo asistieron los dos. Había puesto un mantel en el prado frente al lago, y había unas piedras con madera dispuestas para encender un fuego, como en una acampada. Los sirvientes, observó Daniel, habían llevado mucha comida y estaba servida en cestas y bandejas.

El paisaje estaba precioso. El sol se estaba poniendo y el cielo estaba bastante despejado a pesar de ser otoño. Tal vez pronto llegaría la niebla y lo oscureciera todo.

—Cómo lo hiciste?! –preguntó Diana, admirada—. Yo jamás podría hacer algo así, odiooooo las matemáticas. Me da dolor de cabeza sólo pensar en números.

—No a todos se les da, no te preocupes –sonrió Daniel, observando cómo Joe, el nuevo jardinero, encendía el fuego para ellos.

—Afortunadamente, sólo lo necesito para sobrevivir en la escuela –siguió ella—. Pienso irme a Europa y estudiar en una buena escuela de arte. Quiero pintar.

—De verdad? De manera profesional?

—Sí. Cuando sea una adulta y me independice, abriré mi propia galería de arte, y tendré mi propio estudio de pintura. Necesitaré aprender todas las técnicas posibles. Ah, será genial.



Daniel sonrió y la miró soñar. Ella ignoraba que aun para abrir una galería de arte y dedicarse a pintar, había que tener cierto conocimiento acerca de los negocios. Se preguntó si acaso ella lo dejaría ayudarla en eso.

Había visto los dibujos de Diana, y eran realmente buenos. Ella tenía sentido de la proporción, amaba los colores vivos, y usaba diferentes técnicas. Podía enzarsarse por horas en disertaciones acerca de Dalí, Picasso, o Monet; se enorgullecía de reconocer sus obras y su técnica, y aspiraba a algún día ser muy reconocida. Él no dudaba que lo conseguiría.

—Te sabes alguna historia acerca de las constelaciones? —Preguntó ella acostándose en el mantel y mirando al cielo, que empezaba a dejar ver sus estrellas. Daniel miró también hacia arriba.

—No, realmente. Tal vez deba estudiar un poco de mitología griega para contarte alguna.

—De veras no te sabes ninguna? —él la miró lamentando de veras no conocer la historia de Orión, Tauro, Leo o Escorpio.

Se acostó también y suspiró.

—Me sé una historia —dijo—, pero no es de una constelación, sino de una estrella.

—Sirve.

—En realidad —sonrió Daniel—, la historia trata más bien de un búho.

—Mmm, bajaste de una constelación a una estrella, y ahora hablas de un búho—. Él sonreía.

—Era un búho que estaba enamorado de una estrella —empezó Daniel, y Diana lo miró atenta—. Era muy solitario, y todas las noches miraba al cielo y la veía allí, tan radiante, tan hermosa. Le cantaba canciones, aunque siempre se parecían la una a la otra; y le contaba sus sueños. Pero la estrella estaba demasiado lejos, era demasiado inalcanzable, y a pesar de que a veces parecía que ella lo escuchaba y lo entendía, pues a veces su luz titilaba un poco, él tuvo que aceptar que titilar era lo que hacían las estrellas. El búho empezó a pensar que jamás la tendría, que era un amor imposible, que nunca podrían estar juntos. Sus amigos se le burlaban. “Deja de soñar tonterías!”, le decían, pero él no podía evitarlo; la estrella era el amor de su vida.

—Pobre. Espero que tenga un final feliz, o te mataré —Daniel la miró severo por interrumpirlo, y ella sonrió como una niña inocente.

—El tiempo fue pasando —siguió él—, y el búho se hizo viejo y murió. Pero cuando moría, su cuerpo se empezó a transformar. “Qué le pasa a mis alas?”, se preguntó. Una luz fuerte lo rodeó, y se vio transformado en una nebulosa. Subió al cielo, esperó muchos años hasta que él mismo se convirtió en una estrella, y pudo estar por fin al lado de su eterno amor, que también había esperado por él. Fin.

Diana lo miró por largo rato, pensativa.

—Qué historia tan bonita —suspiró, satisfecha.

—En realidad —dijo Daniel—, es demasiado fantasiosa. Si él se convirtió en verdad en una nebulosa, habría tenido que pasar millones de años para ser una estrella, y para ese entonces, la estrella que él amaba ya sería una gigante roja y estallaría.

—Tenías que dañarla de esa manera?

—Además —siguió él, riendo—, dos estrellas en el cielo jamás podrían estar cerca, la fuerza de atracción las harían colisionar. Habría una inmensa explosión en el cielo y todo acabaría—. Diana se sentó en el mantel, y sin pensarlo mucho, le pegó—. Eso sin tener en cuenta —persistió Daniel, aguantando los golpes y muerto de risa—, que la mayoría de las estrellas que vemos y nos llega su

luz, hace miles de años que ya dejaron de existir. A lo mejor él estaba enamorado de un cadáver.

—Eres horrible! –gritó ella, pegándole con fuerza por haberle destruido la historia. Daniel reía a mandíbula batiente, y resistía los golpes como si sólo fueran toques de una niña, aunque no dudaba en quejarse como si en verdad le doliera.

—Qué hermosura –dijo Esteban desde cierta distancia, y Daniel giró su cabeza y se levantó como si hubiese sido hallado en falta. Su corazón latió rápido, y luego tuvo que reprocharse a sí mismo por tener aún estas reacciones. Él era un miembro de esta familia, podía estar en cualquier lugar de la casa y divertirse si tenía tiempo para ello. Esteban era casi igual a él.

Entonces, por qué él soltó ese sarcasmo?

—Necesito hablar contigo –dijo Esteban—. Sígueme.

Daniel miró a Diana, y ésta elevó sus cejas interrogante. Sacudiendo levemente su cabeza, él lo siguió.

—Qué estás intentando con mi hermana? –preguntó Esteban con voz ominosa cuando estuvieron dentro de la mansión.

—Qué estoy intentando? De qué hablas?

—Eres idiota, o qué? Te gusta esa boba? –Daniel lo miró sorprendido.

—Qué? –Esteban chasqueó la lengua.

—Realmente! No sé si eres estúpido, retardado, o sólo imbécil. Ni mires a mi hermana! Está prohibida para ti! Yo te prohíbo enamorarte de ella.

Enamorarse?, se repitió Daniel, y le dolió el pecho. Tuvo que ponerse una mano sobre el corazón, como si así fuera a dejar de latir tan furioso.

Enamorarse? Era esto lo que le estaba pasando?

Miró a Esteban sintiéndose perdido.

Lo que él sabía acerca de estar enamorado era muy malo. El amor era raro, destructivo y hermoso.

Pensó en Diana, en su sonrisa, en lo bella y buena que era, y sintió alegría, miedo, paz y ansiedad. Todo al mismo tiempo.

Vaya mierda. Estaba enamorado de Diana. Y había tenido que oírlo de Esteban para darse cuenta.

Esteban se echó a reír, como adivinando lo que pasaba por la mente de Daniel.

—En serio. Eres bastante tonto. Bien. Deja de soñar y aterriza. Eres un recogido, no tienes familia, un pobretón sin futuro. Papá algún día le impondrá un esposo para obtener otra fortuna y ella se irá. Es la ley de la vida. Ahora, ocúpate de tu realidad: ya que has ocupado el tercer puesto y tal, he decidido que eres apto para que me asesores y así poder entrar a Harvard. Me estás escuchando?

Daniel asintió, aunque lo escuchaba a medias.

Estaba enamorado. Tenía dentro un ser vivo que era un superviviente, que no moriría hasta que él mismo lo decidiera. Por Diana. La hija de su benefactor.

Estaba en serios problemas.

:6:

Daniel buscó en las bibliotecas circundantes libros que le ayudaran a despejar sus dudas. Realmente estaba enamorado? No sería, tal vez, que sólo quería mucho a Diana tal como se quiere a una hermanita?

Pero a pesar de devorarse todos los libros acerca del tema, no pudo esclarecer sus dudas.

En esos días había estado metido de lleno en sus estudios, en los de Esteban, y en su nuevo trabajo.

Esteban realmente empezó a cambiar su actitud en clase. Atendía a los profesores y realizaba sus deberes, aunque en muchas ocasiones simplemente le llevó sus apuntes a Daniel para que fuera él quien los hiciera. Daniel tuvo que aprender a hacer la letra de Esteban e incluso su firma, y los días fueron avanzando.

Empezó a evitar a Diana. Ella era una terrible distracción para sus propósitos, además, lo aterraba tener que reconocer que se había enamorado, y sobre todo de ella, que no daba muestras de preferirlo en ningún sentido.

—Por qué estás desayunando aquí? —Le preguntó ella la mañana de un domingo. Daniel la miró ladeando lentamente su cabeza y la encontró medio vestida con una blusa de tiras blanca, sin sostén debajo, un pantaloncito muy corto y descalza.

—No tienes frío? —preguntó él, enterrando la vista inmediatamente en su plato de comida—. Es otoño, y pronto empezará a nevar.

—Afuera de mi estudio sí me da un poco de frío —admitió ella sentándose frente a él en la pequeña mesa de desayuno de la cocina. Daniel había venido aquí precisamente para no tener que verla o hablar con ella. Había notado que cuando se veían en la mañana, era peor.

Era un hombre, por Dios. Las mañanas de un chico adolescente eran dolorosas.

—No me estarás evitando, verdad? —preguntó ella, mirándolo ceñuda. Daniel respiró profundo y le devolvió la mirada.

En los múltiples libros que había leído, había aprendido que para estar enamorado había que tener una dosis de tres sentimientos muy grandes y fuertes: amistad, ternura y deseo.

Había descubierto que, después de su madre, Diana era la mejor amiga que jamás había tenido. Con ella podía hablar de cualquier tema, bromear acerca de cualquier cosa, y confiarle sus dudas, sueños y hasta sus miedos. Había llorado frente a ella por la muerte y la ausencia de su madre y nunca se sintió avergonzado por eso, ella sabía lo peor de él, y aun así, no se sentía menos.

También, la forma de ser de ella a menudo lo hacía sonreír cuando estaba solo en la cama. Ella tenía tal mezcla de ingenio, vivacidad, inocencia y bondad que producían en él la necesidad de protegerla, de tratarla como a un pequeño tesoro. Cuando ella sonreía con sus enormes ojos chocolate, sentía ternura, ganas de subirla a su hombro y meterla en alguna urna de cristal donde ningún viento, ni ningún rayo de sol demasiado fuerte la fueran a marchitar.

Y por Dios, el sólo verla en ropas tan ligeras ya era demasiado sufrimiento. Le avergonzaba aun a sí mismo ser consciente de las reacciones de su cuerpo, sin darse cuenta de que todos esos impulsos eran normales, y tal vez demasiado honestos. Ella era guapa, delgada, de piernas bonitas, y no quería entrar en demasiados detalles acerca de la forma de sus atributos, que se adivinaban fácilmente por encima de la tela de su blusa de tiras. Ella estaba dando el reporte del clima ahora mismo, y no se daba cuenta, o si se daba, no le importaba, porque no lo consideraba a él una amenaza para su virtud, y eso también dolía.

Así que, en resumidas cuentas, ella era su amiga, sentía ternura y deseo por ella. Una prueba más de que estaba enamorado.

—Navidad se acerca —dijo Diana poniéndose en pie y caminando al refrigerador. Sacó unas frutas y volvió a sentarse frente a él—. Quieres algún regalo en especial? —preguntó, a la vez que le daba un mordisco a una manzana. Daniel sintió la boca seca.

—Nada en especial.

—Qué simple eres. De veras no hay nada que quieras? Esteban le pidió a papá un auto—. Daniel sonrió.

—Esteban puede reclamarlo perfectamente.

—Tú no?

—No soy hijo de Jorge.

—Mmmm... —Diana lo miró como estudiándolo. Ladeó su cabeza y siguió con su escrutinio.

—Qué? —preguntó él, un poco incómodo y al borde de los nervios.

—Despiertas muchas preguntas.

—Como cuáles.

—Alguien como tú, con una madre que fue de la clase trabajadora, latina, dio a luz un hijo rubio y bien parecido. Tus ojos son curiosos. Nunca había visto unos ojos así.

—Curiosos?

—La mayoría de ojos verdes son siempre el resultado de una mezcla: verde y café, verde y azul, y hasta verde y amarillo. Tus ojos son sólo verdes. Me gustan —él se sonrojó.

—Gracias.

—Lo digo desde el punto de vista artístico. Ya sabes, soy pintora y aprecio las formas.

—De todos modos, gracias.

—Tu madre no tenía los ojos así, verdad? Se los heredaste a tu padre, seguramente.

—Seguramente.

—Entonces ha de ser un hombre guapo también. Un capullo, pero guapo. Tu madre era alta?

—No.

—Pero tú sí, así que él era alto. Tu madre tenía la hendidura en el mentón?

—No.

—Entonces tu padre la tenía.

—Por qué me haces todas estas preguntas?

—Soy observadora. Tal vez podamos buscar entre los dos a tu verdadero padre. Tienes algún detalle que tu madre te haya contado acerca de él?

—Mi madre ni siquiera quiso decirme su nombre. Mucho menos me iba a dar detalles acerca de cómo era física o moralmente; aunque si embarazó a una mujer, y ella no consideró oportuno decírselo, puedo considerar eso una muestra suficiente de que no era el mejor tipo de hombre.

—Tal vez fue un extranjero que se hospedó en la casa en la que trabajaba por una noche, y nunca más lo volvió a ver —Daniel se echó a reír.

—Eso no hablaría bien de mi madre, que queda como la que se acuesta con un desconocido. Y hablar de ella en esos términos, me enferma.

—Lo siento. Sólo trato de ayudar.

—Lo sé.

—Pero no te me pareces a nadie. Tal vez deba asistir más a menudo a las fiestas con papá y conocer a los adultos de su círculo.

—Por qué? No podría ser un electricista, bombero, o plomero?

—No. Tu padre era de la alta sociedad. Estoy segurísima de eso; sólo ten en cuenta la actitud de tu madre. Tal vez era un hombre demasiado rico en necesidad de un heredero. Si se hubiese enterado de que tenía un hijo, tal vez te habría quitado de brazos de tu madre para criarte él y hacerte su sucesor. Tu madre, al saberlo, ni siquiera se lo dijo para no separarse de ti, y no sólo se lo ocultó, sino que también huyó y te escondió por todo este tiempo—. Daniel sonreía admirado.

—Sí que tienes imaginación.

—Pero podría ser. A lo mejor eres hijo de un anciano cascarrabias.

—O a lo mejor ya murió y nada de esto importa—. Ella sonrió de medio lado.

—Si, a lo mejor. Aunque si fueras de verdad el hijo de un anciano millonario, eso te haría a ti uno de los jóvenes herederos más prometedores, y entonces te irías de esta casa, y ya no podríamos tener estas conversaciones absurdas.

—Seguramente.

—Sin embargo, estaré en la búsqueda. Soy fisionomista, y si veo algún parecido de alguien contigo, te lo haré saber. Podría ser un primo o un tío.

—Gracias por el interés —Diana sonrió otra vez y se puso en pie. Se acercó a él y le susurró:

—Cuando seas un rico heredero, no dejes de ser mi amigo.

—Lo intentaré —le contestó él, con la piel erizada.

Diana al fin se alejó y salió de la cocina. Él no pudo sino respirar profundo. No le preocupaban las conjeturas de ella en lo más mínimo. Le preocupaba el enorme problema formado en sus pantalones. Era un perverso.

Navidad llegó, y sólo Marissa volvió a casa para las fechas. Diana pasaba mucho tiempo con ella, así que estuvo más bien sola, aunque en ocasiones las dos lo convidaban para conversar, pero él empezó a temer que sus sentimientos se notaran mucho y no se estaba demasiado tiempo entre ellas, aunque no pudo evitar que lo arrastraran para ir de compras con ellas en víspera de Navidad.

—Es cosa mía o está más alto? —le preguntó Marissa a Diana, y ésta se giró a mirar a Daniel, que miraba distraído los aparadores de ropa y accesorios.

—Sí? No lo había notado.

—Yo no soy enana, pero él es bastante más alto que yo. Nina lamenta tanto no haber venido.

—Sigue con la tontería de querer hacerse más amiga de Dan?

—Dan?

—Prefiere que le digan así. Danny es más de chica, dice él—. Marissa la miró fijamente—. Qué? —preguntó Diana.

—Sabes muchas cosas acerca de él.

—Bueno, vivimos en la misma casa, y a diferencia de Esteban, con Dan se puede hablar. Te

escucha, y hasta te entiende. Es muy paciente, aun en esos días en que me pongo histérica—. Marissa soltó una risita.

—Parece un candidato perfecto para novio. Quizá Nina le eche el guante cuando lo vuelva a ver, ya sabes cómo es. Pero, no te gusta para ti? —Diana miró a Daniel, que le sonrió cuando advirtió que ella lo miraba.

—No, no me gusta de ese modo. Es un buen amigo. Sólo preferiría que fuera él y no Esteban mi hermano.

—En eso sí que tienes razón. Pero... él te mira un poco... —se detuvo, pues Diana se había ido de su lado y observaba un cinturón de cuero negro con hebilla de acero muy cuidadosamente. Marissa se distrajo también y no terminó de decir lo que había empezado. Diana no era como ella, aún no había tenido su primer enamoramiento, y si le decía lo que sospechaba de Daniel, cambiaría con él, y no sería justo con el chico.

Llegó la fecha en que enviarían las solicitudes para entrar a Harvard. Daniel había diligenciado ambos formularios, el de Esteban y el suyo. Reunió las cartas necesarias de los profesores, y en su caso, una carta de un allegado personal, Jorge. Pero su problema ahora era un ensayo que debía presentar.

Tenía el concepto de ensayo, había leído muchos y sabía lo que había que decir, pero su mente era más analítica y numérica que artística o literaria, así que se hallaba frente a la pantalla del ordenador con la hoja en blanco y el cursor titilando sin más que el encabezado escrito.

Qué decir?

Según sus investigaciones, debía hablar de sus sueños, propósitos, o hablar de una experiencia de su vida, y si bien tenía en su mente qué decir, no tenía ni idea de cómo.

Se cruzó de brazos sobre el escritorio y apoyó en ellos su cabeza. Si fuera un ejercicio matemático, un informe, un texto expositivo, sería pan comido, pero hace ya mucho tiempo que había admitido que era malo para las humanidades. El cuento del búho y la estrella se lo sabía de memoria porque su madre se lo había contado muchas veces, y hasta había aprendido las ondulaciones de la voz, las pausas y los acentos. Si lo hubiese leído por allí, jamás habría sabido cómo narrarlo en voz alta.

—Te duele el estómago? —preguntó Diana mirándolo preocupada. Daniel se enderezó y sonrió.

—No. Sólo... estoy perdido aquí.

—Qué? El número uno del colegio perdido en algo?

—Tengo que hacer el ensayo para entrar a Harvard... Yo... soy malo para esto.

—Afortunadamente —dijo ella sonriendo ampliamente—, tienes una amiga que es muy buena en eso. Quita —le exigió ella obligándolo a levantarse del asiento—. Cuáles son las pautas? —él se las dijo, y ella se lo quedó mirando por espacio de un minuto.

—Qué? —preguntó él.

—Creo que ya sé lo que debo hacer—. Y acto seguido, se concentró en la hoja de Word. Daniel miraba sus dedos volar sobre el teclado, y en la pantalla, formarse una palabra tras otra hasta convertirse en frases, párrafos, y al fin, un texto de casi cuatro páginas. Luego de más o menos una hora, ella se detuvo, hizo traquear las articulaciones de sus dedos y suspiró.

—Ya?

—Más o menos. Ahora, habrá que revisarlo y corregirlo. Tienes que estar agradecido, nadie hace esto gratis.

—Es verdad —sonrió él—. Se le ofrece un jugo, o un café a la señorita escritora? —Diana se echó a reír.

—Me gusta el café, pero mi trabajo vale más que eso.

—Qué te puedo dar a cambio de haberme ayudado? —ella sonrió traviesa, y el corazón de Daniel empezó a latir con más celeridad. Si ella le pidiera un beso, él le daría miles.

—Que me llames de vez en cuando, cuando te hayas ido a Boston. Que no me olvides.

—No te olvidaré jamás —aseguró él, y ella guardó silencio por unos segundos, tal vez asimilando esa afirmación.

—Bien, me parece perfecto—. Se giró para mirar de nuevo la pantalla, y Daniel se preguntó si acaso había exagerado un poco. Tal vez no debió decirlo con tanta pasión—. Venía a darte esto —dijo ella buscando algo en el bolsillo de su pantalón—. Es mi regalo de cumpleaños.

Daniel recibió la pequeña cajita que ella le extendía. Él la abrió preguntándose si acaso era una joya, y si debía recibirla, pues, aparte de su madre, nunca había recibido de nadie regalos así.

La abrió y sonrió. Era un llavero. Del aro colgaba un búho moldeado en acero y los ojos en zircón. Se veían detalladamente sus plumas en sus alas, unas cejas que lo hacían parecer demasiado serio, y ojos verdes muy grandes.

—Gracias.

—Te gusta?

—Me encanta.

—Es increíble, hay mucha joyería con el búho como tema. Parece que es un animal muy enigmático. Feliz cumpleaños.

—Gracias —susurró él pensando en que así este llavero costara una fortuna, él habría sido incapaz de rechazarlo. Era el primer regalo que ella le daba, y quería pensar en que representaba su relación. Él era el búho, ella la lejana estrella.

—No salgas esta noche —le pidió ella poniéndose en pie—. Haremos una cena en honor a ti. Lamentablemente, estamos aún en temporada de clases, o habría conseguido que mis amigas vinieran. Y somos menores de edad, así que no puedo llevarte a un bar, ni nada—. Él volvió a sonreír.

—No importa, la cena estará bien.

—Excelente. Suerte con tu admisión en Harvard.

—Gracias —contestó Daniel, y se quedó mirando largamente la puerta tras la cual ella había salido con el pequeño búho en su mano.

Mejor concentrarse en Harvard, eso tenía más futuro.

Fueron admitidos, tanto él como Esteban, en Harvard.

Cuando recibieron la notificación, Daniel casi se desmaya de alivio, aunque luego tuvo que reconocer que el verdadero trabajo apenas comenzaba. Ese día, había estado en la empresa, y el primero que lo felicitó fue Jorge. De inmediato habían llamado a Esteban, pero este no estaba en casa, aunque Maggie pudo constatar que también había llegado una carta para él.

Daniel salió de las oficinas, donde ahora ya no era el recadero, sino otro chico del archivo, y llegó

apresurado a casa preguntando por la carta dirigida a Esteban.

Daniel pensaba que si habían aceptado a Esteban, era tal vez por ser quien era, por el impacto que alguien como él podía tener en el mundo, con sus conexiones y futuro poder, etc. Además, cuando Esteban así lo quería, podía ser realmente encantador, sonreía con inocencia, y se le veía un chico apuesto, humilde, y hasta humano. No cabía duda de que era muy capaz de engañar al entrevistador.

Además, el ensayo que Diana había escrito para él se lo había cedido a Esteban, y con base en el estilo de Diana, había creado otro para él mismo. Había sentido un poco de pena por eso, pero no podía arriesgarse a que Esteban fallara, y en cuanto a notas y otros detalles, Esteban estaba más necesitado que él.

Pero en una de las salas de la mansión se encontró con algo que hizo que aquel día tan brillante y memorable se volviera oscuro y terrible. En los muebles estaba sentada Diana, abrazada a un chico, y besándolo. Él tenía una mano en su muslo, y lo apretaba con fuerza, mientras ella le rodeaba el cuello y respondía a sus besos.

La respiración le empezó a fallar. Sintió cómo un monstruo enorme y sediento de sangre había nacido y despertado en su pecho. El monstruo de los celos.

—Diana! —llamó, y ella, tomada por sorpresa, se alejó del chico y se puso en pie. Miró a Daniel y abrió la boca para decir algo, pero luego consideró que tal vez no debía explicarse y señaló al joven que se ponía en pie también tras ella.

—Ah... Dan... te presento a Edward, mi novio.

—Tu... qué?

—Lo que oíste —dijo Edward, mirándolo severo. Era un chico guapo, de cabello castaño y ojos miel. Posó una mano en el hombro de Diana como marcando su territorio. Verlos era doloroso, así que Daniel se giró.

—Siento haberlos... interrumpido. Yo... —no completó lo que iba a decir, y simplemente echó a andar alejándose de ellos.

Diana quiso ir tras él, preocupada por la expresión que él había mostrado en su rostro.

—Qué te importa él? —le reclamó Edward, y ella lo miró disculpándose con una sonrisa.

Cuando Edward se hubo ido, ella buscó a Daniel en su habitación, pero él no estaba. Empezó a deambular por toda la casa. Por alguna razón, la expresión de su mirada cuando ella le dijo que Edward era su novio, la había conmovido y preocupado.

Lo encontró por las notas del piano. Él tocaba una tecla y otra sin ningún son ni ton. Como aquella vez, se sentó a su lado, pero a diferencia, él se levantó.

—Perdóname —pidió ella—. Debí decírtelo.

—Qué cosa, Diana?

—Que tengo novio, pero es que es reciente. Edward y yo...

—No me interesa, perdóname si te di a entender que sí.

—No! Pero es que tú...

—Diana, sólo soy un huésped en tu casa, así que no me tienes que explicar. Así que... siento si te di a entender que me debías algo.

—No se trata de eso. Tú eres mi amigo. Debí confiar en ti—. Daniel se echó a reír. De alguna manera, él había entrado a ese círculo del que difícilmente salías. Él sólo era un amigo, y él tan



enamorado que estaba.

Afortunadamente, ella no se había dado cuenta de ello, o ahora a su dolor habría que sumarle la vergüenza.

Pero bueno, en un par de meses se iría lejos, y el dejar de verla le ayudaría a olvidarla.

—Seguimos siendo amigos? —No!, quiso contestar él, pero sólo guardó silencio—. Edward me gusta —sonrió ella, y Daniel hizo una mueca. Tenía que escuchar esto en nombre de la amistad? —Él es... es un buen chico, aunque no lo parezca. Y le gusto desde hace mucho tiempo—. El pecho de Daniel ardía, como si el monstruo que tenía allí estuviera escupiendo fuego ahora mismo—. No digo que me casaré con él, ni nada, pero... ya sabes. Me pidió que fuera su novia y no vi por qué decirle que no.

—Qué tal tu auto—respeto?

—Qué?

—Respetarte a ti misma es una buena razón para decir “no” de vez en cuando. Dudo mucho que ese tal Edward te quiera sólo para ir a cine tomados de la mano.

—Por qué hablas así de él? Lo conoces, acaso?

—No necesito conocerlo para saber eso. Te estaba besando en la sala de tu casa, eso me dice a mí que no te tiene la menor consideración.

—Ah, tal vez debió llevarme a un sitio oscuro y a solas y así sí que habría sido considerado!

—Eso menos! Tal vez él no debió besarte, y ya!

—Tengo derecho a besar a quien me dé la gana! —gritó ella, y Daniel dio un paso atrás. Ella tenía razón, era sólo que a él el alma le dolía. Sonrió y miró a otro lado.

—Sí, es verdad. Yo sólo intentaba prevenirte para que no te hirieran. Espero que él... sea un buen chico y cuide de ti. Yo... pronto me iré, ya sabes, y no estaré aquí para protegerte.

—No necesitarás hacerlo. Sé cuidarme sola. Tal vez te estás echando encima cargas que no son tuyas. Ni siquiera Esteban cuida tanto de mí—. Él hizo una mueca y asintió—. Relájate —siguió Diana—. No es como si me fuera a casar con mi primer novio —y dicho esto, dio la media vuelta y salió de la sala.

Daniel volvió a caer sentado frente al piano, sintiendo, por segunda vez en su vida, que alrededor todo se ponía gris, se resquebrajaba y caía. Su primer amor destrozado.

Pero el amor es un ser vivo, y un superviviente, además. Necesitaría de ataques más fuertes para morir.

:7:

—Te lo puedes creer? —le preguntaba Diana a Marissa por teléfono—. Se enfadó! Parecía ser mi papá! Estoy segura de que ni Esteban se habría alterado tanto! —Se detuvo cuando se dio cuenta de que Marissa no decía nada—. Hey, estás ahí?

—Sólo le daba vueltas a si decirte o no.

—Decirme qué?

—Daniel está enamorado de ti, Diana —Diana quedó en silencio por espacio de unos diez segundos, al término de los cuales, se echó a reír.

—De qué estás hablando?

—No lo habías sospechado siquiera? Está enamorado de ti.

—No lo creo! Me lo hubiera dicho! Somos amigos!

—Tal vez por eso no te lo ha dicho. Su posición es muy incómoda, tienes que entenderlo. Es, como el mismo Esteban dice de manera humillante, un recogido. Enamorarse de la hija de su benefactor debe tenerlo preocupado. Además, tal vez sospecha que tú sólo lo ves como amigo—. Diana sintió las palmas de sus manos húmedas. Se sentó en su cama y apretó el auricular contra su oreja.

—Pero por qué se enamoraría de mí? No he sido especial con él.

—Segura? —ella volvió a quedar en silencio, y recordó que cuando lo conoció, él estaba muy dolido por la reciente muerte de su madre. Ella lo había tratado con consideración porque sabía lo que se sentía perder a un ser tan querido. Tal vez él había confundido sus buenas intenciones con algo más—. Bueno, no quiero hacer de Freud para él —siguió Marissa—, pero tal vez como te conoció en una época tan cercana a la pérdida de su madre, él traspasó todo el afecto, instinto protector y demás sentimientos por su madre hacia ti. El ser humano necesita a alguien a quien amar, recuérdalo. No te encariñaste tú demasiado con un gato luego del accidente de tu madre?

—Estás diciendo que soy ese gato para Dan?

—A lo mejor.

—No, no puede ser. Él es muy inteligente para hacer algo así.

—Es inteligente, pero es un ser humano al fin y al cabo, vulnerable a este tipo de situaciones.

—No me gusta. No me gusta que me quiera. Él es... sólo un amigo, un hermano para mí.

—Estás segura?

—Qué? Qué clase de pregunta es esa?

—Lo siento —se disculpó Marissa, pero la idea no dejó de dar vueltas en la mente de Diana.

Diana empezó a observar minuciosamente todas las actitudes de Daniel, y tuvo que concluir que su amiga estaba equivocada. Dan no estaba enamorado de ella. Últimamente poco se le veía en casa, era verdad, y cuando estaban en la misma sala, él la trataba con cordialidad y hablaban lo necesario. Si él hubiese estado enamorado, le habría dicho algo más acerca de Edward, reclamándole, pero no había sido así, y en una ocasión hasta preguntó si estaban bien.

Diana se guardó de decirle que estaba planeando perder pronto su virginidad. Esas eran cosas que no se decían. Ni siquiera a tu mejor amigo.

Pero entre que se acababa el año escolar, y preparaban todo para la estancia de Daniel y Esteban en Boston, llegó de nuevo el verano. Increíblemente, ya había pasado casi un año desde que Daniel había llegado a esta casa.

Meditaba en esto sentada en una de las banquetas del jardín de la mansión con vistas al lago. Recordó cuando, aquí, ella y Daniel habían hecho un picnic en la noche y él le contó la historia del búho y la estrella. Una historia de amor que él mismo no creía. A veces él era demasiado pragmático. Al parecer, necesitaba tener pruebas de todo para creer en ello, por eso no lo creía capaz de enamorarse de ella, alguien que a sus ojos no debía ser más que una niña soñadora y un tanto caprichosa.

Cuando Daniel se enamorara, supuso, lo haría de una mujer igual a él, inteligente, aguerrida y valiente. Tal vez alguien como Marissa. No ella, que le temía a todo, dependía mucho de su padre y sus amigas, y ni siquiera era capaz de ponerse en el puesto del copiloto de un auto sin sufrir una crisis nerviosa.

Miró el papel que sostenía en su mano y suspiró. De la escuela había llegado la notificación de que debía aprender a conducir, pero le iba a ser imposible. Sólo pensar en eso le hacía tener deseos de llorar. Cómo iba a subir a un auto, encenderlo y ponerlo en marcha?

Escuchó unos pasos cerca y se giró a mirar, encontrando a Daniel con las manos en los bolsillos y mirando las aguas tranquilas del lago.

—Echaré de menos este sitio —dijo él, y ella asintió mirando hacia donde él lo hacía. Tal vez él estaba recordando la ocasión en que ambos estuvieron aquí riendo y contando historias.

—También yo, el día que tenga que irme.

—Es increíble cómo te encariñas con un lugar. Cuando llegué aquí, pensé que no sería tanto.

—Cuando te gradúes... volverás aquí? —él respiró profundo.

—No lo creo. Ya seré mayor entonces. No considero que deba seguir abusando de la generosidad de Jorge. Tal vez para ese entonces ya haya conseguido un empleo y me instale en otro lugar.

—Vaya —susurró ella, lamentándolo.

—Qué es eso? —le preguntó él señalando el papel que ella sostenía en su mano.

—Tengo que aprender a conducir —dijo ella.

—Ah... Lo harás? —le preguntó. Ella sonrió.

—Será una pérdida de tiempo. Ni siquiera soy capaz de sentarme frente al volante. Papá se resignó hace tiempo. En la escuela también lo harán.

—Tal vez debas hablar de eso con un profesional... No estoy diciendo que estés loca.

—Luego de la muerte de mamá, papá me llevó a varios psicólogos, y hasta a algún psiquiatra. No consiguieron nada. Cuando me siento frente al volante de un auto —se explicó Diana—, siento como si el aire me faltara. No es algo normal, no sé si es algo que sólo está en mi mente. No lo puedo controlar...

—Pero tal vez debas hacerlo —dijo él con suavidad—. En esta era, los automóviles son una herramienta muy importante. Si aprendes a conducir, tal vez puedas salvarle la vida a alguien algún día.

—No, yo creo que será todo lo contrario. Alguien con una crisis nerviosa al volante y en las calles? Pondría en peligro a mucha gente.

—Pero no sabes lo que será del futuro. Ahora dispones de choferes, y gente que está dispuesta a llevarte y traerte, pero la vida da muchas vueltas. Tal vez debas sólo aprender lo básico para algún caso de emergencia. Aprender de algún libro los pasos para encender el auto, y ponerlo en marcha.

—Me enseñarías tú?

—Qué? —preguntó él, tomado por sorpresa. Eso le pasaba por abrir su enorme boca.

—Tal vez sólo necesito que alguien de confianza lo intente.

—Pero...

—Es una tontería —rió ella volviendo a mirar hacia el lago—. De todos modos, no seré capaz—. Él guardó silencio por un momento, luego respiró profundo y se acercó a ella. Le tomó la mano y la obligó a levantarse de la banqueta.

—A dónde vamos?

—Me iré en dos semanas —contestó él—. Si has de aprender, será en estas dos semanas. Así que ven.

Juntos, llegaron hasta una fina camioneta, una de las menos costosas de la colección de los Alcázar. Daniel abrió la puerta del piloto y miró a Diana para que subiera. Pero ella estaba muy pálida

—Vamos, sube —la instó él. Y ella asintió y entró. Se acomodó en el asiento, y Daniel notó que su pecho subía y bajaba muy rápidamente. Él dio la vuelta y se hizo en el puesto del volante.

Durante los primeros minutos, estuvo explicándole los primeros pasos para encender el auto, pero aquello la superó, y terminó por abrir la puerta y salir corriendo lejos del auto. Daniel fue detrás, la alcanzó y la abrazó para evitar que siguiera corriendo.

—Hey, ya, todo está bien. Estás en tierra firme.

—Mamá iba conduciendo —lloró ella—. Estaba lloviendo, y los frenos fallaron. Los frenos fallaron! Le pregunté a papá por qué los frenos fallaron y me dijo que era extraño, pero no imposible. Ella era muy cuidadosa con su auto, lo llevaba a revisión con puntualidad, pero los malditos frenos fallaron! —Ella había terminado gritando, y Daniel extendió una mano y secó una de sus lágrimas.

—Jorge tiene razón. No es usual que suceda, pero si estaba lloviendo, era muy fácil que ella perdiera el control del auto.

—Pero mamá murió, y yo estaba allí dentro! Cuando miro un volante, o el tablero de un auto, no puedo dejar de pensar en ese momento! —él la apretó más fuerte entre sus brazos, y la escuchó llorar y la sintió aferrarse a él por largo rato.

—Lo sé, fue terrible —le susurró—. Tu madre era demasiado joven, y tú no debiste perderla de esa manera. Pero los automóviles no tienen la culpa de esto. —ella se separó de él y lo miró directo a sus verdes ojos.

—Qué?

—Cuando tenía diez años —dijo él—, una vez me quedé solo en casa y tenía hambre. Mamá tardaba, así que decidí prepararme algo de comer por mí mismo. Casi me amputo este dedo —rió él señalándole el dedo pulgar izquierdo, que tenía una pequeña cicatriz—. Desde entonces, le tuve terror a los cuchillos. Mamá me tuvo que explicar que son sólo una herramienta, ni buenos, ni malos. Todo depende de cómo se usen. Si los usas bien, harás cosas buenas con ellos, pero si los usas de manera equivocada, no sólo te harás daño a ti, sino a otros—. Ella sonrió y sorbió sus mocos.

—Cada vez que escucho una historia de tu mamá, me cae mejor.

—Sí, ella era inigualable. He aprendido a recordarla con alegría —ella pestañeó al reconocer las palabras que le había dicho frente a la piscina—. Y tú, Diana, usarás lo que te pasó en ese auto para derrumbarte, o como una fuerza para seguir adelante? —ella terminó sonriendo, sintiéndose halagada

porque él había tomado su consejo como bueno.

—Tal vez deba.

—Entonces vuelve a intentarlo. Una y otra vez. Cuando yo me haya ido, vuelve a intentarlo. Aprende. No necesitas conducir a diario, para eso hay taxis, choferes, metros, buses, etc. Pero aprende aunque sea lo básico. Es como montar bici, una vez le pillas el truco, no lo olvidas. Vamos? —ella asintió y se dejó guiar por él, que le tomaba la mano y volvía al auto. En esta ocasión, él no hizo que ella se sentara en el puesto del piloto, sino que lo hizo él, y repitió una y otra vez los movimientos para encender el auto, y ella los memorizó.

—Este es para acelerar —le repetía él—, éste, para frenar.

—Sí, creo que eso no lo olvidaré.

—Tendrás que practicar...

—Suficiente por hoy —cortó ella, y salió del auto. Sonriendo, él la imitó. Ya había presionado bastante.

Las semanas siguientes, las últimas en la casa, Daniel se concentró en hacer que ella aprendiera. Era su excusa para estar cerca ahora que la iba a dejar de ver. Se estaba dando una dosis de ella, y así, el dolor de haberla visto besarse con otro, se fue mitigando. Ella seguía siendo la misma de antes, bromearon y rieron. Y en un momento, ella fue capaz de sentarse frente al volante sin salir huyendo, y luego hasta llegó a encenderlo. Pero cuando él le sugirió ponerlo en marcha, ella abrió la puerta y volvió a salir corriendo.

Bueno, un paso por vez, se dijo él, y se resignó a que el resto ella lo hiciera por sí misma.

—No tendré mi pase de conducir —se resignó ella—, pero no me importa. Los taxistas se harán ricos conmigo, tal vez —él se echó a reír, y simplemente la dejó en paz.

Diana los acompañó al aeropuerto, al igual que Jorge Alcázar, que había hecho un hueco en su agenda para traerlos. Cuando se hizo el llamado, y Daniel se puso en pie para abordar el avión, Diana lo abrazó y él correspondió a su abrazo, pero al darse cuenta de que Jorge los observaba atentamente, hizo corto el abrazo y se dirigió a él.

—Gracias... por todo hasta ahora —Jorge sonrió.

—Aprovecha bien tu estancia en Harvard.

—Lo haré.

—Espero que el apartamento allá les guste. Tendrás que compartirlo con Esteban, lamentablemente.

—Para mí no es problema, pero estoy seguro de que para él sí lo será.

—Sólo quiero tener un ojo sobre él. Tal vez tú puedas ayudarme en eso.

—Ya. Me lo imaginaba—. Daniel tomó su bolso de mano y miró de nuevo a Diana con una sonrisa triste—. Nos veremos de nuevo. Quizá coincidamos en unas vacaciones.

—Sí, quizá. Conoce a mucha gente y diviértete. Los años universitarios no son sólo estudiar y estudiar, vale?

—Por qué le das ese consejo? —gruñó Jorge—. Es acaso lo que piensas hacer tú cuando sea tu turno?

—Papá! Quizá en Boston conozca a la que será su esposa!

—Mucho cuidado con eso! —advirtió Jorge mirando a Daniel. Él se echó a reír y se dio la media

vuelta para atravesar la puerta de embarque. Escuchó a Jorge y Diana aún discutir, pero siguió adelante hasta que sus voces desaparecieron. Lo esperaba una nueva vida.

Boston estuvo lleno de trabajo desde el principio. En las primeras vacaciones no pudo volver a la mansión, pues prefirió hacer un curso para aprender francés, obviamente subsidiado por Jorge, en Francia. Esteban se fue de vacaciones al yate de un amigo.

En las siguientes vacaciones, la excusa de Daniel para no ir a casa fue que Thomas Brenner, un compañero de estudios que estaba en todas las materias con él, lo había invitado a su casa en Los Ángeles. Jorge comprendió que la playa en verano era mucho más atractiva que venir a una casa donde sólo estaba él, pues esas vacaciones Diana las pasó con sus amigas en Florencia, Italia, empeñada a conocer desde ya la ciudad en la que estudiaría, y no puso problema para dejarlo ir, e incluso darle un poco más de dinero que su asignación para que lo pasara bien con su nuevo amigo. Además, ese amigo era el heredero de unos grandes hoteles cinco estrellas. Había que invertir también en las amistades.

Y así se pasaron los años.

Daniel hacía el trabajo de Esteban además del suyo, de modo que a duras penas tenía tiempo para hacer vida social. No salía con chicas, no iba a fiestas, no recibía visitas de sus amigos en su apartamento. Poco a poco fue haciéndose popular por su ostracismo.

Pero tenía una deuda que pagar; tenía que ser el mejor por sí mismo, para hacerse un lugar en la vida, tenía que pagarle luego a Jorge con duro trabajo, y a Esteban, por haber aceptado prestarse a este juego y poner de su parte en el pasado. Sin su consentimiento, jamás habría logrado venir aquí, por más que creyera que su inteligencia alcanzaba para los dos.

Pero llegó un punto en que empezó a sentirse agobiado, así que cuando, tres años después Jorge casi le exigió que volviera a casa un verano, él hizo caso. Fue solo, pues Esteban había tomado su propio viaje de vacaciones a alguna isla mediterránea con alguna de sus novias en cuanto acabaron los exámenes.

Mejor, se dijo. Ya le era suficiente tener que soportarlo en temporada de clases, como para también aguantarlo en vacaciones. Iría a la mansión y se relajaría. Tal vez Diana no fuera esta vez.

Diana estaba allí.

Ah, estaba preciosa, con diecinueve años cumplidos, y más madura, más mujer.

Él esperó que estos años por fuera le hicieran olvidarla, pero al parecer no había sido así.

Sin embargo, había algo diferente en ella, algo por fuera de los cambios físicos, de su nueva estatura, su cabello increíblemente largo y azabache... ya no tenía ese brillo en la mirada y esa sonrisa que la caracterizaba. Cuando lo saludó, no fue tan efusiva como cuando lo despidió, y no hizo comentarios de ningún tipo por los cambios que seguramente él había presentado.

—Estás hermosa —dijo él. Ella sólo sonrió—. Estás bien?

—Sí, claro, por qué?

—No sé... te noto... un tanto distinta.

—Vaya, no podía estar igual después de tantos años, no?

—No, claro que no.

—A ti quería verte, bombón! —exclamó Nina acercándose a él con una enorme sonrisa.

—Hola, Nina —sonrió Daniel.

—Dios querido, qué bueno estás! Ven, que tengo que abrazarte! —Daniel se echó a reír, y recibió el abrazo de Nina. Se dio cuenta de que también Meredith y Marissa estaban allí, y las saludó a todas.

—Siempre vienen aquí en las vacaciones? —les preguntó Daniel cuando estuvieron al interior de la mansión y Maggie les hubo traído bebidas.

—No —contestó Marissa—, esto fue una coincidencia. Los dos últimos veranos hemos estado por fuera.

—Ya. Imagino que echabas de menos tu casa —le dijo Daniel a Diana, pero ella apenas sonrió. Qué le pasaba? Se preguntó Daniel.

Estuvo allí con ellas un rato, pero luego se dio cuenta de que no tenía mucho de qué hablar, y ellas no hacían demasiadas preguntas, así que adujo estar cansado y se levantó.

La casa seguía igual, nada había cambiado. Era increíble ver cómo en sólo un año se había acostumbrado tanto a este espacio. La vida en Boston al lado de Esteban era complicada, y él no hacía sino estudiar y estudiar. Si las mujeres lo miraban, él realmente no se había dado cuenta de ello, tan concentrado como estaba en sus libros.

Tenía dos carreras que hacer, después de todo.

—Dios mío, está bellissimo! —exclamó Nina cuando lo vio salir y recostando su cabeza al espaldar del mueble en que estaba—. En esta ocasión le robaré un beso sí o sí.

—Nina! —la reprendió Meredith—, ya vas tú otra vez.

—Lo siento, chicas, pero es que me gusta desde que lo vi por primera vez! Lástima que esté enamorado de Diana.

—Él no está enamorado de mí! —saltó ésta de inmediato—. No sé por qué siempre dicen eso.

—Pues te advierto una cosa: ya que tienes la preferencia de él, te concederé el tiempo y el espacio para que hagas algo. Si no haces nada, entenderé que no tienes ningún problema con que yo haga mi avance. Así que sé sincera ahora mismo y dime si él no te gusta aunque sea un poco.

—Qué tonta eres, mujer. Daniel es como mi hermano. Por qué me iba a gustar en modo romántico?

—Vives con él un año y ya lo quieres como tu hermano? Qué simplona eres, Diana!

—Ah, déjame en paz, quieres?

—Contestó ella a mi pregunta? —preguntó Nina mirando a Marissa y a Meredith.

—No, no contestó —sonrió Marissa mirando a Diana, que le echó malos ojos.

—Bien, si tú no vas a hacer nada, yo sí. Estas vacaciones, ese bomboncito será mío.

—Haz lo que quieras —dijo Diana poniéndose en pie y saliendo de la sala. Marissa miró a Meredith, que sonrió negando.

—Se supone que estás de vacaciones —le dijo Diana a Daniel, que al escucharla prácticamente saltó de su cama. Había estado hojeando un libro de su antigua biblioteca, y no se esperó que ella entrara aquí.

—Ah, hola... —él sonreía de oreja a oreja mirándola, y el corazón de Diana dolió un poquito—. Estaba echándole un ojo a esto. Me traía recuerdos.

—Deberías descansar, no leer más.

—Es la costumbre, supongo. Cómo te ha ido en Italia?

—Normal, supongo —suspiró ella, entrando y sentándose a su lado en la cama—. Tengo profesores tremendamente exigentes, y la vida de universitaria es un poco diferente a como me lo imaginé.

—Sí, en un principio te crees que todo son fiestas y diversión, y luego te ves hasta arriba de libros y trabajo—. Ella lo miró fijamente, pero él seguía sonriendo.

—Dijiste que me llamarías de vez en cuando —le reclamó ella—. Nunca lo hiciste —él esquivó su mirada.

—Bueno, tal como te he dicho, he estado ocupado.

—Éramos amigos, no?

—Claro que sí. Pero... —se interrumpió cuando la escuchó suspirar. Ella se acostó en su cama y miró el techo.

—Estoy cansada. Quisiera dormir y dormir—. Él frunció el ceño. Diana siempre había sido muy activa, muy llena de vida; este deseo no coincidía con su filosofía de vida.

—Estás enferma?

—No—. Contestó ella sin abrir los ojos, y Daniel se recostó a su lado, escuchando su respiración—. Nina te quiere besar —dijo ella, y eso lo sorprendió—. Dice que le gustas—. Él sonrió.

—Y tú eres su emisaria?

—Le dije que pierdes el tiempo contigo. A ti no te gusta ella, verdad?

—Bueno, me cae bien.

—La besarías? —preguntó ella abriendo sus ojos y girándose a mirarlo. Daniel apretó los labios sintiéndose feliz, no tenía esta sensación desde hacía mucho tiempo.

—Por qué no? No tengo novia. Si la beso, no es como si le estuviera siendo infiel a alguien, no?

—Ya. Hombres —él rió ahora en voz alta.

—Y tú, tienes novio?

—No.

—Ah. Y... Edward? —la sintió ponerse un poco tensa, pero ella cerró sus ojos y guardó silencio por un buen rato—. Finges haberte quedado dormida? —sonrió él de nuevo—. Tan malo fue con Edward que no quieres hablar de ello? —ella no contestó, sólo movió un poco su cabeza, acomodándose mejor y lo ignoró—. Está bien —aceptó él, y volvió a abrir su libro. Tenerla aquí, acostada a su lado, era genial. No quiso dañar el momento.



:8:

A pesar de que en cuanto Jorge lo saludó le dijo que lo necesitaba para que trabajara en su empresa, Daniel realmente estaba agradecido por estas vacaciones; las había necesitado para recargar baterías, para despejarse. El trabajo que tenía ahora no era nada en comparación con la universidad, y entre otras cosas, pudo poner en práctica algunas cosas que había aprendido.

Además, este tiempo aquí de nuevo le estaba sirviendo para comprender que su mejor descanso lo conseguía siempre que Diana estaba bajo el mismo techo que él.

Debía decirle lo que sentía por ella? Debía confesarse? Tal vez ella lo rechazaría, las cosas quedarían claras entre los dos y él no tendría esperanza ya para seguir amándola.

Pero pensarlo y hacerlo eran dos cosas muy diferentes. Además, ella nunca le dio pie como para iniciar una conversación de este tipo.

Los días se fueron pasando demasiado veloces para su gusto. Tal vez fue bueno que Jorge le hiciera trabajar aun en vacaciones. Estar todo el día en casa con Diana habría sido terrible para él, y además, Nina se estaba volviendo cada vez más audaz con sus avances, así que mejor estar lejos.

Una tarde regresó y aún había sol. Frente al lago, las cuatro chicas habían montado una especie de campamento con fogata, y Marissa lo llamó para que se les uniera. Sonriendo, se acercó.

—Siéntate —le pidió Marissa, y él lo hizo entre Meredith y ella, dándose cuenta de que Nina le sonreía ampliamente, y Diana apenas si lo miraba.

—Estamos jugando verdad o reto —sonrió Nina, y Daniel notó que sostenía contra el suelo una botella de cristal—. Ya sabes cómo es, a quienes apunte la botella deben participar. Al que le toque el fondo decide si verdad o reto sobre el que le toque el pico.

—En realidad... —empezó a decir él, un poco reacio a que le sacaran sus verdades, pero todas le insistieron y tuvo que quedarse. Lamentablemente, no había otro hombre cerca para jugar, así que esto sería una especie de todos contra uno.

El juego empezó, y Daniel se dio cuenta de que algunas preguntas eran un poco subidas de tono. A Nina le preguntaron con cuántos hombres había estado ya, y ella simplemente contestó que el número era impar, y no dio más detalles por más que le insistieron. A Marissa le preguntaron si ya lo había hecho con Simon; ella, sonrojada, había contestado que sí.

Sin embargo, notó Daniel, los retos eran peores; ya en un par de ocasiones las chicas habían tenido que darse besos entre sí; quitarse ropa, o bailar danzas demasiado sexys o ridículas. Lo que sus compañeros de universidad habrían dado por estar aquí con él. Hasta que en una ocasión le tocó a él. Nina era su verdugo, y él se dio una palmada en la frente. Marissa aplaudía riendo. Las peores preguntas o retos hasta el momento los había impuesto ella.

—Pregunta, o reto? —preguntó Nina elevando una ceja. Daniel miró en derredor y respiró profundo.

—Pregunta —contestó él, imaginando que el que le hicieran alguna pregunta personal no sería tan grave como correr desnudo alrededor del lago. Sabía que Nina sería muy capaz. Ella sonrió con picardía.

—Muy bien. Excelente. Contesta: te gusta Diana?

—Qué?

—Que si te gusta Diana.

—Por qué esa pregunta?

—Tú elegiste pregunta; te la estoy haciendo. Te gusta Diana? —el corazón empezó a latirle furiosamente. Qué podía contestar? Por qué Nina le hacía esto? Estaban empezando a sospechar acaso? Qué hacer? Qué hacer?

—Claro que me gusta —rió él, tratando de quitarle seriedad al asunto—. Es guapa, es lista, es buena. El hombre al que no le guste sería tonto.

—Ah... no me gusta esa respuesta! —se quejó Nina, pero antes de que pudiera reformularla, Diana tomó la botella y la hizo girar de nuevo. Ahora el pico apuntaba a Marissa y el fondo a Nina.

—Reto! —gritó Nina. Ya le habían hecho suficientes preguntas personales.

—Besa a Daniel —ordenó Marissa y Nina gritó emocionada, se levantó y corrió hasta donde estaba Daniel para sentarse en su regazo, capturarlo entre sus brazos y piernas como si fuese una araña devorando un insecto y plantarle un beso en la boca, que no fue un beso cualquiera, ni silencioso. Meredith tuvo que agarrarla duro y desprenderla de él, y Daniel no pudo ver el reclamo silencioso que le hizo Diana a Marissa, tan ocupado como estaba riendo y huyendo de Nina.

Más tarde, cuando ya se iban a dormir, Daniel entró a la cocina por un vaso de agua fría, pues hacía mucho calor, y cuando dio la vuelta se encontró frente a frente con Nina, que, cruzada de brazos y recostada al marco de la puerta, lo miraba con un poco de intensidad.

—Qué? —preguntó él un poco nervioso. Sería violado aquí?

—No contestaste satisfactoriamente a mi pregunta. Te gusta Diana, verdad? —él sonrió mirando a otro lado.

—Lo que te contesté es la verdad.

—Pero no es la verdadera verdad.

—Hay verdades verdaderas?

—A ti ella te gusta del modo “romántico” y “para toda la vida”. Pero como no le has dicho nada, ella no te ha podido rechazar—. Daniel elevó una ceja y le dio un sorbo a su vaso de agua.

—Estás muy segura de que ella me rechazaría—. Nina se encogió de hombros.

—Soy una de sus mejores amigas, la conozco bien. Ella no te corresponde, Dan—. Daniel bajó la mirada y no dijo nada, sólo se recostó a la encimera y siguió con atención los movimientos del agua en su vaso.

—Ya.

—No lo estoy diciendo por crueldad. Es porque tú me gustas a mí. Me gustas de verdad —ella dio unos pasos acercándose a él—. Y como me gustas de ese modo, me siento en la obligación de advertirte: no tienes posibilidades con ella; ni para un romance pasajero, ni para un amor de verdad —. Daniel siguió en silencio, y ella aprovechó para acercarse aún más. Le quitó el vaso de agua de las manos y lo dejó a su lado en la encimera.

Daniel la escuchaba con un poco de dolor. Por qué ella sonaba tan segura? Qué sabía de Diana que la llevaba a aseverar algo así?

—En cambio yo —siguió Nina en un susurro y poniendo sus manos sobre su pecho—, yo podría amarte tal y como te mereces que una mujer te ame, Dan; por unos años, o para siempre, como tú quieras —y dicho esto, lo besó. Al principio fue un beso suave sobre sus labios, y Daniel cerró sus ojos. Como él no se resistió, los labios de Nina fueron explorando. Ella había deseado esto casi desde que lo había conocido, y ahora se consideraba buena a la hora de complacer a un hombre. Sacó levemente su lengua y la pasó por sus labios, le rodeó la cintura y fue profundizando el beso hasta

que él se alejó. Sólo fue un leve movimiento de su cabeza, pero ella entendió el mensaje.

Un poco reacia a dejarlo, Nina besó la línea de su mandíbula hasta su cuello, y entonces sintió que todo él se puso tenso, la tomó de los brazos y la alejó. Él miraba hacia la puerta aterrado, y ella se giró. Allí estaba Diana, un poco pálida, pero, a pesar de la escena que se había encontrado en la cocina de su casa, muy calmada.

—Chicos, saben lo que diría mi padre si los encuentra aquí? —preguntó ella caminando hasta un aparador y sacando un vaso de cristal.

—Perdona. Creo que debimos ser más discretos —rió Nina, recostándose en la encimera al lado de Daniel, pero él miraba a Diana con el ceño fruncido. Pero qué escena podía montar ella? Acaso era su novia?

—Bu... buenas noches —dijo, y salió de la cocina.

Nina sonrió mirándolo alejarse. Diana sacó un vaso de agua fría y lo bebió en un par de tragos.

—No vas a hacer nada, de veras? —le preguntó Nina.

—Nada con respecto a qué?

—Si hubiese continuado por unos minutos más, ese hombre habría sido mío esta noche. No vas a hacer nada para evitarlo?

—Daniel es un hombre hecho y derecho —respondió Diana tranquilamente, aunque Nina notó que cerraba la puerta de la nevera con un poco de brusquedad.

—Él me gusta, Diana. He esperado todo este tiempo, pero si tú no haces nada...

—Nina, me cansas con ese tema —dijo Diana, y salió de la cocina.

Daniel durmió poco esa noche. Las palabras de Nina no dejaron de darle vueltas en la mente. De verdad Diana nunca le correspondería? Pero hasta qué punto era su indiferencia hacia él?

Lo averiguó demasiado pronto.

Faltando poco para el final del verano, recibió una llamada de su amigo Thomas, que le informó que estaba en la ciudad. Acordaron verse de inmediato en un bar, charlar y tomar algo. Thomas era de los pocos hijos de ricos que le caía bien, pues por lo general, lo que decía iba acorde con lo que hacía y pensaba.

Cuando se vieron, se abrazaron el uno al otro, y Thomas insistió en invitarlo a unos tragos.

—Qué haces por aquí? —le preguntó Daniel. Thomas sonrió.

—Vine con papá. Él está en New York haciendo una especie de gira por los hoteles en este lado del país, así que, ya que estaba muy cerca, quise venir y verte.

—Nos vamos a ver bastante ahora que regresemos a la universidad.

—Sí, es sólo que me extrañó que no te quedaras haciendo algún curso o diplomado. Casi nunca estás sin hacer nada.

—Bueno, digamos que mi benefactor así lo exigió.

—Jorge Alcázar, eh? Parece bastante imponente.

—En lo que se refiere a mí, a veces lo es. Tiene órdenes absurdas a veces.

—Como por ejemplo, lo de la carrera de Esteban —Daniel sonrió de medio lado. Thomas sabía la verdad, no había sido capaz de ocultársela cuando se dio cuenta de que siempre tenía el doble de trabajo en todo, y él había sido un buen amigo y lo había reñido por eso. Pero también le había guardado el secreto.

—No, Jorge no me pidió eso. Él sólo me pidió que lo ayudara a entrar, pero que hice un trato con Esteban, y estoy obligado a ello si quiero tener dónde trabajar cuando me gradúe.

—Cuando te gradúes —refunfuñó Thomas—, habrá gente haciendo fila para que trabajes para ellos. Te lo he dicho, yo mismo podría contratarte. Eres bueno!

—Gracias... —se quedó en silencio cuando vio algo que le llamó la atención al fondo del salón. Era nadie menos que Diana alcázar. Sonrió como siempre que la veía, pero entonces se quedó un poco confundido. Ella no estaba sola. Había un hombre, cuyas facciones no pudo ver claramente a causa de la luz tenue del lugar, muy cerca a ella y que le susurraba cosas al oído.

Sin poder evitarlo, se puso en pie.

La cabeza le iba gritando que se quedara sentado, que nada tenía que ir a buscar allí. Pero el corazón le reclamaba que fuera y se pusiera delante de ella y de ese hombre, y le mostrara a ella su cara.

Hizo caso a su corazón, pues gritaba más fuerte, y Thomas, extrañado, se puso en pie también y lo siguió.

—Diana? —saludó él. Ella se había puesto en pie en ademán de salir, y notó que el hombre también. Lo miró un poco sorprendida, pero luego sonrió como si nada.

—Hola, Dan. No me imaginé que estuvieras aquí. Ah, estás con un amigo —sonrió ella mirando a Thomas.

—Quién es tu amigo, Di? —preguntó el hombre, y ella, con movimientos un poco torpes, lo presentó.

—Es alguien de mi familia. Es... —Daniel la vio respirar profundo. Ella estaba un poco agitada, y eso lo confundió un poco— Daniel es como mi primito, o mi hermanito. Aunque es mayor que yo—. Daniel arrugó su entrecejo. Como un primito? Vaya, eso había dolido.

—Bueno, pero no te vas a quedar charlando con tu primito, verdad? Tú y yo tenemos cosas que hacer.

—Sí, vamos —dijo Diana mirando a Dan a los ojos como suplicando una disculpa.

—Estás bien? —preguntó Daniel—. Estás aquí por tu voluntad?

—Claro que sí, idiota —reclamó el hombre, y Diana se echó a reír.

—Estoy súper bien. Él es un amigo, lo conozco desde Italia.

—Pero tú...

—Por favor —le rogó ella cuando él hizo ademán de tomarle el brazo. Se alejó un paso y puso una mano en la cintura del hombre que estaba a su lado—. Siempre te preocupas demasiado por mí, pero esta noche no es necesario. Bertram es un amigo, estoy a salvo con él—. Luego miró al tal Bertram y le preguntó—: Vamos?

Daniel la miró mientras se alejaba sin poder aceptar lo que estaban viendo sus ojos. Esto tenía que ser una especie de pesadilla, Diana no podía estarse yendo con un sujeto extraño por esa puerta. Se quedó allí, de pie, viéndola alejarse abrazada a ese hombre sintiendo un dolor agudo y lacerante en algún lugar de su ser. El alma, seguramente. Por qué no había podido él evitar que ella se fuera con otro? Por qué sus sentimientos no la alcanzaban? Cómo podía Diana no darse cuenta el dolor tan terrible que le estaba causando?

Y luego se rió de sí mismo recordando las palabras de Nina. Si ella se enteraba de lo que él sentía por ella, si él se confesaba, sólo sería rechazado. La situación sólo podía ser distinta si ella sintiese lo

mismo por él, y estaba más que visto que eso no era así. Así como él no había podido estar con ninguna mujer a pesar de que muchas se le habían ofrecido, se suponía que ella no podría estar tampoco con ningún hombre.

Y ahora sí que se sintió patético. Para quién estaba guardando su primera vez? La única mujer que él deseaba en el mundo iba rumbo a un hotel, o a un apartamento de soltero, para estar con un hombre.

Ah, dolía, de veras que dolía.

—Hey, estás bien? —le preguntó Thomas. Daniel apenas si lo escuchó, y tuvo el impulso de ir tras Diana e impedir que se fuera con ese hombre, pero la voz de ella llamándolo “primito” lo detuvo.

Y era la segunda vez que pasaba esto delante de sus narices. Era la segunda vez que Diana prefería a otro por encima de él. Hasta cuándo la iba a amar tanto? Tenía razón su madre cuando le dijo que el amor no era una emoción, sino un ser vivo. Bueno, ahora tenía a ese ser vivo frente a la bestia de los celos más su sentido común, que se preciaba de ser fuerte. Ese amor debía morir, como fuera...

Un clavo saca otro clavo, decían...

Miró en derredor, y se dio cuenta de que una rubia lo observaba y le hacía miradas dicientes.

Tal vez era una buena noche para empezar la vida.

Daniel Santos regresó a la mansión sólo para recoger sus cosas, y se prometió a sí mismo no volver a esta casa nunca más. En cuanto se graduara, se iría a otro lugar. No podía seguir en un sitio donde cada pared, cada mueble y cada cuadro le recordaran a su verdugo.

A Jorge simplemente lo llamó disculpándose por dejarle el trabajo tirado, inventó una excusa y tomó su vuelo de vuelta a Boston el mismo día. No vio a Diana para nada. Mejor.

Se sentía triste, herido, decepcionado.

Al regresar a Boston, y a las clases, todos observaron a un Daniel muy diferente al que solía ser. Había cambiado su manera de vestir, de llevar el cabello; ahora tenía la frente despejada y lucía ropa de excelente calidad, y sonreía más, asistía más a las reuniones y fiestas, y descubrieron que era, además, un tigre seduciendo mujeres.

Las prefería rubias. De a una o de a dos, pero siempre rubias. Las morenas parecían producirle urticaria, así que las fiestas que luego él mismo empezó a dar en el apartamento estaban llenas de rubias. Si eres rubia y guapa, tendrás el trago gratis, rezaba su lema, y pronto se fue haciendo mucho más popular de lo que alguna vez soñó.

Thomas estaba perplejo. No tenía ni idea de por qué él se estaba comportando así ahora, pero se imaginó que tenía que ver con la mujer que habían visto en ese bar. Verla con otro lo había puesto así? Esperaría él a tocar fondo para despertar?

—Qué te está pasando! —le gritó Esteban en una ocasión. Había tenido que hablar con uno de sus profesores, pues su trabajo se había retrasado, y no veía a Daniel con ánimo de hacerlo—. Te vas a tirar mi vida universitaria? Es que ya no te importa el trato que hicimos? —Daniel lo miró demostrando el aburrimiento que le producían sus reclamos. Además, tenía un poco de resaca—. Esto no puede seguir así, tienes que reaccionar!

—Qué vas a hacer? —preguntó Daniel con voz perezosa—. Llamar a tu padre y decirle que no te estoy haciendo las tareas? No me hagas reír—. Esteban apretó los dientes. No, no podía llamar a su padre y decirle tal cosa, pero había alguien que sí le pondría los puntos sobre las íes, y que él no

podría desoír.

Llamó a Diana.

Eran las dos de la mañana cuando su teléfono timbró, al ver que era su hermano, lo ignoró. Pero el teléfono volvió a timbrar. Sabiendo cómo de insistente podía ser su hermano, se sentó y contestó la llamada.

—Más te vale que sea algo importante o te colgaré de donde ya sabes la próxima vez que te vea.

—No te molestaría si no fuera de vida o muerte. Tienes que ayudarme—. Diana quiso echarse a reír, pero tenía demasiado sueño y estaba demasiado molesta por haber sido despertada tan bruscamente—. Tienes que venir a Boston inmediatamente.

—Sí, espera, ya estoy comprando el tiquete.

—Es en serio, Diana! Daniel está muy mal! —eso llamó su atención. Su sueño se fue de inmediato.

—Qué pasa con Dan?

—Se ha vuelto completamente loco! —exclamó Esteban—. No me hace caso, no le hace caso a nadie! Alguien tiene que venir a ayudarlo, y no se me ocurrió nadie más que tú.

—Cómo que se ha vuelto loco? De qué hablas?

—Ya no estudia, está faltando mucho a clases. Parece que no le importara otra cosa más que las fiestas y las mujeres.

—Ya. Menuda estupidez —rezongó Diana volviendo a tirarse en el colchón—. Sabía que me llamabas sólo para tomarme el pelo.

—Pero es verdad! Te lo juro por mamá! —Diana guardó silencio. En el universo de Esteban, Laylah era lo más sagrado de lo sagrado. Con su nombre no se jugaba. Pero entonces, eso la preocupó aún más.

—Estamos hablando del mismo Daniel? Daniel Santos?

—El mismísimo! Sólo tú puedes ponerle el alto, estoy seguro de que a ti sí te escuchará antes de que algo grave suceda!

—Es que no me parece el mismo Daniel. Dan es... diferente, él jamás depondría sus estudios por la diversión, sé cuán importante es para él hacerse profesional...

—Pues cualquiera que fuera su motivación, se le olvidó, o murió, o dejó de ser. A ti te escuchará, así que por favor ven y sálvalo—. Diana cerró sus ojos.

—No creo que me escuche.

—Nunca quise decirte esto, porque no me importaba —siguió Esteban, dispuesto a todo con tal de convencerla—, pero él siempre ha estado enamorado de ti —Diana se llevó una mano a la frente y cerró sus ojos con fuerza—. Si te ve aquí, tal vez entre en razón. Un hombre no puede ignorar de verdad a la mujer que ama. Ven, Diana. Sálvalo.

Diana miró en derredor la oscuridad de su habitación. Los ojos se le habían humedecido sólo de imaginarse las razones de Daniel para hacer esto.

—Está bien. No te garantizo nada, pero iré.

—Gracias, hermana.

—Y no me volverás a pedir favores en lo que te reste de vida.

—Lo que quieras. Si logras hacer que entre en razón, no lo necesitaré.

Diana cortó la llamada y apretó su teléfono contra su pecho deseando llorar.

—Dan, Dan... —susurró—. Qué te estás haciendo? Qué te estoy haciendo?

Sin perder tiempo, tomó su pequeño portátil y entró a internet para comprar los tiquetes que la llevarían a Boston ese mismo día. Afortunadamente, era fin de semana, así que no tendría que excusarse en la escuela de Artes.

:9:

Diana llegó en el auto de Esteban al apartamento que compartía con Daniel. Su hermano nunca había estado tan atento ni tan solícito en su vida; la había ubicado en un excelente hotel para que se sintiera cómoda, y la había llevado y traído en su auto todo lo que había necesitado sabiendo que ella no conducía. A pesar de todo, ella aún lo miraba con sospecha. Realmente esperaba que todo fuera una broma de muy mal gusto.

Si así era, entonces Esteban definitivamente era el peor hermano del mundo; ella había atravesado todo el Atlántico sólo por una llamada de auxilio.

Bueno, esa llamada de auxilio tenía que ver con Daniel.

—Hasta aquí te acompaño —le dijo Esteban en el primer piso frente al ascensor—. Compórtate como si fuera idea tuya el venir aquí; por nada digas que fui yo quien te trajo.

—Qué? Es que le temes a Daniel? —sonrió Diana con ironía.

—Claro que no! Pero... en este momento no me conviene que se disguste conmigo. Sube. Toma la llave del apartamento—. Diana recibió la llave y la cerró en su puño—. Llámame cuando termines y vendré por ti.

—Bien—. Diana se giró y pulsó el botón de llamada del ascensor. Esteban salió de nuevo y subió a su auto. Miró en derredor. De verdad que estaba confiando demasiado en ese idiota.

Subió hasta el piso de ambos y fue fácil localizar el apartamento, pues salía música a todo volumen, y la puerta estaba abierta. Entró llamando con el nudillo por pura decencia, pero la verdad era que nadie le prestaba demasiada atención. Las luces estaban tenues, y una rubia se besaba con un chico en la pared al lado de la puerta. Otra rubia reía a carcajadas mientras otro chico la bañaba en cerveza, y dos rubias más hablaban muy cerca a otro hombre que las tenía rodeadas a cada una por la cintura.

Rubias por aquí y por allá, y el ambiente mostraba que esto estaba a punto de convertirse en una orgía.

—Mira, una morena! —dijo alguien, y ella se giró. Sí, definitivamente era la única morena aquí.

—Ah... busco a Daniel.

—Cariño, todas buscamos a Daniel —sonrió una con picardía, y Diana frunció su ceño un poco molesta por esa expresión.

—Dónde está él? —la mujer no contestó, sólo miró hacia arriba mordiéndose los labios con sensualidad, y Diana buscó las escaleras. Esto era un dúplex, así que llegó al nivel de arriba y allí encontró las habitaciones de Esteban y Daniel. Una de ellas estaba abierta y ella entró, esta vez no se molestó en llamar.

Allí estaba Dan, su Dan; sentado en el sofá con los pantalones jean abiertos hasta mostrar su ropa interior, sin camisa, con una rubia semidesnuda a la derecha, y otra a la izquierda. Al verlo, quedó prácticamente paralizada; una de ellas lo besaba profundamente y lo tocaba como si tuviera ocho manos, y la otra, recostada a él, bebía directamente de una botella de cerveza.

—Qué bonita! —dijo la que bebía de la botella, y Daniel interrumpió el beso y se giró a mirarla. Está ebrio, pensó ella. Tenía los ojos enrojecidos, el cabello desordenado, aunque echado hacia atrás, y en sus ojos no había ese brillo inteligente que ella tan bien le conocía. Además, él tampoco sonrió al verla.

Verlo así confirmaba sus peores temores; él se estaba autodestruyendo, y no debía, no tenía por



qué. No quería pensar que ella era el motivo; el que la viera con otro no tenía por qué haberlo puesto así. Antes de conocerla, él había tenido sueños y metas, ella no podía ser el centro de sus deseos, ni de su vida. Urgentemente, Daniel tenía que cambiar.

Daniel la miró por tres segundos, y acto seguido, le quitó la botella a la de su derecha y bebió de ella.

—Esa de allí, chicas —dijo él, señalándola con su índice—, es el amor de mi vida...

—Qué buen gusto tienes! —dijo la ebria, que se puso en pie y caminó a ella, vistiendo sólo unas bragas rosa de encaje, para mirarla como si fuera una rara mariposa. Diana dio un paso a un lado apretando contra su regazo su bolso. Miró de nuevo a Daniel, esperando que algo de esta escena cambiara, deseando que esto sólo fuera una mala pesadilla. Empezó a sentir ganas de vomitar.

—Te unes? —preguntó Daniel con una media sonrisa que, aparte de todo, era preciosa. Ella no le conocía esta sonrisa. Era la de un macho en celo, travieso, y que invitaba a su hembra al sexo. Diana sintió algo extraño recorrerle el cuerpo entero.

—Estás drogado? —le preguntó con cautela, y lo vio hacer una mueca dubitativa.

—Tal vez.

—No. No eres Daniel...

—No te unes, entonces? —la interrumpió él—. Si no es para eso, no entiendo qué haces aquí.

—El Daniel que yo conozco jamás...

—El Daniel que tú conoces? —volvió a interrumpirla él esta vez poniéndose en pie, decepcionando a la rubia que lo tocaba indecentemente y mirándola con ceño—. Ese sujeto aburrido que no hace sino suspirar por ti?

—Nunca te consideré aburrido.

—Ese sujeto al que, en dos ocasiones, le restregaste en la cara tus novios?

—Nunca te restregué nada! —gritó Diana.

—Ese Daniel está muerto! —respondió Daniel, y Diana lo miró con profunda tristeza—. Lo mataste tú. Y dos veces, por si a la primera te quedó la duda.

—Y por eso... estás así?

—Qué te estás creyendo, que eres el centro de mi universo?

—Entonces por qué te comportas de esta manera? Acaso hicimos alguna promesa que yo rompí? O tal vez esperabas algo que no te puedo dar?

—Te unes, o no? —volvió a preguntar él señalando con un brazo la cama, desordenada como si recientemente hubiese estado siendo utilizada, y como si no hubiese escuchado lo que ella dijo. Diana dio un paso atrás. Este Daniel no le gustaba. Oh, se veía guapo, a pesar de lo ebrio, de lo toqueteado y besado por esas mujeres, pero no era el Daniel con el que ella se sentía a gusto—. Deberías unirte. O si te molestan los cuartetos y los tríos, echo a las rubias y me quedo contigo. No deberías despreciarme —siguió él acercándose más a ella a paso lento y con la misma sonrisa—, mira que tengo fama de dejarlas a todas muy satisfechas.

—Totalmente cierto! —gritó una de las rubias elevando su mano y riendo. Diana sólo sacudió su cabeza.

—Volveré cuando estés sobrio—. Él tendió una mano en ademán de tocarla, y Diana logró escabullirse.

—No tienes que volver! —exclamó él, molesto—. No tienes nada que hacer aquí! Ah, y por favor, dile a Bertram que saludos de tu primito! Dile que ya me salió pelo en el pecho!

—No tienes pelo en el pecho —rió una de las rubias, y la otra hizo coro a su risa tonta.

Daniel observó a Diana dar la espalda y salir de su habitación, y por alguna razón, el que ella no estuviera aquí le hizo sentirse solo y vacío. Así que, como si su cuerpo se mandara solo, fue tras ella.

Pero ella ya había bajado.

Fue fácil localizarla, era la única mujer completamente vestida y de cabello oscuro; y ahora mismo, atravesaba la puerta principal como una exhalación.

Corrió tras ella y la atrapó en el pasillo frente al ascensor pegando la delgada espalda de ella contra su pecho desnudo.

—Suéltame! —gritó ella, pero él la apretó más en su abrazo.

—Dime que esto no es un sueño, dime que en verdad estás aquí—. Ella soltó un sollozo, y Daniel cerró sus ojos. Por qué ella lloraba? La había hecho llorar él?

—Suéltame —volvió a pedir ella, aunque sin demasiada fuerza.

—Por qué viniste? Por qué estás aquí? Estás aquí realmente, o esto es una alucinación?

—Tal vez no debiste beber tanto.

—Te amo, mujer —susurró él contra su cabello, inhalando el aroma de su champú, sintiéndose extasiado otra vez—. Te amo tanto... que no tenerte me está matando.

—No. Tú te estás matando. Por qué haces todo esto, para castigarme?

—Para olvidarte!

—Funciona?

—Diablos, no.

—Entonces detente ya! —él la giró entre sus brazos y la miró a los ojos.

—Por qué no eres consciente de mí? Por qué soy tan fácil de olvidar para ti?

—Qué tonterías estás diciendo?

—Es que no te das cuenta de que no puedo estar sin ti? Nunca me has amado, y sin embargo, siento que te necesito para continuar. No tengo fuerzas, Diana. He perdido demasiadas cosas en mi vida. Admitir que no te tendré jamás es demasiado para mí, para qué continuar así?

—No digas tonterías —le pidió ella casi en un ruego, y apoyó sus manos en sus mejillas ásperas—. Si tú te rindes, qué queda para mí? —Daniel no dudó en aprovechar el momento y se inclinó a ella para besarla. Tomada por sorpresa, Diana quiso rehuir al beso, pero él la atrapó contra la pared.

Él era experto besando. Succionaba y lamía sus labios con pericia, y ella quiso quejarse por semejante invasión y rechazarlo, pero su lengua inquieta, y sus brazos y manos gentiles lograron en ella un extraño efecto que la mantuvo allí clavada entre la pared y él. Entonces, a ella no le importó que esa boca minutos antes hubiese sido besada por otra, ni que esa piel antes hubiese estado expuesta a las manos de otra, y lo besó y lo abrazó.

—Te amo —susurraba él—. No te amo de manera platónica, ni infantil. Te amo, Diana —ella tenía el rostro anegado en lágrimas, y separando un poco su rostro de él, sacudió su cabeza negando.

—Por qué? —preguntó—. Nunca fui especial contigo.

—Porque es mi destino amarte, como si el universo me hubiese diseñado para ello. Mi cuerpo vibra por ti, mi alma te reclama! Si tú... si tú me dejaras demostrártelo, yo estoy seguro de que...

—No. No debes amarme. No puedes amarme.

—Diablos, por qué? Porque soy un pobretón sin nombre?

—No!

—Porque no sé quién es mi padre?

—Dan, no! No tiene nada que ver contigo! Sólo... enamórate de otra mujer, una adecuada para ti, una que pueda hacerte feliz y déjame ir!

—Si pudiera hacer tal cosa, lo habría hecho hace años! —gruñó él, y Diana vio en su expresión un poco de furia—. Pero qué puedo hacer? No soy más que ese idiota búho enamorado de su estrella. Hermosa, brillante, pero inalcanzable, a años luz de mí! Y cada paso que doy hacia ti, tú te alejas cien más!

Ella bajó la cabeza, y él la escuchó llorar. Un poco arrepentido por haber alzado la voz, la volvió a envolver en sus brazos, le besó el cabello, paseó sus manos por su delgada espalda, y le susurró cosas para tranquilizarla.

—Tienes que olvidarte de mí —susurró ella—. No soy mujer para ti. Yo... no puedo estar contigo, no de la manera que tú deseas.

—Dime la manera, y yo lo aceptaré.

—No, no lo harás. No te conformarás con lo que puedo darte.

—Pero ahora te besé y tú respondiste a mi beso —ella esquivó su mirada—. Me besaste, Diana.

—Eso fue...

—Me quieres, aunque sea un poco? —ella meneó su cabeza, pero de su boca no salió nada—. Si es sólo un poco... no me importa, yo...

—Dan...

—Oh, sí. Di mi nombre.

—No. Dan.. —él volvió a besarla, atrapando el nombre que escapaba de entre sus labios. La besó duro, entre castigándola y vaciando sobre ella todos sus sentimientos. Todos sus años de frustración recayeron en ese segundo beso, y Daniel se sintió luego vacío, vacío y solo, pues, cuando abrió los ojos de su hermoso beso, ella no estaba por allí.

Miró en derredor y pestañeó. Estaba sentado en el pasillo, solo, descalzo y sin camisa. Con frío.

Se estuvo allí otro rato más, escuchando la música salir de su apartamento. Unas personas salieron y lo vieron allí; al reconocerlo, le dieron una mano para que se pusiera en pie.

—Qué haces allí? —le preguntaron entre risas. Él meneó la cabeza sintiéndose mareado, con náuseas. Y tuvo que correr al baño más próximo para vomitar.

—Fuera todos! —gritó alguien en la sala. Se escucharon protestas, pero igualmente, la música cesó, las luces se encendieron, y la gente empezó a salir.

La puerta del baño donde estaba se abrió, y en la entrada, Daniel vio a Thomas Brenner, que se puso en jarras al verlo.

—Eres patético. Vas a seguir con esto?

—Tuve un sueño —susurró Daniel, sentado frente a la taza del inodoro en el suelo del baño—. Un sueño hermoso; Diana estuvo aquí —Thomas no le prestaba demasiada atención, pues tomó una toalla y la puso bajo la llave del agua fría, para luego ponérsela sobre la cara. Él reaccionó al frío temblando, pero siguió hablando—. Ella estaba aquí, aquí... Y yo al fin le dije que la amo. Le dije que

no puedo dejar de amarla.

—Sí, sí. Muy romántico —refunfuñó Thomas ayudándolo a levantarse y acusando su peso.

—Y la besé —siguió Daniel con su relato, llevándose los dedos a los labios—. Y ella me besó. Fue un beso... no... dos besos. Fue tal como imaginé que sería, Thom. Fue un beso perfecto.

—Sube —lo apuró Thomas, ya frente a las escaleras—. Joder, qué te pusieron esos amigos tuyos en la bebida? Estas drogado, cierto? Qué hubiese sido de ti si no vengo? Y qué vas a hacer mañana en el examen parcial?

—Y le dije que soy un búho y ella una estrella —continuó Daniel, ajeno a las quejas de su amigo.

—Joder, para ya, quieres? El mundo alrededor se destruye y tú sólo piensas en Diana!

—Ella es mi estrella —se explicó él, y Thomas lo arrastró hasta su habitación y lo dejó caer en el colchón de su cama—. Es mi estrella —siguió Daniel—. Es mi destino. Mi maldición.

—Sí que lo es. Mírate cómo estás. Definitivamente, hoy das lástima. No me gustan los amigos lamentables.

—Por qué me soportas, entonces?

—Porque no siempre fuiste lamentable. Tengo la esperanza de que vuelvas a la normalidad.

—Quiero a mi mamá —susurró Daniel girándose en la cama y abrazando la almohada. Thomas sonrió meneando su cabeza. Él ahora parecía un niño de dos años dormido y con su oso abrazado.

—Sí, yo también a veces quiero a mi mamá. Pero no se lo digas a nadie.

“No soy más que ese idiota búho enamorado de su estrella”, recordó Diana entre lágrimas cuando iba de camino al hotel. “Porque es mi destino amarte, como si el universo me hubiese diseñado para ello”.

De verdad, había algo como el destino?

Si era así, el tal destino odiaba a muerte a Daniel Santos.

Qué podía hacer ella? De qué manera podía ayudarlo para que la olvidara, para que se diera una oportunidad con otra?

El taxi se detuvo frente al hotel, y ella bajó. A pesar de que Esteban le había dicho que lo llamara cuando terminara, ella no lo había hecho, y había tomado un taxi hasta aquí.

Daniel la había besado, y ella se lo había permitido. No sólo eso, también le había devuelto el beso. Cuando se trataba de sus propósitos con respecto a él, se reprochó ella, no era muy firme, ni muy constante.

Atravesó el lobby del hotel sin mirar a nadie, y siguió hasta los ascensores que la llevarían a su habitación. Se daría un baño, dormiría unas horas y se devolvería en cuanto pudiera a Italia. Debía poner todo un océano en medio de los dos, y pensó que lo mejor sería radicarse allí luego de que terminara sus estudios. No estaría mal poner su soñada galería de arte allí. Si no volvía a ver a Daniel después de esto, mejor.

Luego de que la besara, él prácticamente había caído desmayado. Lo sostuvo todo lo que pudo, pero era un hombre grande y pesado, y tuvo que apoyarlo en el suelo. Cuando estuvo allí, con sus ojos cerrados, oliendo a alcohol, y seguramente bajo los efectos de alguna otra cosa, lo miró todo lo que quiso, paseó sus dedos por su rostro como si estuviera memorizando sus rasgos para luego esculpirlo, que no le habría sido nada difícil. Estaba ebrio, triste, tal vez drogado, y ahora su cuerpo estaba sufriendo los excesos.

Ah, pero era tan guapo, que ella no pudo resistir la tentación de acomodar sus cabellos a como él

usualmente los llevaba, y besar nuevamente sus labios. Sus pestañas largas y claras reposaban sobre sus mejillas y ella las besó también. Ese niño que ella había consolado en la piscina se había transformado en un hombre, en un hombre cuyo cuerpo vibraba por ella.

Había hecho una mueca de dolor y cerrado sus ojos al recordar esas palabras. Daniel decía no ser hábil para expresarse adecuadamente. Constantemente necesitaba ayuda con los ensayos en la materia de lenguaje, o con cualquier cosa que tuviera que ver con las palabras, pero cuando se inspiraba, realmente podía decir frases bonitas. Cualquier mujer habría estado feliz de ser la destinataria de semejantes declaraciones.

—Eres joven, guapo, inteligente y bueno. Miles de mujeres matarían por ti—. Una lágrima llegó a su boca, y Diana la sintió salada y cálida—. Olvídate de mí. Te lo ruego. Por tu bien, olvídate de mí.

Besó su frente y lo dejó allí, con la esperanza de que pronto alguien lo encontrara. Cuando se puso en pie, el teléfono de Daniel empezó a vibrar, y ella tomó la llamada. Era un tal Thomas Brenner, que le hablaba a Daniel.

—Espero que estés estudiando para lo de mañana —decía el tal Thomas.

—Ven por él —susurró Diana. Un amigo que se preocupara por él era exactamente lo que Daniel necesitaba.

—Quién eres? Qué haces con el teléfono de Daniel?

—Ven por él —repitió Diana—. Dan... no se siente bien. Ayúdalo.

—Qué le hiciste? —cortó la llamada, guardó el teléfono en el bolsillo del pantalón de Daniel y salió del edificio. Ya había hecho por él todo lo que debía y podía.

Ahora, en su habitación de hotel, sentía que no podría parar de llorar. Sentía dolor, pero sobre todo, ira. El destino era malo.

Amaneció, y sin contemplaciones, Esteban corrió las cortinas de la habitación de Daniel. Éste arrugó el rostro como si tuviera un taladro sobre su sien.

—Deja! —quiso gritar, pero sólo le salió un quejido lastimero.

—Qué terriblemente patético eres.

—Qué haces aquí?

—Estoy preocupado, tenemos examen parcial hoy —dijo Esteban—. Muy probablemente lo perderemos, y todo será tu culpa.

—Debiste estudiar por tu cuenta esta vez, por lo menos.

—Qué irresponsable de tu parte! —exclamó Esteban, y Daniel hizo una mueca ante el sonido de su voz—. Teníamos un trato, y lo has incumplido! Si pierdo el examen de hoy, será tu culpa! —Daniel abrió finalmente los ojos, y se encontró con un Esteban muy limpio y muy peinado frente a él. La cabeza le dolía, todo en la habitación daba vueltas, y tenía rezagos de un sueño anoche donde estaban Diana, Thomas, y un par de rubias.

Se sentó poco a poco en la cama. Lo de Diana no era extraño, soñaba con ella constantemente, y lo demás, sólo era tal vez parte de su realidad. Últimamente había muchas rubias alrededor.

—Qué quieres de mí? Acaso no he hecho bien mi trabajo todo este tiempo?

—No este semestre —lo acusó Esteban—. Estás fallando demasiado, y es improbable que comprendas igual las explicaciones de los profesores.

—No necesito escucharlas —presumió Daniel, y bajó los pies de la cama notando que llevaba los pantalones de anoche. Por lo general, despertaba desnudo—. Todo lo sacan de los libros, es una tontería. Casi puedo predecir lo que preguntarán... y no te he fallado hasta ahora.

—Si cometes un error y nos descubren, estás acabado —Daniel se echó a reír, aunque eso le produjo punzadas en alguna parte de su cráneo.

—“Estoy”? Estamos, hijo.

—Como sea. No te busques problemas —y dicho esto, Esteban salió de la habitación. Daniel se estuvo allí, sentado en la cama y pensando, largo rato. Para que Esteban se presentara aquí a estas horas de la mañana, realmente debía estar preocupado, pero le estaba bien empleado, ya que hasta hoy, había sido Esteban quien disfrutara de fiestas, viajes y diversión, mientras él tenía todo el trabajo.

Suspiró mirando con cautela hacia la ventana. Tenía otro día vacío que enfrentar. Otro día lleno de trabajo, de estudio, de profesores esperando demasiado de él.

Otro día en su vida.

Sin embargo, reunió fuerzas y se puso en pie. Tenía deudas, deudas importantes, compromisos ineludibles. A veces, las deudas y los compromisos eran mejores que nada como motivo para levantarse cada mañana.

—Daniel Santos? —escuchó él a sus espaldas, y se giró para mirar quién lo llamaba. Un estudiante le entregaba un sobre. Lo recibió dando las gracias y lo abrió mirando que el remitente era uno de sus profesores; lo estaba citando para una reunión en su oficina en un par de horas.

Tenía libre, así que estuvo allí antes de la hora, y luego abrió su boca asombrado dándose cuenta de que también Esteban había sido citado.

—Qué haces aquí? —reclamó Esteban al verlo. Daniel respiró profundo recordando que también aquí él odiaba que se les viera juntos. Jorge no lo sabía, pero el apartamento que supuestamente compartían, lo habitaba él solo, pues su querido compañero se había ido a vivir a otro lado para que no los vincularan. Le salía más caro, pero él lo prefería así.

—Siento incomodar tu perfecto universo —contestó Daniel—, pero fui citado aquí por el profesor...

—También yo, por eso te pregunto! —gritó Esteban—. No será que...

—Entren —dijo de repente el profesor, asomándose a la puerta e interrumpiéndolos. Daniel y Esteban entraron, encontrando dentro otro sujeto que ellos no conocían. Daniel empezó a sentir cómo los latidos de su corazón empezaban a acelerarse.

—Ya deben imaginarse por qué están aquí —dijo el profesor ofreciéndoles asiento.

—No, realmente —contestó Esteban manteniéndose en pie, cruzándose de brazos y mirando al profesor como miraría un señor feudal a su aldeano más atrevido.

—Entonces tendré que explicarlo desde el principio. Esta persona aquí es Tobias Smulder. Coordinador disciplinario de la facultad—. Daniel sintió la mirada de Esteban, pero se resistió a devolvérsela—. Tenemos entre manos un caso bastante interesante —siguió el profesor recostándose en su silla. Miró a Smulder dándole la palabra.

—Por lo general —siguió el hombre—, esto es breve. La expulsión, y ya está.

—Expulsión? —reclamó Esteban—. De qué mierda están hablando? Qué prueba tienen? Yo no he hecho nada!

—Señor Alcázar —lo detuvo el coordinador—, no le hemos acusado de nada. Aún. Y en todo caso, si se va a dirigir a cualquiera de nosotros, tenga el cuidado de usar palabras respetuosas.

—De todos modos, tenemos la prueba —siguió el profesor, poniendo sobre la mesa una carpeta y sacando de ella un sinnúmero de folders con papeles dentro que, Daniel supo, eran suyos y de Esteban; todos los trabajos entregados en el último semestre estaban allí.

Daniel sintió un frío recorrerle la espina dorsal, y cerró sus ojos con angustia. Todo había acabado para él.

—Hubo fraude en todas estas entregas —aseveró el profesor—. Uno de ustedes dos ha estado haciendo el trabajo de ambos desde que entraron aquí. Me gustaría que confesasen y se evitaran todo el proceso disciplinario que tendrá que llevarse a cabo hasta demostrarlo.

—Me está diciendo... —rugió Esteban alzándose sobre el profesor—. Me está llamando estafador o fraudulento o qué mierda? A mí? Sabe acaso quién soy yo?

—No lo sé, ni me interesa —contestó el profesor mirándolo con severidad—. Dado que usted claramente está implicado en este asunto, no me interesan las amenazas que pueda proferir aquí.

—Llamaré a mi abogado!

—Me parece una excelente idea!

—No! —gritó Daniel poniéndose en pie y poniendo una mano en el pecho de Esteban—. Quieres calmarte, por favor?

—Acaso soy tú? Acaso estoy acostumbrado a que echen mierda sobre mí y a quedarme como si nada?

—Perderás esta pelea. No te enfrentes.

—No lo acepto! Soy Esteban Alcázar! No acepto que alguien lance acusaciones sobre mí y se quede como si nada! Haré que lo echen —gritó, señalando al profesor con su índice—, le haré comer estiércol!

—Cálmate, Esteban!

—Y esperaré una carta con sus disculpas luego —siguió gritando Esteban mirando al par de hombres que no se podían creer semejante espectáculo—. Sobre mí y sobre mi apellido descansa en gran manera la estabilidad económica de este país, y usted me amenaza como si yo fuera cualquier cosa? No sabe con quién se ha metido! —dándose por vencido, Daniel dejó caer sus hombros, y atónito, vio cómo Esteban tiraba una de las sillas al suelo y salía de la oficina del profesor. Se quedó allí, temiendo enfrentar al par de hombres que muy seguramente ya lo sabían todo y no estaban sino esperando una explicación.

Pero, una explicación para qué?, se preguntó.

Se giró a mirarlos al fin.

—Me disculpo por...

—No tienes por qué hacer eso por él, ni ninguna otra cosa más.

—Disculpe?

—Obviamente, eres tú quien ha estado haciendo el trabajo de ambos desde que llegaron aquí —contestó el coordinador—. Sólo necesitábamos estar seguros—. Daniel bajó la mirada.

Habían sido descubiertos, el peor miedo de todos se había hecho realidad. Y ahora, qué iba a hacer?

Sería expulsado, Jorge sería notificado. Él quedaría a la deriva, pues Jorge jamás querría seguir ayudando a alguien capaz de tanta falta de honestidad e integridad. Saldría de aquí con media carrera a buscar de pronto un trabajo de oficina, ocultando siempre que había sido expulsado por fraude, pues jamás podría levantar la cara ante nadie en caso de que se enteraran.

—Yo... —empezó a decir, pero se detuvo y mordió sus labios, pues no tenía palabras, más que disculpas y más disculpas.

Había fallado, se dijo. Hasta aquí llegaba su viaje.

Se quedó allí, en su silla, mirándose las manos sin saber cómo salir de allí, cómo empezar a disculparse.

—Como dije antes —siguió el profesor—, es un caso curioso. No sabemos qué hacer —Daniel levantó la mirada—. Por qué, Daniel Santos? Por qué hiciste el trabajo académico de Esteban Alcázar? Por dinero? Por alguna amenaza hacia tu vida, o hacia algún miembro de tu familia? —Él sonrió de medio lado.

—Cómo están seguros de que fui yo quien los hizo?

—Me estás diciendo que ese sujeto que tiró una silla antes de salir amenazando con traer a su abogado fue el cerebro capaz de llevar dos carreras al tiempo? Aquí, en Harvard?

—Nos jactamos de ser una de las universidades más exigentes en el planeta —siguió el coordinador



—. Los estudiantes, por lo general, mueren de estrés con sólo un pregrado. Son incapaces de llevar vida social en las épocas más difíciles. Tú llevabas dos carreras, y además te volviste bastante popular.

Daniel los miró atónito. Ellos venían estudiando su comportamiento desde hacía mucho rato.

—Por eso —siguió el profesor con media sonrisa—, estamos curiosos. Queremos saber quién es Daniel Santos, y de qué es capaz. Pero primero tendrás que ser honesto con nosotros y decirnos por qué hiciste fraude. Por qué hiciste todos los trabajos de Esteban Alcázar, que seguramente no es capaz de escribir su nombre sin ayuda—. Daniel suspiró y pasó ambas manos por su cabello.

—Porque de otra manera —contestó al fin—, jamás habría podido venir aquí. Harvard era un sueño que ni siquiera me había atrevido tener; de adolescente, sólo esperaba calificar para cualquier universidad y escalar con esfuerzo. Soy el hijo de una mucama, de padre desconocido, y el sueldo de mi madre apenas si alcanzó para que ambos sobreviviéramos. Sin embargo, siempre soñé con ser algo más, sacarla a ella de esa vida, darle una vejez tranquila. No pude hacerlo. No sólo porque ella murió, sino porque, de haber estado viva, yo la habría matado si se hubiese enterado de esto que he hecho. Soñar es para incautos —suspiró—. No me atreveré a hacer algo así en el futuro.

—Entonces, hiciste un trato con él?

—Hice un trato para venir aquí, y mi parte era hacer el trabajo de Esteban. Lo necesitaba a él, y lo usé.

—No, él te usó a ti. No entiendes aún el peligro que significa alguien con un título y la mentalidad y el poder de ese joven?

—No me importaba, yo necesitaba mi propio título. Estaba desesperado.

—Entonces es Esteban Alcázar quien pagó tu matrícula? —Daniel apretó de nuevo sus labios.

—No. Fue su padre.

—Entonces fue con él que hiciste este trato siniestro? —Daniel sacudió su cabeza.

—No —contestó—. De hecho, si se entera... estoy acabado.

—Ya—. Daniel se puso en pie, y metió ambas manos en los bolsillos.

—Les ruego que... sé que no tengo derecho, pero... si pudieran hacer lo que tengan que hacer sin mucho ruido... quiero decir...

—Lo que hiciste es una falta de especial gravedad —dijo el coordinador—. Pero esto no lo sabe nadie más. Entre otras cosas, porque no sería bueno para el buen nombre de la universidad.

—Qué?

—Tenemos curiosidad —repitió el profesor, esta vez riendo—. Tenemos ante nosotros un hombre con mucha capacidad. Tú. Si ventilamos esto, estarás fuera, si lo manejamos cuidado, quién sabe si te gradúes?

—Pero Esteban...

—Esteban... —suspiró el coordinador—. De veras es capaz de llamar a sus abogados? Porque si hace demanda, estás fuera.

—Pero... tengo una oportunidad en serio? Me están diciendo que no me expulsarán?

—No esta vez —dijo el coordinador subiendo una pierna sobre la otra rodilla—. Pero no hemos decidido qué hacer aún, estábamos debatiéndolo, y como nos preciamos de ser buenos jueces de caracteres, decidimos confrontarlos aquí. Tú has pasado la primera prueba, así que siéntate de nuevo.

—Qué?

—Lo que escuchaste —dijo el profesor tomando la palabra—. Y acerca de eso —siguió, señalando la carpeta de trabajos—, no sé qué pensar. No sé si felicitarte, o darte una patada en el trasero. Ha sido un trabajo brillante.

—Podemos ayudarte, porque prometes, pero hay unas reglas de aquí en adelante.

—Las que quieran, las aceptaré todas.

—Bien. Te trasladarás al campus, y no volverás a tener contacto con Esteban Alcázar, ni él contigo, de ningún modo.

—Trabajarás para la universidad como un becario —siguió el otro—. Nos debes mucho.

—Hablaemos con Jorge Alcázar...

—No...

—Y lo enteraremos de todo, ya que ha sido tu benefactor hasta hoy.

—Por favor, no. Él... se decepcionará, y no tengo cómo pagar...

—Tendrás que correr ese riesgo, no?

—Ya que has sido un estudiante modelo hasta hace poco —siguió el profesor mirándolo fijamente, y como dándole a entender que también estaba enterado de los meses de desenfreno que había tenido—, podrás concursar en el programa de becas de la universidad. Eso en caso de que Jorge Alcázar te retire su apoyo financiero.

—Y si no obtienes la beca, hay otros caminos para que puedas terminar tu carrera. Eso bajo el juramento de que de hoy en adelante te conducirás con toda honestidad y honradez en tareas, trabajos y demás situaciones y pruebas académicas.

—Lo juro.

—No será fácil, señor Santos.

—Tampoco lo ha sido hasta hoy.

—Imagino que no —sonrió el profesor—. Por eso sabemos que serás capaz de conseguirlo.

Daniel salió de la oficina del profesor como flotando, todavía no se podía creer que la vida le hubiese dado una oportunidad. Esto era un milagro.

Y en los muebles de su sala estaba Esteban Alcázar.

—Dime qué pasó cuando me fui —preguntó él. En vez de mostrarse furioso como en la oficina del profesor, aquí se le veía preocupado.

—Si te hubieses quedado hasta el final, lo sabrías.

—No podía! Esos tipejos me acusaron de fraude!

—Del que eres culpable! Has oído la expresión “bajar la cabeza de vez en cuando”? Te habría venido muy bien esta vez!

—Jamás! Quién te crees que soy?

—Alguien que será expulsado, eso eres!

—Lo harán?

—No lo sé —contestó Daniel, y se sentó en uno de los muebles—. Ellos están decidiendo. No nos conviene formar un escándalo con abogados. Hasta el momento, nadie sabe nada. Si manejamos un bajo perfil, puede que salgamos de esta, pero si te vas a juicio, perderemos.

—Creí que habías hecho las cosas tan bien que nadie lo notaría.

—Lo hice. Pero ellos no son tontos.

—Más inteligentes que tú sí son.

—Entonces, dónde te deja eso a ti? Te hice los trabajos por más de tres años, Esteban. Y sacaste notables calificaciones, además.

—A veces mejores que las tuyas propias —rió Esteban—. Hay que ver que eres estúpido.

—Tenía que cubrir mis huellas.

—Sí, sí. Entonces, me aconsejas esperar?

—Te fiarás de mi consejo? —Esteban se alzó de hombros.

—Tal vez, al saber quién soy, desistan de acusarnos—. Daniel meneó su cabeza y volvió a ponerse en pie.

—Seremos citados de nuevo —dijo Daniel antes de subir las escaleras—. Cuando lo hagan, por favor, no tires sillas ni sueltes mierdas de esa boca. Compórtate.

—Si me provocan, no me contendré.

—Entonces haz lo que te dé la gana —exclamó Daniel subiendo los primeros escalones.

—Y ahora me hablas así?

—Estoy cansado de limpiar tu mierda.

—Me estás dejando solo?

—Algo así.

—Y nuestro pacto?

—Se fue al infierno —dijo Daniel, y terminó de subir las escaleras. Lo escuchó proferir insultos y maldiciones, pero ya no le importaba; pronto sería libre de él.

Sin embargo, lo que pensara Jorge Alcázar sí le preocupaba.

En la segunda citación, él estaba allí. Se lo encontró en el pasillo, y al verlo, se detuvo. Jorge esperaba en uno de los muebles, con los antebrazos apoyados en sus rodillas, más encanecido, con menos cabello aún, y una mirada un tanto triste.

Jorge lo vio y se puso en pie. Caminó a él y se estuvieron frente a frente sin decir nada por varios segundos. Daniel no fue capaz de pronunciar palabras, sólo tragaba saliva sin saber cómo empezar a pedir perdón.

—Parece que tú y Esteban tienen muchas razones para estar asustados —dijo Jorge al fin.

—Jorge...

—Mujeres, drogas, licor, fraudes... —Daniel lo miró con ojos como platos. Él estaba enterado de todo—. Qué crees que estabas haciendo, Daniel? En qué tipo de persona te convertiste? —Daniel bajó la mirada.

—Lo siento, Jorge...

—Sentirlo no es suficiente. Sandra no te educó de esta manera. Te desconozco totalmente.

—Lo siento —repitió Daniel, esta vez cerrando con fuerza sus ojos ante la mención de su madre—. Siento haberte defraudado tanto, a ti, que eres como un padre para mí. Si pudieras perdonarme... — Jorge dejó salir el aire y sonrió con ironía. Seguía sorprendiéndose de él. Daniel seguía haciendo cosas que él no esperaba. Tal vez debía dejar de compararlo con Esteban, que a estas alturas habría roto algo con tal de mostrar cuán poco le importaba que su padre estuviera furioso, y este joven de

aquí incluso pedía perdón.

Aunque pedir perdón era lo menos que debía hacer.

—También eres como un hijo para mí —susurró Jorge, sintiendo que de pronto toda su furia desaparecía—. Espero que no me pongas de nuevo en esta situación en el futuro.

—Te lo juro, Jorge.

—Eres el hijo de Sandra —siguió Jorge, poniendo sobre el hombro de Daniel una mano—. Le hice una promesa, pero por favor, no me lo pongas tan difícil—. Daniel sonrió al fin.

—No lo volveré a hacer. Te lo prometo.

—Bien—. En el momento, una secretaria llamó a Jorge, y éste se giró para entrar a las oficinas a las que había sido citado. A Daniel le negaron la entrada, así que tuvo que devolverse.

Luego se enteraría de que una beca para él estaba fuera de cuestión, pero que Jorge no le retiraría su ayuda financiera. Sin embargo, como castigo, ésta sería seriamente reducida.

Daniel entonces tuvo que abandonar el lujoso dúplex en el que había estado viviendo y compartir habitación con otro estudiante en la facultad. Trabajaba como becario en sus horas libres, y los domingos trabajó en un restaurante lavando platos para sus gastos personales.

A Esteban tampoco lo expulsaron, pero no fue necesario. Al no contar con la ayuda de Daniel, sus notas cambiaron drásticamente y para peor. Tuvo que retirarse de la universidad al perder repetidamente una materia tras otra. Volvió a New Jersey y la mansión, y tras una discusión con Jorge, la abandonó para irse a vivir en un apartamento. Sin embargo, amaba demasiado la casa donde había vivido su madre, y el ser atendido por todo el personal día y noche, así que constantemente venía a dormir a ella.

Y así pasaron el resto de años. Daniel no pudo volver otra vez a casa de los Alcázar. Ni siquiera para navidad. Cuando Jorge viajaba a Boston por cosas de trabajo, no dudaba en citarlo para comer o cenar. También lo llamaba constantemente para preguntarle cómo estaba, y qué necesitaba. Daniel se sentía cada vez más endeudado con él, y ya no en el aspecto financiero; Jorge había sido el padre que él había necesitado, el que, con una regañina, lo había devuelto a la senda. La otra persona que había querido su madre era él, tenerlo era, en cierta manera, tener un poco de su madre.

Se graduó con honores, y cuando le propusieron hacer un posgrado, no lo dudó, Jorge tampoco, pero como el posgrado le exigía menos tiempo, tendría que devolverse a New Jersey para trabajar en el Grupo Empresarial Alcázar. A pesar de ser un profesional, Daniel entró con un cargo más bien de bajo perfil.

No sabía qué propósito tenía Jorge al pasearlo por todas las dependencias, pero como había hecho el juramento de obedecerlo no importaba qué, no tenía más opción que aceptarlo.

Tal como había prometido, no volvió a la mansión Alcázar. Aunque Diana ya no estaba allí, no quería volver. Pensar en ella a veces era un gusto que no se podía dar, sin embargo, de vez en cuando se colaba en sus sueños. Había conocido otras mujeres, incluso llegó a tener relaciones de más de una noche con algunas de ellas. Salía, les hacía obsequios, se acostaba con ellas, y hasta osó llamarlas novias. Pero con ninguna se imaginó una vida más allá del mes siguiente, y su corazón se resistía a latir demasiado furiosamente; se emocionaba un poco, tal vez, sonreía y se divertía, pero no era feliz.

No podía evitar quedarse mirando la piscina, o el lago, cada vez que por alguna razón Jorge le hacía ir a la mansión. Y esta vez no fue la excepción. Aun cuando Maggie le dijo que el señor de la casa lo esperaba en su despacho, él se tomó unos minutos para mirar la luz del sol sobre el agua. Habían pasado tres años desde que la había visto por última vez, a Diana. Y había sido del brazo del

tal Bertram.

Él y su memoria. Una vez leído o escuchado un dato, un nombre, o una información, él la recordaba, así que en su mente aparecía constantemente no sólo el nombre de él, sino también la imagen de Diana saliendo de su brazo.

Un aroma, demasiado conocido, llegó hasta él, y se giró lentamente. Allí estaba ella, con su cabello negro y abundante recogido, mirándolo de una manera extraña.

No supo qué decir, o si saludarla. Las últimas palabras que ella le había dedicado era cuando lo había llamado “primito”.

—Hola, Diana —se decidió al fin—. No sabía que estabas aquí—. Ella lo miró entrecerrando sus ojos y hasta ladeó su cabeza. Lo miró de arriba abajo y dio unos pasos a él.

—Me hablas como si nada.

—Disculpa?

—Eres como los demás hombres, simplemente.

—Y cómo debería hablarte, Diana? Cómo se le habla a una primita? No tengo una, así que no tengo referencias.

—Qué?

—Ya lo olvidaste? Soy algo así como tu hermanito, o tu primito; lo dijiste la última vez que nos vimos. Dime, debo correr a abrazarte cuando te vea, o debo tratarte con simple cordialidad? —ella abrió su boca mostrándose asombrada. Asombrada de qué? Se preguntó él. La vio reír y rascarse la cabeza, mascullar algo y negar.

Ella volvió a mirarlo, esta vez con ojos brillantes.

—Con cordialidad, por favor —contestó ella—. No seas demasiado efusivo—. Daniel hizo una venia, y la vio apretar los dientes. Si no le gustaba, por qué lo pedía?, se preguntó Daniel.

—Puedo preguntarte la razón por la que estás aquí? Tengo entendido que aún no has terminado tus estudios —Diana se cruzó de brazos y miró a otro lado—. No me digas, te expulsaron también? —rió Daniel, y Diana le dirigió una mirada fulminante.

—No me compares con ese estúpido. Es sólo que una de mis amigas está... enferma.

—Enferma? Quién? Nina?

—Vaya, qué rápido piensas en ella!

—Meredith? —siguió Daniel, ignorándola—. Marissa, acaso?

—Es Meredith —contestó Diana—. Le han diagnosticado cáncer. Vine a ayudarla en todo lo que pueda.

—Ah... —Daniel la miró, y se prohibió a sí mismo condescender con ella. Pero claro, esta era la buena Diana; si un amigo la necesitaba, ella volaba medio planeta por ir a ayudarlo. Cuánto más si era Meredith, la más querida de sus amigas? —Lo siento. Si puedo ayudar...

—Ya los médicos hacen todo lo que pueden —lo cortó ella girándose, y encaminándose al auto que uno de los choferes estacionaba en el lobby car frente a la mansión.

—Puedo saber en qué clínica está? —Diana volvió a mirarlo, y se lo dijo. Sin una palabra más, se alejó.

Volvió a quedarse allí, con las manos en los bolsillos y mirándola alejarse y entrar al auto. Ella seguía sin ser capaz de conducir. Una sonrisa se le salió sola y se condenó por eso. Él debía tener ya

todo esto controlado, verdad? Pero no era así.

Diana miraba por la ventanilla del auto furiosa. Él había olvidado todo lo de aquella noche. Tan ebrio estaba, acaso? Cómo podía haber olvidado todo? Incluso la besó! Dos veces! Con razón no se había aparecido en Italia tan pronto como lo dejó; casi había esperado eso, y se decepcionó un poco cuando pasaron los días, las semanas, los meses, e incluso los años y él no dio muestra de que ella existiera. Ella pensaba que al fin él se había dado por vencido, o había seguido con su vida de mujeres y fiestas, pero la verdadera razón era que ni siquiera recordaba el episodio.

Suspiró y se recostó al asiento. Tal vez era mejor. Si él de casualidad recordaba que ella había respondido a ese beso, sus esperanzas se renovarían, e intentaría otra vez llegar a ella. Mejor así, se dijo cerrando sus ojos. Mejor la simple cordialidad entre los dos.

:11:

Thomas Brenner llamó a Daniel. Estaba en la ciudad, así que, como era costumbre entre los amigos, salieron a comer juntos. Pero Thomas estaba diferente, se le veía distraído, y constantemente revisaba su teléfono. Él no era así, así que Daniel tuvo que hacerle la pregunta.

—Te incomoda algo? —Thomas lo miró un tanto sorprendido, como si hubiese olvidado que estaba acompañado.

—Perdona... yo... estoy un poco fuera de mis cabales, es todo.

—Eso veo. Te puedo ayudar en algo? —Thomas hizo una mueca.

—Lo dudo. A menos que conozcas a Meredith Janssen...

—Meredith? —Thomas lo miró con la esperanza brillando en sus ojos—. Sí, conozco a esa Meredith Janssen.

—De veras? —preguntó Thomas entre aliviado y nervioso—. Dios querido, gracias!

—De qué conoces a la pequeña Mer?

—La pequeña Mer? —preguntó Thomas elevando una ceja—. De qué la conoces tú?

—Somos amigos... prácticamente desde la infancia. Ella pasaba los veranos en casa de Jorge Alcázar.

—De verdad?

—Por qué la buscas? —Thomas se cubrió ambos ojos con sus manos, y los masajéo.

—La conocí... en un avión... fue una casualidad. Me dijo que vivía aquí, e incluso intercambiamos teléfonos. Dios, Daniel... me llamarás idiota, pero por meses estuvimos hablando por horas y horas. Llegamos a vernos otra vez en Los Ángeles, y decidí que no es una mujer más, es LA mujer. Yo... me enamoré de ella—. Daniel sonrió.

—Parece que al fin ese agujón te alcanzó a ti.

—Pero de un momento a otro ella... —siguió Thomas— dejó de recibir mis llamadas, y no me las devolvió. Le he escrito y enviado mensajes, pero no he vuelto a saber nada de ella. Estoy preocupado—. Daniel suspiró y se recostó a su asiento cruzándose de brazos y mirando a su amigo con una mueca.

—Ella tiene una buena razón para haber desaparecido.

—La has visto? Sabes dónde vive? Por favor, Daniel...

—Sí, sé dónde está. Pero si ha dejado de hablarte, tal vez deba respetar su decisión.

—Vas a poner tu lealtad del lado de ella? Tengo que recordarte que soy tu amigo? —Daniel enseñó sus palmas riéndose.

—Vale, vale. Pero no te va a gustar la respuesta.

—Diablos. No me digas que está casada.

—No. Algo peor. Está internada en una clínica.

—Qué?

—Meredith tiene cáncer, Thom—. Thomas palideció, y por largos segundos no dijo ni hizo nada. Luego del shock, se levantó de la silla y miró a Daniel muy serio.

—Dónde está esa clínica?

—Saber que está enferma no te desanima?

—Te desanimaría a ti? —Daniel tuvo que hacer una mueca.

—No. Vamos, te llevaré hasta donde está ella.

Llegaron a la clínica, y en la habitación de Meredith encontraron a Diana... con el cabello muy, muy corto. Daniel al verla quedó paralizado. No fue consciente del encuentro entre Meredith y Thomas, hasta que ella prácticamente gritó pidiéndole a Thomas que se fuera.

—Quién es ese hombre? —preguntó Diana mirándolo furiosa—. Por qué has traído aquí a alguien que obviamente molesta a Mer? Está enferma, es que no ves? —Daniel se giró a mirar a Thomas, que permanecía al pie de la camilla de Mer, mientras ella se cubría con la sábana la cabeza. Qué pasaba aquí?

—Mer... —decía Thomas con voz suave—. Dulce, soy yo. Thom.

—Vete! —exclamó Meredith—. No quiero que me veas así!

—Quién eres tú? —le preguntó Diana enterrando su dedo índice en el brazo de Thomas—. Vete o llamaré a seguridad!

—No lo hagas —le pidió Daniel—. Meredith conoce muy bien a Thomas.

—Qué?

—Somos novios —contestó Thomas con voz suave—. O éramos. Ya no lo sé—. Se escucharon los sollozos de Meredith, que permanecía bajo la sábana—. Por qué no me lo dijiste? —volvió a decir Thomas, y Diana lo miró aún inquisitiva, sin embargo, Daniel la tomó del brazo y la arrastró a la salida.

—Ellos necesitan hablar —dijo él cuando ella protestó.

—Si algo le sucede a ella...

—No le sucederá nada. Él la cuidará lo que haga falta.

—No lo conozco!

—Pero yo sí, y es una buena persona.

—Puedo fiarme de tu palabra, acaso?

—No lo hiciste en el pasado? Te fallé alguna vez? —ella lo miró a los ojos y apretó los dientes sin contestar. Se alejó de él cruzándose de brazos. Por unos minutos, no hubo más que silencio entre los dos. Ella empezó a dar vueltas por el pasillo.

—Te... te cortaste el pelo —dijo él. Ella lo miró desafiante.

—Sí —y su mirada fue como si dijera: y qué?

—Pues... me gustaría decirte que se te ve genial, pero...

—No te gusta? —le preguntó ella con ojos entrecerrados.

—Me gustaba más tu cabello largo —dijo él encogiéndose de hombros.

—Afortunadamente, no eres mi novio, ni nada, como para tener que complacerte en ese tipo de cosas.

—Claro —sonrió él de medio lado—. Supongo que a Bertram sí le gusta—. Diana estuvo a punto de decir algo, pero a última hora se arrepintió y se encogió de hombros.

—Sí. De hecho, fue Bertram quien me lo pidió.

—Qué complacientes son las novias —sonrió Daniel, y le dio la espalda alejándose.

—No vas a esperar a tu amigo? —preguntó ella.



—No. Imagino que tardarán mucho allí —contestó él deteniéndose—. Yo te aconsejo que les dejes hablar. Thomas vino aquí expresamente a buscarla. Ellos tienen una larga conversación pendiente. Es un tipo con suerte—. Y dicho esto, se alejó por el pasillo hasta la salida del hospital.

En la noche, Thomas lo llamó anunciándole que se casaría con Meredith. No le importaba que ella ahora mismo no tuviera cabello, ni que probablemente no soportaría los tratamientos de quimioterapia, pues su condición era delicada; quería vivir a su lado el tiempo que tuvieran juntos, fuera mucho o poco, y Daniel tuvo que entenderlo.

Al parecer, Meredith se había escondido de él con la intención de librarlo de tener que estar al lado de una enferma, pero Thomas había insistido hasta convencerla.

Y lo habían elegido a él padrino de la boda.

Cuando fue a verla, se encontró allí a Marissa y a Nina también con el cabello corto, y se preguntó si acaso era que se habían puesto de acuerdo todas para tener el mismo look, pero cuando vio la peluca de Meredith, se sintió como un auténtico idiota. Él le había reclamado a Diana el haberse cortado el pelo, siendo que ella lo había donado para su amiga...

Pero ella no le había aclarado nada, y por el contrario, había permitido que él creyera que todo había sido a petición de Bertram. En definitiva, a Diana no le importaba lo que él pensara de ella.

Estuvo en la boda, sencilla, en la capilla de la clínica, y compartió padrinzago con Diana, lo cual estuvo a punto de hacerlo reír. Sin embargo, si se cruzaron dos palabras, fue mucho, y él lo dejó estar. Parecía que últimamente cada vez que se hablaban, no hacían sino pelearse, y él detestaba discutir, sobre todo cuando no sabía por qué las cosas se habían echado a perder tanto. Extrañaba terriblemente la época en la que ella se sentaba en su cama y charlaban de todo y nada, la extrañaba a ella.

—Entonces estás escalando posiciones con el GEA —comentó Simon, el prometido de Marissa, con una copa de champán en la mano. Había asistido con ella a la boda a pesar de que era un hombre muy ocupado, y otras pocas personas que eran amigos de Meredith o de las cuatro sin—madre.

Simon era, a pesar de ser un rico heredero, bastante sencillo en el trato. No tenía ningún reparo en hablar con él de cosas de trabajo, como tal vez sí le sucedía a John Dashford, el hombre que estaba a su lado, y que cuando vio que Daniel se acercaba, les dio la espalda y se fue. Simon le echó una mirada sonriente.

—No le prestes atención. Te rechaza por tus orígenes, pero ese ahora tal vez es más pobre que tú.

—Lo sé —contestó Daniel, dándole un trago a su champán y recordando que Dashford y su familia estaban en una terrible situación financiera, pero a pesar de ello no toleraba que alguien que era el hijo de una de sus antiguas sirvientas internas osara dirigirle la palabra ahora como si fuera un igual—. Tal vez hablar conmigo es como confraternizar con la servidumbre —sonrió Daniel—. A ningún hombre de negocios le gusta rebajarse tanto.

—Ese tipo de hombres —aclaró Simon— son los que no hablan con otro que no sea de su mismo nivel social. Lo cual es una tontería, tú puede que estés en mejor situación que él ahora, y lo sigas estando en el futuro.

—Debe ser que no me lo perdona. Algunos creen que debí quedarme en las cocinas con mamá—. Simon lo miró de reojo, un poco admirado de que él hablara tan tranquilamente del tema. Sonrió negando.

—Todo ese esnobismo es penoso —dijo—. Las cosas que aprenderías si hablaras más a menudo

con la gente que trabaja para ti—. Daniel lo miró sonriente.

—Eres de ese pensamiento?

—Lo intento. Marissa es una chica bastante progresista en ese sentido.

—Ella me cae bien.

—Pero es mi chica, así que ten cuidado —Daniel se echó a reír.

—No es de mí de quien debes cuidarla. Esteban Alcázar ha estado tras ella toda la vida.

—Ese pelmazo no me asusta. Y Marissa tiene cerebro, jamás se fijaría en semejante idiota—.

Daniel sonrió dándole la razón, y en el momento se unió Marissa a ellos y estuvo conversando hasta que los médicos llegaron y se llevaron a Meredith, la cual se veía bastante cansada. Por ser la noche de bodas, a Thomas le permitieron estar unas horas con ella en su habitación, aunque ella todo el tiempo estuvo conectada a sus bolsas de suero, y dormida.

—Te admiro —le dijo Daniel al día siguiente, cuando fue a buscarlo a la clínica y lo invitó a desayunar—. Simplemente, eres admirable—. En vez de sonreír, Thomas hizo una mueca y negó con la cabeza. Tenía un aspecto cansado, pues sólo había dormido unas pocas horas durante la noche, y ahora planeaba pasar el día con ella luego de volverse a su hotel y cambiarse de ropa.

—Odio verla así, pero odio más que se sienta sola en estos momentos. Si no hago esto y algo le pasa a ella, me arrepentiré toda la vida.

—Y si sobrevive... estarás casado para toda la vida.

—Lo cual fue lo que planeé desde el principio —respondió Thomas con la sombra de una sonrisa.

—Y tu padre, qué dice de todo esto? —Thomas se encogió de hombros.

—Excepto porque duda que Meredith pueda darme herederos, no se opone. Ella es rica, recuerda.

—Sí. Su fortuna se unirá a la tuya.

—Y eso conviene a papá. En fin, que me ha permitido pasar con ella el tiempo que sea necesario. Dice que me lo tome como el año sabático luego de graduarme.

—Esperemos que luego de ese tiempo, Mer esté mucho mejor.

—Sí, esperemos—. Sonrió Thomas al fin, y Daniel no pudo sino seguir admirando la fuerza de su amigo.

Thomas alquiló un apartamento amoblado y se estuvo allí todo el tiempo que Meredith estuvo interna, y cuando dieron la dichosa noticia acerca de que el cáncer había remitido, no dudó en llevársela a vivir con él. Ella aún debía llevar un control estricto de su salud, pero Thomas era bastante disciplinado en lo que tenía que ver con visitas médicas y medicamentos.

Para cuando Meredith salió de la clínica, ya Diana había vuelto a Europa, sin haber cruzado con él ninguna palabra más.

Y el tiempo fue pasando.

Daniel manejaba un bajo perfil en la empresa, y eran muy pocos los que sabían la relación de amistad, o deudas y promesas, que había entre Jorge Alcázar y él. Sin embargo, esto fue mejor, ya que cada vez que ascendía a un cargo más alto, quedaba claro que era por sus méritos, y no por sus buenos contactos. Fue pasando de dependencia en dependencia, de edificio en edificio, ganándose el respeto de sus iguales y subordinados, y la admiración de sus superiores.

En una primavera, Jorge le anunció a Daniel que sería ascendido a Ejecutivo del área de Marketing, que sería trasladado al edificio principal del Grupo Empresarial Alcázar y que debía

prepararse eligiendo a una secretaria del personal. Daniel no se mostró muy sorprendido ante este anuncio, ya había sabido que tarde o temprano terminaría aquí, pues esa había sido la promesa inicial de Jorge. Sin embargo, no quería una secretaria de las que ya estaban, y prefirió seleccionar personal nuevo. Cuando los candidatos asistieron a la entrevista, nadie aún sabía para quién se hacía todo este trabajo, lo cual ayudó en la imparcialidad de la selección.

Daniel, sin embargo, se paseó por el pasillo en el que aguardaban todos con sus carpetas en mano haciéndose pasar como otro candidato y se sentó junto a ellos poniendo conversación, haciendo preguntas sonando muy despistado y observando atentamente a uno y a otro tratando de obtener de su lenguaje corporal toda la información que pudiera. Contó a las personas y se dio cuenta de que según la información faltaba una, así que se dedicó a buscarla.

La halló en un apuro. Un hombre, al que reconoció como uno de los altos en el departamento de recursos humanos, tenía contra la pared de un desierto pasillo a una chica, que se pegaba a la pared todo lo que podía para no tener contacto con él.

—A zorritas como tú —decía el ejecutivo con voz susurrante como la de una serpiente— qué les puede costar? Quizá ya estés acostumbrada.

—No lo haré! —dijo la mujer—. Por favor, déjeme ir o gritaré!

—No, no puedes gritar —sonrió el hombre—. Si lo haces, quedarás como una estúpida. Acaso no sabes quién soy yo aquí, y el poder que tengo en esta empresa? Acaso crees que tienes otra opción para entrar a trabajar aquí?

—Entonces todas las mujeres que trabajan para GEA tuvieron que inclinarse ante tu bragueta y chupártela? No me jodas! Demandaré este muladar por acoso sexual, y por corrupción y...

—Crees que alguien te atenderá? Serás aplastada por el sistema!

—No me importa! Prefiero morirme de hambre a ceder ante una mierda como usted! —Daniel no lo resistió más y sonrió. Cuando el hombre quiso meterle mano, él los interrumpió con un aplauso a la mujer que había peleado contra él. El hombre, viéndose descubierto, palideció un poco, pero como no conocía a Daniel, creyó que tal vez era otro aspirante al puesto de secretario y se relajó. Acomodó sus ropas e hizo traquear los huesos de su cuello.

—Desaparécete —le dijo—. Largo de aquí—. Viendo la oportunidad de escapar, la mujer huyó de la jaula en que él la había envuelto, miró a Daniel como si fuera un superhéroe y se ubicó tras él, sabiendo que en este tal vez podía confiar.

—Sabías que las cámaras de seguridad alcanzan este pasillo? —sonrió Daniel, sabiendo que la chica estaba tras él esperando a ver cómo se desarrollaba el asunto.

—Qué? Qué sabes tú? Quién eres?

—En mi tiempo libre —contestó Daniel—, salvo damiselas en apuros.

—Más te vale que te largues de aquí —rugió el hombre—. Y entérate de que no serás contratado. No tienes oportunidades aquí!

—Serás despedido hoy mismo por acoso sexual —sentenció Daniel, sacando su teléfono y tecleando algo—. No puedo creer que alguien como tú trabaje aquí, pero afortunadamente he dado contigo.

—Estúpido hijo de perra! Lárgate de aquí, no pintas nada en este lugar! —Daniel no dio muestra de haber escuchado el insulto, y sólo se giró a mirar a la mujer.

—Estás bien? Este imbécil te hizo algo?

—No... tal vez gracias a que usted llegó.

—Bien, te aconsejo que vuelvas a la sala de entrevistas, no sería bueno que te echen de menos—. La mujer asintió y salió de allí. Daniel quedó a solas con el hombre. No sabía cómo se llamaba, pero su amenaza de hacerle despediesen no sería de balde—. Ve buscando un abogado —le dijo Daniel con mirada ominosa—. No es bonito lo que te corre pierna arriba.

—Crees que tengo miedo a amenazas de donnadies como tú?

—De acuerdo, que luego no se diga que no te lo advertí—. Daniel simplemente se giró y lo dejó solo en el pasillo. Se encaminó a su oficina con su teléfono pegado a la oreja haciendo algunas llamadas.

—Hey, qué haces aquí? —le preguntó Jorge un poco extrañado al verlo entrar a su oficina. Él casi nunca venía por aquí.

Daniel miró en derredor, este espacio no cambiaba a pesar del paso de los años. Los mismos paneles oscuros de madera, el mismo ventanal angular tras el enorme escritorio de caoba.

Recordó la primera vez que vino aquí luciendo su uniforme nuevo, y la promesa de que cuando se graduara de Harvard, tendría un empleo en este lugar. Jorge había cumplido, aunque a veces se portaba extraño, y en reuniones en las que él asistía ni lo determinaba. Era como si no quisiese que los vincularan. Ninguno sabía que había vivido un tiempo en su casa, ni mucho menos que había sido él quien pagara su carrera. Todavía se preguntaba cuáles eran los verdaderos propósitos al hacer todo lo que hacía.

—Seré breve. Hay alguien que te conviene despedir lo más pronto posible.

—Qué? A quién? Por qué?

—Su nombre es Jedediah Woodson, es uno de los ejecutivos de recursos humanos. Y la razón: acoso sexual y laboral.

—Qué diablos?

—Tengo una cinta donde se le ve acosando a una de las aspirantes a ser mi nuevo secretario. Me temo que si se le deja continuar, algún día tendrás que afrontar un escándalo, y no nos conviene—. Jorge lo miró ceñudo. Odiaba que esto se presentara en su empresa, pero, lamentablemente, no podía leer ni las mentes ni los corazones de todos sus empleados para saber si eran gente íntegra o no.

—Vaya mierda —farfulló, recostándose en su cómodo sillón y haciendo una mueca—. Está bien, si tienes la prueba, déjala allí. Conseguiré que renuncie.

—Gracias.

—Daniel —lo llamó él cuando el joven dio la vuelta para salir—. Te gusta tu nueva oficina? —Daniel sonrió.

—Pienso que exageraste. No se le da ese tipo de oficina a gente novata. Despertará sospechas acerca de tus intenciones conmigo.

—Esperabas algo más modesto, entonces?

—Siendo sinceros, sí.

—Entonces no te gusta.

—No dije eso.

—Bien. De todos modos, si quieres cambiarle algo, eres libre—. Daniel asintió dando una cabezada. Volvió a girarse para salir, pero no dio un paso, sino que se giró de nuevo a Jorge.

—Esteban no entrará a trabajar aquí algún día?

—En dónde, dime tú —le pidió Jorge dando un suspiro—. Le he ofrecido cargos acordes a sus capacidades o conocimientos, pero prácticamente quiere la presidencia, y esa no la tendrá nadie sino cuando yo me muera.

—Qué está haciendo, entonces?

—Estás preocupado por él?

—Un vicio mío. Estuve preocupándome por él por más de cuatro años.

—No hará nada.

—Nada?

—Nada —confirmó Jorge—. Tengo un hijo mantenido; no pude cambiarlo—. Daniel frunció el entrecejo preguntándose cómo alguien podía vivir con orgullo de esa manera. Era un hombre que algún día heredaría un conglomerado, y no tenía idea de cómo ganarse el pan, ni sabía lo que era tener una responsabilidad.

Bueno, aquello no era problema suyo. Se giró al fin y salió de la oficina. Tenía un secretario que elegir.

Amy Morrison no se podía creer su suerte. Había escuchado de la convocatoria para trabajar en el Grupo Empresarial Alcázar gracias a una compañera de trabajo, y de inmediato había ingresado sus datos. Había pasado el primer filtro, que era la selección de CVs, y ahora estaba en el grupo que sería entrevistado directamente por el que sería su jefe.

Y su jefe era el tipo increíblemente guapo que la había salvado del abusón. Ese idiota que se había creído que tal vez estaba muy desesperada por entrar a trabajar aquí como para meterse en un enredo con él. Afortunadamente, no había tenido que darle un rodillazo en las pelotas, pues el sujeto de ojos como esmeraldas la había salvado justo a tiempo.

Tal vez pudiera enamorarse por enésima vez, y ésta vez, sería completamente justificado.

—Ah, estás aquí —dijo él sonriéndole, y Amy sintió que quería gritar y correr emocionada—. Siéntate allí—. Ella ocupó el asiento que él le señalaba. Hazlo bien, se repetía. No sonrías demasiado, no seas demasiado seria. Tu estabilidad económica depende de esta entrevista.

—Dice aquí que trabajas como dependiente en la sección de cosméticos de una de las tiendas Awsome. Es verdad? —Amy asintió—. Eso es un punto a tu favor —siguió su futuro jefe—, porque conoces en parte la política de nuestras empresas. También sabes de ventas, has tenido contacto directo con los clientes, y sobre todo, clientes tan difíciles como son las mujeres que buscan cosméticos—. Amy sonrió.

—Sí, eso es verdad.

—Sin embargo, es extraño que no te haya visto antes —dijo él mirándola detenidamente—. Trabajé en esa dependencia hasta el año pasado, y puedo jurar que recuerdo el nombre de todos los empleados —Amy tomó aire.

—Bueno, yo... soy nueva allí. Entré seguramente justo después de que usted saliera.

—Seguramente —susurró él, y Amy se concentró en admirarlo. El cabello casi rubio caía suavemente sobre su frente, se notaba que no usaba gel, ni gomina, ni ninguna cosa que le diera forma, así que esta forma que tenía era natural. Tenía las cejas rectas y pobladas, y los ojos sorprendentemente verdes, como limas.

Su ropa era fina y cuidada, de colores y corte sobrios, y sus manos trataban con delicadeza los papeles de su currículum.

—Señorita Morrison —dijo él, y ella saltó—, se supone que en estos momentos deberías estar hablando de ti y de lo entusiasmada que estás por trabajar para esta dependencia y para mí.

—Ah... lo siento! Eh... sí, claro que estoy entusiasmada —ella cerró sus ojos sintiéndose momentáneamente perdida. Se había quedado mirando a su posible jefe y se había olvidado de la entrevista. Concéntrate!, se gritó—. La verdad... es que ese era mi propósito cuando entré a trabajar para las tiendas, pero al parecer, no calificué lo suficiente, o no habían vacantes, así que tuve que conformarme con el puesto que había en el piso de ventas.

—Tuviste que conformarte?

—Bueno, no podía despreciar el trabajo que me ofrecían, que si bien es exigente, y de bastantes horas de pie, era bien pago.

—Tiene familia, señorita Morrison? —Por qué esta pregunta!?, quiso gritar ella.

—Eh, sí... Tengo una hija.

—Y depende de ti.

—Sí, pero ella está en la guardería, y mi mamá me ayuda muchísimo con ella. Le prometo que esto no será una distracción ni un impedimento...

—Está lloviendo —dijo Daniel, dejando a un lado el CV de Amy y mirándola directamente. Ella miró instintivamente por la ventana, pero el cielo estaba totalmente despejado, y entonces comprendió que él sólo estaba planteando una situación—, yo estoy en una reunión en un restaurante del centro de la ciudad, he dejado olvidados unos papeles y te llamo para que me los lleves personalmente, ya que son importantes. Pero la profesora de tu hija te llama y te dice que la niña está con fiebre alta y están muy preocupados. Qué haces tú? —Amy dejó caer sus hombros descorazonada. Bajó la mirada y respiró profundo.

—Yo... le enviaría los documentos por internet a su correo, y de inmediato iría a ver qué le pasa a mi hija.

—No dije que fueran documentos digitales. Dije papeles.

—Si son tan importantes, me aseguraría de tener una copia digital —contestó ella, y Daniel la miró con una ceja alzada. Era guapo, se dijo Amy, pero un poquito cabrón.

Bien, ni modo. Otra oportunidad que se iba.

—Gracias por su tiempo, señorita Morrison.

—Es todo? —preguntó ella—. No me ha preguntado por mi formación, ni mi experiencia en el campo.

—Ya leí acerca de tu formación en el CV. Y tu experiencia no es de importancia.

—Lo dice porque nunca he sido la secretaria de nadie?

—Exacto.

—Puede que nunca haya llevado la agenda de nadie, pero soy muy buena en el tema finanzas, a pesar de que no tenga nada que ver con mi actual trabajo, siempre estoy al tanto de lo que sucede en el mundo de la economía.

—Es siempre tan persistente con sus superiores? —Ella se quedó en silencio de inmediato.

—No señor —susurró tomando su bolso—. Lo siento.

—La estaremos llamando—. Ella asintió, se puso en pie y salió.

Ya afuera, miró a los demás esperando su turno para entrar. Una chica, rubia, se le acercó para preguntarle qué tal, y ella no supo qué decirle.

—Probablemente es un malnacido —dijo, y se alejó por el pasillo. Había sacrificado el día libre con su hija por venir aquí para nada.

Cuando entró el siguiente candidato, Daniel estaba mirando a través del ventanal los edificios a la vista. Con una media sonrisa, recordó aquellos difíciles años en que su madre corría con él de la mano por media ciudad, cuidándolo del sol o de la nieve, poniéndolo a él siempre en primer lugar. En muchas ocasiones, había tenido que esconderse en los baños, o debajo de los muebles, o detrás de las plantas, para que su madre pudiera asistir a entrevistas, pues ella, a diferencia de Amy Morrison, no tenía una madre a quien dejarle su cuidado. En muchos de esos lugares, cuando se enteraban de que tenía un hijo y ella estaba sola, la despedían buscando cualquier pretexto, o simplemente no la contrataban.

Había sido difícil para Sandra.

—Señor —dijo alguien luego de carraspear, y Daniel se giró, encontrándose con una espectacular rubia de piernas muy largas, cabello de modelo y por la cintura, mirándolo de arriba abajo

recordándole en cierta manera a Nina y su manera de mirarlo. Se rascó una ceja y se encaminó de nuevo a su escritorio. Todo el trabajo de aquí en adelante era tiempo perdido. Ya había elegido a la que sería su mano derecha.

Jorge aprobó a Amy Morrison, pero la chica era demasiado guapa para su gusto. Sin embargo, cuando se pasaron los meses, y vio que el trato entre los dos era meramente profesional, se fue tranquilizando. No le preocupaban las mujeres con las que de vez en cuando salía Daniel, esos amoríos ocasionales no eran nada serio, ni representaban ninguna amenaza para sus propósitos, pero una mujer guapa y lo suficientemente inteligente, sabría aprovechar el tiempo para conquistar a cualquier hombre.

Sin embargo, a pesar de que al principio vio en los ojos de la secretaria ese brillo de admiración, se dio cuenta de que tal vez el mismo Daniel se había encargado de que no trascendiera. Él era cuidadoso, y eso le gustaba.

Se giró cuando alguien llamó a su puerta y paso seguido la abrió. Era Hugh Hamilton, con ojos cansados y preocupado. Su amigo estaba atravesando una difícil situación. Hacía poco, el compromiso de su hija se había roto, y ahora sospechaba que alguien estaba haciendo daño a su empresa, y no tenía ni la menor idea de por dónde empezar a buscar. No confiaba en nadie, y no sabía cómo ayudar a sanar el corazón roto de su hija.

—Te ves espantoso —sonrió Jorge, y Hugh hizo una mueca.

—Pues tú no estás precioso.

—Es que ya estamos viejos —rió Jorge y lo convidó a sentarse en los muebles. Acto seguido llamó a su secretaria y pidió las bebidas de siempre para él y su viejo amigo.

—Cómo te van las cosas?

—Igual —contestó Hugh pasándose la mano por la cabeza.

—Marissa no levanta cabeza? —Hugh sonrió de medio lado y meneó la cabeza.

—No me imaginé que estuviera tan enamorada. De verdad, habría sido fantástico si esos dos se hubiesen casado. Estuve a punto de hacerle la vida imposible a ese malnacido por dejarla por otra, pero adivina qué dijo ella.

—Que no te perdonaría si hacías tal cosa.

—Cómo lo has adivinado?

—Olvidas que también tengo una hija?

—Dónde las educaron así? —Jorge se echó a reír.

—Y cómo sigue tu otro problema? —Hugh se encogió de hombros.

—Creo que no podré hacer ese trabajo solo. Necesito a alguien más.

—No cuentes con Daniel.

—Por qué eres tan malditamente posesivo con ese chico? Puede salvarme el culo esta vez, pero estás empeñado en tenerlo de tu lado.

—El chico se queda aquí.

—Él podría ayudarme a encontrar al maldito que me quiere hundir en muy poco tiempo!

—Lo siento. Búscate otro.

—Qué mal amigo eres.



—Tengo que vigilar mis propios intereses.

—Mientras Diana siga al otro lado del Atlántico, no te servirá de nada.

—He sido paciente –señaló Jorge subiendo una pierna sobre la otra—. He esperado pacientemente casi diez años. Siempre supe que esto no se daría de un momento a otro.

—Estás enfermo –Jorge se echó a reír. La secretaria entró con las bebidas de ambos y siguieron hablando.

Daniel fue ascendido nuevamente. Su brillante trabajo en Marketing había posicionado las diferentes dependencias de ventas entre los primeros en el país mejorando sus ventas en un alto porcentaje. Pero en vez de dejarlo allí como ficha clave, Jorge lo movió a un cargo de mayor envergadura. Ahora era su mano derecha, el jefe de control de gestión. Por encima de Daniel no había nadie más, sólo Jorge.

Amy seguía trabajando a su lado, asombrada cada vez más con las técnicas de su jefe. Siempre era osado, parecía que había perdido una partida hasta que a última hora salía con un brillante as que salvaba el día. Tal como había sido con ella.

Lo había creído de lo peor cuando la despachó en aquella entrevista sin esperanza de ser contratada, pero cuando llegó a su casa y saludó a su hija, le dijeron que la esperaban mañana a primera hora en el GEA para firmar contrato. Había bailado y gritado de felicidad, y ese día pudo prometerle a su pequeña una buena escuela cuando al fin tuviera edad para entrar a una. Su madre podría dejar esos pequeños trabajos que aceptaba para ayudarle en casa, y ella podría por fin darse un respiro.

De su jefe no sabía gran cosa, excepto que era de una inteligencia temible. Por alguna razón, siempre sabía cuándo alguien le mentía, recordaba detalles que a cualquiera se le escapaban, y era implacable cuando de aplicar disciplina se trataba. Sin embargo, era también muy humano. En el corto tiempo que llevaba trabajando con él, había recordado no sólo su cumpleaños, sino el de su hija, y a ella incluso le había hecho un regalo. Llena de confianza, un día incluso la llevó al trabajo y tuvo la oportunidad de verlo a él tratar con ella. Se le veía un poco torpe, pero como la niña era desenvuelta y hasta un poco coqueta, él había quedado encantado con ella.

Un hombre así debía ser padre, pensó. Debía ser amado por una buena mujer que le diera una cena y una cama caliente. E hijos.

Pero él parecía poco interesado en esos temas. Salía con mujeres, unas más rubias que otras, y daba regalos generosos y las llevaba a buenos restaurantes, pero no se le veía realmente interesado en ninguna. En absolutamente ninguna.

No era gay, eso lo tenía claro, pero tal vez se había decepcionado del amor en el pasado, o su mente ahora sólo estaba enfocada en el trabajo.

Había dejado de suspirar cuando se dio cuenta de que si bien era amable con ella, no había romanticismo en ninguna de sus atenciones, ni sus regalos. Y una vez que tuvo la rara oportunidad de compartir ascensor con Jorge Alcázar, el CEO supremo y que algunos veneraban como a Dios, él le preguntó qué tal le iba con Daniel.

—Muy bien, gracias –había contestado ella, extrañada de que él supiera quién era su jefe inmediato.

—Es un buen chico –comentó Jorge Alcazar mirando los botones internos del ascensor—. Tal vez tú le recuerdas un poco a su madre, y por eso te contrató. No dudo de tus capacidades, entiende eso. Pero ten cuidado y no abuses mucho de su buen corazón.

Ella se había quedado un poco sorprendida por la comparación entre ella y la madre de Daniel Santos, de la cual nada se sabía, ni de su familia. Tal vez debía tomárselo como un halago, pero no era nada bonito que te dijeran que un hombre que te gustaba, te trataba bien sólo porque le recordabas a su madre.

Sonrió un poco triste. Si eso era verdad, entonces tenía sentido la prueba que él le hizo cuando la entrevistó aquella vez. A él no le interesó su experiencia o su formación, sólo le importó saber a quién ponía ella en primer lugar, si a su hija o a su trabajo.

Suspiró pensando en que, afortunadamente, no se había enamorado seriamente. Tal vez debía prestarle un poco más de atención a Richard Hammons, que desde hacía tiempo notaba que se la quedaba mirando largamente, y luego, cuando le preguntaba qué sucedía, fingía no estar enterado de que ella estaba por allí.

—Qué guapo te ves aquí —bromeó Jorge poniendo sobre la mesa de café de la sala de su mansión una revista en la que se veía el rostro de Daniel Santos, que puso una mano sobre sus ojos cuando la vio.

—Me vas a avergonzar mostrándome eso? —rió Daniel.

Hacía poco, una mujer bastante persistente y audaz había venido a él con cámara en mano pidiendo, rogando, y luego exigiendo una entrevista. Él había accedido sólo por quitársela de encima, pero no había sido mala idea del todo. Esto había subido un poco su popularidad entre quienes pensaban que no debía estar en el lugar en el que estaba ya que era demasiado joven.

—Admítelo, eres fotogénico.

—Los arreglos digitales hacen maravillas —negó Daniel tomando la revista y mirándola por encima.

—Sabía que esto, tarde o temprano, sucedería —siguió Jorge—. Chico, has escalado alto.

—Gracias a tu ayuda.

—No, yo sólo te di las herramientas, tú, solo, excavaste el túnel hasta llegar aquí—. Daniel se lo quedó mirando pensativo.

—Qué extraño, hablas de túneles comparándolo con mi vida, lo cual tal vez es muy apropiado, pero no dices que he llegado al fin a la salida.

—No has llegado a la salida —corroboró Jorge.

—Qué me falta para llegar, a tu modo de ver?

—No me digas que te sientes satisfecho con lo que tienes—. Daniel se encogió de hombros.

—Tengo más de lo que tal vez mamá soñó para mí. Un buen lugar para vivir, autos, dinero, y acciones en diferentes empresas. En el GEA ya tengo el 1%, si no lo sabías —Jorge sonrió.

—Sí, y ya tienes voz y voto en la mesa de accionistas gracias a ese uno por ciento. Y tal vez seas un enemigo formidable si en alguna ocasión rompemos relaciones.

—Puede que alguna vez rompamos relaciones —prometió Daniel—, pero nunca me iré en contra de ti.

—No, de mí no.

—Míralos, qué guapos. Padre e hijo dialogando. Me hace suspirar—. Jorge se giró al escuchar la voz de su hijo, y Daniel sólo lo miró de arriba abajo. Esteban seguía siendo el mismo, feliz usando ropa extraña de diseñador, en colores extravagantes, cortes y accesorios por su cara y su pelo.

Esteban se recostó a una pared y se cruzó de brazos mirándolos con una sonrisa cínica.

—Hola, Esteban —saludó Daniel.

—Estás en el lugar que siempre quisiste, verdad? El hijo de mi padre. Tal vez como no conociste nunca un padre, tuviste que conformarte con el mío.

—Tu padre es un buen hombre —dijo Daniel, poniéndose en pie—. Ya hubiese yo querido tener uno así.

—Claro, claro. No he dicho nada diferente. Bien, sigan en lo que estaban, alabándose el uno al otro y echándose flores. Es patético, pero bonito en cierta forma—. Esteban los miró con desprecio y salió de la sala. Daniel apretó sus dientes molesto por la capacidad que tenía Esteban aún de sorprenderlo. Era increíble que alguien fuera tan estúpido en este mundo.

Se giró a mirar a Jorge y entonces se preocupó. Él tenía una mano en el pecho y estaba pálido y sudoroso.

—Jorge! —exclamó.

—El... el pecho —susurró él—. Me duele... —comprendiendo que esto eran los síntomas de un ataque al corazón, Daniel inmediatamente llamó una ambulancia. Jorge fue internado de inmediato, y él se estuvo a su lado todo el tiempo. Llamó a Esteban, pero éste no tomó sus llamadas, así que sólo pudo dejarle un mensaje en su buzón.

Y luego se dio cuenta de que también debía llamar a Diana.

Diana Alcázar sintió que le faltaba el aire cuando escuchó el mensaje en su contestadora. Primero, le sorprendió identificar la voz de Daniel. Él nunca, nunca, la había llamado, y mucho menos le había dejado un mensaje. Y luego, cuando supo que se trataba de la salud de su padre, dejó todo, armó sus maletas y tomó vuelo a New Jersey.

Había permanecido en Italia aun luego de graduarse por pura terquedad. No quería ver a Daniel, ni que él la viera a ella. Pero no había tenido en cuenta que también estaba alejada de su padre, su ser más querido.

Dudando mucho que pudiera volver en poco tiempo, empacó las pinturas y todo el material que tenía, también sus obras y sus libros. No dejó nada, y regresó. No había más opción. Por su padre, lo que fuera, y ya había sido egoísta bastante tiempo.

Antes de tomar el vuelo, habló con Esteban y le preguntó de la situación, este le había dicho que no había sido nada grave, y que su padre estaba de vuelta en casa. Como él le debía un favor, le pidió que fuera a buscarla al aeropuerto. No quería incomodar a Marissa, Meredith estaba casada y en Los Ángeles, y con Nina no se hablaba mucho desde esas vacaciones en que la encontró besándose con Daniel en su cocina, así que la mejor opción era su hermano. Pero cuando llegó al aeropuerto y vio que él no estaba, supo que la habían dejado plantada.

Esperó por espacio de una hora. Y Esteban no llegó.

Llamar a Daniel? Tal vez él habría ido a buscarla sin dilación. De algo estaba segura, y era que Daniel, viéndola en este apuro, por muy disgustado que estuviera con ella, no la dejaría esperar por más tiempo. Pero llamarlo estaba fuera de cuestión, llamarlo era empezar de nuevo con ese estira y encoge que se había vuelto su relación, y ella estaba determinada a mantenerlo a distancia, tal y como estaba ahora.

No tuvo más remedio que llamar a Marissa.

Un taxi no era una opción; llevaba demasiado equipaje y la asustaba perder un solo objeto, así que cuando al fin su amiga se apareció con un tipo estupendo que ella no conocía, se sintió tan aliviada que quiso llorar. La abrazó fuerte y bromearon acerca de los cambios que cada una había presentado. A Marissa le había vuelto a crecer el cabello, y ella, en cambio, lo había mantenido corto. Daniel lo odiaba así.

—Estás guapísima! —exclamó Diana abrazando a Marissa.

—Tú también estás preciosa, pero me hubieras dicho que venías... no te habría tocado esperar tanto.

—Quería darles una sorpresa, pero ya ves. Y quién es este tío tan guapo? —le preguntó mirando al sujeto de cabellos oscuros y ojos claros.

Marissa sonrió orgullosa.

—Diana, él es mi novio, David.

Él le estrechó la mano sonriente y se presentó. Era un tipo guapo, y Diana miró a Marissa significativamente.

—Conque tu novio, eh? Cuándo pensabas contármelo?

—Es que es reciente.

—Ya—. Luego de unas cuantas bromas y risas, entre los tres tomaron todo el equipaje de Diana y lo subieron a un carrito para transportarlo. Llegaron al parqueadero donde Marissa había dejado su auto, y subieron.

De vuelta a casa, suspiró Diana. No tenía ni idea de lo que sucedería ahora, ni si ella mantendría fuerte su voluntad, o si las cosas habían cambiado para siempre. No tenía más opción que esperar y ver qué le deparaba el destino.

## :13:

Diana estaba en la ciudad.

Daniel lo sabía, pero no dejó ver que eso alteraba en algo su vida. Y era verdad, o acaso desde que ella había llegado había variado su rutina? Ella había llegado, y estaba de nuevo en la mansión, pero como ya hacía tiempo que no eran amigos, él no había sido cortésmente saludado, ni él había ido a darle la bienvenida, como hubiese ocurrido años atrás.

—Te necesito esta tarde —le dijo Jorge por teléfono—. Tengo una reunión con Hugh.

—Sabes que el médico te dijo que te lo tomaras con calma, verdad? —le reprochó Daniel.

—Tengo mucho que hacer —rezongó el anciano—. No puedo darme el lujo de quedarme sentado viendo pasar las cosas. Tengo mucho que hacer —repitió.

—Si a tus casi setenta años no has terminado de hacer lo que te tocaba en la vida, es que naciste con muy mala estrella —Jorge se echó a reír.

—Yo eché a perder mi vida hace mucho tiempo, muchacho, es por eso que he hecho todo lo que he tenido que hacer. No me voy a morir todavía, así que no te preocupes tanto por mí—. Daniel suspiró.

—Está bien. Te acompañaré en esa reunión. Está visto que no puedo hacerte entrar en razón.

Hugh llegó puntual a la reunión, pero no llegó solo. Por primera vez, fue acompañado. Era un sujeto de más o menos su misma edad, de pocas palabras, y vestido con ropa casual, no de oficina. Se había presentado como David Brandon, y a pesar de que bromearon acerca de sus orígenes pobres, él no se inmutó, ni se avergonzó, ni tampoco dijo nada.

Hugh y Jorge habían empezado su conversación como siempre, bromeando y riéndose el uno de la vejez y terquedad del otro, pero en esta ocasión tal vez se exasperaron más de lo necesario, hasta que tanto él como David fueron echados fuera de la oficina de Jorge.

Típico, sonrió Daniel, y se sentó en el mueble de la salita y tomó una revista. Tenía mucho que hacer, pero no podía irse, así que se dedicó a matar el tiempo leyendo un artículo de la Forbes.

David Brandon, en cambio, estaba impaciente, y empezó a pasearse de un lado a otro en la pequeña sala.

—Si no te quieres volver loco —le dijo Daniel con voz pausada—, más te vale que hagas algo productivo mientras esperas —puso sobre la mesa de café la revista instándolo a que la recibiera.

—Leyendo esto? —le preguntó David, y Daniel sólo se encogió de hombros.

—Es la Forbes —dijo. David se sentó en uno de los sillones mirando por encima la revista y respirando profundo un poco molesto.

—No veo por qué me hizo venir, si no ha servido de nada —comentó.

—Por supuesto que sí —contestó Daniel lacónicamente—, Hugh acaba de demostrarle a mi jefe que puede hacerle perder el tiempo a uno de sus más ocupados y caros ejecutivos sólo porque se le antoja—. David se aclaró la garganta.

—No soy... uno de sus más caros ejecutivos.

—Ah, no? Entonces te aprecia—. David se echó a reír.

—No entiendo tu lógica.

—No te preocupes. Son vicios de gente como ellos. Siempre están intentando demostrar su poder, aun ante los más viejos amigos. Y creo que tú y yo no hemos sido debidamente presentados —añadió extendiéndole su mano—. Daniel Santos.

—David Brandon.

—El hijo de Joseph Brandon?

—Créeme, no soy hijo de nadie que tú conozcas—. Daniel elevó sus cejas recordando que Hugh y Jorge habían bromeado con que David era pobre. Entonces era verdad?

Su ropa no era la más costosa, pero definitivamente Hugh no habría traído aquí a alguien que no fuera de un alto cargo ejecutivo, tal como él mismo.

—Trabajas desde hace mucho para Jorge Alcázar? —le preguntó David, y Daniel no pudo más que sonreír.

—Toda mi vida he trabajado para él.

—Ah. Vaya.

—Por qué?

—No... curiosidad—. Y en el momento, como si todo hubiese sido un baile concertado, entró Diana de la nada.

Hacía un par de años no la veía, y ah, su estúpido corazón. Ese cretino sin mente se saltó un latido apenas verla y él se puso en pie. David hizo lo mismo, y al ver a Diana, caminó a ella y la saludó con un beso en la mejilla, y Daniel miró a uno y a otro preguntándose por qué tanta familiaridad entre los dos.

—Está papá dentro? —preguntó Diana. La pregunta, obviamente, era para él, pero ella no lo miraba.

—Sí... pero... está algo ocupado —le contestó Daniel, repitiéndose una y otra vez que no importaba, Diana no le pertenecía, y era una extraña, ajena, totalmente ajena. Ella había mantenido su cabello corto, y su estilo no había cambiado desde que era una adolescente, camisetas negras, pantalones oscuros y botas de suela gruesa y hebillas de metal. Estaba preciosa.

—Ah, vaya... —siguió ella sin mirarlo aún—. Necesitaba hablarle algo urgente.

—Si te puedo ayudar... —Se ofreció, y de inmediato se mordió la lengua. Hoy estaba de un nivel de torpeza vergonzoso.

—No, gracias —contestó ella, tal como era de esperarse—. Volveré más tarde—. Diana se despidió de David con una sonrisa y salió, sin dedicarle a él una sola mirada directa.

Y luego tuvo que soportar la risa de David Brandon.

—Vaya, amigo, tienes todo un problema aquí —dijo David, y Daniel esquivó su mirada—. Estás enamorado de la hija de tu jefe?

—No sé de qué hablas —mintió, resistiéndose a creer que había sido tan fácilmente descubierto por un extraño. Pero claro, él se había portado otra vez como un adolescente.

—Y te atreves a negarlo? —Daniel lo miró como queriendo asesinarlo—. Está bien, como quieras; pero si no quieres volver a delatarte de ese modo, trata de relajarte un poco cuando estés de nuevo cerca de ella—. Daniel soltó un suspiro. Se sentó y tomó de nuevo su revista sin mirarlo.

—Sigo sin verle el lado gracioso.

—Lo gracioso, amigo mío, es que estoy en el mismo barco que tú—. Daniel lo miró tratando de comprenderlo.

—Tú... —Abrió bien sus ojos al caer en cuenta— Marissa?

—La misma.

—Oh, vaya—. Entonces sí se echó a reír. Tal vez sólo otro enamorado de un imposible podía

comprenderlo y no juzgarlo—. Espero que lo lleves mejor que yo. En serio.

—Ah, no te preocupes. Ahí vamos —Daniel elevó sus cejas. Tal vez entre David y Marissa las cosas no eran tan imposibles como él había creído—. Pero tú tienes serios problemas —siguió David.

—Y que lo digas. Lo notaste? —rió Daniel al fin. Después de todo, tenía que reconocer que de vez en cuando él era objeto de risa—. Estoy seguro de que si le preguntas cada color de esta habitación lo recordará, pero no habrá notado que en ella estaba yo.

—Grave—. Daniel sonrió asintiendo. Ya estaba acostumbrado a esto, pero no dejaba de doler. Hizo una mueca y siguió leyendo su revista.

A Diana le temblaban las manos. Las apoyó en la pared y escuchó el comentario de Daniel acerca de que ella recordaría los colores y formas de todo lo que la rodeaba, menos a él. Cómo podía él sonar tan convencido de algo así? Había hecho ella tan bien su trabajo? Con las mismas manos temblorosas, se tocó su corto cabello, como inspeccionándolo, y cuando se giró, tropezó con una joven mujer que la miró preocupada.

—Está bien, señorita? Le hice daño? —Diana sonrió.

—Estoy bien, gracias...

—Necesita al señor Alcázar?

—No, yo...

—O tal vez al señor Santos?

—Lo conoces? —preguntó ella.

—Claro. Soy su secretaria.

—Ah... No. Por favor no le digas que me viste aquí —y con esas palabras, se alejó. Amy la miró extrañada preguntándose por qué tal petición. Pero no prestó demasiada atención, igual, no sabía quién era esta mujer ni cómo se llamaba, así que siguió su camino.

David y Daniel hicieron buenas migas. Tal vez porque tenían los mismos orígenes, tal vez porque el episodio con Diana los había acercado de una manera que cualquier otra cosa no habría podido, pero lo cierto es que quedaron de encontrarse para un juego de béisbol.

Daniel aceptó. Su único amigo había sido Thomas Brenner, pero dado que él estaba en la otra punta del país, muy poco podían verse y charlar. Hacer nuevos amigos era de hombres sabios, así que se dedicó a cultivar esta nueva amistad.

Y de paso conoció a Maurice Ramsay, que en cuanto lo conoció, no dejó de preguntarle si de casualidad se conocían de antes.

Él estaba seguro de no haberlo visto a él en el pasado; recordaba los nombres de sus amigos en la escuela cuando aún su madre estaba viva, y luego, cuando se pasó a la escuela privada. Y si Maurice era también del mismo barrio de David, dudaba que se hubiesen encontrado antes, pues él se había levantado en otra zona de la ciudad.

Pero luego Maurice concluyó que a lo mejor había sido por la entrevista que de él habían hecho y zanjó la cuestión.

Y fue allí, en ese juego de béisbol, donde David lo convenció para que asistiera a esa gala de beneficencia.

Y fue en esa gala de beneficencia donde Diana destrozó su corazón, esta vez, ya de manera

irreparable. Llevaba a cuestras la maldición de su memoria eidética, así que cada palabra dicha por ella en ese balcón, mientras él escuchaba abajo, lo perseguirían por demasiado tiempo.

“A mí me dará igual que lo haga o no lo haga”, había dicho ella. “Nunca me ha interesado Daniel Santos, nunca me ha gustado en lo más mínimo. Si se revuelca con diez mujeres al tiempo me da absolutamente lo mismo que si se queda beato para toda la vida. Por qué me tiene que importar lo que él haga?”

Y cuando Marissa le recordó que en el pasado habían sido amigos, esperó a que ella al menos aceptara eso. Habían sido amigos, aunque ahora no lo eran, verdad?

—Era una amistad de niños —había contestado ella—. Él me daba lástima, era el huérfano sin dinero recogido de papá...

—Diana! —le reprochó Marissa, tal vez incrédula de que su amiga fuera capaz de decir algo así.

—Y si quieres saber la verdad —exclamó Diana de nuevo, y Daniel giró su cabeza como diciendo: sí, por favor, dílo todo de una vez y acabemos con esto—, ni siquiera noto que está por allí; Daniel Santos se ha vuelto invisible para mí.

Y Daniel entonces fue incapaz de sentir, de pensar, o de respirar.

Pestañeó varias veces y tragó saliva intentando desatar el enorme nudo en su garganta. Respiró profundo buscando el aire. Miró al cielo y se encontró con aquella estrella de la que el búho estaba enamorado.

Y entonces mandó a esa estrella a la misma mierda.

Nunca más, se dijo a sí mismo. Nunca más le dediques un pensamiento a Diana Alcázar. Ni siquiera por error. No uses más la excusa de que tu corazón es desobediente, no te ampares bajo el pretexto de que el amor es un ser vivo que sólo morirá por sí mismo.

Nina tenía razón. En aquella cocina había tenido razón. Ella nunca le correspondería, no tenía posibilidades con ella. No había siquiera un “quizás”, ni un “tal vez”.

Y ahora, qué iba a hacer él con sus diez años pasados? Quién le devolvería su corazón, siendo que lo había entregado?

Cerró sus ojos con fuerza, y se recostó a la pared.

Qué era eso tan malo que él había hecho como para que Diana hablara de él así? Que él recordara, nunca le falló como amigo. Sus secretos estaban a salvo con él. Siempre que pudo, la ayudó. Incluso, si sabía conducir aun a pesar del terror que le tenía a los autos se lo debía a él. La perdonó cuando la vio con Edward aquella vez. Incluso había estado dispuesto a perdonarla por irse con Bertram también.

Pero ella no estaba interesada en obtener nada de él, ni sus perdones, ni su amistad, ni mucho menos su amor.

Ah, por qué. Por qué.

Parpadeó varias veces respirando profundo, y al levantar la cabeza se encontró con la mirada Nina Pontini.

—Tú... escuchaste eso? —ella asintió mordiendo sus labios, y Daniel quiso reírse y esconderse al tiempo. Ella iba a decir “te lo dije”, y con justa razón.

—Lo siento tanto, Daniel...

—No importa. De verdad, no importa —dijo él tratando de quitarle importancia a todo, pero fracasó. Nina lo conocía demasiado bien.



—No mientas, Daniel. Sé que la amas, y te he dicho mil veces que ella nunca te valorará como te mereces.

—Mira, Nina, tus palabras no son precisamente balsámicas en éste momento —susurró él separándose de la pared en la que había estado recostado y dando unos pasos. Ella lo detuvo tomándolo de la manga de su saco.

—Dímelo —le pidió ella—, dime qué necesitas que te diga, o que haga, y lo haré, Daniel. Te lo juro.

—Nina...

—Por favor! —él la miró fijamente, y recordó cuando, en aquella cocina, ella le robó un beso. Tal vez si Nina lo amaba tan sinceramente como decía, él podía tener la oportunidad de fijarse en otra mujer. Tal vez el amor de Nina podía ayudarlo a él a olvidar.

Elevó su mano al rostro de ella, y le hizo una suave caricia que ella recibió gustosa.

—Esto está terriblemente mal —susurró Daniel.

—No me importa —contestó ella—. Quiero esta oportunidad—. Ante esas palabras, él no pudo más que sonreír e inclinarse a ella. Esta vez, el beso lo inició él. Nina fue paciente, y aceptó todo lo que él podía darle por ahora, y eso le dio confianza, y le ayudó a sentirse un poquito mejor. Si Nina hubiese saqueado su boca como aquella vez, él habría tenido que alejarse, pero con este beso ella le estaba diciendo que irían al ritmo que él marcara. Y él necesitaba esto.

Cuando el beso acabó, encontró que ella estaba llorando.

—Perdona, te hice daño?

—No seas tonto —contestó ella riendo y secándose las lágrimas—. Es sólo que... estoy feliz—. Él la abrazó y la tuvo allí por unos minutos.

—Prometo ser un buen novio.

—Eso no lo dudo.

—Te seré fiel.

—Yo también.

—Espero que funcione, Nina. Estoy cansado de... Yo...

—No tienes que decir nada. Si te hace daño hablar de esto que acaba de pasar, no lo haremos. Cuando te sientas preparado, lo sacarás todo afuera y entonces la habrás olvidado. Y yo estaré allí para verlo—. Él asintió reconociendo la sabiduría en esas palabras y la retuvo otro poco allí. El cuerpo de Nina era suave, y cálido, y se amoldaba al suyo a la perfección. Tal vez no era tan descabellado estar con ella, pensó, y al fin dejó de abrazarla.

—Deberíamos ir adentro.

—Sí. Ya deben estar en la cena—. Daniel asintió, sintiéndose terriblemente inseguro de volver al interior, pero nunca había sido un cobarde, y no empezaría a comportarse como uno ahora—. Yo estaré a tu lado —prometió ella. Daniel le limpió las lágrimas hasta no dejar rastro, y del brazo, volvieron dentro.

No miró ni por un segundo a Diana, y a mitad de fiesta, ella, Marissa y David se fueron.

Diana entró a la mansión con las sandalias de tacón alto en la mano. Caminó directo a la sala del piano y se sentó frente a él, tiró los zapatos a un lado y destapó las teclas.

Recordó cuando, aquí, tocó por primera vez el piano al lado de Daniel. Él había estado tocando un

solo de Danny Boy, la popular canción irlandesa, y ella había amado esas torpes notas. Él había mejorado con el tiempo, pues era inteligente, y dedicado.

—Mi Dan boy —susurró ahora con voz temblorosa, y con lágrimas resbalando por su barbilla y cayendo en el escote de su vestido de fiesta, apoyó los dedos sobre las teclas del piano y sacó las primeras notas de la canción. No había nadie que tocara la melodía mientras ella acompañaba ahora, y así se sentía su vida.

Cuando regresó de Italia, había tenido la esperanza de que él la hubiese olvidado. Pero ese hombre era tonto y terco, y encontró que en vez de olvidarla, tal vez sus sentimientos sólo se habían intensificado.

Por qué era ella destinataria de tanto amor? Ella no lo merecía! Ni a él, ni a ese amor tan puro!

Había sido dura, había sido cruel, y él permanecía allí, como una flor silvestre que se resistía a morir a pesar de los inviernos.

Hoy ella había aplastado esa flor. Sin querer. Había soltado esas palabras sólo para que Marissa por fin dejara de acosarla con el tema, y él había escuchado todo, estaba segura. Esa mirada rota, esa sonrisa vacía significaban que esta vez ella había matado ese amor de verdad. No lo había conseguido Edward, ni Bertram. Lo había hecho ella misma.

—Algún día me perdonarás —susurró, doblando su espalda como si estuviera sufriendo un dolor físico muy intenso, y las lágrimas cayeron a las teclas del piano, que se habían quedado silenciosas—. Algún día lograrás recordarme sin dolor. Tal vez no con alegría, pero sí sin dolor. Rezo por eso.

Y entonces se echó a llorar. Furiosa y profundamente. Las lágrimas la ahogaron, y ella tuvo que alcanzar el aire de alguna manera. Lloró sobre el piano sin testigos, si nadie que pudiera decirle a Daniel que todo tenía una razón, que ella tenía una poderosísima razón. Ni siquiera Marissa la sabía, su mejor amiga.

Estaba sola, y ahora, más que nunca. Estaba sola, y así se sentía.

Daniel escuchaba las mismas notas de piano. Estaba tirado en el sofá de su sala, y sostenía una copa de vino tinto en las manos, mientras miraba el vacío y escuchaba en su equipo de audio las notas de la canción que una vez tocó con ella.

Lo tenía todo, tenía dinero en su cuenta, acciones en una importantísima empresa, propiedades, autos, ropa, amigos, amigas a las que podía llamar si se le antojaba ahora mismo, o a la misma Nina, que había dejado sola en su apartamento a pesar de su ruego silencioso de entrar con ella.

Tenía todo lo que un soltero podía desear, pero era increíblemente infeliz, sobre todo ahora.

Haz duelo, se dijo. Duélete y supéralo. No te hundas de nuevo, no colapses. Eres fuerte. Las innumerables caídas te han enseñado a levantarte con estilo. Levántate y mira hacia adelante.

Diana es parte de tu pasado.

Ya no sueñes con ella, ni dormido, ni despierto. Aprende a recordarla sin dolor.

Sería capaz?

Y es que acaso tenía otra opción?

Tomó un sorbo de su vino y respiró profundo.

Había cambiado muchas cosas de su vida, su suerte, su condición económica. Ahora muchos que antes lo miraron por encima del hombro le hablaban con respeto y atendían sus palabras. Su madre lo miraría ahora y se habría sentido orgullosa, claro que sí. Y Sandra, más que ninguna, le habría dicho

que debía seguir adelante. Ella misma lo había hecho, no era así?

Vació su copa y se puso en pie. Extendió la mano para apagar el equipo, pero, como si todo su cuerpo se rebelara, esperó a que la canción terminara, y sólo entonces lo apagó.

A paso lento, cansado, adolorido por todas las partes de su alma y su ser, caminó hasta su habitación, y una vez allí, se sacó el saco, la corbata, los zapatos, el cinturón, y se tiró a la cama boca abajo.

Tenía la mente en blanco, y eso era bueno.

Pronto, se quedó dormido.

## SEGUNDA PARTE

:14:

Los días pasaron, uno a uno.

Daniel estuvo bastante ocupado con la búsqueda de Michaela Brandon, la hermana de David, la cual había sido secuestrada, y luego que ésta fue rescatada, pudo conocer un poco más la familia de David, y cuando Marissa viajó dejándolo, conoció también un poco más acerca de Maurice y su pensamiento acerca de las mujeres en general.

En esos días poco se comunicó con Nina, por eso no le extrañó mucho verla en el lobby de su edificio una noche al regresar. Como el conserje no la conocía, y él no había autorizado su nombre para que entrara libremente, ella estaba aquí, esperándolo.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó él con una sonrisa.

—Vine a verte.

—A esta hora? —Nina le rodeó los hombros con sus brazos y lo besó.

—No te voy a mentir y a decirte que pasaba por aquí de casualidad y decidí verte. Vine expresamente a pasar la noche contigo —Daniel elevó una ceja.

—Ah... sí...?

—Sí. Soy tu novia y sigo virgen. No vas a solucionar eso? —Daniel se echó a reír. Le rodeó la cintura y caminó con ella al ascensor. Mientras esperaban, ella se recostó a su hombro y suspiró.

—He estado muy ocupado... —empezó a excusarse él, pero ella le puso un dedo sobre los labios.

—Cariño, no tienes que explicarme. Eso lo sé. Lo de la hermana de David ha sido terrible, y como eres su amigo, imaginé que te sentirías en el deber de ayudarlo—. Él sonrió de medio lado. El ascensor llegó, y ambos entraron.

—Tanto me conoces? —ella sonrió, un poco sonrojada.

—Bueno. He estado observándote por años. Por supuesto que te conozco —él se echó a reír.

—No eres una acosadora obsesionada, verdad?

—Sí, creo que sí lo soy —dijo ella mirándolo con picardía, y Daniel volvió a reír.

Entraron al pent—house propiedad de Daniel. Este, en parte, había sido un regalo de Jorge por haberse graduado con honores. La otra parte la había hipotecado, y ya hoy estaba del todo libre de deudas. Era suyo. Tenía otras propiedades de más alto valor, pero este tenía un especial significado, pues era la primera vivienda que había podido comprar y pagar en gran parte con su propio dinero, fruto de su esfuerzo. Encendió las luces y Nina quedó admirada observando todo en derredor.

Era precioso. La sala debía tener el tamaño de una cancha de tenis, y dos muebles con forma de L en tonos beige se ubicaban el uno frente al otro con una pequeña mesa de café en medio.

Las cortinas de un tono café oscuro se corrieron automáticamente y se pudieron ver las luces de la ciudad, en el amplio balcón, una mesa y un par de sillas invitaban a sentarse.

La cocina estaba a la izquierda, y la mesa de comedor, de ocho puestos dispuesta al estilo europeo, estaba muy cerca. Otra pequeña sala estaba en un rincón, y Nina, que debía estar acostumbrada a este tipo de lujos, sólo pudo mirarlo con una sonrisa.

—Te gustan las cosas finas.

—Claro que sí.

—Lo digo porque... No muchos tienen este buen gusto.

—Me lo tomaré como un cumplido.

—Eso pretendía ser —él sonrió y se encaminó al mini bar incrustado en uno de los rincones de la sala.

—Te apetece tomar algo?

—Un Gin tonic? —Daniel se puso detrás de la barra y sacó los ingredientes y un vaso ancho y corto. Nina se acercó y lo observó cortar la piel de una lima, estrujarla hasta hacerle salir unas gotitas, y luego pasearla por el borde del vaso y ponerla al fondo. Sonrió pensando que, después de todo, este chico tenía un poco de mundo y sofisticación.

Cuando él le sirvió su helado y burbujeante Gin tonic, Nina se sintió como una verdadera princesa. Le dio un trago y sonrió.

—Está bueno? —preguntó él.

—Buenísimo.

—Bien, eso me alegra —Nina sintió su corazón acelerado cuando él le sonrió. Dios querido, él era tan guapo, y al fin hoy sería suyo!

Dejó su bebida a la mitad, a pesar de lo bueno que estaba, y se encaminó a él. Se iba a dar un buen trago de este hombre ahora, y tenía ansias de empezar ya.

Lo besó, desabrochó los botones de su camisa y lo fue guiando hasta hacerlo caer sentado en el sofá más próximo. Ella se puso de rodillas entre sus piernas y no dejó de besarlo. Bajó su mano hasta su bragueta y empezó a abrirla. Cuando Daniel la vio bajar la cabeza, la detuvo.

—Hey, espera.

—Qué? —ella lo miró como si temiera que él la fuera a rechazar, pero él sólo estaba un poco sorprendido. Dios sabía que tenía experiencia con las mujeres, pero a ninguna de ellas, ni a la más loca de todas, le permitió empezar una relación con él de este modo. Se preciaba de ser atento y caballeroso hasta en la cama, así que no permitía que una mujer le hiciera esto sino hasta que él la hubiese satisfecho primero.

Él le tomó los brazos y la hizo estar en pie, ella seguía mirándolo a los ojos, con los suyos enormes y expectantes.

—Soy un poco anticuado —sonrió él, como pidiendo disculpas—. La primera vez —siguió—, déjame ser quien haga el trabajo.

—No es problema para mí. Tú no eres un extraño, y yo...

—Aun así —insistió él, y tomándola de la mano, la llevó hasta su habitación.

Diana llegó al sitio donde Marissa la había citado. Tenían mucho que hablar.

Habían pasado tres meses en los que ella había estado por fuera, llena de misterios y mentiras, y por fin podían sentarse y hablar de todo abiertamente. Había echado de menos a su amiga en esos meses, y al no tener con quien darse una escapada y salir por ahí a beber, o de compras, o a comerse un enorme cuenco de helado de chocolate, no había tenido más remedio que encerrarse en su estudio y pintar, y pintar, y pintar.

Sería la pintora más prolífica de la historia, excepto porque dudaba ser capaz de mostrar sus obras a alguien.

Saludó a Marissa, que estaba radiante, y brillaba como el sol de una mañana de primavera, y se

sentó al frente en la pequeña mesa de la cafetería en la que se habían citado.

—Estás bellísima, cabrona —Marissa rió, y luego fue borrando su sonrisa.

—Cariño, has bajado de peso?

—Yo?

—Estás mucho más delgada.

—Tan linda yo, y tan cándida, vengo y te digo que te ves preciosa, y tú me devuelves el cumplido con una cara de preocupación de quien dice: Oh, tengo frente a mí a la novia cadáver!

—No lo tomes así —le reprochó Marissa—. Pero tienes que admitir que has bajado de peso.

—Tal vez un poco.

—Y te estás dejando crecer el cabello! —exclamó Marissa con una sonrisa—. Al fin! —Diana no pudo evitarlo y se sonrojó un poco tocando las puntas de su cabello, que le tapaban las orejas y le rozaban el cuello—. Y te sonrojas! —volvió a exclamar Marissa—. Dime, dime, dime! Tiene que ver con un hombre?

—Qué tiene que ver mi cabello con un hombre?

—Tal vez conociste a alguien que las prefiere con el cabello largo?

—Eso sería una soberana tontería —rezongó Diana—. Qué mujer se dejaría crecer el cabello o se lo cortaría sólo porque eso le gusta o le disgusta a un hombre?

—Pues si David me dijera que las prefiere calvas, iría ya mismo por la maquinilla.

—Tú no harías tal cosa! —Marissa rió ruidosamente. En el momento llegó un camarero y ambas hicieron su pedido.

—Entonces, no hay ningún hombre tras tu decisión de dejarte crecer el pelo? —insistió Marissa. Diana miró al cielo.

—Por Dios, Marissa... —pero cuando su amiga la miró más bien preocupada, Diana se tragó lo que iba a decir—. Ya te he dicho —dijo en vez— que eso del amor es para gente afortunada como tú y tu David. Yo no estoy hecha para eso.

—Quién decidió algo así? Me opongo totalmente! Eres joven, hermosa, inteligente y buena. Cualquier hombre te querría! —Diana miró a su amiga con la mueca de una sonrisa.

—No me mires a mí. No fui yo quien decidió...

—Hola! —exclamó Nina, llegando a la mesa y abrazando a ambas. Diana miró a Marissa interrogante, pues había creído que estarían la tarde solas. Marissa hizo una mueca de disculpa—. Llego tarde, lo siento —siguió Nina.

—No... No sabía que venías —susurró Diana.

—Bueno, yo la invité —contestó Marissa.

—Te molesta que haya venido? —preguntó Nina sentándose en la silla que estaba libre—. Estamos peleadas por algo y yo no lo sabía?

—No, claro que no! —contestó Diana sonriendo—. Por qué íbamos a estarlo?

—Y bien! —exclamó Marissa, tratando de enfocar la atención en sí misma—. Y qué tal si les doy la noticia de la que les hablé por teléfono?

—Estás embarazada? —preguntó Nina con desparpajo, y a Marissa le entró tos.

—Claro que no! —dijo luego—. Si llegara a quedar embarazada antes de la boda, papá me desheredaría! —Nina se echó a reír.

—Entonces es eso? —preguntó Diana—. Ya tienes la fecha de la boda?

—Tres meses, dos semanas y cuatro días a partir de hoy!

—Felicitaciones!

—No es un poco pronto? —preguntó Diana.

—Eso sólo te deja a ti, Diana! —exclamó Nina mirándola con ojos brillantes.

—Me deja a mí por qué?

—Por casarte, claro!

—Cómo así? Acaso tú y Dan...

—Aaah! No lo sé, pero las cosas marchan taaan bien entre los dos que no dudaría que ese hombre me propondrá matrimonio algún día! Daniel es increíble! —exclamó apretando el brazo de Marissa, que la miró con una sonrisa que no le llegó a los ojos—. Es el novio perfecto! Nunca había salido con alguien tan atento, tan detallista, y tan... Dios, se acuerda de las fechas, de detalles como mi bebida favorita, o la comida que odio, y en la cama...!!! Jesucristo!! —Marissa miró a Diana, que seguía sonriendo con la misma expresión hueca de antes—. Es el amante ideal! He probado cosas con él que antes ni se me habían ocurrido! Y ya te imaginarás cómo soy yo de desinhibida en la cama! Así que, por Dios! Sólo una verdadera INEPTA lo dejaría ir. Eso terminará en boda sí o sí. Me aseguraré de ello.

Diana se echó atrás un mechón de cabello que se le vino a la frente.

—Tienes razón. Sólo una inepta, verdad?

—Estoy tan feliz! —exclamó Nina—. Marissa, te crees feliz? —Marissa elevó una ceja y sonrió—.

Pues apuesto a que yo soy aún más feliz que tú. David está bien, pero Daniel hace que todas las partes de mi cuerpo aplaudan! —Diana se puso en pie con el teléfono en la mano y se disculpó. Dio unos pasos alejándose y habló con alguien a través de él.

—El teléfono en realidad timbró? —preguntó Nina con tono dudoso.

—No lo sé, tal vez lo tenía en vibrador.

—No será que sólo le molesta lo que estoy diciendo?

—De todos modos —dijo Marissa con voz pausada—, tal vez estás siendo demasiado gráfica en tus descripciones.

—Nunca les he ocultado cosas así a mis mejores amigas. A ti no te molesta, y a Diana no tiene por qué, verdad?

—Chicas —dijo Diana regresando, y evitando que Marissa dijera algo—. Surgió algo importante. Tengo que acudir.

—Tu padre está bien? —preguntó Marissa con voz preocupada.

—Sí, no se trata de eso... Bueno, ya me contarán luego—. Diana tomó su bolso y se alejó por la calle andando a paso rápido. Nina la miró hasta que desapareció, luego se giró a Marissa y con voz dura dijo:

—No me digas que le dolió en algo lo que dije de Dan. A ella él nunca le ha importado. Ni poquito!

—Por qué estás tan segura?

—Se lo advertí mil veces —dijo Nina entre dientes—. Le dije: Haz algo, o lo haré yo; quiero a Daniel. Y ella no hizo nada! Esperé por años! Por lealtad a mi amistad con ella, esperé! No me puede acusar de nada! —los ojos de Nina se habían humedecido, y Marissa tuvo que extender su mano y

apretar la de ella.

—Tienes razón, tienes toda la razón.

—Además, ella no lo quiere. Ella misma dijo que él es invisible para ella.

—Qué? Cómo sabes eso?

—Yo la escuché! Y Daniel también la escuchó.

—Dios mío. Daniel escuchó eso?

—Claro que lo hizo. Estaba en el jardín esa noche y escuchó claramente todo! Su corazón se hizo pedazos y todo por culpa de su egoísmo! No puede reprocharme nada.

—Diana no te lo reprocha –aseguró Marissa—. Y Daniel eligió, y te eligió a ti, no es así? Podría estar ahora con cualquiera, pero está contigo—. Nina asintió, sintiéndose mejor con esas palabras. Marissa le pasó un pañuelo y ella lo aceptó secando sus ojos humedecidos. Sin embargo, miró con duda hacia la calle por la cual se había ido Diana.

Y si ella decidía ahora que sí lo quería? La dejaría Daniel por ella?

Miró a Marissa y sonrió, ocultando sus temores. Intentó relajarse y volvió a preguntarle a Marissa por su boda. Ella aceptó el cambio de tema y siguieron charlando.

Diana se subió a un autobús.

En Italia subía a muchos constantemente, así que no se sentía nerviosa o insegura al respecto. Y su ropa no la dejaba estar demasiado fuera de lugar.

Se recostó en el respaldo de la silla y miró las casas y edificios al pasar. Cerró sus ojos deseando quedarse dormida. Ojalá no hubiese escuchado la descripción que Nina había hecho de su relación con Daniel. Pero bueno, ella no podía sospechar el efecto que esa información podía tener en ella. No podía haberlo hecho adrede.

Era obvio que él estaba poniendo todo su esfuerzo en ser feliz con Nina, y eso estaba bien. Nina era adecuada para él, lo amaba desde hacía mucho, y era tan abierta y alegre que seguro terminaría llenando esos espacios en su corazón que ella jamás podría.

Eran la pareja ideal, y ella debía alegrarse. Ella debía.

Su teléfono timbró de verdad esta vez, y atendió cuando vio que era su papá.

—Dónde estás? –le preguntó él.

—En ninguna parte –contestó ella con voz sonriente. No quería que su padre sospechara que no se sentía bien—. Me necesitas?

—Sí. Ven a mi oficina, si no estás muy ocupada.

—No, no... de hecho, no estoy lejos. Estaré allí en unos minutos.

—Bien –dijo Jorge, y cortó la llamada.

Diana respiró profundo y se puso en pie pidiendo la parada para bajar. Probablemente se vería con Daniel, aunque eso pocas veces pasaba cuando ella iba a las oficinas de la empresa. Tal vez era sólo que ella deseaba que ese encuentro ocurriera.

Se tocó el cabello y lo acomodó. Elevó su mano y detuvo un taxi.

Jorge miraba a Daniel con los brazos cruzados y ojos disgustados. Y el joven simplemente lo



ignoraba fingiendo leer un contrato.

—Sabes que no me gusta —dijo Jorge—. Esa chica...

—Nina Pontini es de una excelente familia...

—Ni tan excelente —interrumpió Jorge—. Su madre abandonó a su marido por irse con otro hombre.

—Vas a castigar a los hijos por los pecados de los padres? Yo soy un hijo bastardo. A lo mejor hacemos excelente pareja por eso.

—Tú no haces excelente pareja con ella! —insistió Jorge, y se puso en pie mirando su reloj—. Diana va a venir en unos minutos. Atiéndela.

—Qué? Yo? Por qué? Para qué viene? —Jorge sonrió de medio lado mirándolo sabedoramente.

—Porque ella es la persona para la cual hiciste ese estudio de mercado, el de la galería de arte.

—Maldición, Jorge. Me dijiste que era una obra de caridad...

—Oh, la beneficiaria es mi hija. Explícale lo que concluiste de su tienda.

—No me puedes obligar a ello. Podría hacer que Amy se lo explicara y...

—Así es como vas a tratar a la futura socia mayoritaria de este conglomerado? —Daniel miró a Jorge apretando tan duro sus dientes que un músculo latió en su mejilla, pero él lo ignoró con una sonrisa y salió de su oficina. Daniel tiró los papeles con fuerza sobre el escritorio y se giró en su sillón mirando por el ventanal, furioso.

Sin dedicarle más un pensamiento, tomó el intercomunicador y llamó a su secretaria.

—Señor? —contestó Amy, solícita.

—La señorita Diana Alcázar va a venir en pocos minutos. Por favor, hazla pasar en cuanto llegue.

—Sí, señor —contestó Amy, y en cuanto cortó la llamada, le preguntó a una de sus compañeras quién y cómo era Diana Alcázar, aunque por el apellido pudo asumir que era la hija del jefe.

Lo que sorprendió a Amy fue ver que la señorita Alcázar era la misma que había tropezado con ella en aquel pasillo. Entonces se había visto muy pálida, aunque ahora no parecía de mejor aspecto. Era una niña enferma, acaso?

—El señor Santos la espera —la saludó Amy, y ella se mostró sorprendida.

—No, debe haber un error. Mi entrevista es con papá... quiero decir...

—Permítame comprobarlo —dijo Amy muy profesionalmente, pero entonces Diana la detuvo tomándola por el brazo.

—No hay problema. Me entrevistaré con él. Me guías a su oficina, por favor?

—Claro—. Diana caminó tras ella por los pasillos hasta llegar a una amplia puerta de madera que Amy abrió para ella.

Diana la traspasó y contempló un poco admirada la arquitectura y la decoración de este espacio. Era sobrio, tal como se esperaba de Daniel, pero era también de excelente gusto y calidad.

Le recordaba, en cierta manera, a su habitación de adolescente.

Él estaba sentado tras su escritorio, con unos papeles en la mano. Cuando ella entró, él levanto su rubia cabeza, pero tan diferente a todas las veces en el pasado, ésta vez él no sonrió, ni sus ojos brillaron. En realidad, nada en él parecía indicar que le daba gusto verla.

Y qué otra cosa podía esperar ella?

Así había sido la vez que Marissa había regresado con David de Los Ángeles y ella lo había

encontrado en su casa hablando con su padre. Éste le había pedido a Daniel que la llevara en su auto, y él no se había negado, pero no había pronunciado ni una sola palabra en el camino.

Se quedó allí de pie, apretándose los nudillos de los dedos y mirándolo bastante insegura. Él se puso en pie y le señaló la silla frente al escritorio para que se sentara. No en los muebles, como habría sido si ella fuera una visitante de mayor agrado.

—Hola, Dan... —él la miró fugazmente cuando ella usó el diminutivo.

—Los tiempos de “Dan” pasaron, Diana —dijo él, con voz seca—. Si te oyeran llamarme así, dudarían de que soy un adulto capaz—. Diana sonrió.

—Nadie que te vea tras ese escritorio dudaría de tus capacidades—. Él volvió a mirarla, y esperó a que ella tomara asiento para hacerlo él. Diana puso el bolso en su regazo y esperó.

—Parece que, sin querer, hice el estudio de tu galería de arte —ella alzó la mirada a él—. Tu padre me hizo creer que era para alguna beneficencia.

—Ah, vaya. Lo siento. Pero si lo hiciste tú, estará bien hecho. Quiero decir, confío en ti profesionalmente.

—Eso me alivia. Una galería de arte es inviable, Diana.

—Qué? —preguntó ella en un susurro, esperando haber entendido mal.

—Hay demasiados factores en contra —confirmó él—, y ahora que veo quién será la artista principal de los cuadros que se expondrán, confirmo que sería una locura invertir en algo así—. Ella lo miró con decepción y tristeza.

—La artista soy yo.

—Y eres desconocida —siguió él—. Ningún cuadro tuyo ha sido expuesto con éxito antes. No has sido entrevistada por ninguna revista o programa importante, ni nadie puede decir que posee una obra tuya con cierto orgullo. Invertir dinero en algo así sería una pérdida segura—. Ella tragó saliva.

—Es verdad que no soy famosa, pero...

—Parece que estás muy segura de tus capacidades —interrumpió él, enderezándose en su silla y juntando la yema de los dedos—, pero vender cuadros no es como vender ropa, o productos de aseo. Una persona promedio compra uno o dos cuadros finos en toda su vida. Y tú piensas invertir una millonaria cantidad en un producto que no rota, que no tiene alta demanda, y que además, es desconocido. Desde todo punto de vista de mercadeo, es inviable.

—Pero ni siquiera has visto el producto.

—No es necesario que lo haga.

—No tiene nada que ver con que soy yo la que está delante de ti y te pide esto, verdad? —preguntó ella, odiando la humedad que acudía a sus ojos.

—No, Diana. No tiene nada que ver con nada personal. Siempre hemos hablado con la verdad, y eso estoy haciendo.

—Son unos buenos cuadros, y me esforzaré para que en el futuro todos tengan la misma calidad —prometió ella—. Podría... usar el dinero de la herencia de mamá para no arriesgar nada. Ella me lo dejó para mí y mis hijos, pero está visto que...

—Yo seguiría guardando ese dinero para mí y mis hijos —concluyó él, y tomó de nuevo sus papeles, pero no se puso a leerlos, sino que se los pasó a ella—. Aquí está todo. Hice un estudio concienzudo. Tendrás que buscar a alguien más arriesgado para que te dé un resultado diferente.

—Yo... sabes que de esto no entiendo nada.

—Cierto, los números te dan dolor de cabeza —ella lo miró, un poco sorprendida porque él recordara cosas como esa—. De todos modos, esto te pertenece. Yo ya hice mi trabajo—. Diana recibió la carpeta y la miró con suma tristeza. Su sueño era imposible, después de todo. No podría montar su soñada galería de arte.

Qué iba a hacer, entonces?

Para esto había estudiado, para esto se había ido a Italia.

—Si espero a tener un poco más de fama y reconocimiento... es posible que el resultado cambie? —preguntó ella, con esperanza aún.

—Puede ser. Pero tener fama y reconocimiento puede llevarte años. Décadas. Conoces mejor que yo este mundo—. Diana asintió.

—Sí —dijo en voz baja. Se puso en pie con la carpeta en una mano y el bolso en la otra—. Supongo que ya que lo has hecho tú, no hay error. Tendré que confiar en tu palabra —se encaminó a la puerta, y ya desde allí, se despidió.

Amy vio a Diana Alcázar salir de la oficina de su jefe con el rostro contraído por el llanto y se puso en pie para preguntarle qué le sucedía, pero no tuvo tiempo. Ella fue rápida y desapareció por el pasillo. Caminó con cautela hasta el interior de la oficina y encontró a Daniel recostado a su sillón y con ambas manos apoyadas en lo alto de su cabeza, con los ojos cerrados y una mueca en la boca.

—Señor, se encuentra bien? —preguntó ella, y él dio un salto al verse visto así.

—No. No. Amy... Necesito... —Daniel abrió y empuñó sus manos repetidamente mirando los papeles sobre su escritorio.

Él estaba teniendo reacciones extrañas, pero nada la sorprendió tanto como cuando apoyó la frente en el borde de su escritorio y le hizo señas para que saliera y lo dejara solo. Amy hizo caso. Tal vez lo que a él le pasaba no tenía nada que ver con su salud, o su trabajo.

**:15:**

Daniel entró al bar y rápidamente encontró a Maurice. Se sentó frente a él y llamó a una camarera para que le trajera una bebida.

Habían acordado verse aquí esta noche y echarse unos tragos, pero David no había llegado.

—No vendrá —contestó Maurice cuando le preguntó por él—. Dijo que algo surgió. Seguramente Marissa le puso la pierna encima y lo perdimos—. Daniel se echó a reír. Todavía a veces le sorprendía el sentido del humor de Maurice.

—No podemos reprochárselo. Están en una especie de luna de miel.

—Se casarán pronto —informó Maurice, pero Daniel no se mostró sorprendido. Nina ya se lo había contado, y había dejado el tema de los matrimonios flotando en el ambiente de un modo que le hizo pensar que tal vez ella esperaba una proposición pronto.

Su bebida llegó y él le dio un largo trago.

—Estás pensativo —dijo Maurice mirándolo con la cabeza ladeada.

—Te parece?

—Tienes esa expresión—. Daniel sonrió.

—Parece entonces que esta noche seremos tú y yo solamente—. Maurice estiró sus labios en un beso.

—Prometo no decepcionarte—. Daniel se echó a reír—. No dejo de pensar... —empezó a decir Maurice, pero de repente se quedó en silencio, y Daniel lo miró esperando—. No, no es nada.

—Adelante; tal vez tú y yo no seamos íntimos, pero puedes hablarme con confianza de cualquier cosa. Eres mayor que yo, y a mí me enseñaron a respetar a los ancianos—. Maurice soltó la risa, y llamó de nuevo al camarero mostrándole su vaso vacío. Éste vino y lo rellenó de nuevo con whiskey—. Estamos planeando embriagarnos? —le preguntó Daniel.

—No, que yo sepa. Pero si tienes algún motivo, yo te acompaño—. Daniel lo miró un poco ceñudo.

—Tienes problemas con la bebida, amigo? —Maurice lo miró a los ojos.

—Problemas con la bebida?

—En cada historia que he escuchado de ti en el pasado, estás ebrio, o muy cerca de estarlo. Y realmente, no recuerdo un día que no te viera con mínimo una cerveza en la mano—. Maurice dejó el vaso lentamente sobre la mesa.

—No tengo problemas con la bebida.

—Vale. Mientras tú mismo estés seguro de eso, supongo que no hay problema.

—Y si los tuviera... —Daniel lo miró.

—Qué. Crees que rechazaré a un amigo alcohólico? —Maurice negó meneando la cabeza, respiró profundo y echó la cabeza hacia atrás.

Como siempre, Maurice llevaba su barba poblada y cerrada recortada con cierto cuidado. Al principio había pensado que lo hacía por dejadez, pero ahora se preguntaba si realmente le gustaba su barba así.

No todos los hombres podían darse el gusto de dejarse la barba crecida, pero él sí.

—Estuve hablando con David —siguió Daniel—. Al parecer, no has aceptado trabajar en H&H. Me preguntaba si rehusarías una propuesta mía—. Maurice no lo miró, sólo cerró sus ojos—. Ya veo que tampoco la aceptarás —concluyó Daniel—. No puedes culparme si siento un poco de curiosidad; eres

abogado, pero no quieres trabajar en lo tuyo, en cambio, aceptas esos empleos de medio pelo...

—Daniel, viniste aquí para sermonearme? O sólo estás aprovechando que David no está para tomar su lugar? —Daniel respiró profundo y se recostó en su asiento.

—No. No quiero sermonearte. No soy quién. Sólo esperaba poder comprenderte, para así ayudarte.

—Tienes bastante con tus propios problemas. Por qué quieres ocuparte de los míos?

—Porque somos amigos —sonrió Daniel. Maurice sonrió también, aunque negando.

—No, no quieres meterte en mis problemas. Déjalos tal como están.

—Para siempre? —preguntó Daniel, y Maurice lo miró uniendo su entrecejo.

—Qué es “para siempre”?

—No lo sé. Hay dos opciones para ti: hasta que seas un anciano indigente y cascarrabias, o hasta que éstos te consuman antes de llegar a viejo.

—No tengo salida, eh? —sonrió Maurice levantando su vaso para darle un trago, pero Daniel notó que cuando lo tuvo cerca a los labios, volvió a dejarlo sobre la mesa. Se estuvo en silencio mirando la bebida con los labios abiertos como si fuera a decir algo, pero tal vez no encontraba las palabras, o el valor, o la confianza. Daniel respiró profundo y guardó silencio.

Maurice tenía razón; bastante tenía con sus propios problemas. Hoy había sido un día horrible después de haberse tenido que ver con Diana en su oficina y decirle lo que pensaba de su galería de arte. Verla asimilar cómo sus sueños se destrozaban no lo dejaba en paz, pero había tenido que hacerlo.

Sin embargo, él, en el pasado y ahora, había encontrado una razón para seguir adelante. Diana lo estaba enloqueciendo; Jorge, y ahora Nina también lo estaban enloqueciendo. Pero para él, era sólo recordar a su madre para volver a ponerse en pie y seguir.

No tenía Maurice siquiera eso?

Unas mujeres miraban al par de hombres sentados y les lanzaban miradas insinuantes y gestos provocativos, pero los dos parecían estar en otro mundo, con sus bebidas casi intactas y en silencio.

Concluyeron que eran gays, a lo mejor resolviendo sus problemas de pareja, y los dejaron en paz.

—Señorita Hamilton, bienvenida —la saludó Maggie al verla bajar de su auto. Marissa caminó con paso elástico a la entrada de la mansión.

—Me dejaste preocupada, Maggie —dijo Marissa, entrando—. Dónde está Diana?

—En su estudio. No ha salido de allí en días.

—Ni para comer? —Maggie sólo apretó sus labios, y Marissa se encaminó a la segunda planta de la mansión.

Llamó a la puerta, pero nadie le contestó, así que empujó para entrar.

Dentro estaba Diana, luciendo, como siempre que se dedicaba a pintar, una blusa de tiras sin sostén, y shorts. No importaba si hacía frío afuera o no, éste era siempre su look para pintar.

Ella estaba de perfil a ella, con los cabellos saliendo de sus pinzas y hebillas para retenerlo en su lugar, manchada de pintura tanto en la piel como en la ropa, descalza, y con una espátula pequeña en la mano mirando fijamente un lienzo sobre su caballete.

Era una imagen inspiradora, excepto porque sabía que dentro de esa mujer que ahora parecía

inspirada, había un corazón roto.

—Qué había pasado ahora?

—Hola, pintora —Diana se giró. La miró y sonrió.

—Hola, ‘Rissa. No te esperaba por aquí hoy.

—Quería verte.

—Lo siento. No lo sabes, pero cuando estoy consagrada a un proyecto, me aísto del mundo.

—Y de la comida, y de la cama —Diana la miró de reojo.

—Maggie te fue con cuentos.

—Está preocupada.

—Estoy bien.

—Es por eso que estás así delgada, entonces. Yo pensando que estabas haciendo alguna dieta extrema. Estás bien, amiga? —Diana asintió enérgicamente, y metió la espátula en un pequeño montón de óleo que tenía sobre su paleta. Marissa miró entonces el cuadro y se acercó más.

—Vaya! Qué preciosidad!

—No lo he terminado.

—Pero está bellísimo, Diana... Tienes un tatuaje? —preguntó Marissa cuando ella se dio la vuelta y le pudo ver la espalda. Diana se giró inmediatamente.

—Ah... No, es... Quiero decir... sí. Me tatué...

—Déjame verlo.

—No...

—Vamos, Diana! Quiero ver tu tatuaje. Qué es? Sólo vi una línea.

—No decías algo de mi cuadro? Cómo es que una tontería como un tatuaje te importa más? —Marissa la miró un poco inquisitiva, y se volvió a girar hacia el cuadro. Diana la había reñido por esconderle cosas cuando se fue a Los Ángeles, pero ahora ella estaba guardando secretos.

Respiró profundo y analizó la obra.

Era un paisaje nocturno. Parecía ser una calle en medio de un parque. Había farolas, gente caminando con paraguas, sin rostro, ni expresión, ni demasiados detalles, pero todo armonizaba tan bien, los colores eran tan vivos, que parecía algo más que una noche de invierno en alguna ciudad del mundo.

Miró en derredor, y se dio cuenta de que había más cuadros descansando sobre las paredes, en el suelo, sobre las mesas. Todas eran con la misma técnica, pero diferente temática. Había paisajes urbanos, paisajes rurales, aves, personas yendo y viniendo. Diana había estado ocupada.

—Me gusta. Y éste, me encanta.

—De verdad? Pagarías por él? —Marissa se echó a reír.

—Definitivamente, sí.

—Si lo tuvieras en casa, dónde lo pondrías? —Marissa pensó la respuesta. Cuando se casara con David, deberían cambiarse de casa a una más grande. Ya lo tenían planeado. Michaela pronto se iría a la universidad, pero David insistía en guardarle una habitación a su hermana, y no había opción con la abuela Agatha; él no la dejaría sola jamás. Así que, si querían, en el futuro, tener hijos, deberían buscar una casa con las suficientes habitaciones para ellos.

Y este cuadro quedaría perfecto en la sala en la que sus hijos se criarían, donde celebrarían las

reuniones, donde invitarían a sus amigos y amigas.

—En la sala.

—De verdad?

—Claro. Animaría cualquier ambiente. Es... melancólico, porque es un paisaje nocturno, y se sabe que hay llovizna, pero a la vez... es alegre por los colores... porque la gente camina de prisa, porque hay luz en las farolas—. Diana sonrió, y Marissa pudo ver que no era una sonrisa de satisfacción, ni de felicidad.

—Daniel opina que mis cuadros no se venderán.

—Qué?

—Hizo el estudio de mercadeo para una posible galería donde yo expondría mis cuadros. Según, me arruinaría, y arruinaría a papá.

—Te dijo eso sin ver tus cuadros?

—Dijo que no lo necesitaba —contestó Diana, y extendió la mano para aplicar un poco de blanco sobre el cielo azul oscuro—. No soy famosa, nadie puede decir que tiene un cuadro mío con orgullo.

—Dónde está ese estudio que hizo? —Diana lo señaló, y Marissa se encaminó al mueble donde estaba la carpeta. Ya estaba manchado de pintura, pero igualmente lo tomó y lo hojeó.

Había cifras, unas debajo de otras, donde se mostraba el valor del alquiler de los sitios disponibles para la galería, costos de personal, costos de mantenimiento, costos de la materia prima. También había un estudio del mercado potencial, y otro estudio acerca del producto.

Era un trabajo concienzudo, demasiado bien hecho, lo que podía esperarse de Daniel. Pero le faltaba algo. Algo muy importante.

—Y tú... aceptaste este resultado?

—No sé de esas cosas. Ya que lo has visto... qué puedes concluir?

—No puedo concluir nada con sólo una hojeada. Tal vez deba estudiarlo.

—No. Tú ahora estás muy ocupada con las cosas de tu boda.

—Pero Diana...

—Déjalo estar.

—Te prometo que en cuanto tenga un tiempo, lo miraré, y te ayudaré. Puede que los números digan una cosa, pero algo he aprendido, y es que cualquier cosa se puede vender. Cualquier cosa, Diana. Y tus cuadros son maravillosos... y sólo he visto éstos que están aquí—. Ella volvió a sonreír, y se giró de nuevo para dedicarse a su cuadro. Marissa quiso ir a ella y abrazarla, decirle que todo iba a estar bien. Diana aparentaba calma, pero sabía que por dentro estaba gritando, y deseando romper cosas.

Afortunadamente, tenía su pintura y sus espátulas y pinceles para controlar la locura.

Jorge suspiró mientras observaba a Hugh guardar los documentos en un sobre, y luego en su maletín de cuero.

—Creo que es la quinta vez que cambias tu testamento —sonrió Hugh mirando a su viejo amigo—. Espero que sea la última vez.

—Eso indica que ya quieres que me muera?

—No seas idiota. Es sólo que espero que ya estés satisfecho. Ser tu albacea me producirá unos

cuantos dolores de cabeza—. Jorge hizo una mueca. Estaban en el despacho de su mansión, pues esta conversación había preferido tenerla en privado con su amigo.

—Quién dice que moriré primero que tú? —bromeó Jorge—. Recuerda que el albacea tuyo soy yo.

—Lo cual muestra que soy un tonto. Debí elegir a alguien más joven —Jorge se echó a reír, y se recostó en su asiento. Había tenido prisa hasta hoy. Su reloj biológico se estaba acelerando, le quedaba poco tiempo, era consciente de eso.

No le asustaba la muerte, le asustaba el estado en que quedaban los vivos cuando él se fuera.

Empuñó repetidamente su mano izquierda sintiéndola adormecida sin dejarse ver de Hugh. Miró su reloj, y vio que era la hora de su medicamento, pero no quería tomárselo delante de su amigo.

—Sabes que tus hijos te odiarán por un tiempo, y será a mí a quien vengan a llorarle. Definitivamente, te estás llevando la mejor parte. Tú te mueres y ni te enterarás de nada.

—No te quejes tanto.

—Tal vez sólo no quiero que mi mejor amigo me deje —Jorge lo miró con una sonrisa triste.

—Fue una buena vida, a pesar de todo—. Hugh negó.

—Pudimos haberla aprovechado mejor.

—De qué manera?

—Yo... tal vez habría salvado la vida de mi mujer si descubro ese cáncer a tiempo. Y tú... habrías mandado los millones de Laylah a la mierda, y te habrías casado con aquella muchacha de piernas largas —Jorge rió entre dientes.

—Tal vez reencarnemos, y podamos hacer las cosas al derecho esta vez.

—Ojalá.

—Es por eso que no quiero que mis hijos sigan cometiendo errores. No quiero que dejen ir su felicidad, que sigan el mal ejemplo de su padre. Por eso toda esta locura —Hugh suspiró.

—Te entiendo, créeme que te entiendo—. Se puso en pie con el maletín en la mano, y Jorge quiso ponerse en pie, pero de repente se sintió muy cansado. Sin embargo, para no preocupar a Hugh, hizo un esfuerzo y lo siguió a la puerta—. Llámame pronto, y juguemos una partida de Ajedrez—. Le pidió Hugh.

—Claro.

—Y deja de esforzarte tanto. Jubílate—. Jorge rió de nuevo.

—No. Hasta el último día de mi vida, trabajaré. Sacrifiqué mi felicidad por esa empresa. Tiene que valer la pena.

—No crees esas palabras —rezongó Hugh—. Nada hará que valga la pena.

—Es un instrumento, y lo estoy usando.

—Bueno, en eso te concedo la razón. Nos vemos, Jorge.

—Nos vemos, Hugh—. Hugh se giró y se encaminó a la salida de la mansión, que conocía muy bien. No le reprochó a su anciano amigo que no lo acompañara hasta la misma salida; Jorge había intentado disimularlo, pero no se sentía bien en el momento, así que mejor dejarlo descansar.

Cuando subió a su auto, vio que otro llegaba a la mansión. Era una Hummer costosísima, y de ella bajaba Esteban.

Suspiró y miró el maletín, dentro del cual había una copia del testamento de Jorge. Todas las otras copias habían sido destruidas en favor de éste.



Esperaba que los propósitos de su padre llegaran todos a su fin, y ese chico enderezara su camino.

—Papá! —gritó Esteban, aporreando un poco la puerta del despacho privado de Jorge al abrirla, y provocando que la pastilla que este había puesto en su mano se cayera al suelo.

Suspirando, Jorge buscó otra dentro del frasco, pero ya no quedaba ninguna. Había otro frasco en otro lugar...

—Hola, Esteban. Llevabas días sin venir a casa —dijo Jorge con voz pausada mientras abría el aparador cercano a su escritorio. Estaba seguro de que Diana había dejado allí el otro frasco de pastillas.

—Se puede saber por qué diablos has bloqueado mis tarjetas? —gritó Esteban—. Soporté que en el pasado les pusieras un límite, y luego que lo redujeras hasta casi hacerme pobre. Por qué demonios estoy sin dinero? Las has bloqueado! Todas!

—Creí que estabas en Australia.

—Estaba en Australia. Tuve que trabajar para conseguir el billete de vuelta y poder venir a reclamarte!

—La gente normal trabaja, Esteban —contestó Jorge, encontrando al fin el frasco de medicamentos.

—Pero yo no tengo por qué pasar por eso! —gritó Esteban—. Lo hiciste a propósito. Admítelo, anciano!

—Sí. Lo hice a propósito. He bloqueado todas tus tarjetas.

—Por qué! Para qué!

—Para hacerte regresar —dijo Jorge, luchando por abrir el frasco. Sus manos estaban temblando, y sentía que el brazo dolía más—. Surtió efecto —sonrió—. Estás aquí.

—No intentes manipularme con el maldito dinero! —gritó de nuevo Esteban con el rostro contorsionado de furia. Jorge miró a su hijo, y notó que además de un nuevo look, él lucía un nuevo pendiente en su oreja izquierda. Un diamante—. Para qué querías que regresara? —siguió Esteban—. Tú no me necesitas aquí para nada!

—Hijo... No se trata de que te necesite, o no...

—Para qué! —continuó Esteban con sus gritos—. Tienes a Daniel, no? Constantemente está allí, dispuesto a besar o lamer la suela de tus zapatos. Para qué me quieres a mí? No te es suficiente Diana con sus ojos bonitos llamándote papá? —Jorge caminó hasta la jarra de agua dispuesta en una pequeña mesa, pero Esteban la tomó y la alejó de él.

—Hijo, necesito tomarme esta pastilla.

—No. Restablece primero mis tarjetas.

—Esteban...

—Sólo te tomará unos segundos. Llama a los bancos, di que fue un error. Deja todo de nuevo en la más absoluta normalidad.

—No haré eso—. Ante esas palabras, Esteban dejó caer la jarra de cristal, haciéndola pedazos en el suelo. Jorge frunció el ceño.

—Qué has hecho?

—Quiero ahora una asignación mayor que la que tenía al principio. Tú no puedes quitarme mi dinero!

—De todos modos —contestó Jorge con voz suave—, es mi dinero. Yo lo trabajé.

—No me vengas con historias. El dinero era de mamá desde el principio. Te comprometiste y te casaste con ella por él. Lo trabajaste y lo multiplicaste, pero sin él, seguramente habrías seguido siendo un pobre bastardo! —Jorge se puso una mano en el pecho y cerró sus ojos.

—Te exijo que...

—Qué! —gritó Esteban con toda su garganta—. Qué puedes exigirme! Vamos, llama de una maldita vez a los bancos! O nunca volverás a verme, te lo juro!

—No... Esteban... Eres mi hijo... por una vez, obedéceme... Es por tu...

—Cállate, maldito anciano! —exclamó Esteban—. Por qué no te mueres de una puta vez? Al fin y al cabo, has sido un padre muy lamentable. Muérete! A ver si yo al fin puedo tener mi dinero sin tener que estar dependiendo de ti!

—No sabes lo que dices —susurró Jorge, sintiendo un dolor agudo en su pecho, en su alma. Y apretó con fuerza sus costillas.

Parecía que iba a cumplir el deseo de su hijo allí mismo, en ese instante.

No, no podía morir.

Todavía tenía la pastilla en la mano, si llegaba a otra jarra de agua... Maggie dejaba muchas en todos lados, sabiendo que él siempre estaba tomando sus medicamentos. Si salía al pasillo, a lo mejor encontraba otra.

Pero Esteban bloqueó la puerta.

Lo miró a los ojos. Eran los ojos de Laylah, oscuros, pero con su misma forma, cejas y pestañas.

Había sido el hijo mimado de su esposa, y ella ni se imaginaba el daño que le había hecho. A Diana la quería, pero idolatraba al mayor. A pesar de que Diana se había esforzado en obtener las atenciones de su madre siendo una buena chica, siendo tierna, usando los vestidos rosas y de encaje que a su madre le gustaban, nunca había obtenido su aprobación, esta toda había ido dirigida a Esteban, que desde un principio se creyó especial, superior a su hermana y a su padre sólo porque Laylah así se lo había hecho creer, pues ella misma se creía de mejor familia que él.

Y tal vez lo era, pero había arruinado la personalidad de su hijo con ese pensamiento.

—Hablas de obediencia —farfulló Esteban—, pero por qué iba a obedecer a un hombre que todo el tiempo prefirió a un recogido?

—No... Nunca hice tal cosa.

—Siempre! —aseveró Esteban—. Siempre, siempre Daniel! Lo preferiste aun por encima de mí, que soy tu sangre! Siempre poniéndomelo de ejemplo a seguir, siempre con más privilegios que yo—. Jorge se dobló del dolor, pero Esteban no se inmutó—. Crees de veras que me vas a ablandar el corazón? Me sirves más muerto que vivo, papá. A ver si así al fin descanso de ti y de tu constante comparación con el hijo de una sirvienta.

—Nunca quise...

—Sí, sí. Sí quisiste. Cuando te alegrabas por sus logros más que por los míos. Cuando te atreviste a enviarlo a la misma universidad que yo, como si fuéramos iguales. Cuando lo aceptaste en esta maldita casa como si fuera otro miembro de la familia. Oh, cuánto te odié y cuánto te odio!

—Esteban...

—Muérete! Ahórrame el trabajo de tener que volver a pedirte algo—. Y con esas palabras, Esteban salió del despacho de Jorge. En el vestíbulo se encontró a Diana, que al parecer venía de hacer

compras. Tenía en sus manos latas de pinturas, y cajas con seguramente más pinceles. La ignoró y siguió de largo.

—Esteban! —lo llamó Diana, un poco extrañada por la expresión que él llevaba.

Intrigada, dejó las bolsas con sus pinturas en una pequeña mesa y caminó hacia el despacho de su padre, intuyendo que si Esteban estaba tan molesto, era porque había discutido con él. Pero lo que vio la aterró sobremanera. Jorge estaba en el suelo.

Gritó llamándolo, e incluso lo levantó levemente del suelo. Cuando él no respondió, salió al pasillo y empezó a gritar pidiendo una ambulancia. Todos se pusieron en movimiento, y ella volvió a su padre de inmediato. Lo abrazó fuerte llamándolo, deseando poder darle un poco de su propia vitalidad.

Jorge abrió los ojos y los giró buscándola, llamándola.

—Estoy aquí —susurró ella entre lágrimas—. Te vas a poner bien, te lo juro, papá. No te mueras, vale? Resiste... Maggie! —gritó—. La ambulancia, Maggie!

—No —pidió Jorge—. Llama a Daniel...

—MAGGIE!! —volvió a gritar Diana, pues su padre había cerrado los ojos, quedando flácido en sus brazos.

## :16:

Daniel entró a la sala de espera en la que se paseaba una Diana bastante angustiada. Apenas lo vio, ella corrió a él y lo abrazó.

—Viniste —lloró ella en su pecho, ahogando sus sollozos sobre su camisa—. Viniste!

—Claro que vine —susurró él, abrazándola. Ella no dejaba de llorar, los hombros le temblaban, y él no tuvo más remedio que esperar a que se calmara un poco.

—Tengo tanto miedo, Dan —dijo ella alejándose un poco y sin mirarlo—. No quiero perderlo, no quiero...

—Vamos, calla. No digas esas cosas. Todo va a estar bien—. Ella negaba agitando su cabeza.

—No lo creo. Lo vi muy mal, Dan. Tan mal que... me asombra que aún los médicos no hayan salido para darme la mala noticia. No es negativismo, es que en verdad pensé que mi padre moría en mis brazos... Es horrible —susurró ella secándose las lágrimas—. Esa sensación es horrible...

—Estabas con él cuando sucedió? —Diana volvió a negar, y sintió las manos de Daniel acomodarle su cabello tras la oreja. Cerró sus ojos y respiró profundo sintiéndose más reconfortada; con Daniel aquí todo era diferente, ella tenía en quien apoyarse, a quién contarle sus dudas y temores. Él había sido en el pasado su mejor amigo, y esa era del tipo de amistades que no importaba cuánto tiempo pasara, cuántas cosas sucedieran en medio; siempre se buscarían el uno al otro... y se hallarían.

—Yo... Dan... Tengo un terrible presentimiento.

—Acerca de qué?

—Esta mañana salí a comprar unas pinturas, y cuando llegué a casa, vi a Esteban salir. Lo llamé y no me prestó atención, iba furioso por algo. Así que... me imaginé que venía de discutir con papá. Fui a verlo para preguntarle qué había sucedido ésta vez. Lo hallé en el suelo, sufriendo un paro cardíaco, Dan... —Ella se detuvo para contener sus sollozos, y Daniel le puso una mano en el hombro apretándolo con suavidad. Ella respiró profundo y miró lejos entrecerrando sus ojos, como recordando algo—. La jarra del agua estaba rota en el piso —dijo—. No caí en cuenta de eso, sino hasta ahora.

—Se le habrá caído en su afán de tomarse las pastillas para detener el ataque —ella sacudió su cabeza.

—El frasco de pastillas estaba sobre el escritorio, cerrado, y papá estaba a varios pasos de los fragmentos de vidrio... Dan —dijo ella, mirándolo a los ojos con una nueva luz, y mostrando el temor que le producían sus propias ideas—, no crees que Esteban haya sido capaz, verdad? —Daniel cerró sus ojos e hizo una mueca.

—Lamentablemente, creo a tu hermano capaz de cualquier cosa. Sé por qué discutían; tu padre canceló las cuentas de tu hermano. En el último mes estuvo llamándolo para que volviera a casa, y Esteban no atendió a ninguna llamada, ni respondió ningún mensaje. Así que Jorge se vio en la obligación de dejarlo sin dinero para que volviera aunque fuera a reclamar.

—Y entonces, le estaba reclamando? Tan fuerte fue la discusión que papá tuvo un paro cardíaco?

—La salud de tu padre estaba muy deteriorada.

—Aun así! Él se estaba tomando sus pastillas puntualmente!

—Diana...

—Si Esteban es el culpable...

—Nos estamos apresurando a lanzar juicios...

—Está aquí acaso? Lo he llamado cientos de veces!

—Ya, ya —intentó calmarla él, paseando su mano por su brazo, y en ese momento llegó Marissa. Diana, al verla, se volvió a ella y caminó a su encuentro.

Marissa le dio palabras de consuelo, y Daniel se sentó en un mueble pensando en lo que Diana le acababa de decir. De verdad Esteban sería capaz de provocarle a su padre un infarto? O de no ayudarlo mientras estaba sufriendo uno? O de las dos cosas?

Jorge mantenía sus pastillas a mano siempre. Era testigo de que Diana lo obligaba a llevar consigo una reserva de pastillas fuera a donde fuera, y si estaba en casa, era aún menos factible que él no tuviera cerca su medicina, y una jarra de agua con la que tomarla.

Miró a Diana y a Marissa abrazarse.

Si Jorge fallaba ahora, qué sería de todos? Pasaría la empresa a manos de Esteban, seguramente. Diana se devolvería a Europa, y él... Él tendría que buscarse otro empleo. Dudaba mucho que Esteban le permitiera seguir en el GEA luego de todo lo sucedido entre los dos. Si no podían verse sin que él lo insultara, menos podrían trabajar juntos.

Y entonces sonrió. Trabajar juntos? Esteban no sabía hacer nada!

—Diana Alcázar y Daniel Santos? —llamó un doctor llegando a la sala de espera con una planilla en las manos. Diana casi corrió a él en espera de noticias, y Daniel se puso en pie poco a poco esperando no escuchar lo peor.

—El paciente desea hablar con ambos.

—Qué? —preguntó Diana—. Está bien? Vivo?

—A duras penas —informó el doctor—. Una operación sería demasiado riesgosa e inútil; hemos logrado estabilizarlo, pero él insiste en hablar con ustedes dos. Así que, síganme—. El doctor dio la espalda, y Daniel sintió la mirada interrogante de Diana, pero no la miró, sólo siguió al médico, que los condujo a través del pasillo hasta una habitación bastante amplia.

Daniel entró primero, y encontró a Jorge con una manguerilla de oxígeno en su nariz, muy pálido, y con el rostro como si estuviera sufriendo mucho dolor. Abrió sus ojos y lo vio. Daniel se acercó más, y tomó su mano cuando él la tendió.

—Estás aquí —susurró Jorge. Daniel sonrió al ver que era la misma frase de Diana.

—Por qué te asombra? En qué otro lugar en el mundo debería estar cuando mi padre está enfermo? —Jorge sonrió.

—No, no soy tu padre. Qué más hubiese querido yo? —Jorge ladeó su cabeza a él—. Habría dado mi vida porque lo fueras, sabes? Por tener el orgullo de decir que por tus venas corre mi sangre — Daniel cerró sus ojos sintiendo tristeza en su corazón. Él también hubiese dado cualquier cosa por ser verdaderamente su hijo.

—Pero tú eres mi padre —dijo Daniel con voz suave, y apretando un poco más su mano—. Eres mi padre en todos los aspectos que importan. No podría quererte más si me hubieses engendrado. Por mis venas no corre tu sangre, pero en mi corazón están todas tus enseñanzas, y eso vale más que unos genes para mí—. Una lágrima corrió por las sienes de Jorge, que cerró sus ojos.

Diana, que había estado observándolos desde un rincón, tuvo que contener un sollozo. Nunca había imaginado el alcance del cariño que se tenían esos dos, y ahora lo comprobaba. Eran muy parecidos, Daniel y su padre. Se parecían en la forma de ser, de consagrarse a su trabajo, de amar a las personas y castigarlas.

Estaba visto que los genes no garantizaban tener el mismo juicio para hacer las cosas, ni para alcanzar las metas, pues Esteban era tan diferente a ellos como lo era la noche del día.

—Diana —susurró Jorge al verla, y ella no dudó en acercarse, sentarse al otro lado de la camilla y tomarle la otra mano. Ahora Jorge tenía a uno y a otro a cada lado, tomando cada uno sus manos—. Eso —susurró cerrando sus ojos—. Los dos aquí... Es perfecto.

—Jorge —empezó a decir Daniel, sintiendo la mirada de Diana—. Tengo una pregunta que hacerte.

—Hazla.

—Sabes quién es mi padre, verdad? —Jorge sonrió.

—Sí, lo sé.

—Y por qué...?

—Se lo prometí a tu madre. Le prometí que nunca te lo diría. Pero no temas, lo descubrirás pronto. No hay nada oculto bajo el sol. Ahora que tengo a ambos aquí a mi lado, quiero decirles algo—. Daniel lo miró confundido. Todavía estaba pensando en que Jorge sabía la identidad de su padre, pero no pensaba decirla. Cuando el anciano movió su cabeza mirando a Diana, volvió a prestarle atención—. No tengas miedo, no te dejaré desamparada.

—Papá —sollozó ella, llevándose la mano a sus labios y besándola.

—No dejes nunca de pintar, no dejes nunca de soñar mundos raros. Muéstrale a todos de lo que eres capaz.

—Te lo prometo —lloró ella, sabiendo que serían las últimas palabras que oiría de su padre dirigidas a ella.

—Y Daniel...

—Señor?

—Estás a la mitad de tu viaje —dijo sonriendo—. Si ya no tienes esperanzas, si ya todo lo diste por perdido, entonces estás cerca de tu destino.

—Qué? —preguntó él, confundido. Pero no escuchó respuesta, pues en el mismo instante, la mano que él sostenía entre las suyas se hizo pesada y flácida—. Jorge? —lo llamó él.

—Papá? —lo llamó Diana, y luego se recostó a su pecho llorando y llamándolo, aun cuando sabía que no le contestaría nunca más.

Daniel soltó la mano y dio unos pasos alejándose de la camilla, cerrando sus ojos para no ver la imagen de Diana llorando sobre el pecho de su fallecido padre. Las enfermeras llegaron pronto, y él tuvo que tomar a Diana y sacarla de allí, escuchar su llanto, y llorar él en silencio.

Se sentía como si de verdad hubiera perdido a su padre. Lo que le había dicho no había sido mentira, Jorge era en verdad su padre, así lo sintió hasta el último día.

Y como Esteban no se apareció por allí a pesar de las llamadas ni los mensajes, y dado que, aunque se hubiese aparecido, no habría servido de mucho, él mismo se hizo cargo de todo lo necesario para llevar el cuerpo de Jorge a una sala de velación.

Allí estuvieron todos; Hugh, su hija y su yerno. Meredith y Thomas. Michaela, la hermana de David, y Peter, su novio. Maurice, que se mantenía un poco apartado de todos y parecía no mirar a nadie demasiado fijamente. Maggie, y algún otro del personal de servicio de la casa. Amy, su secretaria; y otros ejecutivos y empleados del GEA.

A su lado estuvo Nina todo el tiempo, recordándole comer, invitándolo a sentarse de vez en cuando. Pero él no era capaz de detenerse, y mucho menos de sentarse. Era consciente de que su

dolor era sobrepasado sólo por el de una persona, Diana.

Ella se fue calmando poco a poco, tal vez resignándose, o decidiendo que no podía seguir llorando sin parar.

Diana tendría que enfrentarse ahora a muchas decisiones. La junta directiva jamás aprobaría que Esteban tomase el control de la empresa, y si él se empeñaba, ésta se dividiría, y la empresa entraría en crisis. Acudirían a Diana para que tomara partido, y ella tendría que asumir responsabilidades para las que no estaba preparada. Jorge había tenido mala suerte con sus herederos, el uno era un bueno para nada, y la otra sufría dolor de cabeza cada vez que pensaba en números. No tenía ninguno apto para que lo sucediera en la presidencia.

Sabía que se acercaba un momento de crisis para la empresa por la que Jorge trabajó toda su vida, y, afortunada o desafortunadamente, él ya no estaría allí para ayudar.

Miró a Diana largamente. Qué sería de ella? Qué haría?

Le lloverían propuestas. Muchos, con tal de obtener el poder que representaba el presidir el GEA, le propondrían casarse con ella. Y Diana tendría que hacerlo, o se iría a bancarrota. Pintar puede que la sostuviera, pero tal como él mismo había dicho antes, eso le tomaría cierto tiempo.

Se casaría Diana con el hijo de alguno de los otros accionistas, o con ellos mismos? Decidiría vender su parte? Qué haría ella?

—Ella estará bien —le susurró Nina tomando su brazo, y él se giró a mirarla. Se había quedado mirando a Diana sin pensar en nada más, típico de él.

—Lo siento.

—Por qué amor? —él la miró tratando de deducir si esa calma que ella mostraba era real, o sólo una máscara. Podría alguien soportar tanto sin explotar?

—He tenido que ocuparme de todo esto, y estar pendiente de ella.

—Está pasando un momento terrible. Todos debemos ser solidarios y prestarle nuestro apoyo. Además, el que murió era también importante para ti—. Daniel asintió, y recibió el abrazo de Nina, que vino de un momento a otro y sin previo aviso—. Te amo, Daniel —susurró ella, y él frunció el ceño un poco confundido. Qué se supone que debía decir él? —cuando se separaron, ella sonreía como si fuera la mujer más feliz del mundo y quisiera besarlo allí mismo.

A la distancia, vio a Diana salir de la sala de velación de Jorge con Marissa pisándole los talones. Se sentía bien ella?

Enterraron a Jorge esa misma tarde, al lado de los restos de Laylah Alcázar. Fue una ceremonia sencilla, pero muy sentida, donde Esteban brilló por su ausencia.

Cuando ya todos se fueron yendo, aprovechó la ocasión para ir a ver la tumba de su madre.

La halló con unas cuantas flores marchitas sobre ella, y eso le extrañó. Quién le traía flores a su madre? Habría sido Jorge antes de morir?

—Hola, mamá —saludó él. Y luego se dio cuenta de que no tenía mucho que decir. Respiró profundo mirando el cielo azul primaveral y metió ambas manos en sus bolsillos—. Supongo que ya lo sabes —sonrió Daniel—. Me gustaría pensar que en el más allá estás con él, y se están saludando como viejos amigos. Este hombre se merece el cielo, y si estás en él, mejor, verdad?

Se quedó mirando la tumba largamente, con la mente en blanco, sintiéndose un poco perdido. No había imaginado que Jorge significara tanto para él. El haberle prometido obedecerlo en todo le

había dado un norte a su vida, una guía. Ahora él no estaba, y no sabía qué camino tomar. Tendría que meditar seriamente en las decisiones que debía tomar de ahora en adelante, pues ya no tenía la protección de nadie; ahora sí, como a sus diecisiete años creyó erróneamente, estaba solo.

Afortunadamente, no era un niño, ni tenía las manos vacías. Se había conseguido un título y mucha experiencia en el campo laboral. Amigos influyentes, y gente que le debía favores. Tenía un camino recorrido, aunque ahora se preguntaba qué seguía.

—Hiciste bien —le dijo a la tumba de Sandra—. Jorge lo hizo bien. Gracias por darme ese papá... y con respecto al otro... de verdad que estoy cansado de preguntarme por él. Realmente, estoy cansado de todo. Parece que entre más lucho por las cosas que quiero, éstas más se alejan de mí—. Dejó salir el aire y le dio la espalda a la tumba de su madre, sin embargo, siguió hablando—. Tal vez deba mandar todo a la mierda y sólo observar. Me doy por vencido con el destino.

En los siguientes días, Diana no estuvo sola ni de día, ni de noche. Pero era extraño, pues estar sola era lo que verdaderamente quería, al menos por un momento.

Marissa y Meredith prácticamente se habían instalado en la mansión, y se turnaban para cuidar de ella, pero aquello no era justo. Meredith tenía su vida y su hogar en Los Ángeles. Thomas se había devuelto, y ella se había quedado para cuidar de su amiga. Y Marissa estaba planeando una boda, y además tenía un trabajo por el que responder, pues no había renunciado a él, como se habría esperado, para organizar su fiesta.

Estaba interrumpiendo las vidas de ambas, y eso era egoísta, así que dos noches luego del entierro de Jorge, habló con ellas. Meredith había estado hablando por teléfono con su esposo, y Marissa revisaba unos documentos cuando ella llegó a la sala comedor.

—Chicas —las saludó, y ambas la miraron solícitas—. Van a estar aquí indefinidamente?

—No —contestó Meredith—. Hasta que te sientas mejor.

—Ya estoy mejor.

—Está todo demasiado reciente —dijo Marissa negando, y guardando sus documentos—. Queremos asegurarnos de que...

—Ya estoy bien. Estaré bien. Y si me convierto en una carga para ustedes, será terrible para mí.

—Qué planeas hacer, Diana? —preguntó Meredith, y Diana se sentó en su puesto de siempre. Miró con nostalgia el espacio donde antes se sentaba su padre.

—Hugh está haciendo todo lo posible para localizar a Esteban. En cuanto éste aparezca, se leerá el testamento. Al parecer, hay una cláusula que exige que todos debemos estar presentes para su lectura.

—Y ese bastardo no se digna en aparecer.

—Y qué harás luego? —volvió a preguntar Meredith. Diana se encogió de hombros.

—En Italia me ofrecieron un lugar donde podré trabajar.

—Trabajar? No pintar?

—Es en una galería. Allí puedo...

—Pero tu sueño es pintar!

—Pintar es costoso.

—Y acaso estás en una mala situación financiera? —preguntó Marissa, preocupada.

—No, pero he caído en cuenta de que hasta ahora, siempre he dependido de otros para sobrevivir. Tal vez es momento de que...



—Diana, sé lo que quieres decir —la interrumpió Meredith—. También yo me he sentido así. Pero a veces los frutos de nuestro esfuerzo toman más tiempo de lo esperado. Y tu trabajo es de esos que necesitan madurar, o añejarse. No te rindas, si dejas de pintar... serás desdichada—. Diana sonrió con tristeza.

—De todos modos, no puedo tomar una decisión sin antes saber el contenido del testamento de papá.

—Eso será obvio —sonrió Marissa—. Una parte para ti, y otra para Esteban. Esteban despilfarrará lo suyo en menos de nada, y lo tuyo podrás dejarlo en manos expertas para que lo administren bien. En alguien que confíes, además—. Diana respiró profundo, pues la única persona que se le venía a la mente era Daniel, y estaba segura de que él no querría ocupar ese lugar.

—Me han desviado del tema —se quejó ella—. Les ruego que vuelvan a sus vidas, y a sus casas. No me hagan sentir más culpable por retenerlas aquí—. Meredith y Marissa se miraron, y Diana elevó una ceja—. No me echaré a llorar, ni intentaré matarme, ni ninguna otra locura.

—Estás segura?

—Totalmente.

—Vale —suspiró Marissa, recostándose al espaldar de su asiento—. Pero no dejaré de venir a verte de vez en cuando.

—Está bien.

—Y yo te llamaré constantemente.

—No hay problema—. Las tres se miraron y sonrieron—. Gracias por ser tan excelentes amigas.

—Somos hermanas —dijo Meredith, y Diana sonrió aceptando aquella verdad.

Marissa se sentó al lado de David y le dio un beso en los labios.

—Qué haces aquí? —preguntó él, extrañado, pues antes le había dicho que esta noche lo pasaría con Diana otra vez. Marissa saludó a Maurice, y a Daniel, que estaban en la misma mesa. Se habían citado en un bar que se había vuelto el favorito de todos, por el ambiente y la cercanía a los tres.

—Diana nos echó.

—Qué? —preguntó David, extrañado.

—Quiere estar sola —y esto lo dijo mirando a Daniel, que sólo levantó su vaso de cerveza y bebió un poco—. Cómo van las cosas en el GEA? —le preguntó Marissa, y él sólo se encogió de hombros.

—Como te podrás imaginar, luego de la muerte de Jorge, y sin conocerse su última voluntad, todo el mundo está al borde de los nervios. Algunos accionistas se están uniendo para hacer fuerza y reclamar el poder. Está siendo todo un poco caótico.

—Nada que aparece el heredero? —preguntó Maurice, y Marissa notó que tenía su cerveza casi intacta.

—Nada. Lo que sabemos, al menos, es que no ha salido del país—. Daniel volvió a mirar a Marissa, que cuchicheaba algo con David. Tenía curiosidad, pero no podía hacer la pregunta que quería en voz alta.

Sin embargo, imaginarse a Diana sola en la mansión lo inquietaba. Ella realmente había estado muy mal durante todo el sepelio de Jorge.

Empezó a tamborilear con sus dedos sobre la mesa y miró su reloj. Eran las nueve de la noche.

David pidió una bebida para su novia, y la camarera llegó luego con ella. Hablaron de temas triviales, y los minutos fueron pasando onerosamente para Daniel, que media hora después miró de nuevo su reloj, puso dinero en la mesa, y pidió que lo excusaran.

—Deja eso, yo invito —dijo David, pero Daniel sonrió negando y simplemente se fue.

Maurice sacó un billete de veinte dólares y lo puso sobre la mesa.

—Qué —preguntó Marissa—, también te vas?

—No. Sólo inicio una apuesta. Veinte dólares a que se fue a la casa de Diana Alcázar —David se echó a reír.

—Apuestas a ganar, no tiene sentido. Todos sabemos a dónde fue ese hombre.

**:17:**

Daniel frenó frente a la mansión, y se estuvo allí largos minutos odiándose a sí mismo, criticándose, riñéndose por haber venido. Pero su cuerpo desobediente actuaba por sí solo, así que abrió la puerta del auto y bajó. Se encaminó a la entrada e hizo ademán de tocar la campana, pero se detuvo. Él tenía llaves, era sólo que había perdido la costumbre de entrar por su cuenta.

Entró suavemente, y encontró todo a oscuras. Afortunadamente, se conocía de memoria las salas y los pasillos, y empezó a recorrerlos sin necesidad de encender las luces.

Dónde estaba Diana?

Le preocupaba su estado. Luego de que la vio salir aquella vez en la sala de velación acompañada de Marissa, Daniel las había seguido, encontrando a Diana llorando desgarradoramente, y a Marissa intentando consolarla y conteniendo el llanto por ver a su amiga así. Marissa lo había visto, y se había quedado en silencio, como intentando transmitirle un mensaje que él no alcanzó a comprender.

Sabía que si ella le había dicho a sus amigas que se fueran era por simple cortesía, pero nadie sabía como él cómo odiaba Diana la soledad y la oscuridad.

Por eso pintaba con colores vivos. Por eso su habitación tenía fucsias, y verdes, y azules, y violetas. Por eso sus accesorios eran siempre de colores vivos, aunque su ropa y sus botas fueran siempre negras.

Ella le había contado una vez que cuando su madre vivía, usaba vestiditos de encajes y en tonos pasteles, pero que en el fondo los había odiado. Lo hacía sólo por complacer a su madre, que adoraba esas cosas cursis.

Cuando Laylah murió, Jorge había tenido que obligarla a ser ella misma, y no la chica que su madre había querido, y por eso había empezado a vestir casi como una roquera.

Pero su estilo se había ido suavizando con el tiempo, ella había madurado, y ahora era más ecléctica.

Sin embargo, esa mujer que adoraba la luz y el color jamás se recluiría en una mansión oscura y solitaria por propio gusto.

Respiró profundo, en medio de la sala del piano, pensando en que a lo mejor ella estaba fuera. Diana no soportaría este espacio, ella saldría, iría a buscar a algún amigo, como había visto antes que hacía. Así que él no tenía por qué preocuparse por ella.

Y entonces escuchó un sollozo.

—Diana? —llamó.

Todo se quedó en silencio, y él empezó a buscarla.

Miró tras los muebles, los aparadores, en el sillín del piano.

La encontró tras él, acurrucada en un rincón, con las rodillas abrazadas.

—Diana! Estás bien? Qué haces aquí sola y a oscuras? —él se acercó, y le puso una mano sobre el brazo, sintiéndola helada.

—Así me siento —susurró ella—, sola, y a oscuras.

—Estás helada. Sal de allí—. Pero ella no se movió. Daniel se arrodilló a su lado, mirándola preocupado—. Has estado aquí sola y llorando todo este rato?

—No me gusta embriagarme. Y si empezara ahora, cuándo terminaría?

—Y crees que a Jorge le gustaría verte así? —la mención de su padre fue un error, pues Diana

empezó a llorar. Regañándose a sí mismo por haber hecho esto, él la abrazó. Toda ella estaba helada, y no estaba vistiendo ropa muy abrigada. Así que metió una mano tras su espalda, y otra bajo sus rodillas y la alzó.

Diana no protestó, sólo rodeó sus hombros mientras él caminaba con ella en sus brazos en medio de la oscuridad. Inhaló su colonia, su aroma esencial, y poco a poco la calma fue entrando a ella, como un rayo de luz que iluminaba todos sus fríos y oscuros rincones.

—Nunca me habías llevado en brazos —susurró ella. Daniel sonrió.

—Debiste desmayarte cerca en alguna ocasión—. Ella se separó un poco para mirarle la cara, aunque él observaba el camino por donde iban. Subió las escaleras con ella y la llevó a su habitación.

Cuando la depositó en la cama, ella no lo soltó.

—Diana... —le pidió él, viéndose atado por sus brazos a ella.

—No quiero estar sola. Por favor—. Él cerró sus ojos—. Por favor —suplicó Diana. Y Daniel no tuvo más remedio.

—Está bien —le dijo—. Me quedaré en mi antigua habitación...

—No.

—No?

—Quédate aquí.

—Qué? —preguntó él, tremendamente sorprendido.

—Te prometo que no te molestaré. Sólo dormiremos. Por favor, Dan—. Él sonrió con ironía. Claro, de qué otro modo le permitiría ella quedarse en su habitación? Y no era justo; el tenerla tan cerca ya era una tortura demasiado terrible.

Él debió traicionar a su país en su vida anterior como para que ahora le estuviera sucediendo esto.

—Está... bien. Creo —contestó él, pasando saliva.

—Gracias! —contestó ella soltándolo, y acomodándose en su cama y en su almohada con una sonrisa satisfecha. Daniel frunció el ceño y miró en derredor. Quiso preguntar: en serio, Diana? Me vas a hacer pasar por esto? —Estuvo todo bonito, verdad? —susurró ella, refiriéndose al sepelio de su padre, y Daniel se sintió mal entonces. Ella lloraba a su papá, y él pensaba en sexo.

—Sí, estuvo bonito.

—Fue mucha gente —siguió ella—. Estuvieron los amigos, la gente de la empresa. No reconocí a todos, pero sé que eran ellos.

—Sí. Fueron a presentarle sus respetos. Tu padre fue un gran hombre.

Diana guardó silencio por largo rato, y Daniel no lo interrumpió. En cierta manera, esto se parecía mucho al pasado, cuando ambos hablaban tranquilamente, cuando eran amigos.

—Dan... —lo llamó ella, y él contestó con un sonido de su garganta—. Aquello era mentira. Lo dije sólo por quitarme de encima a Marissa, pero fue de la boca para afuera, no de corazón—. El corazón de Daniel se saltó un latido, y la miró fijamente, esperando a que ella dijera más. Pero Diana cerró sus ojos guardando silencio.

—Qué cosa fue mentira, Diana?

—No eres invisible para mí —contestó ella después de un suspiro—. Eres el mejor amigo que he tenido jamás. Cómo ibas a ser invisible? Era mentira. Te ruego que me perdones.

Daniel se enderezó en la orilla de la cama y miró la habitación en derredor respirando profundo.

—No debiste decirlo, entonces —dijo, pero ella no contestó—. Haces daño a las personas, y luego te disculpas. No vuelvas a hacer una cosa de esas—. Cuando ella no dijo nada, se giró a mirarla, pero Diana estaba dormida. Quiso reír. Qué escena más extraña. Incluso creyó que era algún sueño suyo loco y febril.

Extendió su mano a ella y retiró el cabello de su frente. Notó entonces que éste estaba más largo. Sólo unos centímetros, pero ya se notaba.

—Se supone que voy a pasar la noche a tu lado, Diana? Sin tocarte? —como era de esperarse, todo permaneció en silencio. Daniel se puso en pie y se quitó su chaqueta. Luego el cinturón, el reloj y los zapatos. Se metió en la cama al lado de ella, y la miró dormir—. Estoy loco —susurró—. Estoy loco por ti, Diana. Me obligas a hacer locuras—. Se recostó en la almohada y apoyó su antebrazo sobre su frente mirando el techo. Iba a ser una noche muuuy larga.

Diana abrió sus ojos cuando escuchó su nombre. Alguien la estaba llamando.

Luego comprendió que quien la llamaba no gritaba su nombre, sino que lo susurraba, y estaba tras ella, pegado a su cuerpo, abrazándola...

Y con una increíble erección mañanera.

—Dan? —lo llamó ella, con el corazón acelerado, asustada—. Dan? Despierta—. Pero él no despertó, sino que subió la mano hasta uno de sus pechos y la dejó allí.

—Diana... —volvió a llamarla él—. Mi amor...

—Dan! —gritó ella, y Daniel despertó de un salto. Cuando vio sus ojos aterrados, salió de un solo movimiento de la cama y se alejó varios pasos, tropezando con algunas cosas que se hallaban detrás.

—Lo... lo siento. Mierda! Lo siento, Diana! —no esperó a que ella dijera nada, simplemente buscó su ropa y salió de la habitación. Diana se levantó y fue detrás.

—Daniel? —lo llamó, pero él no se detuvo. Tuvo que correr tras él, y sólo lo alcanzó en el vestíbulo—. Lo siento —exclamó llamándolo—, fue todo culpa mía. No te vayas...

—No debí quedarme —dijo él—. Siento si te asusté.

—No! Espera, Dan! —él abrió la puerta, y tras ella aparecieron Meredith, Marissa... y Nina, que al ver a Daniel se mostró tremendamente sorprendida.

Meredith y Marissa entraron mirando a Diana, que lucía la misma ropa de la noche anterior, y estaba visto que también Daniel, que iba a medio vestir.

Abatida, Diana se sentó al pie de las escaleras con deseos de llorar. Debió ser más sutil al despertarlo. Por qué había hecho todo al revés?

—Qué es todo esto? —reclamó Nina entre dientes al ver a Daniel salir de la mansión con la ropa arrugada, y la chaqueta y el reloj en las manos.

—No quiero hablar de esto ahora, Nina —dijo él pasando de largo hacia el jardín de la mansión.

—Qué? —exclamó ella, siguiéndolo—. Acabo de verte salir temprano por la mañana de la casa de otra mujer, a medio vestir, y no tengo derecho a preguntar qué está pasando? Es que no te importa lo que yo piense?

—Nina...

—Oh, Dios, qué está pasando contigo? Eres infiel y descarado como todos los demás hombres? Es eso?

—Sí. Tal vez lo soy —contestó él con voz dura y encaminándose a su auto, que seguía en el mismo sitio en que lo había dejado anoche, cuando tuvo la mala idea de venir a ver cómo estaba Diana.

—Entonces es eso? Acabas de estar con Diana? —Daniel apretó sus dientes y se giró a mirar a Nina.

—Mira, hablemos luego. Ahora no estoy...

—Hablemos ahora! Explícate! Estuviste con Diana anoche?

—No me hagas decir cosas de las que seguramente me arrepentiré luego, Nina! —exclamó él, y Nina tuvo que dar un paso atrás. Nunca lo había visto así—. No estoy de humor para tener este tipo de discusiones! Me expliqué ya?

—Y... y cuándo estarás de humor? —preguntó ella, dolida.

—No lo sé —contestó él, abriendo la puerta de su auto y arrojando la chaqueta y lo demás—. Probablemente nunca. Ya te llamaré—. Entró al auto y lo encendió alejándose de ella. Nina lo vio alejarse con deseos de llorar, y luego, con una mirada amenazadora, se encaminó a la mansión.

—Qué pasó aquí anoche? —preguntó Marissa, sentándose al lado de Diana en el primer escalón de las escaleras. Diana tenía la cabeza recostada en los barrotes del pasamanos—. No me digas que hiciste alguna locura con Dan.

—Tengo la cara de alguien que hizo locuras con un hombre anoche? —Marissa sonrió.

—Definitivamente, no.

—Pero él pasó la noche aquí —comentó Meredith, acercándose más.

—Sí. Fue gentil y me hizo compañía.

—Daniel es el hombre más bueno del mundo, en serio —señaló Meredith.

—O el más tonto —susurró Marissa, y Diana le echó malos ojos.

—Dime, Diana! —exclamó Nina, entrando con paso firme al vestíbulo mostrándose furiosa—. Qué clase de amiga es esa que se acuesta con el novio de su mejor amiga?

—No me acosté con Dan —le contestó Diana, poniéndose en pie.

—Por qué le hablas así? —preguntó Marissa, imitando a Diana.

—Ustedes dos, váyanse. Tengo que hablar seriamente con Diana, porque, como siempre, ella se aprovecha de la situación para sacar ventaja!

—No sabes lo que estás diciendo! —le reclamó Marissa.

—Acaso tú sí? Pero claro! Como no fue a David a quien vimos salir de aquí!

—Y por qué metes a David en esto?

—Nina... —intervino Diana con voz suave—, entre Dan y yo... no pasó nada. Te lo juro.

—Qué te crees, Diana? —volvió a decir Nina, entre dientes y con visibles deseos de llorar—. Estás usando la muerte de tu padre para acercarte a él, y sólo parecer que necesitas consuelo?

—Un momento, Nina! —exclamó Marissa, poniéndole una mano en el hombro un poco duramente.

—No! —gritó Nina, zafándose de Marissa—. Ya estoy cansada! Cansada de ti, Diana! Porque eres como el perro del hortelano, que ni come, ni deja comer. Deja en paz a Daniel! Déjalo ser feliz con la mujer que él escoja! Deja de metértele entre los ojos! Y luego, deja de parecer la víctima! Desde niña, siempre has hecho creer que eres inofensiva, pero yo te conozco! Y lo que te encanta es tener a todos a tus pies, a tu padre, a Daniel. Sobre todo a Daniel!

—Nina, basta! —gritó Marissa—. Diana acaba de enterrar a su padre. Ten un poco de respeto al

menos a su duelo!

—Ya sabía yo que te ibas a poner de su parte. Es que no me extraña nada que la defiendas. Siempre te pondrás de parte de ella, no es así, Marissa?

—No me pongo de parte de nadie. Sólo es sentido de justicia!

—Justicia? En serio? Ella tuvo toda la vida para tener a Daniel! Pero no; lo rechazó, lo hirió, lo hizo pedazos cada vez que pudo. Y ahora que él por fin se da una oportunidad conmigo, va y lo busca. Es eso justo, Marissa? DIME!!

—No, no es justo –susurró Diana, y las dos mujeres que hasta ahora habían estado discutiendo la miraron. Diana tenía lágrimas en sus ojos—. No es justo que yo siquiera piense en tener la amistad de Dan después de todo lo que le he hecho. Lo siento, Nina. No quería hacerte daño también a ti. Pero no termines con... No te pelees con él. No pasó nada. Te lo juro por mi padre.

—Me valen un culo tus juramentos –masculló Nina, y Meredith y Marissa se mostraron sorprendidas—. Sólo aléjate de él. De una vez y para siempre! Devuélvete a Europa, desaparecete de su vida. Déjalo en paz! –Nina dio media vuelta sin agregar nada más y salió de la mansión. Diana la observó tirar la puerta, y volvió a sentarse en el escalón de la escalera, en silencio, sin saber qué decir o qué pensar.

—Nena... —empezó a decir Marissa, poniendo una mano en su brazo.

—No, ella tiene razón –sonrió Diana—. Ella tiene tanta razón que me doy asco. Es sólo que... anoche... yo...

—No tienes que explicar.

—Lo necesitaba tanto que no me detuve a pensar en nada más! Lo necesitaba como al aire. Yo no lo busqué, yo no lo llamé. Él vino aquí. Te lo juro ‘Rissa.

—Nena...

—Y cómo puede un sediento ignorar un vaso agua cuando éste viene a él? Cómo, dime tú?

—Y si tú tienes sed –intervino Meredith, con su acostumbrada voz suave—, y él es tu agua, por qué no has extendido la mano, Diana? Por qué lo dejas ir? –Diana tragó saliva y cerró sus ojos.

—Porque si me uniera a él, lo haría terriblemente infeliz. Por eso.

—Yo no lo creo. Ese hombre te ama tanto que...

—Por eso mismo. Entre más me ame él, más infeliz será. No podré soportarlo.

Daniel conducía a la máxima velocidad permitida pensando, pensando, pensando.

La relación con Nina estaba acabada, eso era evidente. Aunque no había sucedido nada anoche con Diana, él sí que había tenido toda la intención. Si ella le hubiese dado tan sólo una señal, él le habría saltado encima para devorarla. Casi lo hizo en la mañana.

No había pensado en Nina ni una vez, y aunque era demasiado cínico de su parte, tampoco ahora tenía ánimo de escuchar sus reclamos. Sabía que tenía que enfrentarlos, y se los merecería, pero aquí tendrían que terminar las cosas. Lo había intentado, pero no se había enamorado de ella, y mucho menos había podido olvidarse de Diana.

Su teléfono timbró, y al ver que era Hugh, tomó la llamada.

—Diga? –dijo él por todo saludo.

—Esteban ya apareció. He hablado con él, y asistirá a la reunión de la lectura del testamento.

—Bien.

—Así que, te esperamos en la sala de juntas del GEA esta tarde a las tres.

—Qué? A mí? Por qué?

—Porque se te menciona en el testamento, por eso. Asistirás, o esto se dilatará hasta que todos estén allí—. Daniel tragó saliva y se detuvo en un semáforo.

—Estás seguro de que debo estar? No creo que sea buena idea. No me llevo bien con Esteban, lo sabes... ni con Diana.

—Es la última voluntad de Jorge, Daniel —le recriminó él—. Si le tenías un poco de respeto al hombre, asistirás—. Daniel respiró profundo.

—Está bien, allí estaré—. Hugh cortó la llamada y Daniel se quedó pensando en lo que aquello podía significar. Por qué estaba él en el testamento de Jorge? No creía que le hubiese dejado nada, pues lo había dicho aquella vez cuando tenía diecisiete años y fue presentado ante sus hijos. Esteban había preguntado si heredaría algo, y Jorge había contestado diciendo que sus hijos eran él y Diana.

Pero eso no era un no, verdad?

Puso de nuevo el auto en marcha cuando el semáforo volvió a cambiar, sin dejar de preguntarse qué significaba todo aquello.

A las tres de la tarde entró a la sala de juntas, y encontró que allí ya estaba Diana, quien lo miró fijamente por casi un minuto, pero él no fue capaz de sostenerle la mirada. Caminó a Hugh y lo saludó estrechando su mano, y notó que Esteban no había llegado aún.

—Llegará —dijo Hugh cuando le preguntó por él—. Está sin dinero, y ha vivido de la caridad de sus amigos todos estos días. Pero los amigos debieron hartarse de mantenerlo, pues me llamó esta mañana para que arreglara su situación. Le conviene estar aquí—. Daniel suspiró y se cruzó de brazos, sintiendo aún la mirada de Diana en su espalda.

—Debe tener a todos conmocionados el que yo esté aquí.

—Te parece que Diana esté conmocionada? —él se giró a mirarla, y entonces ella lo esquivó a él. Sonrió. Esto se parecía mucho a la relación que habían tenido en los últimos años, y él ya estaba cansado de todo.

Se sorprendió un poco cuando vio entrar a Maggie. Diana, también sorprendida, caminó a ella y la abrazó. Comprendió entonces por qué estaba él aquí. Si Jorge, con su buen corazón, le había dejado algo a su vieja amiga y ama de llaves, seguramente también a él. Imaginaba que no sería mucho, pero eso expresaría el cariño que le tenía.

—Qué hace éste aquí? —gritó Esteban Alcázar en cuanto entró y lo vio. Daniel hizo una mueca y miró a otro lado con gesto aburrido.

—Hola, Esteban.

—No me dirijas la palabra, imbécil.

—Lo dice el hombre que no se dignó en aparecer en el funeral de su propio padre?

—Eres tú mi abuelita para que escuche tus sermones?

—Tienes un problema con las abuelitas y los sermones.

—Está bien, señores! —intervino Hugh, metiéndose en medio cuando vio que Esteban tomaba impulso, tal vez para levantar la mano y golpear—. Estamos en una reunión importante, así que exijo



de ambos compostura! –Hugh tendió su mano y los convidó a sentarse. Daniel lo hizo lo más lejos posible de la cabeza de la mesa, y Maggie lo imitó, tal vez sintiéndose intimidada por todos allí. Diana permaneció en silencio, y sólo miró a Esteban con una expresión de reproche. Éste no hizo caso de nada, y simplemente se sentó cómodamente en su sillón.

Hugh empezó presentando los abogados que le acompañaban, todos dieron testimonio de que en el momento en que Jorge había redactado y firmado este testamento, se hallaba en plena función de sus facultades mentales. Además, presentó y explicó el gravamen que dictaba que, si alguno de los herederos iniciaba una pugna o pleito por el resultado del testamento contra los demás herederos, perdería su derecho sobre lo testado, y se atendería a recibir lo estrictamente asignado por la ley. El testamento se presentó como inexpugnable, y Hugh sacó de una carpeta los documentos, que se veían firmados y sellados con todo el rigor de la ley.

—Esto –empezó a decir Hugh—, más que un testamento, es una carta de Jorge a sus hijos. A todos sus hijos –dijo, mirando también a Daniel, y éste frunció el ceño confundido—. Está en sus propias palabras, y cada parte es legal y sustentable, así que la leeré, ojalá sin interrupciones –ahora miró a Esteban, y empezó a dar lectura al testamento.

“No espero contar con el agradecimiento de todos al terminar esta carta —rezaba el testamento de Jorge—, por el contrario, soy consciente de que, aun después de haber muerto, recibiré unos cuantos insultos y reproches. Y los aceptaré. Pero viendo que ustedes, mis hijos, no fueron capaces de tomar el destino con sus propias manos, me vi en la obligación de hacerlo yo, y forzarlos a tomarlo también.

>Lo siento si mis decisiones parecen arbitrarias, pero fueron pensadas a conciencia, durante más de diez años, con cabeza fría y corazón dispuesto. Todas las decisiones y disposiciones que ahora Hugh Hamilton, mi amigo y albacea leerá, las tomé pensando en ustedes, y por el profundo amor que le tengo a cada uno.

>Así que, los bienes por los que trabajé toda mi vida, quedarán repartidos de la siguiente manera:

A Maggie, mi aya y amiga, que trabajó para mí por casi treinta años, le dejo la hacienda en Jersey, que a ella tanto le gusta, y que se merece para que la habite o disponga de ella como le plazca. Además, de una pensión que alcance para que viva dignamente, sin escasez de ningún tipo, hasta el día de su muerte”.

Daniel miró a Maggie con una sonrisa, y ella le correspondió apretando su mano.

—Bien, eso es lo dispuesto para Maggie. Tendré que rogarte, preciosa, que abandones la sala. Es una petición de Jorge.

—No hay problema —dijo ella, poniéndose en pie. Puso una mano en el hombro de Daniel y salió de la sala.

Daniel respiró profundo, imaginando que ahora seguía él, y lo harían salir también. Luego, él se iría, dejaría a los Alcázar, quizá para siempre, y sería libre al fin de la promesa de obedecer a Jorge hasta el día de su muerte. Legalmente, Jorge moría hoy para él.

“A mi hijo Esteban —siguió Hugh, y Daniel frunció el ceño, sorprendido—. Dejo el total de las propiedades en Miami, New York y Barcelona. También la casa de su madre en Washington, los negocios que en principio fueron de ella y se conservaron independientes, y que espero que disfrute con prudencia. Todo esto suma la totalidad de setecientos cincuenta millones de dólares; espero lo administre con prudencia”.

—Qué? —exclamó Esteban mirando a Hugh con ceño—. Sólo eso? Sólo somos Diana y yo. Me vas a decir que la fortuna del anciano era tan pequeña?

—Si te hubieses interesado por los negocios de Jorge, lo sabrías con exactitud, no te parece? —contestó Hugh sin mirarlo.

—Y qué hay del GEA? Le va a quedar a Diana? A duras penas sabe sumar y restar!

—Cálmate, Esteban. Esto es lo que dejó tu padre para ti. Acéptalo o renuncia a ello en este instante. Te recuerdo que la ley te otorgará mucho menos si te vas a pleito—. Esteban apretó sus dientes, pero no dijo más y se recostó en su asiento—. Podrías salir?

—De qué hablas?

—Debes salir. Ya se leyó tu parte.

—No entiendo. De Maggie, lo acepto, era una sirvienta, pero por qué tengo que salir yo?

—Tengo que repetirme? Sal de aquí, Esteban, joder! Yo no tengo la paciencia de tu padre!

—Pero...

—FUERA! —gritó Hugh, y Esteban no tuvo más remedio que obedecer. Miró con odio a Daniel, y

salió de la sala.

Hugh tuvo que tomarse unos segundos, y unos tragos de su vaso de agua para ponerse en calma otra vez.

Daniel estaba cada vez más nervioso. Tenía que admitir que él tampoco sabía con exactitud a cuánto ascendía la fortuna de Jorge. Hasta ahora, no había tenido conocimiento de la mitad de los bienes que le legó a Esteban, por lo tanto, no podía calcular qué porcentaje quedaba. Era consciente de que al menos el diez por ciento de todo se iría a las obras de caridad y fundaciones de las que Jorge se ocupaba. Entonces, eso dejaba más del cincuenta por ciento de la herencia entre Diana y él. Pero dudaba que hubiese dejado a Diana con menos de lo que le dejó a Esteban.

“A mi hija Diana –siguió Hugh, y Daniel sintió que algo apretaba su estómago. Definitivamente, lo habían dejado a él de último en la lectura—, le dejo la totalidad de mis acciones en el GEA, con total poder de decisión, voz y voto en la mesa de juntas, y con capacidad de traspasar este poder a quien se convertirá en su esposo bajo la aprobación de mi amigo y albacea Hugh Hamilton. La casa familiar, los bienes en Los Ángeles e Italia. La colección de pinturas y demás obras de arte de la familia. Además del efectivo en las cuentas bancarias, lo cual, suma ochocientos millones de dólares. Sin embargo –siguió leyendo Hugh, echando una mirada subrepticia a Daniel—, éste legado va especial y estrictamente vinculado al siguiente...”

—Vinculado? –interrumpió Diana—. Qué significa eso?

—Es un segundo gravamen –explicó Hugh, pero al ver que Diana seguía sin comprender, siguió—: No podrás hacer uso de esos bienes si no acatas ciertas... órdenes.

—Ah.

“A Daniel Santos –siguió Hugh, y Daniel no levantó su mirada—. A quien quiero como a mi propio hijo, cedo mi derecho a la presidencia del Grupo Empresarial Alcázar, para que sea él quien la presida de aquí hasta que haya un nuevo heredero Alcázar y que tome control de ella”.

—Qué? –exclamó Daniel. Y recordó. Recordó que eso había sido lo que le dijera Jorge cuando le pidió ir a Harvard junto a Esteban. Que le obedeciera hasta que hubiese un heredero con la sangre Alcázar para que lo sucediera a él. El viejo de verdad había tenido todo planeado desde el principio.

“Con este legado, le son otorgados todos los derechos legales y jurídicos para que la represente en todo sentido, y le dan a él plena potestad para dirigirla, encauzarla, redireccionarla y obrar con ella conforme a su criterio y voluntad. Será la primera y última instancia en las decisiones importantes, y demando que los demás ejecutivos se adhieran a esta orden mía, bajo pena de despido en caso de presentar alguna querrela en su contra”.

Daniel cerró sus ojos y se dejó caer en el espaldar del mueble. Sintió la mirada de Diana, pero no dijo ni hizo nada.

Jorge lo estaba condenando aún desde el más allá a seguir metido entre los Alcázar.

“El diez por ciento de mis bienes serán otorgados a las diferentes fundaciones que en vida respaldé –siguió la carta de Jorge—, y las obras de caridad. El cumplimiento de este mandato recaerán en Daniel Santos, quien presidirá la empresa de aquí en adelante”.

“Y este es mi último bien –siguió Hugh, y se aclaró la garganta. Esto inquietó a Daniel. Hugh, hasta el momento, no se había mostrado inseguro ni nervioso—: Mi última voluntad es, que ni Diana Alcázar, mi hija, ni Daniel Santos, mi protegido, reciban nada de lo que aquí se ha estipulado para ellos hasta que presenten ante los testigos de este testamento un acta que certifique su unión matrimonial ante un juez notarial”.

—Qué!! –gritaron Diana y Daniel al tiempo.

“Los trasposos se harán efectivos con dicho documento cuando sea presentado ante Hugh Hamilton, amigo y albacea, y los abogados designados. Y dado que una boda no se puede organizar dignamente en poco tiempo, se les otorga un plazo de tres meses para presentarse legalmente casados”.

—Esto es una locura! –exclamó Daniel poniéndose en pie—. Jorge estaba loco!

—No lo estaba –refutó Hugh—. Tengo todos los certificados psiquiátricos que quieras para comprobarlo.

—Pero cómo pudo haber ordenado una cosa así?

—Quieres que vuelva a empezar para que comprendas?

—No! Esto es absurdo!

—Daniel, no he terminado. Podrías...

—Hay más?

—Sí, me temo –Daniel, temblando, casi, se sentó de nuevo, y Hugh siguió:

“Cuando mi hija y Daniel Santos hayan contraído santo matrimonio, todos estos designios se harán efectivos”.

Daniel escuchó la voz de Diana, que salió en lo que pareció un quejido.

“Sin embargo, si pasados los tres meses, ninguna de las partes accede a contraer matrimonio, se comprenderá que han decidido desoír mi última voluntad, y en consecuencia, la totalidad de mis acciones será rematada en bolsa, los bienes, tangibles y no tangibles, serán subastados y donados a la caridad, y la participación de los Alcázar será borrada para siempre de las empresas, la cual se disolverá en sus diferentes dependencias, no importando el riesgo económico que esto conlleve”.

—Maldito –masculló Daniel, cubriéndose el rostro con ambas manos y sin saber ya cómo acomodarse en su silla.

—Él no puede hacer eso, cierto, Hugh? –preguntó Diana—. Él no puede!

—Puede y lo hizo.

—Jorge no era dueño de mi vida! –exclamó Daniel golpeando con la palma de su mano la superficie de la mesa de juntas—. No puede, no puede hacerme esto!

—Él, curiosamente, me pidió que te recordara el voto de obediencia que le hiciste.

—En vida! –gritó Daniel—. Prometí obedecerlo en vida! Esto es... esto es enfermo! Es insano!

—Daniel... —empezó a decir Diana, pero Daniel se puso en pie dispuesto a salir.

—Qué! –gritó él—. Qué me vas a decir?

—Sólo cálmate, tal vez...

—Yo no tengo por qué obedecer este testamento. No tengo nada que perder, así que Hugh, no cuentas conmigo.

—Dan! –volvió a llamarlo Diana.

—No, Diana. Olvídate –contestó él entre dientes—. No te necesito a ti, ni a tu padre, para dirigir una empresa. Tengo dos manos y un cerebro muy aptos para conseguirlo por mí mismo.

—Daniel –le recordó Hugh—, tienes tres meses para pensártelo.

—Oh, por mí puedes poner el cartel de “se vende” ya mismo! Ya fui manipulado por esta familia demasiado tiempo! No necesito a los Alcázar! Tengo mil ofertas allá afuera que fácilmente pueden

satisfacer mis expectativas! Puedo ascender por mi propia fuerza de voluntad!

—Nunca llegarás tan lejos —sentenció Hugh.

—Y qué? Por qué querría yo vivir como ellos?

—Dan... —volvió a susurrar Diana, pero esto encendió más el furor de Daniel.

—No me hables! —gritó—. Dime una cosa, por qué, en todo el mundo, querría yo casarme contigo? Qué te crees que eres, Diana? Que se creía tu padre que eres tú?

—Yo...

—Por qué me casaría con una mujer que a toda vista me desprecia? Una mujer a la que se le hace muy fácil decir que soy invisible?

—Te expliqué eso!

—Estás asustada, verdad? —siguió él—. Te quedarás en la calle, pero acaso es mi culpa? Yo no tengo todo el dinero que tú y tu hermano, pero tengo inteligencia y fuerza de voluntad; no importa qué tan bajo esté ahora, llegaré lejos. Pero ustedes, qué tienen? —No contestó la pregunta, ni esperó a que nadie lo hiciera, y salió de la sala de juntas tirando la puerta.

Diana quedó en silencio, aceptando sus palabras, aceptando que él tenía razón en estar furioso, dolido; en sentir que, otra vez, había sido traicionado.

Tragó saliva y cerró sus ojos. Ahora, qué iba a hacer?

—Tienes que convencerlo, Diana —dijo Hugh, y ella no pudo más que reír.

—Él... él me odia, no lo ves?

—Son más de cien mil familias, Diana.

—Qué?

—Si Daniel no acepta, y las acciones de Jorge se rematan, la empresa entrará en una crisis sin precedentes, lo que llevará a la reducción de personal o la bancarrota. Son más de cien mil familias las que se quedarán sin empleo, sin ingresos, y sin seguridad si tú y Daniel deciden no seguir adelante —. Diana tragó saliva, pero Hugh siguió—. Daniel lo sabe perfectamente; él incluso conoce personalmente a un gran número de esas familias.

Diana cerró sus ojos y recostó su cabeza al sillón. Esto simplemente debía ser una muy mala broma, no tenía sentido! Por qué querría su padre casarla con Daniel? Nunca se imaginó que albergara ese tipo de esperanzas.

—Y no sólo eso, Diana —siguió Hugh, como el mensajero que sólo trae malas noticias—, la economía se tambalearía seriamente, y... muchos otros empresarios se verán afectados.

Entre ellos él, pensó Diana. Y esto afectaría también a Marissa y a David... y a cientos de personas más.

Pero, qué podía hacer una mujer para atraer a un hombre y obligarlo a casarse, cuando toda su vida no hizo sino alejarlo?

Daniel entró a su oficina queriendo romper cosas.

No sabía con quién estaba más enojado, si con Jorge, que desde la tumba quería seguir manipulando su vida, o con Diana, por la cara de espanto que hizo cuando Hugh leyó que debían casarse.

Y por qué rayos debía él casarse? Por una presidencia? De verdad había pensado Jorge que sería el

único modo en que él llegara a tan distinguido lugar?

Él podía llegar a construir su propia empresa, tal como él había hecho, y tal vez le tomara algunos años, pero era tenaz, así que tarde o temprano llegaría a su meta. No necesitaba matrimonios concertados para conseguirlo.

Y Diana, oh, ella. Diana lo odiaba. A pesar de que había dicho que lo del baile había sido de la boca para afuera, había muchas otras cosas más que indicaban que en realidad ella no le tenía la más mínima consideración. Por qué iba a casarse con alguien así?

Amy llegó hablándole de sus citas y compromisos, pero él no le prestó atención; simplemente recogió su maletín dispuesto a irse.

—Va a salir? —le preguntó Amy un poco sorprendida por su actitud.

—Lo más probable es que no vuelva, Amy. Voy a presentar mi renuncia.

—Qué? Por qué?

—Porque ya no trabajaré aquí —Amy abrió grandes sus ojos. Cuando lo vio salir de la oficina, lo siguió.

—Entonces nos dejará? —él se giró y la miró a los ojos con una dura respuesta a flor de labios, pero no dijo nada al ver la expresión de desamparo en sus ojos—. Todo está hecho un caos. Todo el mundo lo ha llamado, y sé que lo hacen para preguntar cuál es su posición. Todos los empleados están nerviosos, también... Nos quedaremos sin empleo? Quién presidirá? Lo hará el joven Esteban? Si es él, presentaré también mi carta de renuncia, hoy mismo.

Daniel le dio la espalda y se pasó la mano por el cabello.

—Lo siento, Amy —susurró sin mirarla, y siguió su camino.

Amy se quedó con la agenda en la mano y viéndolo alejarse con el corazón en un puño. Era su jefe el primero en abandonar el barco? Ahora, qué le contestaría a las personas que estaban llamando?

Al no estar Jorge, la persona a cargo era Daniel, su jefe, y por eso todos acudían a él, para saber qué seguía.

Todos habían esperado a la lectura del testamento de Jorge Alcázar, y según tenía entendido, ésta se había hecho ya. Pero el aspecto de él no anunciaba buenas noticias.

Se giró lentamente y volvió a su escritorio. Los teléfonos repicaban, pero ella los ignoró. No sabía qué contestarles, de todos modos.

—Está Daniel? —preguntó Hugh llegando. Amy se puso en pie. Hugh Hamilton era uno de los accionistas más importantes del GEA.

—Señor... No, señor. Acaba de salir—. Hugh hizo una mueca y salió, pero al escuchar los teléfonos, y ver la actitud de la secretaria, se detuvo.

—No es eso importante? No podemos desoír las llamadas de los socios en estos momentos.

—Y qué podría contestar? —preguntó Amy a su vez—. El señor acaba de irse... y creo que no piensa volver.

—Eso es una tontería. Daniel Santos ha sido nombrado nuevo presidente.

—Qué?

—A todo el que te llame, dile que él será el nuevo CEO. Trata de sonar feliz.

—Oh, lo estoy... pero él no mucho, por lo que vi.

—No ha aceptado aún —contestó Hugh—, pero lo hará. Me aseguraré de eso—. Y acto seguido sacó

su teléfono. Como era de esperarse, Daniel ignoró su llamada.

Maurice abrió la puerta de su apartamento, y vio a Daniel recostado a la pared. Sonrió y lo convidó a entrar.

—Qué cara traes. No es extraño verte por aquí en horarios de trabajo?

—Y tú. No trabajas? —Maurice sonrió sin contestar, pero Daniel no estaba de ánimo para sermonear—. Tienes una cerveza? —Maurice lo miró de reojo.

—No, no tengo —eso extrañó a Daniel.

—De veras? —cuando él no dijo nada, Daniel se sentó en el pequeño sofá de la diminuta sala de Maurice. Era increíble que justo cuando necesitaba alcoholizarse, en la casa de Maurice no hubiera con qué. También era extraño.

Miró en derredor el apartamento. Estaba limpio, y las cortinas corridas para que entrara abundante luz. Parecía como si recientemente hubiesen hecho la limpieza aquí.

—Contrataste servicio de mucama?

—No.

—Entonces, limpiaste tú.

—Algo así—. Daniel sólo alzó sus cejas. Vio a Maurice abrir la nevera y traerle un jugo natural, y luego, permaneció de pie recostado a la encimera de su estrecha cocina. Daniel se echó a reír.

—Qué pasa contigo?

—Acepto tu oferta —dijo Maurice—. Acepto la propuesta de trabajar para ti. Si aún estás interesado en contratarme, yo... estudiaré duro para ponerme al día en mi carrera y me esforzaré para ser un buen abogado—. Daniel lo miró con ojos entrecerrados.

—Qué?

—Bueno, eso si aún tienes intención de contratarme—. Daniel se puso en pie y cerró sus ojos. Por qué ahora? Cuando tuvo el poder para ayudarlo, Maurice lo rechazó. Ahora que había renunciado a todo, él aceptaba su ayuda.

En el momento, el teléfono de Maurice timbró y él contestó con monosílabos. La llamada no tomó ni un minuto, y Daniel no dejó de pensar en lo injusto que era todo.

—Yo... acabo de renunciar al GEA.

—Renunciaste? Por qué?

—Bueno, aún no es oficial. Pero ya no trabajaré más allí. Supongo que venderé mi apartamento, y mis autos, y con ese dinero, tendré que iniciar una nueva vida. No dependeré más de los Alcázar.

—Es todo por la muerte de Jorge? —Daniel hizo una mueca antes de contestar.

—Sí—. Maurice lo miró por unos segundos en silencio.

—Tiene algo que ver Diana? —Daniel lo miró subrepticamente.

—Diana? Por qué?

—Pasaste la noche con ella, no es así? —Daniel se echó a reír, pero en su risa no había alegría.

—No, no del modo que imaginas —su expresión se agrió, y Maurice no perdió de vista el cambio en sus emociones.

—Entonces es por eso que quieres embriagarte.

—Sí, y vine al sitio equivocado —dijo él mirando su jugo de fruta. Escuchó a Maurice respirar profundo y volvió a mirarlo. Él permanecía de brazos cruzados y mirando lejos. Siempre se había preguntado qué atormentaba a este hombre, qué lo había traído hasta aquí, por qué no quería levantar cabeza.

Miró de nuevo su jugo y se preguntó si él terminaría del mismo modo.

Estaba solo, sin padre, ni madre, ni hermanos.

En algún momento de su convivencia con los Alcázar, alcanzó a fantasear con que ellos eran su familia, pero no había sido así, sólo Jorge había sido su padre, y ahora lo había traicionado, tal como había hecho su propia madre. Siempre tomando decisiones a espaldas suyas, siempre planeando su vida sin consultarle.

Se puso en pie y dejó el vaso en la pequeña mesa.

—Me voy, supongo —Maurice lo miró con expresión grave.

—Siento no haberte ayudado.

—No, yo lo siento más. Sin embargo, si inicio mi propio negocio, me ayudarás? —Maurice sonrió.

—En lo que pueda.

—Gracias.

Daniel se encaminó a la puerta, y ya estando fuera, vio el auto de Hugh Hamilton detenerse al lado del suyo.

—Al fin te encontré —dijo Hugh entre dientes bajando de su auto y mirando fijamente a Daniel, que miró al cielo molesto.

—En serio? Me seguiste hasta aquí?

—Diana ha aceptado casarse contigo.

—Qué?

—Sólo falta que tú des tu consentimiento—. Daniel apretó tan fuerte sus dientes que un músculo latió en su mejilla.

Claro, en el momento en que veía que su estabilidad económica tambaleaba, ella, otra vez, acudía a él. Qué se pensaba ella?

—Ya di mi respuesta en la sala de juntas.

—No. Tendrás que decírselo a Diana. Mientras uno de los dos esté de acuerdo con el matrimonio, yo insistiré.

—Bien, entonces déjame ir y decírselo.

—Daniel, estás despreciando la oportunidad de tu vida.

—Es curioso que todos piensen eso. Yo, por el contrario, creo que puedo fabricarme mis propias oportunidades sin que me tenga que vender por ellas.

—Estás actuando como un tonto. Te están poniendo en las manos todo lo que un hombre puede soñar, y tú lo desprecias!

—Qué es todo lo que un hombre puede soñar? Una esposa que te odia y que accede a casarse contigo por salvar su dinero? Una empresa que más que satisfacciones me traerá amarguras? Crees que soy feliz ocupando el lugar de Esteban?

—Ese lugar nunca fue de Esteban! Siempre fue para ti! Desde que te conoció, Jorge lo supo, supo que serías tú quien lo sucediera.



—Qué?

—Me lo dijo! Desde que llegaste a su casa, tuvo el plan de casarte con Diana, no sé por qué, no sé qué vio en ti, o en ella, pero ese fue su plan! La presidencia siempre fue tuya! Diana siempre fue tuya! —algo se movió en el estómago de Daniel, y tuvo que pestañear intentando aclarar sus emociones—. Habla con Diana —insistió Hugh, interrumpiendo sus pensamientos—. Lleguen a un acuerdo. Recuerden que tienen tres meses para la boda—. Hugh no agregó nada más, y subió de nuevo a su auto. Daniel lo imitó subiendo al suyo, tomando rumbo hacia la mansión Alcázar.

Sí, hablaría con Diana. Acabaría con esta locura en este instante.

**:19:**

Daniel entró como una tormenta a la mansión, llamando a Diana a gritos, y abriendo cada una de las puertas de los diferentes salones de la mansión. Los sirvientes, que lo conocían, se asustaron un poco al verlo así, pero no dijeron ni hicieron nada por buscar a Diana, sólo se quedaron allí, de pie, viéndolo mientras él gritaba llamando a Diana y abriendo una puerta tras otra.

Al escucharlo, ella salió del estudio, había estado pintando, y sólo se molestó en ponerse unas sandalias antes de bajar. Al verla, Daniel se echó a reír. Como siempre, ella era una inconsciente. Pero claro, por qué vestirse un poco más decente, si el que había llegado sólo era él?

—Pasa algo? —preguntó ella, cruzándose de brazos, y Daniel notó que tenía manchas de pintura en la piel.

—Que si pasa algo? —repitió él—. Es en serio, Diana? Tan ajena eres al mundo? Qué pasa contigo!

—Vienes a mi casa gritando, y ahora me insultas. No es obvio que tengo que preguntar qué pasa?

—Pasa que la diosa Diana ha aceptado casarse! —gritó él, y ella lo miró fijamente. Nunca lo había visto tan alterado, ni lo había escuchado gritar. Él siempre fue el hombre más calmado del mundo, el que mejor controlaba sus emociones, o la mayoría de ellas. Suspirando, miró a una de las muchachas del servicio que la miraba interrogante, y con un leve movimiento de cabeza, le pidió que los dejara a solas—. Qué te piensas que eres, chiquilla? —preguntó Daniel—. Estás intentando ponerme entre la espada y la pared? Piensas acaso que si tú sólo pestañeas, yo caeré rendido a tus pies? Crees que vivo tras tu aliento y tu merced?

Diana pestañeó.

Sí, había habido una vez en el pasado en que él la había gritado; fue en Boston, y él estaba bajo los efectos del alcohol y tal vez alguna droga, pues había olvidado todo luego. Pero ahora, él estaba en pleno uso de sus facultades. Y la odiaba.

—Pensé... —empezó a decir ella, pero él no la dejó hablar.

—Oh, pensaste que como tú habías aceptado, yo vendría aquí extasiado de felicidad a cantarte una serenata de amor? De veras toda tu vida creíste que las cosas eran así de fáciles? Que las personas se pueden comprar y desechar? Tengo que mostrarme yo feliz porque la hermosa Diana se ha dignado en concederme su mano? Qué en este mundo te hizo pensar que quiero casarme contigo, Diana?

—Mi padre...

—Al cuerno tu padre! —gritó Daniel, haciendo amplios ademanes con sus manos, sin importarle que los ojos de Diana se hubiesen humedecido—. Al cuerno tu empresa, al cuerno tu hermano. AL CUERNO TÚ!! —gritó. Una lágrima rodó en el rostro de Diana, pero él no se detuvo—. Tan grande es mi deuda con tu familia por haberme dado techo y comida que tengo que vender mi alma?

—No! —susurró ella.

—A la mierda tu familia! —volvió a gritar él, y ella alcanzó a asustarse un poco, retrocediendo un paso.

—No hace falta que...

—Que qué, que grite? También me vas a impedir que grite? Lo único que me ataba a ustedes era el profundo cariño que le tenía a Jorge, pero crees acaso que me siento endeudado contigo, Diana? Con la reina del hielo? —ahora ella lo miró a los ojos con una expresión de desconsuelo—. Imposible de mirar —siguió él con un tono de voz más bajo, pero no más calmado—. Imposible de soñar. Siempre subida a un pedestal demasiado alto. Eso se acabó, Diana. Tú no vales nada para mí! —exclamó él casi

encima de ella, y luego de dirigirle la mirada más dura y ominosa, dio la media vuelta encaminándose a la puerta.

Pero entonces se escuchó la voz de ella.

—Son más de cien mil familias —dijo. Daniel se detuvo, pero no se giró—. Cien mil familias, aproximadamente, se verán directamente afectadas—. Él volvió a ella otra vez, dispuesto a gritarle más, pero ella se adelantó—. Yo no conozco el hambre, ni la pobreza, pero eso no te da derecho a hablarme y a tratarme así. No conozco a ninguna de esas personas, nunca trabajé con ellas, pero estoy segura de que no podré dormir si sé que soy la causante de sus miserias—. Daniel cerró sus ojos odiando sus palabras. A su mente vino el rostro preocupado de Amy, de quien dependía una familia, y de los otros cientos de empleados con los que había tenido que trabajar codo con codo a lo largo de todos estos años—. Te crees que yo estoy subida a un pedestal? —siguió Diana, limpiándose las lágrimas con el dorso de su mano—. Dónde estás subido tú entonces? O es que la abundancia en la que viviste todos estos años te hizo olvidar lo que se sufre cuando no se tiene dinero, ni oportunidades? —él la estaba mirando tan duramente, que ella pensó que volvería a gritar, pero increíblemente, él guardó silencio—. Si puedes dormir con eso en tu conciencia —siguió Diana—, entonces es que soy mejor persona que tú.

Dando por terminado su discurso, ella se dio la media vuelta y se encaminó a las escaleras, y fue turno de él hablar entonces.

—Casarme contigo —susurró él, y ella se detuvo para volverse a mirarlo—. Casarme sólo de nombre... no podré, Diana. No podré hacerlo—. Ella bajó la mirada, sabiendo lo que eso significaba.

—Nuestras vidas serán un infierno —sonrió ella con tristeza—. Nos casemos o no, serán un infierno, Dan. Pero... tienen ellos la culpa? Tienen que pagar todos por nuestros egoísmos?

—Tengo que pagar yo, entonces? —ella quiso decir algo más, prometerle algo que mitigara un poco su dolor, su decepción. Pero él se giró sin esperar respuesta, y salió con una actitud muy diferente de la que había tenido cuando entró.

Apretó con fuerza el pasamanos de la escalera deseando poder ir tras él y abrazarlo. Era increíble que fuera ella la persona que más infeliz hacía a quien más la amaba en el mundo. Y eso la hacía a ella completamente desdichada. En vez de ser una fuente de alegría, luz y felicidad para él, era una pesada cruz de la que él, muy seguramente, ya estaba cansado de llevar.

Nina entró al pent—house de Daniel. Éste estaba a oscuras, aunque las cortinas estaban corridas, y las luces de la ciudad se veían a lo lejos a través del ventanal.

Daniel estaba aquí, pero no se le veía por ningún lado. Caminó a una lámpara de mesa y encendió su luz. Lo vio entonces. Tendido cuan largo era en uno de los sofás de la sala, sin inmutarse por la presencia de ella.

—Tenemos que hablar —dijo ella sentándose en el mueble frente a él, y Daniel la escuchó sin mover un solo músculo.

—Sí —confirmó él—, tenemos que hablar.

—Esto no puede seguir así, Daniel. A pesar de lo mucho que te quiero, no puedo soportar que... — él movió su cabeza para mirarla cuando se quedó en silencio, esperando a que ella continuara—. Me duele sólo pensar que... Diana tiene tanto poder sobre ti. Ella llora y tú corres a consolarla... va a cambiar eso algún día, Daniel? —él sonrió. Respiró profundo y se sentó en el mueble mirándola.

—Nina... nunca quise hacerte daño. Sabía que esto sería un error —ella lo vio ponerse en pie y esas palabras cayeron en ella como una pesada loza.

—Me estás terminando? —él guardó silencio, y Nina se levantó también y caminó a él—. Es porque te hice esa escena de celos?

—No, Nina.

—Es porque, a pesar de lo bien que lo hemos pasado, no sientes nada por mí? Nada?

—Te quiero, pero no de la manera que tú deseas, Nina.

—Es Diana, después de todo? —él cerró sus ojos sin responder, cansado del tema.

—Hoy se leyó el testamento de Jorge —dijo, encaminándose al pequeño bar. Ella sacudió su cabeza rehusando la copa que él le ofrecía, y Daniel la tomó para sí.

—Te dejó algo? —le preguntó Nina. Daniel hizo una mueca.

—Podría decirse. Pero no se trata de bienes y riquezas, sino de responsabilidades, pesadas responsabilidades —ella lo miró interrogante—. Si no asumo la presidencia —contestó él—, la empresa se disolverá, y miles de familias quedarán a la deriva.

—Asúmela, entonces.

—No sabes lo que dices.

—Tendrías un alto poder —siguió ella acercándosele—. No me gusta la idea de que estés en contacto con Diana, pero no es cualquier cosa, es la presidencia de una empresa mundialmente conocida, se trata de una fortuna!

—Sí, todo eso es verdad. Pero para obtener todo ese poder, y todo ese acceso a esa fortuna, debo casarme con Diana —Nina palideció al instante, y su semblante cambió. Agitó su cabeza negando y dando un paso atrás.

—Dijiste que no, obviamente —susurró.

—Sí, dije que no.

—Entonces no veo por qué estás pensativo. Mira, yo no soy tan rica como Diana, pero manejo mis negocios, mi familia tiene dinero. Si tú... —Daniel se echó a reír.

—En serio te estás ofreciendo a cambio de dinero, Nina?

—No! Quiero decir... Si lo que te preocupa es tu futuro...

—Hoy menos que nunca me preocupa mi futuro. A donde vaya, obtendré buenas propuestas, porque la gente conoce mi trabajo, y tengo muy buena trayectoria y referencias. Thomas Brenner me quiere en sus hoteles; Hugh Hamilton me quiere en sus fábricas; incluso Simon Donnelly me ha hecho sugerencias antes. Tengo a donde ir. No necesito casarme por dinero.

—Entonces?

—No podré soportar saber que dejé en la calle a miles de personas, Nina. Pensé que sí podría, pero no es así—. Los ojos de Nina se humedecieron.

—Pero Diana te desprecia! —exclamó ella—. Eres invisible para ella, lo olvidaste? Cada vez que pudo, te rechazó, y te hizo daño!

—Eso lo sé yo mejor que nadie, Nina. No tienes que decírmelo tú.

—Pero estás pensando aceptar! Todo eso de las familias, todo eso de los empleados, no es sino una historia para convencerte a ti mismo. La verdad es que estás saltando en un pie porque por fin la tendrás!

—Nina, por favor...

—Serás infeliz! Cuando ella no pueda complacerte, cuando ella no pueda ser la mujer que tú esperas, serás infeliz! Te conozco, sé lo que esperas de una mujer, y no soportarás a alguien tan frío como ella! Pronto te cansarás, y empezarás a mirar a otras mujeres y... No quiero eso, Daniel! —él respiró profundo y se sentó de nuevo en el mueble en el que antes había estado acostado con su bebida en la mano.

—Sí, mi vida será un infierno —contestó él, sin ánimo para llevarle la contraria a Nina, que lo vio casi espantada por la manera como él asumía las cosas.

—Y ya? Eso es todo? A mí me darás las gracias y me dejarás? No significó nada para ti? —él no dijo nada, y Nina se sentó a su lado y tomó su mano libre—. No te importa que te quiera hasta la desesperación? —Daniel la miró a los ojos, dejó el vaso en la mesita de centro y apretó las manos de Nina entre las suyas.

Nina había sido no sólo una excelente compañera de cama por estas semanas pasadas, también una buena amiga, un escape de sus muchas frustraciones. Ahora sentía que la había usado, a pesar de que ella sabía toda la verdad acerca de él cuando empezaron a salir.

Tuvo que reconocer que desde el principio había sabido que esta relación acabaría así algún día, mientras que ella, al parecer, se había hecho esperanzas.

Besó sus manos y cerró sus ojos, y ella empezó a llorar, tal vez leyendo su mente, o presintiendo lo que él estaba pensando.

—No me dejes, Daniel—. Él siguió sin decir nada—. Diana no te ama. Yo sí. Pondré de mí cada día para hacerte feliz.

—No te hagas esto, Nina.

—Pero yo te amo! No alcanza mi amor para los dos? —él tuvo que sonreír. Si no alcanzaba el suyo hacia Diana, que era tan grande, tan antiguo, tan puro, dudaba mucho que funcionara con cualquier otra persona.

—Tú dices que yo me merezco a alguien que me haga feliz, verdad? —ella asintió—. Lo mismo digo yo de ti.

—No... —se quejó ella.

—Te mereces a alguien que te haga feliz. Que te valore tanto que no quiera dejarte ir, que no sea capaz de pensar ni un instante en otra mujer. Porque eres maravillosa.

—No quiero! Te quiero a ti!

—No te aferres a mí. No quiero ser el objeto con el que te hagas daño.

—Ese es mi problema! —él la acercó y la abrazó. Nina empezó a llorar, sabiendo que él no discutiría para que ella entrara en razón, sus métodos eran otros. Lo abrazó fuerte sin deseos de dejarlo ir. Habría empezado a besarlo de no ser porque sabía que eso sería contraproducente. Con cada segundo que pasaba y él estaba en silencio, sentía cómo se alejaba más y más. Sus brazos se estaban quedando vacíos—. No me dejes —seguía diciendo, aun cuando sabía que no serviría de nada.

Entonces pensó en Diana. Tal vez a ella podía hacerla entrar en razón, así que se separó de Daniel y enderezó su espalda, se secó las lágrimas y detuvo su llanto.

—No te vas a casar con ella —sentenció—. No puedo permitir eso.

—Qué harás?

—No lo sé. Pero no te casarás —se puso en pie y caminó hacia donde había dejado el bolso. Luego,

salió del pent—house.

Daniel la observó salir y sólo respiró profundo mientras tomaba de nuevo su copa y le daba un trago. Se recostó al mueble y permaneció allí, en silencio y quieto por largo rato.

Nina llegó a la mansión y esperó en la sala a Diana. Cuando ella bajó, la encontró con los ojos enrojecidos. Ella había estado llorando.

—Tú tienes que parar esto —dijo ella, y Diana sólo la miró a los ojos—. Sabes lo que ha sufrido Daniel por tu culpa? Detén esto! Sólo lo harás más infeliz de lo que ya es!

Diana respiró profundo y caminó para sentarse en uno de los muebles. En un extremo, estaba el piano caoba, y ella sólo pudo ver allí al par de adolescentes que una vez tocó “Danny Boy”, sonrientes, tal vez no felices, pero sí en mejores circunstancias que ahora.

—Si yo tuviera la más mínima sospecha de que tú sientes algo por él, no te lo pediría, Diana. Pero como me consta que en vez de amarlo, lo desprecias, te lo digo. No te cases con él.

—Sin importar si esas miles de familias se ven afectadas?

—Me vas a decir entonces que todas esas personas desconocidas son las que te motivan a destruir la vida de un hombre?

—Tiene que ser así? —preguntó Diana, poniéndose de pie—. No puedo hacerlo feliz entonces? Ni siquiera un poco?

—Tú no lo quieres! —exclamó Nina mirándola a los ojos, y entonces, en un segundo, y por un casi imperceptible cambio que hubo en la expresión de Diana, Nina tuvo que contenerse. Con el corazón latiendo aceleradamente, elevó una mano y la apretó en un puño en su pecho—. Porque... tú no lo quieres, verdad, Diana?

La vio apretar los dientes, pero, aunque se mantuvo en silencio, le sostuvo la mirada.

—Por qué nunca contestas cuando te hago esa pregunta? —preguntó Nina con voz susurrante, como si no pudiera hablar más alto—. Así fue hace años, cuando éramos apenas adolescentes. Ahora que lo pienso, nunca, nunca contestaste; sólo salías con evasivas—. Diana esquivó al fin su mirada, y Nina se acercó a ella y le tomó los antebrazos con algo de fuerza para llamar su atención—. Dilo de una vez por todas. Dilo! Di: “no amo a Daniel”, y todo habrá acabado.

Diana empezó a sentir el dolor por el apretón de Nina en sus brazos, pero se mantuvo en silencio. Nina vio que ella apenas si pestañeaba, y eso colmó su paciencia.

—Hasta cuándo vas a ser así! —gritó—. Cuándo, cuándo vas a admitir tus sentimientos! Lo quieres o no lo quieres! Es muy fácil de decir! Y te juro por mi vida que si me lo pides, jamás se lo diré a nadie, pero por amor de Dios, Diana, dime qué sientes exactamente por él!

—Te ayudará en algo saberlo? —preguntó Diana con voz quebrada.

—Crees que soy capaz de meterme con el hombre que una amiga ama? No soy ese tipo de persona! Pero hasta hoy, tú siempre te has mantenido en silencio, y sólo has actuado haciendo parecer que él no te importa, y cada vez que te hago la pregunta directamente, te comportas justo como ahora. Pero hoy, Diana, hoy no me iré de aquí hasta sacarte la maldita respuesta! DÍLO! Por un demonio, dime que no lo quieres, y déjanos en paz!

Nina siguió gritándole y exigiéndole, y Diana aguantó estoica el vendaval de reclamos que llovió sobre ella. Cuando Nina bajó su cabeza llorando por el silencio que ella guardaba, Diana cerró sus ojos.

—No puedo —contestó con un hilo de voz. Nina detuvo sus sollozos y la miró en absoluto silencio, permaneciendo quieta. Diana clavó su mirada en ella, y Nina tuvo que retroceder un paso. Nunca había visto tanto sufrimiento junto en una sola persona, era una mirada desgarradora y desnuda, que incluso llegó a asustarla—. No puedo complacerte en eso. Yo... —ella se puso la mano en la garganta, y Nina notó que la mano le temblaba violentamente—. De mi boca jamás saldrán esas palabras.

—Por qué? —susurró Nina, soltando sus brazos, como si sintiera temor de la ola de energía que salía de ella.

—Porque estaría diciendo una terrible mentira, una mentira que me secaría el alma. Ya lo hice una vez, Nina, y lo pagué con lágrimas de sangre.

—Te refieres a...

—Nunca me oirás decir algo así —dijo Diana con voz más firme, aunque con una lágrima bailando en sus ojos, amenazando con caer—. No me pidas que te diga eso que quieres oír. No puedo hacerlo.

El silencio se prolongó entre las dos, que se miraron como midiéndose la una a la otra para una batalla. Diana permanecía de pie frente a ella, y aunque temblaba visiblemente, la determinación en su mirada era formidable.

—Entonces... —preguntó Nina con voz débil— lo quieres? —Diana apretó sus labios como intentando controlar sus músculos faciales para que no se contorsionaran por el llanto.

—Yo... cuando pienso en él... —susurró Diana— sólo pienso en que es mío. Él es mío.

—Qué?

—¡No puedo renunciar a él! —gritó Diana al fin—. Nunca he podido hacerlo, ya no puedo permitir que siga a tu lado, no puedo! A pesar de todo, a pesar de mí misma! No puedo! ¡Es mío! ¡Es mío...! —luego de decirlo, el llanto venció a Diana, que se dobló sobre sí misma hasta que cayó de rodillas en el suelo.

Nina la miraba pasmada.

—Es sólo una simple posesión, o... —se detuvo cuando supo que ella no le respondería. Diana no necesitaba ponerlo en palabras, y Nina, que sabía lo que era amar, la entendió.

Quiso hacerle muchas preguntas, había muchos interrogantes alrededor de la actitud de Diana. Por qué había permitido que él sufriera de esa manera entonces? Por qué dijo que él era invisible? Por qué lo dejó unirse a ella en una relación, si sabía perfectamente lo que pasaría entre los dos?

Lamentablemente, no tenía todas las piezas del rompecabezas, a pesar de ser una de sus amigas más cercanas. Sin embargo, tal vez eso se debía a que se había distanciado de ella por Daniel. Desde que Diana la vio besarlo en su cocina, la amistad ya no fue igual. Tal vez Marissa sí tenía idea de lo que la hacía a ella alejar al hombre que supuestamente amaba.

Tenía que ser algo terrible, si se estaba sacrificando a sí misma.

Y si todo se debía a un sacrificio, entonces Nina al fin había obtenido su respuesta.

Esta era su derrota. Acababa de perder a Daniel para siempre, y el corazón le dolía de un modo criminal.

Con pasos inseguros y apresurados, como si de un puente que se destruyera a cada paso que ella daba se tratara, huyó de la sala de la mansión Alcázar.

No sólo acababa de perder a Daniel, sino también a su amiga, porque algo era seguro: ella no sería capaz de volver a estar cerca de Diana como antes.





**:20:**

David y Maurice miraron a Daniel con idéntica expresión: los ojos abiertos como platos, la mandíbula descolgada de sorpresa.

Daniel se echó a reír de verlos así.

—Te casarás?

—Con Diana? —preguntó Maurice.

—Ya lo dije, no? —David hizo una mueca de incredulidad.

—Amigo, la marihuana no es saludable, sabes?

—Huelo a marihuana?

—Ni la coca —agregó Maurice—, ni ningún otro polvo o hierba que te haga tener alucinaciones.

—No estoy alucinando, hombres... —Daniel hizo una mueca y dejó salir el aire—. Tengo tres meses para casarme, o de lo contrario, miles de familias serán miserables. Sobre mis hombros descansa una pesada responsabilidad —Maurice y David se miraron de reojo, y Daniel no se perdió el mensaje en esa mirada.

Sonrió sin prestarles mucha atención a lo que ellos pensarán u opinarán en ese momento, y miró en derredor el restaurante en el que se habían citado para almorzar.

Tamborileó con sus dedos sobre la mesa, y no hizo sino pensar en qué estaría haciendo su prometida ahora. Aunque no lo habían hecho oficial todavía, el haber aceptado los convertía automáticamente en prometidos.

Todavía se preguntaba si acaso el anciano no se había vuelto senil cuando firmó una cosa así. Y Hugh debía estar de remate para aprobarlo.

No lo había llamado hasta ahora, tal vez decidiendo darle un poco de espacio. Él debía interiorizar esta nueva información, pero le estaba quedando muy difícil. Se iba a casar con Diana.

La cuenta llegó, y los tres amigos se levantaron de las mesas luego de cancelar. Daniel permanecía en silencio mientras se acercaba a la zona donde habían estacionado los autos.

Su teléfono timbró, y al ver que era Hugh, suspiró. Su espacio se había acabado.

—Dime —saludó él.

—Diana me dijo que has aceptado. No es que dude de su palabra, pero me sentiré más tranquilo si eres tú quien me lo dice—. Daniel sacó las llaves de su auto y contestó.

—No es que haya aceptado, es que estoy acorralado. Jorge jugó muy bien sus cartas.

—Entonces, te casarás, asumirás la presidencia, y todo lo demás?

—Todavía no tengo claro qué es ese “todo lo demás”.

—De eso exactamente es que quiero hablarles. Necesito que nos reunamos para discutir unos asuntos.

—Me imagino.

—Esta misma noche. A las siete en la mansión Alcázar—. Daniel tragó saliva.

—Claro, allí estaré—. Hugh se despidió y cortó la llamada. Miró a sus amigos, que lo observaban interrogantes, y sonrió—. No me miren como si fuera a morir.

—Sabes —bromeó Maurice—, te vas a casar con la mujer de la que llevas toda tu vida enamorado, y parece que en vez de eso fueras al matadero.

—Da un poco de nervios, no lo niego —siguió David, sonriendo—. Casarse es un asunto serio,

pero cuando piensas en la luna de miel, se te pasa un poco el susto—. Daniel elevó una ceja.

—Les aseguro —contestó— que si alguna vez pensé en casarme, no fue ni remotamente de esta manera. Casarme porque me han encañonado me hace sentir pequeño y un poco miserable. Parece un castigo, más que un regalo.

—Es un mal inicio —aceptó Maurice, encogiéndose de hombros—, pero, a veces los matrimonios empiezan de una manera hermosa, romántica, espectacular... y terminan como el infierno mismo. Tal vez en tu caso sea lo contrario.

—Tienes esa fe?

—Yo no tengo fe en nada. Tal vez el azar te favorezca a ti —Daniel sonrió sacudiendo su cabeza y entró a su auto.

—Los veré luego, chicos.

—Consíguele un buen anillo a la novia —bromeó David—. Para ellas es importante.

—Sí, como sea —Daniel puso el auto en marcha y salió del estacionamiento.

Hacía meses Diana no se vestía para nadie.

Esa tarde, fue al estilista con Marissa, no sólo para retocar su cabello y darle una nueva y mejor forma conservando el largo que ahora tenía, sino también para contarle lo que estaba sucediendo en su vida. Marissa la miró tremendamente sorprendida cuando le habló de su compromiso. Tuvo que repetírselo varias veces, y casi jurárselo por su padre.

Y Marissa seguía incrédula.

—Es que no puede ser! —decía—. Es decir, sí me los imagino prometidos, de hecho, toda la vida me los imaginé así, pero no de esta forma... Diana, debes estar furiosa con tu padre.

Diana suspiró, y se miró al espejo una última vez antes de salir de la sala de belleza. El cabello negro le llegaba al cuello, abundante y suave. Sonrió.

—En un momento, lo estuve, pero ya no. Él dijo la razón por la que hizo todo.

—Qué razón pudo tener?

—Dijo que no pudo soportar ver cómo no éramos capaces de tomar las riendas de nuestros propios destinos... o algo parecido. Y es verdad. Ni Esteban ni yo nos preparamos para nada en la vida. Él no puede presidir la empresa, y yo mucho menos. Papá intentó encaminarnos, pero nosotros tomamos nuestros propios rumbos, alejándonos cada vez más de nuestras obligaciones. Así que él tuvo que buscarse un sustituto; un hijo que, aunque no lo fuera por sangre, pudiera sucederlo en todo, o casi todo. Así que le dejó el poder, y a su hija querida para que cuidara de ella.

—De verdad te crees que fue sólo eso? —Diana la miró a los ojos por un momento y se encaminó hacia la salida. Ahora tenía el deber de buscar un vestido para esa noche.

—Y qué otra cosa podría ser?

—No lo sé. Yo creo que tu padre sabía que Daniel te quiere. A lo mejor lo supo toda la vida. Pero no —rectificó Diana—. Eso sería casarte con un hombre al que no amas por conveniencia. Jorge te quería demasiado como para venderte así —Diana bajó la mirada, y Marissa entrecerró sus ojos—. O, ¿tal vez Jorge pudo ver algo que ninguno de nosotros vio?

—A lo mejor. Los ancianos ven mucho más —sonrió ella, y señaló hacia la calle—. Estás muy ocupada? O me puedes acompañar a comprar ese vestido?

—El vestido combina con el tatuaje? No es mejor que sigas usando camisetas y botas? —Diana

sonrió de medio lado.

—Tendrá que ser un vestido que me cubra la espalda. Y mi época de botas y camisetas ya pasó; pronto seré la esposa del presidente de una gran empresa, así que debo ir a juego con él, que es un hombre elegante.

—Yo creo que puedes seguir siendo tú misma.

—Tal vez esa soy yo.

—Quién, una mujer que cambia su manera de vestir por un hombre?

—No, una mujer que es capaz de hacer pequeños sacrificios por alguien importante—. Marissa se detuvo en su camino hacia donde tenía su auto estacionado y la miró fijamente.

—Tanto así le quieres? Nunca te vi cambiar nada de ti por nadie.

—Nunca he dicho que lo quiero.

—Díselo a él —pidió Marissa—. Ese hombre recibirá esas palabras como lluvia en tierra sedienta. Si se lo dijeras, sanarías para siempre su alma.

—Las palabras se las lleva el viento, Marissa. Siempre he sido de la firme creencia de que las cosas es mejor probarlas con hechos.

—“Las cosas” —repitió Marissa—. Te has convertido en una experta esquivando el tema de los sentimientos. Aun delante de mí, eres incapaz de decirlo abiertamente—. Vio a Diana tragar saliva y respirar profundo.

—Aun así, eres mi mejor amiga.

—Eso es un alivio —Marissa siguió y llegó al auto. Antes de entrar, dijo—: vamos por ese vestido, a ver si de casualidad puedo echarle un vistazo a ese tatuaje—. Diana sonrió y subió al asiento del copiloto.

Daniel fue recibido en la mansión Alcázar con cierta ceremonia. Ya no estaba Maggie, quien, al haber recibido su herencia, ya no tenía necesidad de trabajar, pero el resto del personal lo conocía muy bien, y sabían, en cierta manera, lo que estaba sucediendo entre él y Diana.

Era un poco bochornoso que el servicio conociera sus asuntos personales, pero también inevitable. Los sirvientes siempre se enteraban, quisieran los señores o no. Él lo sabía de primera mano.

En la sala del piano estaba Hugh y Diana, y al ver a ésta última, él se detuvo un poco sorprendido. Ella estaba preciosa.

Lucía un vestido de satín azul oscuro drapeado y sin mangas, con un escote un poco profundo que de inmediato le dejó la boca seca, y ella... ella estaba preciosa con su cabello con un corte diferente, maquillada con sombras suaves y naturales, y luciendo una pequeña cadena de oro blanco y pendientes de diamante.

Se había vestido muy apropiadamente para una ocasión feliz, y él ni siquiera había ido a casa para darse una ducha y cambiarse de ropa. Realmente, había pensado que esto sería una reunión más informal, reacios como estaban ambos a cumplir el cometido que se les obligaba, pero Diana, con su presencia, lo había transformado todo. Radicalmente.

—Bienvenido —lo saludó ella, sin sonreír, pero también sin ninguna mueca o expresión de desagrado. Daniel la observó largamente, y luego se escuchó a Hugh carraspear.

—Estaba planeando con Diana el orden de la reunión, y ella ha insistido en que cenemos primero. No recordaba que eres una señorita bien criada, y por lo tanto, una excelente anfitriona. Me disculpo

—. Diana sonrió mirándolo y negando con su cabeza. El cabello se había agitado un poco también y Daniel siguió observándolo.

—No seas tonto, Hugh. Es obvio que si los amigos de mi padre vienen a mi casa, he de atenderlos bien. Te apetece algo de tomar, Dan? —él la miró directo a sus ojos oscuros sintiéndose confundido. Cualquiera pensaría que ellos eran excelentes amigos y que lo que los reunía ahora era algo feliz y concertado bajo la voluntad de ambos.

—Sí, lo que tengas—. Ella se encaminó al bar y le sirvió una copa de vino. Daniel no se perdió los juegos de luces sobre su vestido y su cuerpo con cada movimiento. Se metió un dedo en el cuello de la camisa, sintiéndose de repente sofocado.

—Qué tal todo por la oficina? Se han calmado un poco las cosas? —Daniel se obligó a concentrarse en Hugh.

—Sí. De algún modo, han dejado de llamar histéricos preguntando lo mismo.

—Ahora que anunciemos tu compromiso con la heredera, la ansiedad desaparecerá del todo.

—Sí. Supongo—. Diana llegó con su copa y él se la recibió sin mirarla directamente. Siguió hablando con Hugh, y unos pocos minutos después, apareció una muchacha anunciando que la mesa estaba dispuesta y servida.

Daniel, Hugh y Diana se sentaron alrededor de la mesa, y Daniel notó que Diana ocupaba la cabecera de la mesa con cierta renuencia. Habría sido peor dejarla vacía, y le correspondía ocuparla a ella, que era la anfitriona. Hugh amenizó el rato con anécdotas, detalles y más cháchara. Dijo, entre otras cosas, lo mucho que le aliviaba que su hija hubiese formalizado ya su compromiso con David.

Luego de la cena, Diana los condujo a otra sala, y sin pérdida de tiempo, Hugh sacó unos papeles de su maletín. Una carta sellada con lacre fue puesta en manos de Daniel, quien tuvo que afirmar que el sello estaba intacto, al igual que Diana, y Hugh la abrió y procedió a leerla.

—Hay ciertos requerimientos para que todo esto se lleve a cabo a satisfacción —dijo antes—. Jorge tenía la mejor de las intenciones, y tuvo diez años para observarlos a ambos, y dictaminar cuál sería el mejor modo para que las cosas ocurrieran como se esperaba—. Daniel recostó su espalda en el sofá en el que estaba sentado. Diana, al frente, estaba sentada con sus rodillas muy juntas y muy derecha en su asiento, miraba a Hugh expectante y en silencio—. El primer requerimiento, ya ustedes lo conocen —siguió Hugh—; realizar la boda en los siguientes tres meses. Hay alguna objeción a ello? —Diana levantó la mano como si un salón de clases fuera—. Sí, Diana?

—En tres meses es la boda de Marissa. No quiero que ella tenga que retrasarla, ni que tenga que acortar su luna de miel por venir a la... mía.

—Es verdad —contestó Hugh, frunciendo el ceño, y miró a Daniel—. Qué sugieres tú? —él se encogió de hombros.

—Tal vez... debemos adelantar la nuestra —sugirió Diana mirándolo. Daniel respiró profundo.

—Es lo mismo para mí.

—Entonces yo sugeriré la fecha: ocho semanas a partir de hoy. De acuerdo? —Daniel asintió, al igual que Diana.

—El siguiente requerimiento, es que abandonen la mansión.

—Qué? —preguntó Diana, sorprendida—. Por qué? —Hugh se encogió de hombros.

—Luego de la boda, deberás irte a vivir con tu marido, Diana. En su apartamento, preferiblemente—. Daniel apoyó el brazo en el espaldar del mueble y se masajeó la sien con dos dedos, sintiendo que

por primera vez en su vida iba a tener una resaca sin haber bebido antes.

—Por qué eso, si se puede saber?

—No se lo consulté.

—Mentiroso.

—Seguimos? —sugirió Hugh, con una sonrisa ladeada—. Los gastos de la boda correrán por cuenta de Daniel, y luego de que se casen, y Diana viva en tu apartamento, te presentarás formalmente ante los accionistas del Grupo Empresarial Alcázar y presentarás tu candidatura como CEO. Todo esto es un protocolo, porque realmente, todos te elegirán a ti—. Daniel asintió—. Y luego de un año de casados... —Hugh suspiró—. Deberán presentarse nuevamente ante mí con un heredero.

—Qué? —gritó Diana poniéndose en pie. Daniel quedó lívido por un momento, y luego se dio cuenta de que Diana estaba en peor estado que él.

—Puede ser que para la fecha esté en camino, no importa.

—Por qué papá exigió una cosa así?

—Quiere asegurarse de que el matrimonio sea consumado.

—Por qué dudaría él de algo así? —preguntó Daniel, y miró a Diana que se giró a él con algo por decir, pero se quedó con la boca abierta y de ella no salió nada.

—Tal vez es sólo una simple precaución.

—Y si no hay herederos? —preguntó Diana con un hilo de voz.

—Es como si todo esto no hubiera servido de nada. Cuando el niño, o niña, nazca, se leerá un nuevo testamento que le implicará, y sólo hasta entonces, serán libres de Jorge.

—No me hagas reír —dijo Daniel con una carcajada a punto de salir—. Él sólo quiere controlarlo todo aun desde el más allá. Incluso la matriz de su hija—. Vio a Diana ponerse ambas manos en el vientre, aún de pie. Ella seguía pálida—. Hay algo más? —preguntó Daniel. Hugh hizo una mueca.

—No, eso es todo. Yo seré el vigía para comprobar que todo esto se cumpla.

—Necesitarás una prueba de ADN que certifique que el presunto heredero sea realmente un Santos —Alcázar?

—Daniel! —exclamó Diana, y él la miró sonriente.

—Llegados a este extremo —sonrió él con candidez—, qué más da?

—No, no necesitaré una prueba de ADN. Y tú tal vez debas disculparte con tu novia—. Daniel miró el techo respirando profundo. Vio a Hugh recoger sus papeles y dejó con cuidado la carta con los requerimientos de Jorge sobre la pequeña mesa de café ubicada entre los muebles—. Los dejo. Imagino que tienen mucho que hablar—. Hugh se puso en pie y salió de la sala. Daniel observó a Diana, que seguía en pie, pálida, y sin mirarlo.

Se puso en pie también y caminó a ella.

—Es cierto que tenemos mucho que hablar? —ella movió levemente la cabeza al sentirlo cerca. Él la miraba desde su estatura con las manos en los bolsillos en una pose relajada.

—Se supone que los novios hablan mucho entre sí, aunque siempre son las novias quienes planean la boda.

—Mmm... Crees que puedas hacer por ti misma un presupuesto para la fiesta y eso? —ella lo miró un poco duramente.

—Claro que soy capaz.

—Bien, entonces, cuando tengas ese presupuesto, por favor avísame para pasarte el dinero.

—Tengo un monto, o un límite? —él sonrió de medio lado.

—Bueno, tengo mi propio dinero, pero no soy millonario. No puedes tirar la casa por la ventana

—. Ella lo miró, y notó que Daniel ahora estaba más cerca que antes. Sus manos empezaron a temblar, y cerró sus ojos.

—Parece que has terminado adaptándote a todo esto —susurró ella, y Daniel sonrió.

—Adaptarme? No, no termino de adaptarme. Creo que ni siquiera he empezado a hacerlo; tengo una prometida sin haberlo buscado, me voy a casar sin haberlo propuesto. Es difícil de aceptar.

—Puedes... proponerlo ahora.

—No traje un anillo —sonrió él, y ella asintió cabizbaja. Esa actitud un tanto sumisa de ella le llamó la atención. No recordaba ni un momento en el pasado en el que ella fuera sumisa. Se acercó un poco más y puso su mano en la delgada cintura de ella. Diana abrió los ojos un tanto alarmada y lo miró a los ojos—. No te asustes, no te voy a violar.

—No... no es eso.

—Eres mi novia ahora, Diana. Se supone que en público deberemos mostrarnos, por lo menos, cómodos el uno con el otro.

—Sí... sí...

—Esperarán vernos juntos en cenas, fiestas y salidas.

—Cumpliré con mi papel.

—Tendrás que. Seguramente, también deberás organizar más cenas como esta, y veladas.

—No es problema para mí—. Él sonrió al ver que ella aceptaba casi todo sin titubear.

Se acercó mucho más a ella hasta besar la pequeña arruguita de su entrecejo, y en ese beso hubo más ternura de la que se propuso. Ella al sentir sus labios en su piel, apretó en un puño la tela de su camisa. Daniel no supo si aferrándose a él, o rechazándolo. Ella estaba quieta como una estatua. Volvió a acercarse y besó entonces su mejilla. Diana olía tan bien, y su piel era tan suave. Su cabello, aunque corto, invitaba a sus dedos a meterse entre ellos.

—Ya me perdonaste? —susurró ella. Daniel la miró interrogante.

—Perdonarte?

—Por haberte llamado invisible. Seguías enojado ayer—. Él sonrió un poco irónico.

—Es probable—. Volvió a acercarse y olisqueó su cuello. Quería besarla, quería rodearla con sus brazos y pegarla a su cuerpo, hacerle sentir lo mucho que la deseaba.

—Y me perdonaste... por lo de Bertram? —Qué? Quiso preguntar él un poco fuera de sí. Por qué ella mencionaba a ese sujeto ahora que estaban tan bien, cerca el uno del otro, tal como lo había soñado por tanto tiempo? Se alejó de ella dando unos pasos, molesto.

—Es posible que no lo olvide, si tú lo mencionas así de la nada—. Diana no dijo nada, sólo miró a otro lado. Daniel respiró profundo esperando ponerse a sí mismo en calma, y bajo control—. Hay alguna cosa que esperes de mí? —preguntó. Ella lo miró de nuevo con una pregunta en la mirada—. No me pedirás siquiera que sea fiel, o alguna cosa de esas?

—No te estás casando conmigo porque quieres. No puedo exigirte nada.

—En serio, Diana? —rió él, aunque sin humor.

—Qué podría exigirte?

—No lo sé, usa un poco tu imaginación y hazme creer que esto no es un castigo. Llamarte de vez en cuando, quizá? Invitarte a comer, o a tomarte algo... Es hoy la fecha que deberemos recordar como el día que iniciamos una relación?

—Si es importante para ti... —él quedó en silencio. Increíblemente, había dado con una mujer a la que todas esas cosas no le importaban. Y le molestaba. Esto era una muestra de cuán indiferente era ella a todo lo que estaba sucediendo entre los dos. Y él que pensó que ese vestido lo estaba luciendo para él. Qué iluso.

Dejó caer sus hombros y se rascó una ceja.

—Vale. No importa. Sin embargo, como te dije, en algún momento tendremos que salir y eso. Supongo que yo te avisaré cómo y cuándo.

—Te lo agradeceré.

—Nos vemos, entonces—. La miró a los ojos, esperando que ella se despidiera y mostrara un poco de pesar porque la dejaba sola en esta enorme casa. Pero ella no hizo ademán de hacer o decir nada. Ella, obviamente, no lo invitaría a quedarse esta noche—. Terminé mi relación con Nina, por si te interesaba saberlo—. La vio tragar saliva y asentir.

—Gracias.

—No lo hice por ti, sino por ella. Hemos roto su corazón—. Y sin agregar nada más, salió de la sala, y de la mansión.

:21:

Diana tuvo el presupuesto en poco tiempo. Tenía sólo ocho semanas para planear y organizar una boda, así que se dio prisa.

Su boda iba a ser muy diferente a la de Marissa, que estaba siendo planeada con calma y, sobre todo, con alegría. Había elegido las flores, los colores, la decoración, la torta y el plato sin ocultar su entusiasmo, y la había convidado a todos los sitios donde le darían muestras para que eligiera. Diana aprovechó todo para elegir ella también, y así se evitó un montón de trabajo.

Amy vio a la señorita Diana Alcázar llegar a las oficinas de Daniel. Traía una actitud muy diferente a la que había tenido la última vez que la viera, también su ropa, que parecía un poco más sobria que la que le había visto en el par de ocasiones anteriores. Como no tenía cita con el señor, tuvo que sentarse en unos muebles y esperar. Rechazó el café y todo lo que le ofrecieron, y simplemente se dedicó a mirar los papeles que había traído en una carpeta.

Daniel estaba ocupado en una reunión, pero cuando acompañó afuera a las personas que estaban con él y la vio, su expresión cambió. Ella se puso en pie y se le acercó. Ninguno de los dos sonrió al verse, ni se besaron, ni se tocaron siquiera, pero algo en ambos era distinto.

—Traje el presupuesto —dijo ella enseñándole la carpeta. Daniel miró en derredor.

—No esperarás que te atienda aquí, verdad? Ven—. Ahora sí, él la tomó del brazo y la condujo a su oficina. Amy hubiese querido ser una mosca en la pared de la oficina de su jefe para enterarse de todo.

Daniel condujo a Diana hacia los muebles y ella sonrió internamente, pero cuando él se sentó a su lado, y no al frente, o en otro mueble, se alarmó un poco.

—Veamos esto —dijo él tomando la carpeta y abriéndola sin darse cuenta de la actitud de ella. Diana apretó los labios mientras él analizaba las cifras.

No le tomó mucho tiempo; al parecer, con un vistazo comprendió todo.

—Te dije que no soy millonario —comentó él con ceño—, pero tampoco soy pobre—. Diana se sonrojó.

—Realmente, no sabía de cuánto disponía, así que minimicé los gastos—. Daniel elevó sus cejas.

—Pero exageraste un poco. ¿Y si ponemos... —él se acercó un poco a ella para compartir la carpeta— más flores aquí? —Ella sonrió asintiendo—. Tu vestido... no es de diseñador?

—Son costosísimos. Estás dispuesto a...?

—Mi novia es Diana Alcázar. Qué dirán mis amistades si permito algo como esto? —Diana se mordió los labios sonriendo, y lo vio hacer anotaciones en el documento—. Sólo veinte invitados?

—Bueno... no pensé que quisieras hacer algo grande—. Vio a Daniel contar algo con los dedos.

—Sesenta invitados —propuso él—. Tendremos que invitar a varios de los accionistas del GEA. Ellos necesitan ver con sus propios ojos que la boda se realiza. Y tengo más amigos de los que crees —. Volvió a hacer un apunte al margen, y rápidamente calculó a cuánto ascendía el costo de lo que hasta ahora había modificado y lo agregó—. Confío en tu buen gusto para la torta, la comida, el vino y los aperitivos.

—Gracias.

—Y músicos y fotógrafos... —Daniel bajó el documento y la miró fijamente. Ella se sorprendió un poco al tener sus ojos tan verdes fijos en los suyos—. No nos estamos casando por amor, lo sé.



Tal vez a ti esto no te hace muy feliz, pero entonces, deberemos aparentar.

—No quise que pensaras eso—. Él la miró en silencio por varios segundos, y ella no resistió su mirada. Tomó el documento y el bolígrafo de manos de Daniel e hizo sus propias anotaciones—. Contrataré más y mejores músicos. Y aumentaré el presupuesto para el servicio de catering; más meseros y ayudantes de cocina. También tendré que buscar un sitio más grande, pues se aumentaron los invitados y... —cuando lo escuchó sonreír, se detuvo y lo miró—. Qué.

—Que me parece increíble que estemos planeando nuestra boda—. Diana bajó la mirada y se mordió los labios, otra vez sonrojada.

—Es un poco nuevo para mí —él volvió a reír.

—También para mí. Nunca me he casado.

—Pero planeabas hacerlo, no? Con Nina —él se quedó serio mirándola, pero ella tenía la vista fija en el presupuesto.

—Por qué dices eso?

—Bueno, ella no dudaba en decir que eran la pareja más feliz y perfecta. Y en alguna ocasión aseguró que se casaría contigo—. Él se cruzó de brazos recostándose al mueble y miró al frente. Diana pestañeó y alzó la mirada a él.

—Si alguna vez pensé en casarme... nunca fue con Nina. Siento tener que decir una cosa así, pero es la verdad —y elevando la mano a ella para tocar su cabello agregó—: Y tú y yo siempre hemos hablado con la verdad. Me gusta tu cabello—. Ella sonrió ante su brusco cambio de tema.

—Gracias.

—No fue verdad aquello que dijiste en la clínica. No te lo cortaste a petición de Bertram. Lo hiciste por Meredith. Vi su peluca —Diana esquivó de nuevo su mirada.

—Estabas decidido a pensar que era por él.

—Y tú no me ayudaste a cambiar de idea.

—De todos modos... no entiendo por qué te importó tanto en esa ocasión.

—De veras no lo entiendes? —preguntó él acercándose mucho más a ella, y Diana pudo mirar las pintas negras de sus ojos verdes alrededor del iris—. De verdad estás tan ciega, Diana? —él miró sus labios, y el corazón de Diana empezó a retumbar fuerte y aceleradamente en su pecho.

—Bueno, creo que esto es todo, verdad? —dijo ella cambiando de tema súbitamente, y Daniel la miró con una mueca de decepción. Cuánto tardaría ella en aceptar un beso suyo? —Creo que los gastos se triplicaron.

—Se cuadruplicaron —corrigió él—. Puedo resistirlo.

—Eso me alivia. No quiero casarme con alguien pobre —él se echó a reír. Era la primera broma que ella le hacía en mucho rato.

Diana se puso en pie, y él no dejó de admirar su cuerpo cuando le dio la espalda para tomar su bolso. Llevaba deseándola desde la adolescencia, y ni aun ahora que era su novia y se iban a casar, podía tocarla con libertad.

Un día de estos se volvería loco y la arrinconaría en algún lugar para saciar su curiosidad y los impulsos que desde hacía años lo enloquecían. Esperaba que Diana no lo odiara luego.

Los días fueron pasando, y Daniel y Diana se veían bastante poco para ser un par de novios que en menos de dos meses se casarían. Sin embargo, él había notado varios cambios sutiles en ella. Su

manera de vestir no era la de antes. Ahora usaba vestidos más a menudo, y joyas. En alguna ocasión que necesitó que lo acompañara a alguna reunión, ella lo hizo luciendo preciosa, y muy adecuada; no rechazaba su brazo alrededor de su cintura, aunque luego lo despidiera con un destemplado buenas noches en la puerta de la mansión.

Daniel en ocasiones olvidaba lo disgustado que estaba con ella y sonreía y bromeaba de verdad, no para que lo vieran. Todo el pasado parecía una tontería, incluso la conversación con Marissa parecía nada cuando llegaba a la mansión a recogerla por alguna reunión o cita en la que debían dejarse ver juntos.

Tenía un corazón débil, pero era un corazón que aún estaba enamorado. Si la había amado cuando creyó lo peor de ella, cuánto más ahora que se iba a convertir en su esposa?

Luego del enojo inicial contra Jorge, le siguió la incredulidad. Estaba prometido con Diana! Y ella había aceptado!

Está bien que lo hacía por un cargo de conciencia, y sus propios millones, pero lo había hecho. Y seguramente él se estaba engañando a sí mismo con todo esto, pero era inevitable sentirse, muy en el fondo, feliz.

Anunciaron su compromiso, como era deber hacer, en una pequeña reunión. Daniel le había entregado a Diana el anillo delante de los invitados, que no eran muchos, y que estaban reunidos en uno de los salones de fiesta de la mansión Alcázar. Marissa estaba sonriente, al lado de su prometido. Ellos ya habían anunciado su compromiso con anterioridad y se les veía más enamorados que nunca. Diana sabía que prácticamente estaba viviendo en casa de su novio desde que regresó de Los Ángeles.

—Y la historia? —preguntó Michaela, hermana de David, en cuanto Diana se puso el anillo en su dedo. Ambos la miraron confundidos.

—Qué historia? —preguntó Diana.

—La historia de cómo se conocieron, se enamoraron y Daniel se propuso—. Se escuchó a Marissa carraspear.

—No es obligación que hagan tal cosa.

—David y tú lo hicieron! —exclamó Michaela, y David miró a otro lado, pues en la dichosa historia habían tenido que mentir. No podían ir por allí diciendo que se conocieron el día que ella le dejó su novio a Johanna, y luego se había desnudado ante él, que era un desconocido, por puro despecho—. Vamos, cuenta! —insistió Michaela. Daniel miró a Diana, y ella comprendió sus intenciones.

—No, no...

—Diana es mejor narrando historias —sonrió Daniel, tomando su mano—. Que la narre ella.

—Eso es mentira —le dijo ella en voz baja—. La historia del búho la contaste tú, y lo hiciste muy bien —él la miró con ojos brillantes, tal vez feliz porque ella recordara aquello.

—Esa historia me la sabía de memoria. Vamos, cuenta tú! —empezó a animar a los presentes para vitorearla. Diana lo miró con ojos entrecerrados, y él se sentó muy cómodamente para escucharla.

—Me vengaré —dijo ella sin voz, pero él la entendió, y se echó a reír—. Realmente... —empezó a contar Diana—. Me vi obligada a que decir que sí —todos se quedaron en silencio, y Daniel la miró nervioso. Contaría ella la verdad? —Ese hombre llevaba bastante tiempo ya enamorado de mí, insistiéndome en que lo sacara de su miseria. Así que digamos que me rendí —Daniel soltó la risa, entre aliviado y sorprendido. Él estaba quedando como un tonto que rogaba, pero ella ya le había advertido que se vengaría.

—Lo sabía! —exclamó Michaela—. Lo sabía! Sabía que estaban enamorados en secreto. Pero me dijiste que no cuando te lo pregunté!

—Bueno, necesitaba hacer que rogara un poco más para rendirme dignamente —varios se echaron a reír. Diana miró a Daniel a los ojos y se puso un poco más seria—. Tal vez es el destino el que nos ha traído hasta aquí. Y puede que en algún momento del futuro yo... lo haga enfadar un poco, pero quiero que sepa que siempre intentaré con todas mis fuerzas ser una esposa apropiada —él sonrió conmovido por sus palabras. Era lo más cerca que había estado ella de una declaración de amor.

—Beso, beso! —empezó a canturrear Marissa, y David, Michaela y varios más empezaron a hacerle coro. Diana quiso lanzarle una mirada dura a su amiga, pero si lo hacía eso se habría visto muy sospechoso.

Daniel no se hizo de rogar, y se levantó dando unos pasos a ella, la tomó de la cintura y la pegó a su cuerpo.

—Parece que al fin te voy a besar —susurró, y antes de que ella pudiera decir nada, Daniel pegó sus labios a los de ella. Diana permaneció con los ojos abiertos por unos segundos, y cuando la gente empezó a aplaudir, se permitió a sí misma concederse este regalo, y respondió al beso de Daniel.

Afortunada o desafortunadamente, no estaban solos, y el beso tuvo que acabar. Él la miraba un poco serio, como si algo le inquietara, y ella sonrió tratando de quitarle peso a lo que acababa de pasar; era mejor que los demás creyeran que ellos se besaban todo el tiempo.

La fiesta acabó, y los invitados se fueron yendo uno a uno, hasta que al fin sólo quedaron los dos. Caminaron hacia la sala del piano y allí Daniel sirvió un par de copas de vino y le pasó una a ella, que la recibió en silencio.

Todo había salido bien hasta el momento, tal vez porque, en algún lugar del camino hasta aquí, ambos habían terminado por aceptar que casarse era inevitable, y que ya que iba a suceder lo quisieran o no, lo mejor era llevarse bien y dejar que las cosas sucedieran.

—Gracias por la fiesta —dijo él con voz suave, y ella sonrió negando.

—Era parte del protocolo—. Daniel asintió con una mueca, y entonces vio el piano. Sonrió con un poco de melancolía dejando la copa a un lado y caminó a él, destapó sus teclas y paseó los dedos por ellas como si acariciara a una vieja mascota—. Quieres tocar algo? —preguntó ella, caminando hacia él. Daniel rió negando.

—No volví a practicar. Debo estar bastante oxidado.

—No seas tonto. No hay auditorio que te vaya a criticar —ella se sentó en el sillín y palmeó a su lado para que él hiciera lo mismo. Daniel hizo caso un poco inseguro, y ella empezó a tocar las notas de acompañamiento de Danny Boy. Daniel volvió a reír, y la miró.

—Lo recuerdas.

—Claro que sí. No tengo tu memoria, pero hay cosas que no he olvidado —él sonrió mirando las teclas, y los dedos de Diana sobre ellas sacándole sonido. En su anular, brillaba el rubí del anillo de compromiso.

Nunca se había imaginado a Diana con diamantes, sino con joyas de colores fuertes, como el zafiro, la esmeralda, o la turquesa. Esperaba que ella lo considerara apropiado.

—Alguna otra cosa aparte de la historia del búho y esta canción? —preguntó él, y Diana miró al techo sin dejar de tocar tratando de recordar.

—Te gusta el café negro y dulce —empezó a decir ella, y él lo admitió. Había aprendido a tomarlo así por su madre—. Tienes acetatos originales de The Beatles, lo cual es un poco anacrónico para ti.

—Son clásicos —sonrió él.

—Pero también tienes su música en tu iPod, lo cual no entiendo del todo.

—No hay muchos sitios donde escuchar un acetato —explicó él sonriente.

—Definitivamente. También, eres un poco molesto con eso de la limpieza y el orden.

—Molesto? Yo?

—Tienes que admitirlo, eres más bien obsesivo. Recuerdo que tenías tus libros organizados por los colores de su portada; blancos en un lado, negros al otro, azules, beige...

—Me gusta que las cosas se vean armónicas.

—No estaban organizadas por temática, ni edición, ni autor, sólo por colores!

—Eso me hace desagradable?

—No, termina siendo lindo —él sonrió negando, y puso una mano sobre el teclado.

—Yo recuerdo muchas cosas de ti —susurró él, como si las palabras estuvieran saliendo sin su permiso—. Recuerdo que te encanta el helado de chocolate.

—Lo amo! —admitió ella.

—Eres capaz de quedarte horas y horas con un lápiz en la mano dibujando lo que se te viene a la cabeza, y recuerdo que cuando eras una adolescente, tenías la costumbre de enroscarte la punta del cabello alrededor de tus dedos mientras mirabas absorta tu hoja. Yo imaginaba en ese momento que estabas formando primero la figura que ibas a dibujar en tu mente, dándole cuerpo y personalidad, porque luego, en menos de nada, tenías esa misma figura en el papel—. Ella lo miró a los ojos, admirada de que él la hubiese analizado hasta ese punto, y que lo recordara. Desde entonces la amaba él?

Bajó la mirada al teclado, sintiéndose un poco invadida y asustada. Como aquella vez del baile, le asustaba sólo imaginarse la profundidad de sus sentimientos hacia ella. No había conseguido que la olvidara a pesar de todo lo que había hecho, y aquí estaban, prometidos, ella llevando su anillo en su dedo, y hablando como si no hubiese sucedido nada malo entre los dos.

Pero en verdad, qué había sucedido? La mitad de todo fueron malentendidos, y la otra mitad, falta de voluntad para corregirlos.

De repente, sintió los labios de él en la piel de su hombro. Él tenía los ojos cerrados, y sólo sus labios hacían contacto con su piel, lo cual le mostraba que él se estaba conteniendo, pero a la vez, le estaba enviando una señal de urgencia.

Cuando los abrió, ella quedó atrapada en esa mirada esmeralda que comunicaba tantas cosas, que pedía, y que a la vez, mantenía su distancia.

—Me estaba preguntando —dijo él rompiendo el silencio que se había formado en la sala—, cuando te besé en la fiesta... Realmente, esa era la primera vez que te besaba? —Ella sonrió nerviosa.

—Claro que fue la primera vez!

—Tuve la sensación de que...

—Daniel Santos, si tú llegaras a olvidar un beso mío, estaría seriamente disgustada contigo! —él sonrió.

—De verdad? Tan bien besas?

—Por favor!

—Bueno, yo realmente no lo sé.

—Estás pidiéndome un beso ahora?

—Tengo derecho. Eres mi prometida—. Ella fue borrando su sonrisa poco a poco.

—Ya es tarde —dijo al cabo de un rato, y se puso en pie. Él suspiró y la imitó. Había puentes que aún no se le permitía cruzar.

Pero bueno, ella no lo amaba. A duras penas se llevaban bien ahora, y lo hacían en pro de la paz mundial, casi. Recordar que si ella le dirigía la palabra, y sonreía, e incluso lo besaba delante de los demás, se debía a un contrato, le dañaba el humor.

Y para resguardar su corazón, entonces se obligaba a recordar que él también estaba molesto con ella, que no tenía por qué ser más amable de lo que le tocaba.

—Sí, ya es tarde —contestó él, serio. Miró su reloj y encontró que apenas era la media noche. Después de su fiesta de compromiso había esperado, por lo menos, estar despierto hasta el amanecer.

Eso no sucedería hoy.

La miró de arriba abajo prometiéndose a sí mismo vengarse cuando se casaran. La cláusula donde se les obligaba a procrear un heredero le daba la esperanza de tenerla en sus brazos por lo menos hasta que eso ocurriera. Hasta entonces, él no podía tocarla más allá de lo que ella le permitiera, y no iba a rogar.

Caminó con desánimo hasta la puerta, y ella lo acompañó en silencio. Una vez en la puerta, él le dio las buenas noches, pero en sus ojos él parecía desearle que los demonios que lo atormentaban a él no la dejaran dormir a ella. Se dio la media vuelta y se fue.

Diana lo vio subir al auto, y cuando él se hubo ido, cerró sus ojos con fuerza. Esos demonios la atormentaban ya dese hacía mucho tiempo.

Faltaba sólo una semana para la boda cuando Esteban entró a la mansión buscando a su hermana. Diana había estado preparándose para la noche, pues tenía una reunión con Daniel y algunos socios del GEA, donde querían verlos tomarse de las manos, y sonreír como si se amaran mucho.

Había visto con anterioridad cómo se comportaban los novios de matrimonios concertados, y nunca vio que tuvieran que fingir tanto. El papel que los comprometía debía tranquilizarlos más que sus actitudes, pero no era así.

Al escuchar el grito de Esteban llamándola, se sorprendió y enfadó a partes iguales. Él no había venido al funeral de su padre, y había desaparecido de nuevo luego de la lectura del testamento.

—Vas a tener que explicarme eso que andan diciendo por allí —exclamó él al verla bajar por las escaleras. Diana ya se había puesto el vestido que habría de llevar, que era de un tono marfil, pero aún estaba en pantuflas.

—Vaya —dijo ella entre dientes—. Te dignas en aparecer.

—Qué es esa mierda de que te vas a casar con Daniel? —Diana le dirigió una mirada torva.

—Es problema tuyo, acaso?

—Entonces es verdad? —gritó él acercándose más a ella.

—Sí. Me voy a casar con él—. Diana no se lo esperó, y tal vez por eso la bofetada que él le dio le dolió más. Cayó contra una de las mesas apoyadas contra la pared donde estaba un jarrón de flores, y pudo sostenerse con ella. Cuando quiso enderezarse, se dio cuenta de que su hermano la tomaba del cuello y la aplastaba contra el muro.

—Maldita zorra! —gritó Esteban—. Cómo es posible que hagas una cosa de esas?

—Suéltame... Esteban!

—No eres acaso una señorita bien criada? Cómo es que le vas a abrir las piernas a semejante mierdecilla? —Diana estaba luchando por respirar, y con el brazo, logró asir el jarrón de flores de la mesilla y lo rompió contra la frente de Esteban, que se alejó de ella de inmediato—. Estúpida! —gritó él. Ante los gritos, los sirvientes habían llegado corriendo a la sala, dispuestos a ayudar a su señora, pero al parecer, era Esteban quien estaba en problemas ahora.

—Tú a mí no me pones una mano encima! —gritó Diana, pero tuvo que llevarse la mano a la garganta, adolorida. Los ojos se le llenaron de lágrimas de indignación. Ni siquiera su padre le había puesto la mano encima jamás—. La mierda eres tú! —volvió a gritar, y tomó de otra mesa las decoraciones de metal y porcelana y se las lanzó a Esteban, que tuvo que esconderse para no recibir el impacto de cada cosa que ella le lanzaba—. Si eres capaz de pegarle a tu propia hermana, la mierda eres tú! —volvió a gritar—. Daniel es mucho más hombre que tú!

—No permitiré que alguien de mi familia se mezcle con semejante...

—Tú ya no eres mi familia! —exclamó Diana con ojos llorosos de la misma rabia—. Te desconozco! Ya nada me une a ti, más que unos genes! Lárgate de aquí que ésta ya no es tu casa, y si vuelves a poner un pie, te juro que llamaré a la policía!

—Te lo advierto, Diana!

—Tú no me adviertes nada! No tienes idea de nada! —Volvió a ponerse la mano en la garganta, segura de que Esteban le había dejado un moratón. Y ahora, qué iba a hacer? Vio una estatuilla de metal en uno de los muebles y se armó con ella. Caminó a Esteban, que tuvo que retroceder.

—Diana, ese imbécil no es más que el hijo bastardo de una sirvienta que no tuvo reparos en

meterse en la cama de algún señor. Estás dispuesta a manchar de esa manera nuestro apellido?

—Si pensaras tanto en nuestro apellido no serías el despilfarrador, vicioso, alcohólico y mujeriego que dicen que eres. Por qué no te largas a tu yate a gastarte los millones que te dejó papá? Todavía tienes algo contigo?

—Sabrás de mí. No dejaré que te cases.

—Sólo inténtalo. Ponle un dedo encima a Daniel y me conocerás al fin. Te lo juro, hermanito—. Ella se veía tan segura, y amenazante armada con esa estatuilla que Esteban tuvo que morderse la lengua. Se puso la mano en el sitio donde ella lo había golpeado con el jarrón y de donde rodaba una línea de sangre. Salió sin darle la espalda a Diana y salió de la mansión.

Diana cayó sentada en un mueble y enseguida una de las muchachas corrió a auxiliarla. Tenía un moratón en el pómulo y otro en la garganta.

—El vestido está arruinado —dijo Diana, mirándolo. Le había caído el agua del jarrón y tenía pétalos de flores pegados—. Tendré que ducharme de nuevo. De prisa —apuró ella poniéndose en pie—. Dan llega en menos de una hora.

—Va a ir así? —preguntó una de las muchachas, llamada Elly, y Diana se tocó la mejilla.

—Está muy feo? —Elly sólo apretó sus labios, y Diana se encaminó a las escaleras para ir hacia su habitación. Luego de mirarse al espejo se desanimó bastante. Definitivamente no podría cenar ante unos socios con golpes en la cara. Elly llegó a ella con hielo en un pañuelo y se lo puso en la mejilla.

Otra de las muchachas le eligió un nuevo vestido, ahora verde botella, y tuvieron que cambiar todo lo demás, zapatos, accesorios, joyas...

Diana se duchó de nuevo, y con la ayuda de todas, más dos o tres capas de maquillaje, estuvo lista.

Daniel llegó a tiempo.

—Por favor, que nadie comente nada de lo sucedido—. Las mujeres la miraron confundidas, pero asintieron obedientes.

Cuando Daniel la vio, no pudo evitar sonreír por lo preciosa que estaba. Llevaba su cabello rizado, aunque corto, y él lo adoró. Quiso poder tener la libertad de besarla, aunque fuera en la mejilla, para celebrar lo hermosa que era.

—Estás preciosa —ella sonrió—. Lista? —preguntó él, y ella sólo asintió. Él la condujo a su auto, tuvo cuidado de abrirla la puerta y esperar que ella estuviera cómoda dentro para cerrarla.

Llegaron al restaurante donde se habían citado con los Zielinski, una pareja que era, luego de Hugh, los socios con más acciones en el GEA. Nunca habían apoyado a Daniel como futuro presidente, y sólo lo aceptaban porque no había muchas otras opciones. Su hijo y heredero era aún un adolescente, y no podría competir contra él.

Diana llegó del brazo de Daniel y saludó a la señora Zielinski con un beso en cada mejilla, recordando los tiempos de cuando Diana era una niña aún, y comentando la una lo guapa que estaba la otra. Diana empezó a sentir más fuerte el dolor en su garganta, y bebió un sorbo de agua de su copa.

Llegaron los aperitivos, y empezó a sentirse preocupada cuando no pudo pasar nada, a pesar de lo fino y delicioso que estaba todo.

—Estás sin apetito, cariño? —le preguntó Daniel, y ella pestañeó ante el uso del mote cariñoso.

—No, amor —lo imitó ella—. Estoy bien...

—Quieres que te pida otra cosa? Algo más suave? —Algo más suave estaría bien, y ella lo

agradeció. Daniel llamó enseguida al camarero, y pidió para Diana una crema de verduras, que sabía que a ella le encantaba. Diana quiso pedirle también un Valium, pues empezaba a dolerle todo.

De repente, sintió los dedos suaves de Daniel en su rostro, y ella se asustó un poco. Él la miró a los ojos con una pregunta. Había notado el moratón aun a pesar del maquillaje!

—Chicos, sabemos que este matrimonio es una farsa —dijo el señor Zielinski, con sus cejas pobladas y negras que contrastaban con su cabello blanco muy juntas, y mirándolos con desconfianza—. Tú, Santos, hasta hace unas semanas estuviste en una relación con Nina Pontini, que si me dejas opinar, es mucho más adecuada para ti que nuestra preciosa Diana—. Diana endureció el rostro.

—Le ruego que no diga tales cosas que hagan sentir mal a mi novio, porque me está haciendo sentir mal a mí —dijo con voz pétrea—. De ahora en adelante, él y yo seremos uno solo, y todo ataque que él reciba, repercutirá en mí. Si me tiene en tan alta estima...

—Te tengo en alta estima. Pero niña, no te molesta? No deseabas algo mejor para ti? Con tu poder actual, podrías aspirar a los hombres más ricos sobre la tierra.

—Para mí, Daniel es ese hombre —aseveró ella, y Daniel la miró sorprendido de que ella saliera en su defensa de esa manera—. Los hombres “bien criados” de la alta sociedad me producen mucha desconfianza; conozco a varios de ellos y no dudarían en usar su fuerza, influencias, o dominio para acabar con una mujer, no importa el poder que esta ostente—. La señora Zielinski carraspeó un poco y sonrió.

—Sigmund sólo está intentando ver un poco más allá de las apariencias —dijo con voz suave, y Diana dirigió su mirada dura a ella—. No es nada malo. Cuidamos de ti.

—Y de sus intereses —volvió a decir Diana. Escuchó que Daniel susurraba su nombre pidiéndole que se detuviera muy quedamente, pero no hizo caso—. Lo cual es un poco tonto. Su dinero no podrá estar en mejores manos que en las de mi prometido. No lo ha hecho bien hasta hoy? —Sigmund Zielinski suspiró.

—Estás decidida a ponerte de su lado, no es así?

—Su lado; ese será mi sitio hasta que me muera, señor Zielinski.

—Y yo creo que están tomándose todo esto demasiado en serio —sonrió Daniel, tratando de quitarle peso a todo, pero luego se dirigió al hombre que había lanzado ataques contra él un poco más serio—. Si tiene dudas acerca de mi gestión, lo invito a mi oficina cualquier día de estos. Estará en todo su derecho, pero esta noche, comamos, disfrutemos, y hablemos de cosas menos importantes.

—Apoyo la moción —dijo la señora Zielinski elevando su copa—. Por los novios —brindó, y el resto de comensales elevó también su copa.

Llegaron los platos, y a pesar de lo suaves, Daniel notó que Diana comía poco, y cada vez hablaba menos. Se preocupó. Qué le había sucedido? Por qué ese golpe en la mejilla? El maquillaje lo disimulaba bien, pero no cabía duda de que estaba levemente inflamado.

Hubiese querido estarse más tiempo en la mesa y charlar tranquilamente, pero Diana no estaba bien, eso era seguro.

Luego de más o menos media hora de cháchara vacía, se excusó y tomó a Diana de la mano, que lo siguió. Se despidieron de la pareja mayor y salieron a la zona de parking. Cuando estuvieron a solas, él la confrontó.

—Qué te sucedió? Por qué estás golpeada? —ella miraba al suelo, sin contestar—. Diana, por una vez, contesta a la pregunta que te hago—. Ella meneó su cabeza cerrando sus ojos, y él la sintió



helarse de pronto. La tomó en brazos antes de que cayera al suelo y la llevó hasta el auto. Con una misma mano, introdujo la llave y la sentó a ella en el asiento del copiloto.

—Me duele... la cabeza... —susurró ella, Daniel no perdió tiempo, y la llevó al centro de salud más cercano.

Allí la atendieron inmediatamente, le inyectaron una mezcla contra el dolor y la inflamación. Estando en la camilla, en uno de los cubículos de la sala de urgencias, Daniel se paseaba de un lado a otro.

—Me caí —mintió ella—. Me golpeé. Lo siento.

—Sí, deberías sentirlo. Si me lo hubieses dicho, Diana, no habrías tenido que pasar por esto.

—Pero... —la vio tragar saliva, como si hablar hiciera que le doliera la garganta— esa cena era importante.

—Al cuerno la cena! Y si te hubiese pasado algo?

—Qué me iba a pasar? —él miró al techo exasperado, y cuando ella rió, la miró de reojo—. Te ves lindo enojado —susurró ella cerrando sus ojos y girando su cabeza para otro lado. Daniel sólo pudo pensar que los calmantes le habían nublado el juicio.

La llevó de nuevo a la mansión, pero no hubo por allí nadie del personal que le pudiera decir realmente qué le había sucedido. Al parecer, nadie la vio cuando se cayó.

La acompañó a su habitación, y la ayudó a recostarse en su cama. Cuando se ofreció a ayudarla a quitarse el vestido, ella se negó rotundamente, y prácticamente lo echó de la habitación. Daniel salió entre molesto y preocupado, pero dado que ella estaba sufriendo dolor de cabeza, no insistió.

Hugh se sorprendió bastante cuando su secretaria le anunció que Diana Alcázar quería verlo. Esperando que no fuera para decirle que cancelaba su boda, la hizo pasar inmediatamente.

Al verla, sintió un poco de curiosidad. Estaba bien que ella hubiese cambiado un poco su imagen últimamente, pero llevar una blusa con cuello alto de tortuga cuando ya estaba entrando el verano, no era muy agradable siquiera de ver.

—Bienvenida —la saludó él, y ella sólo le sonrió.

—Vine a pedirte un favor.

—Ya. Cancelarás la boda —ella frunció levemente el ceño y agitó su cabeza negando.

—No. Si tuviera ánimos de cancelarla, no habría invertido tanto tiempo en organizarla.

—Con las mujeres nunca se sabe —Diana sonrió.

—No es eso. Es acerca de Esteban —Hugh le señaló los muebles y ella se sentó—. Estoy preocupada —dijo.

—No te preocupes por él. No creo que vaya más allá de sus propios límites. Le advertí que si no manejaba bien lo que su padre le dejó, lo perdería todo y...

—No es por la herencia. Es por Daniel —Hugh la miró más atento—. Hace un par de noches estuvo en mi casa y... digamos que se puso violento. Odia la idea de verme casada con Daniel.

—Qué exactamente significa “se puso violento”? —Diana tiró del cuello de su blusa y lo mostró. Aún había rastros de las marcas de dedos alrededor del cuello que no habían sido cubiertas con maquillaje. Hugh comprendió entonces el porqué de ese atuendo—. Mierda —farfulló.

—Si es capaz de hacerme esto a mí, que soy su hermana...

—Sí. Entiendo. Diablos! A quién he de vigilar, a Daniel, o a Esteban?

—Sólo no quiero que le hagan daño. Esteban es muy capaz.

—De eso no tengo dudas luego de verte a ti. Tranquila, tomaré cartas en el asunto. Pero, ya le advertiste a Daniel? Para que también tenga cuidado —Diana meneó la cabeza—. No? Vamos, Diana! Al menos eso debes conversarlo con él.

—Si le dijera a Dan que Esteban estuvo en mi casa y me golpeó, no perderá tiempo en buscarlo y reclamarle. Los conozco, y no hay muchas opciones en el resultado de esa discusión. Quiero a Dan vivo—. Hugh miró fijamente a la hija de su viejo amigo y sonrió. Al parecer, Jorge tenía razón en muchas cosas que antes dijo acerca de ella.

—Eres más sabia de lo que pensé—. Ella dejó salir el aire y se puso en pie.

—Te agradezco que hayas sacado tiempo para mí. Sé que estás muy ocupado.

—Por el contrario, gracias por haber venido a mí con tus dudas. Espero sigas haciéndolo en el futuro —Diana lo miró sonriendo y mirándolo de reojo.

—No sé qué sacas tú apoyando a papá en toda esta locura. Espero que ni tú, ni él desde el más allá, se arrepientan.

—No lo creo. Cada día confirmo más sus teorías.

—Sí, me imagino. Adiós, Hugh—. Él la acompañó hasta la puerta y la vio alejarse sin borrar su sonrisa.

El día de la boda llegó.

Daniel estaba ansioso de muchas maneras que no eran fáciles de explicar. Odiaba estar aquí, estaba feliz por estar aquí, detestaba el no haber podido hacer algo para evitar estar aquí... al menos de esta manera.

Tuvo que reconocer que sus esperanzas con Diana nunca habían llegado tan lejos; cuando era adolescente, apenas si deseó su atención; y aunque no podía negar que en ese entonces la deseaba, jamás había llegado siquiera a pensar que cualquiera de esos sueños que albergaba en su corazón algún día se harían realidad. Comprobaba ahora que su amor adolescente siempre fue muy puro.

Y luego la había amado con rabia, odiándose a sí mismo por quererla tanto. Nunca tuvo tiempo para soñar, y nunca se lo permitió, como si fuera un placer demasiado costoso para un niño pobre. Y ahora que todos esos sueños que nunca había tenido se hacían realidad, no se lo creía; dos meses no le habían sido suficientes para adaptarse a esta nueva situación. Además, ella no se comportaba como si de verdad se fueran a casar, no es que estuviera ayudando mucho para hacer esto un poco más creíble. Hasta el momento, sólo la había besado una vez, y fue frente a los amigos en la fiesta de compromiso. Iba a enloquecer.

Maurice, que iría sin acompañante, llegó a su pent—house y lo ayudó con el pañuelo. Incluso humedeció con saliva su pulgar y pensaba peinarle las cejas con él. Daniel tuvo que moverse rápidamente para evitarlo.

—No quiero oler a tus babas el día de mi boda.

—Tú te lo pierdes—. Daniel lo miró con ojos entrecerrados—. Todo en orden?

—Eso creo —Daniel se miró al espejo y respiró audiblemente—. Esto es una locura. Es una terrible locura.

—Casarse siempre será una locura.

—Pero yo lo estoy haciendo por todos los motivos equivocados. Casarse por preservar una empresa...

—Eso es. Sigue esa línea de pensamiento. No te cases.

—No puedo dejar a Diana plantada.

—Seguro que ella sí te dejaría plantado a ti —Daniel mordió sus labios analizando aquello. Sería Diana capaz de hacerlo?

Muy probablemente, pero entonces ella sería pobre.

—No, no lo hará.

—Bien. Es tu decisión.

—No me ayudas mucho.

—Por el contrario, te ayudaré en todo lo que pueda. Si vuelves a vacilar, te ayudaré a escapar, no lo dudes —Daniel se echó a reír.

—Lo sé. Pero que digas eso sólo me ayuda a calmarme y no tomar una decisión desesperada—. Maurice suspiró.

—He hecho lo que he podido. Vamos.

Fue una ceremonia sencilla. Un sacerdote simplemente leyó sus votos y los declaró marido y mujer. No hubo sermones largos, ni lecturas largas, ni muchos bostezos.

Además, Diana estaba muy pálida. Mortalmente pálida. El vestido blanco era todo lo ceremonioso y fino y clásico que se podía esperar de un acontecimiento de éstos. Ella lucía el velo echado hacia atrás, un maquillaje suave que no logró darle color a sus facciones. Y sus labios estaban fríos como el mármol cuando los besó para sellar la unión. Sentía que estaba besando a un cadáver, no a la que sería su mujer.

—Estás bien? —le preguntó él en un susurro cuando ya iban saliendo, y los demás los miraban sonrientes y les arrojaban granos de arroz, y flores, y alguna otra cosa. Ella asintió en silencio y posó para las fotografías a la salida de la iglesia.

Asistieron todos los invitados, incluso Meredith vino desde Los Ángeles con su esposo a la boda de su amiga. La comida y el vino corrieron en abundancia, hubo buena música y flores por todo lado. Parecía una boda normal.

Marissa abrazó a su amiga deseándole felicidad, como si no supiera que esto era una boda concertada, y David le palmeó la espalda.

—Quién iba a pensar que te me adelantaría? —Daniel sonrió.

—Sí, quedaré en la historia como el primero que se casó entre los tres —Maurice sonrió de medio lado sin decir nada, y ni lo felicitó, ni le palmeó la espalda, ni nada más.

—Parece que alguien intentó colarse —rió Marissa ocupándose del velo de Diana para que entrara al auto que los llevaría al sitio de la recepción.

—Pero la iglesia es un sitio público —dijo Meredith mirándola interrogante—. Cualquiera puede asistir a la ceremonia.

—Elegimos un día como este para que no hubiese intrusos, y aun así...

—Ya decía yo que había más gente de la esperada —dijo David, mirando en derredor—. Pero como no conozco a ninguno, no sabría decir quién es quién.

—No exageres, conoces casi a la mitad –lo riñó Marissa echándole malos ojos. Diana sonrió al ver cómo era la relación entre esos dos. Estaba segura de que se llevaban bien, pero adoraban discutir. Cómo sería su relación con Daniel?, se preguntó mirándolo, mientras él se ocupaba de ayudarla a entrar al auto.

—Odio los vestidos –susurró ella cuando estuvieron dentro, y Daniel se echó a reír.

—Por qué elegiste este para casarte entonces?

—Porque tenía que ser la novia perfecta que todos esperaban –él la miró sonriendo, aunque en el brillo de su mirada, se pudo percibir un poco de tristeza.

—Y cómo habrías preferido casarte?

—En vaqueros. Blancos, pero vaqueros.

—Eso suena genial. De todos modos, si en algo ayuda, estabas preciosa –ella sonrió y miró por el lado de su ventanilla. Daniel se recostó en el asiento a su lado respirando profundo. Estaba casado con Diana. Estaba casado con Diana!

Pero dudaba que, ni aunque se lo repitiera miles de millones de veces, lograría interiorizar esa nueva información.

Estaba casado con Diana.

La fiesta pasó rápida y sin novedades. Marissa, que se había encargado de la recepción en general para permitir que Diana estuviera tranquila y relajada todo lo posible, se hizo cargo de las personas que habían intentado colarse.

—Quiénes eran? —preguntó Daniel con curiosidad.

—Nada grave. No los conozco mucho, pero no son malas personas. Tal vez se confundieron, y ya que estaban vestidos para la ocasión, los dejé entrar.

—Es seguro? No quiero rollos—. Marissa le quitó importancia al asunto—. Dónde está Maurice? —preguntó.

—Ha de estar cerca del trago —farfulló David, y Daniel negó.

—Dejó la bebida. El otro día fui por cerveza a su casa y no tenía.

—Qué! —exclamó David, incrédulo. Sin embargo, miró en derredor. Al no hallar a su amigo, se fue a buscarlo. Marissa sonrió negando y miró a Diana, que parecía muy incómoda.

—No te quieres quitar ese vestido?

—No antes de las fotografías que serán enviadas a la prensa. Y todavía tengo que pasearme entre los invitados para agradecerles el haber venido—. Daniel la miró inexpresivo, pero no hizo ni dijo nada. La verdad, era que estar al lado de ella se estaba convirtiendo en una tortura a varios niveles. No se sentía casado. Diana ni siquiera le había sonreído una vez. Ni para actuar.

—Relájense, chicos —advirtió Marissa. Tomó las mejillas de su amiga y les dio pellizcos para sacarles color—. Si siguen con esa actitud, van a tener problemas.

—De veras? —sonrió Daniel con sarcasmo, y tomó a Diana de la cintura para empezar a tomarse las obligatorias fotografías.

David encontró a Maurice en los baños. Había preguntado, y alguien le dijo que lo había visto aquí.

Él estaba mal, trasbocando en una de las tazas, pálido como la muerte, frío y tembloroso.

—Qué te pasa, amigo? —le preguntó corriendo a él. Maurice no contestó nada, y David buscó una toalla de papel para secarle el sudor de la frente, lo sacó del cubículo de donde estaba y lo llevó a los lavabos—. Comiste algo que te sentó mal?

—Vi... Vi un fantasma—. David lo miró reprochándole el que no le contestara con seriedad. Hasta en los peores momentos, él tenía que ser un vacilón.

—Necesitas que te lleve a algún lugar?

—No te salgas de la fiesta por mí. Dile a Daniel que lo siento, pero me tuve que ir.

—Estás seguro?

—Fantasmas, la fiesta está llena de fantasmas —susurró él, y David lo vio alejarse, tan pálido como al principio, y preguntándose si simplemente su amigo había perdido por fin la chaveta.

La fiesta pasó lenta y tediosa para los novios. Cansados de sonreír, comprobaron gracias a Marissa que ya podían irse y dejarlos a ellos a cargo de todo, tal como harían unos novios enamorados y ansiosos por estar a solas. Pero entonces la actitud de Diana cambió, quien sonrió como no lo había hecho en toda la noche, y bailó, y comió y bebió. Marissa la miraba ceñuda. No le gustaba nada lo que estaba viendo.

Cuando ya se hizo inevitable que se fueran, Marissa se acercó a Daniel para hablarle.

—Ya sé que te viste obligado a casarte —le dijo en voz baja, para que su amiga no lo escuchara—, pero por favor, sé gentil con ella. Cuídala. Ahora sólo te tiene a ti—. Vio a Daniel suspirar y mirar en dirección a Diana.

—Lo sé. Pero ya no depende de mí, Marissa; depende de que ella permita que yo cuide de ella—. No agregó nada más, y se encaminó a Diana para tomarla de la mano y salir del salón de fiestas.

Ella se durmió en el auto que los llevaría al pent—house de Daniel. No habían planeado la luna de miel, ni se habían preocupado por ello. Daniel, aunque tenía un permiso para ausentarse, sabía que tendría que llevar su acta de matrimonio al registro, y luego presentarla ante los abogados de Jorge y Hugh para dar por terminada esta pesadilla; aunque era una tontería, la pesadilla apenas empezaba.

—Qué bonito —sonrió Diana mirando su apartamento en derredor. Daniel la miró preguntándose a qué horas había bebido ella tanto como para ponerse tan ebria—. Dónde está mi habitación? —él suspiró, le puso la mano en la espalda y la condujo hasta ella.

Apenas entró, Diana tomó la puerta dejándolo a él fuera y dispuesta a cerrarla, pero él se lo impidió.

—Qué planeas hacer?

—No me voy a suicidar, tranquilo.

—No puedes suicidarte. Casarte conmigo es tan malo, Diana?

—Buenas noches.

—Qué?

—Buenas noches!

—Estás loca? Ésta, querida, no es “tu” habitación; es “nuestra” habitación.

—En ninguna parte del testamento de papá decía que tú y yo debíamos dormir en la misma habitación.

—Tenemos que procrear un heredero; en tu universo, cómo se hacen los niños, Diana?

—¡Inseminación artificial! —gritó ella, y a Daniel se le fue subiendo la sangre a la cabeza.

—Qué mierda estás diciendo? Estás siendo seria, Diana?

—No pienso acostarme contigo!

—Lo hubieses dicho desde el principio! —exclamó él abriendo del todo la puerta y entrando a la habitación sintiendo cómo la ira lo iba invadiendo poco a poco—. Jamás me habría prestado para esta farsa! Jamás me habría prestado para salvar tu empresa a cambio de nada!

—Sexo, sexo, todo contigo siempre tiene que ver con el maldito sexo, y con todos los hombres! No piensan más que en sexo! Los odio a todos! Haz de cuenta que soy lesbiana, que odio tener sexo con hombres y olvídate de mí! —él la atrapó en sus brazos mientras gritaba, y caminó con ella unos pasos al interior de la habitación, que seguía a oscuras. Diana empezó a retorcerse y a gritar, y el enorme faldón del vestido los hizo tropezar y cayeron al suelo. La cama se hallaba aún lejos, y Daniel intentó que ella no se golpeará poniendo su cuerpo como escudo, pero no la soltó. Sin perder tiempo, la atrapó contra el suelo, pero algo más espantoso ocurrió aún. Diana empezó a gritar como si él la estuviera azotando, o torturando.

Espantado, se separó de ella y retrocedió unos pasos. No la había golpeado, de hecho, el que se había golpeado era él, y apenas si la había tocado. Por qué gritaba así?

—Lárgate! —gritaba ella con toda la garganta con un odio tan profundo que él se sintió un poco

intimidado. Esta mujer era capaz de matar. Qué había hecho él para despertar semejante odio en ella? Por qué Diana, la mujer a la que él no había hecho más que amar lo gritaba así? —Te odio! —gritó ella de nuevo—. Déjame, déjame! Vete! No me toques! Vete!

—No puedo —susurró él, y encendió las luces de la habitación, encontrándola en el suelo, en medio de sus faldones y con una mirada tan feroz como su voz—. Estamos casados.

—Sólo de papel! No permitiré que me pongas un dedo encima! Prefiero tirarme de la azotea de este edificio, me oyes? —Daniel dio unos pasos más retrocediendo.

—No, Diana... —la voz de él sonó preocupada, angustiada. Ella no cambió su expresión, se rodeaba con sus brazos como si así pudiera protegerse a sí misma de una grave amenaza, y a Daniel, esa actitud y esa mirada lo hirieron más que cualquier cosa que le hubiesen hecho en la vida. Él la amaba, jamás le haría daño! Cómo podía ella tratarlo así?

Se pasó la mano por el cabello, despeinándose los.

—En todo caso —dijo él—, ésta es mi habitación—. La miró esperando su respuesta. Cuando ella no dijo nada, se cruzó de brazos—. Si te vas a tirar de la azotea, este es el momento perfecto. No pienso renunciar a mi cama por tus caprichos.

—Te dije que me enseñaras mi habitación, pero los hombres sólo escuchan lo que les conviene.

—Esto es un apartamento de soltero. Sólo hay una habitación.

—Y no dispusiste una para mí cuando supiste que vendría aquí? —él señaló hacia el enorme armario de la ropa.

—Te hice un espacio allí—. Diana vio sus maletas, se levantó del suelo y las tomó. Daniel habría reído por lo graciosa que se veía con su vestido de novia tomando las maletas y arrastrándolas a la salida, pero estaba tan en shock que le fue imposible ver lo cómico de la escena. Ella lo rodeó y salió de la habitación. Sin querer rendirse, Daniel le fue detrás.

—Diana —la llamó, pero ella no se detuvo y siguió arrastrando sus maletas.

No podía tocarla, si lo hacía, ella empezaría a gritar de nuevo. Pero tampoco podía permitir esto! Él ya se lo había advertido, no soportaría un matrimonio sólo de nombre!

—Diana! —volvió a llamarla—. Mañana mismo, haré lo que sea necesario para anular este matrimonio, entonces—. Ella lo miró al fin, y se detuvo. Tal como él había sospechado que haría, se puso a llorar. Pero su llanto era silencioso, no dramático como había esperado.

—Intentaré... —se secó las lágrimas y los mocos con el brazo—. Intentaré ser una esposa para ti en todos los demás aspectos. Pero...

—Crees que eso para mí será suficiente?

—Entonces te casaste conmigo sólo por el sexo?

—No lo dices tú misma? En la mente de los hombres sólo hay sexo, sexo, sexo. Si me caso, espero que por lo menos mi mujer cumpla con sus deberes en el dormitorio.

—Así no cumpla con nada más?

—Y qué es lo demás? Un ama de casa? No la necesito; una pareja para las fiestas? Siempre las he tenido sin problemas; tus millones? Creí que te había quedado claro que no los quiero...

—Entonces sólo por eso te casaste?

—Me casé porque me obligaron, Diana. Así que, ya que no tendré siquiera la satisfacción de tu cuerpo, mañana mismo anularé esta unión. Tengo todo a mi favor. Si incumples con tus deberes conyugales, no vale la pena estar casado contigo, ni con nadie, realmente—. Él se dio la vuelta

dispuesto a irse a su habitación, y entonces el llanto de ella se hizo audible.

—Espera, no te vayas —susurró, pero fue suficiente para que él se detuviera.

Diana miró a Daniel con el corazón en un puño. Había llegado el momento de la verdad. El momento que ella más había temido. Este era el momento del todo o nada. Si ni Daniel podía soportar su verdad, ella ya no tenía remedio.

—Nunca quise casarme contigo —susurró de nuevo, y Daniel terminó de girarse para tenerla de frente.

—Eso me quedó más que claro el día de la lectura del testamento, Diana. Dime algo que no sepa.

—Pero no es porque te odie —siguió ella como si él no la hubiese interrumpido. Daniel la miró en un silencio ominoso, como si no le creyera, y en su mirada había tanto resentimiento, que por un momento ella se asustó.

Sin embargo, no lo esquivó. Ya no podía seguir huyendo, estaba atrapada aquí, en este momento, y tendría que llevar la verdad hasta el final.

Este hombre la amaba, recordó; toda su vida ella lo había sabido, casi desde niños, y ese amor tan fuerte a veces la asustaba... Daniel, menos que nadie, soportaría la verdad.

Un dolor muy fuerte la invadió, no a su cuerpo, sino a su alma, y casi la hizo temblar. Él la amaba a niveles que ella no alcanzaba a comprender, intuía levemente lo que pasaba por su mente y su corazón, los sentimientos que albergaba con respecto a ella, y el dolor, porque, al tener aquella misteriosa empatía con él, que había empezado desde que se conocieron en aquella piscina y hablaron por primera vez, hasta ella llegaba un leve eco de lo profundamente que a él le dolía el no ser correspondido. Si a ella le dolía así, cómo le dolería a él?

Daniel, como si se hubiese cansado de esta conversación que no iba a ningún lado, dio la media vuelta con ademán de volver a entrar a su habitación.

—Espera —él se detuvo abruptamente, como si hubiese deseado ser detenido. Diana miraba su espalda, sintiendo aún las oleadas de dolor que venían de él—. Te voy a contar.

Daniel se giró de nuevo en dirección a ella.

—Contarme qué?

—El porqué, por qué no puedo amarte... como tú quieres que te ame.

—No puedes, Diana? —Ah, su voz... sonó triste, un poco rota.

—Escúchame, y entenderás por qué... Si luego de escucharme, decides que... que quieres que me vaya, y que quieres anular... yo... lo entenderé.

—Por supuesto, porque te estaría dando aquello que has deseado desde el mismo momento que firmaste el acta de matrimonio.

—No! Yo no te odio, Daniel, al contrario. Éramos amigos, lo recuerdas? En la adolescencia, antes de... Lo recuerdas?

—Diana... —susurró él pasándose una mano por el rostro, masajeándolo.

—Nunca te conté toda la verdad.

—Qué verdad? —preguntó él, cansado.

—De lo que sucedió con Edward—. Ahora él la miró atento. Recordaba a Edward, claro que sí. Lo recordaba, y a ella besarle en una de las salas de la mansión.



Intentó relajarse, y soltó sus manos, que habían estado empuñadas. La miró de nuevo, y se dio cuenta de que ella estaba tensa como la cuerda de una guitarra, se tiraba de los dedos, y temblaba; estaba llorando en silencio, gritando desde su alma y sin hacer el menor ruido. Verla así llegó a asustarlo un poco.

—Qué pasó, Diana? —preguntó él, odiando la dulzura en su voz, cosa imposible, porque la vulnerabilidad que ella estaba mostrando en ese momento le afectaba.

Ella alzó la mirada, con los ojos anegados en lágrimas.

—Yo no soy normal —soltó. Daniel sonrió de medio lado.

—Yo te veo muy normal.

—No... Me refiero a...

—Estás divagando. Dijiste que me contarías algo acerca de Edward. Estás tomándote tu tiempo para inventarte una historia?

—Ojalá fuera una historia —sollozó ella—. Yo... luego de que te fuiste a Boston, perdí mi virginidad con él—. Daniel apretó los dientes.

—Ya. Gracias por el dato.

—Déjame llegar al final!

—No sé si quiera, Diana.

—Por favor! —suplicó ella, e incluso juntó las palmas de sus manos—. Por favor! —él se echó a reír con sarcasmo, y caminó por el pasillo hasta volver a la sala. Ella lo siguió tomando con sus manos el faldón para poder andar con cierta libertad—. Tenía sólo dieciséis años.

—Lo recuerdo muy bien, Diana —dijo él sin detenerse, y llegó al mini bar y se sirvió una copa de whiskey, que entró muy bienvenida por su garganta.

—Fue... Fue la experiencia más traumática que he tenido en mi vida... La muerte de mamá no fue tan terrible como esa vez—. Él se giró a mirarla, y volvió a reír.

—Por supuesto. Dos adolescentes inexpertos...

—No. Él no era inexperto. La inexperta era yo... dolió muchísimo, Dan... Sangré y...

—Es normal que eso pase, dicen. No quiero los detalles de tu primera vez.

—Me dolió sentarme por un mes! —gritó ella con la voz desgarrada, y él se detuvo en su ademán de volver por el pasillo. La miró con ceño. Aquello ya no era normal—. Fui al médico por mi cuenta, porque jamás le conté nada a papá; no encontraron nada raro, pero a mí me seguía doliendo. Me negué a volver a estar con él; pero él me dijo eso, que era normal la primera vez, y accedí de nuevo a... Dan, la segunda vez fue peor. Dolía horrores. Dolía demasiado. No lo pude soportar, y terminé llorando y gritando—. Daniel tragó saliva y la miró de arriba abajo. Ella, con su vestido de novia aún, con el rostro empapado en lágrimas, lágrimas que bajaban hasta su pecho.

Ella no estaba mintiendo, concluyó. Estaba avergonzada, odiaba contar esto, pero estaba diciendo la verdad.

—Nos dimos un tiempo —siguió ella—, pasaron meses... pero cada vez que lo intenté se puso peor, y peor, y peor... —No pudo seguir por el llanto. Daniel tuvo el impulso de ir y abrazarla, pero se contuvo. El dolor que ella estaba demostrando se fue filtrando en él, como siempre sucedía que ella se sentía mal. Otra vez ese hilo extraño que los unía y los encadenaba. Por eso siempre era consciente de ella, donde estuviera.

—Yo te vi muy feliz al lado del tal Bertram —acusó él, sacando a relucir el fallo en su historia. Si a

ella le dolía estar con un hombre, por qué se había ido muy feliz de su brazo? Ella rió entre lágrimas.

—Bertram era un amigo estudiante de psiquiatría. Sabía mi problema porque se lo conté en confianza y... me propuso un experimento, una hipnosis. Esa noche la íbamos a hacer. Se suponía que en estado de hipnosis yo... me relajaría, y sacaría a la luz la razón en el fondo de mi ser por la cual rechazo a los hombres.

—O sea, que no se veían para el sexo?

—Es gay! —rió ella—. Tan gay como ningún hombre puede serlo! Él habría preferido el sexo contigo! —él hizo una mueca rechazando la idea, y la miró de reojo.

—Y funcionó? La hipnosis—. Ella negó.

—Verte... fue... contraproducente.

—Verme?

—No podía decirte por qué estaba con él. Esperaba que tú hubieses notado su amaneramiento para que no pensaras mal, pero el idiota escogió el momento perfecto para hacerse el macho y... tu cara me persiguió todo el viaje hasta su apartamento, y tuve que bajarme y volver a ese bar para buscarte... pero ya no estabas.

—Sí. Me fui al instante —recordó él, aunque omitió que no se había ido solo. También recordó el extraño afán que lo invadió por ir hasta donde ella estaba para que viera su cara. Y el ver su cara había sido contraproducente, había dicho ella, como si el destino hubiese impedido por su cuenta que ella se curara esa noche, si era lo que iba a suceder.

—Volví a la mansión —siguió ella—, y te esperé despierta toda la noche. Y en el momento en que me quedé dormida, tú entraste por tus cosas y te devolviste a Boston. Y luego me dijo Esteban que...

—Daniel frunció el ceño—. Esteban me dijo que te habías vuelto un fiestero, y que estabas descuidando los estudios. No le creí, por supuesto. Pero resultó que era verdad. Te había hecho daño sin proponérmelo—. Él se acercó a ella hasta quedar a sólo un par de palmos.

—Fuiste a Boston? —ella miró a otro lado.

—Sí.

—Entonces, no fue un sueño? —Diana se agitó un poco y retrocedió un paso, pero él le tomó los hombros impidiéndole moverse más. Diana no tuvo más remedio que negar a su pregunta—. Y por qué nunca me lo dijiste, Diana? —le preguntó mirándola fijamente a los ojos—. Por qué has permitido que todos estos años pasaran para decírmelo?

—Y qué te iba a decir?

—Tú lo sabías! —exclamó él obligándola a mirarlo—. Sabías que te amo como un imbécil, que respiro tu aire, que me muero por ti, lo sabías!

—Acaso me lo dijiste alguna vez? —lloró ella—. Si te hubieses declarado en alguna ocasión...

—Me habrías rechazado!

—No era lo mejor?

—Para quién, Diana?

—Me habrías entendido? Me entiendes ahora? Quieres seguir casado conmigo ahora que sabes que no puedo tener sexo contigo ni con ningún hombre en el mundo? —él la soltó como si de repente ella quemara. Dio unos pasos alrededor y se pasó de nuevo la mano por el rostro.

—No sé si habría servido de algo, pero yo, definitivamente, no habría vivido todo este tiempo pensando en que eras la zorra más vil sobre la tierra, y que me despreciabas!

—Y si pensabas que era la zorra más vil, por qué seguiste amándome?! Por qué no me olvidaste?!

—Porque no pude! No pude olvidarte! No pude sacarte de mi mente ni un maldito día en todos estos años! Amarte duele, pero intentar olvidarte duele mucho más!

—Entonces, estás condenado –susurró ella—. Eres el hombre más digno de lástima en la tierra, Dan. Yo no puedo estar contigo. Si lo intentara, y todo fracasara, como sé que fracasará, sólo conseguiría que me odieras, que me aborrecieras... y yo no podré soportar eso.

—Al fin, decídetelo –dijo él volviéndose a acercarse a ella—. Quieres que te odie o no?

—Sería lo más saludable para ti.

—Y para ti, Diana? –ella bajó la mirada, y lo escuchó sonreír—. Ahora que recuerdo, si tu visita a Boston no fue un sueño, tú respondiste a mi beso –ella hizo ademán de escapar, pero él volvió a atraparla entre sus brazos—. Respondiste a mi beso, las dos veces...

—Dan...

—Mentirosa –la acusó él con voz dolida—. Mil y mil veces mentirosa.

—Lo hice para protegerte.

—No soy invisible para ti.

—Te lo dije!

—Me quieres! –gritó él, y ella quedó paralizada al escuchar su tono de voz—. Me quieres, verdad? –los ojos de él estaban humedecidos, y eso la dejó allí clavada. Sus manos empezaron a temblar.

—Yo... en toda mi vida no he amado a nadie como te amo a ti –susurró, y elevó la mirada a él cobrando seguridad en su voz—. Por ti, quiero ser una mejor persona, una mujer completa. Todos los colores que veo, proceden de la luz de tus ojos, Dan.

Al escuchar aquello, y sin pérdida de tiempo, él la rodeó con sus brazos y la apretó fuerte. Diana sentía que le faltaba el aire, que se le iban a quebrar las costillas. Tuvo que obligar a su cuerpo a relajarse para no llorar, y lo sintió a él con la respiración cortada, como si quisiera decir algo, pero se hallara sin palabras.

Se estuvieron allí, en silencio, sin decir nada, abrazados, con los corazones muy juntos. Al fin.

Sí, lo amaba. Lo amaba tanto que dolía. Lo había descubierto cuando lo vio besarse con Nina en aquella cocina. Demasiado tarde para ambos, o tal vez a tiempo; en ese entonces, ella ya había descubierto que estaba echada a perder.

Ahora ya no quedaba nada oculto entre los dos. Tal vez había detalles que irían saliendo poco a poco, pero para eso tenían el resto de la vida. Ah, quería y no quería que ese “resto de la vida” empezara ya.

Ahora estaba segura de que habiendo conocido la verdad acerca de ella y su defectuoso cuerpo, Daniel no la obligaría, ni la asaltaría, aunque esta era su noche de bodas y él tenía todo el derecho. Y este era su Dan, su Daniel. Tal vez él se merecía a otra mujer, pero, indiscutiblemente, era suyo.

:24:

Pasaron lo que Daniel creyó fueron horas y horas, y no la soltó de su abrazo.

Sentía que acababa de ser tocado por un ángel, o alguna divina diosa. En este momento y para siempre, era el hombre más feliz sobre la tierra. La mujer que él amaba lo amaba, y su corazón se henchía de felicidad.

Había aún muchas preguntas que hacerle, pero tenía por fin en su mano las verdades más importantes de Diana. Ahora la comprendía, y la mitad del sinfín de preguntas tomaron por sí mismas sus respuestas.

Sin embargo, las verdades de Diana no eran todas muy bonitas, ni consoladoras.

Ella aún llevaba su incómodo vestido de novia, y él también, pero no hizo ademán de soltarla, ni de moverse a ningún sitio. Fuera lo que fuera, ella ahora era su esposa. Si estando soltero se sintió de alguna manera encadenado a ella, ahora sí que lo estaba.

Por fin la estaba abrazando de verdad.

—Yo... —empezó a decir él—. Me temo que hasta el momento no te he dicho como se debe lo mucho que te amo—. La escuchó sonreír.

—Me lo has dicho cada vez que me miraste. Cada vez que me sonreíste, o cada vez que tus ojos se llenaron de dolor por las canalladas que te hice.

—Ya te perdoné todo.

—Y te amo más por eso.

—Dios, Diana...

Besó sus cabellos, besó su mejilla sintiéndose enfebrecido, llevado al límite de su cordura; y cuando bajó por su cuello deseando lamerla, recorrerla, desnudarla, ella se puso tensa, y se acordó. Ella siempre se ponía tensa. Esa mañana que él despertó pegado a ella, buscando su cuerpo, ella lo había mirado con terror, no con odio ni asco, pero estaba tan ido en sus sensaciones en ese momento que sólo pensó en huir.

No podía tenerla.

El corazón y el cuerpo le dolieron. Él la deseaba, la deseaba mucho. Cómo podía él estar con la mujer que amaba sin poder ponerle un dedo encima de manera más íntima? Él, que llevaba siglos deseándola? Y así pasarían toda la vida? Mirándose el uno al otro sin poder permitir que sucediera algo más? Funcionaría esta unión que Jorge había instigado para los dos, o simplemente los había condenado a un futuro de desconsuelo?

Diana tenía razón, era el hombre más desgraciado sobre la tierra. Pero no había duda de que ella era más desgraciada aún. Si bien él podía normalmente estar con otras mujeres, lo había comprobado a lo largo de estos años, ella no. Ella estaba condenada a la soledad.

Respiró profundo y la miró a los ojos sin decir nada. Pensando, pensando. Tenía que haber algo que él pudiera hacer y que no la asustara, o la lastimara. Tenía que abrir la cerradura de su cuerpo. Tenía que haber algún truco, algo...

—Ya sé lo que estás pensando —rió ella con tristeza—. He ido a médicos, psicólogos y psiquiatras. Me he hecho todos los análisis. He buscado salidas... Nada ha funcionado. Lo he intentado sola, lo he intentado de mil formas... no funciona.

—El sexo no es sólo coito, Diana.

—Lo sé, pero tú no te conformarás con sólo besos y abrazos, verdad? Te conozco, y eres un

hombre sumamente sensual... —él cerró sus ojos.

—Lo dices porque me viste con dos mujeres al tiempo una vez —Diana se echó a reír.

—Espero haberte arruinado esa noche —dijo entre dientes, y dándole un suave puñetazo sobre el pecho.

—Oh, lo hiciste.

—Ves por qué insistí en que te quedaras con Nina? Ella te habría podido dar todo lo que yo no...

—Calla —pidió él volviendo a abrazarla—. No quiero hablar de mi relación con Nina, pero un mero abrazo suyo nunca me dio esta paz, ni esta felicidad.

—Dan... —la voz de ella tenía urgencia—. Ahora parece que no te importa, e incluso estás dispuesto a hallar una salida, pero llegará el momento en que tú...

—No me importa. Ya no puedes hacer nada para que te odie. No lo lograste, Diana. Te amo y punto. Hagas lo que hagas, no cambiarás eso —los ojos de ella, que ya se habían secado, volvieron a humedecerse, pero esta vez no de tristeza.

—Por qué me amas tanto?

—Te lo dije esa noche. Es mi destino amarte.

—Es un destino muy amargo.

—Lo ha sido hasta ahora, pero al fin se vuelve dulce. O agridulce, al menos —ella se echó a reír.

—Te tomas demasiado bien esto.

—Eres mi esposa —susurró él, besando sus sienes, sus cejas, sus ojos—. Eres mi esposa, y te amo, te amo, te amo—. Ella le rodeó la cintura suspirando, sintiéndose feliz y asustada, y triste, y relajada—. Te besaré cada mañana —prometió—, te abrazaré cada vez que tu cuerpo esté cerca y yo tenga las manos libres para abrazarte. Haré todo lo que esté en mi mano cuando te sientas triste para que te alegres. Si nos enojamos, te prometo que viviré mortificado hasta que nos contentemos —eso la hizo reír, pero escuchar sus promesas de amor la hacía inmensamente feliz, así que no lo interrumpió—. Y te haré el café, hago un excelente café.

—Vale.

—Pero no lavaré tu ropa.

—Por qué no?

—Porque siempre está echada a perder con tus pinturas —Diana rió abiertamente, y él atrapó esa risa en un beso. Por fin, un beso. Sintió sus labios sobre los suyos, chuparla y acapararla. Luego su lengua inquieta sobre ellos, pidiendo permiso para entrar. Sólo un beso, se dijo, sedienta de ellos, y abrió su boca y la aceptó dentro, la enlazó con la suya, sintiendo los vestigios del whiskey en el fondo de su boca. Una exquisita sensación de calidez bajó por su cuerpo, tal como había sucedido en Boston aquella vez, y como aquella vez, se pegó a su cuerpo.

Pero él estaba excitado, y eso la detuvo, y él se dio cuenta, e hizo lo mismo. Aunque no se alejó, detuvo el beso, y gimió un poco quedamente.

—Lo siento —susurró ella, pero ya no podía llorar más. Había llorado tanto toda su vida, y se había disculpado tantas veces, que ya no le quedaban fuerzas.

Daniel la alzó en sus brazos, sorprendiéndola.

—Qué haces?

—Responde a mi pregunta —dijo él sin contestar, y encaminándose al pasillo que llevaba a su

habitación—. Sólo te duele en el coito, verdad? —ella se sonrojó tremendamente, pero asintió. Se había prometido a sí misma no ocultarle nada nunca más a este hombre, su esposo, el hombre que más la amaba en el mundo.

—Bueno, pues es una fortuna que también tenga dedos y lengua.

—Qué? —preguntó ella, confundida. Él entró a la habitación y la depositó sobre la cama. Diana palideció y se puso tensa. Intentó escapar, pero él puso sus brazos a cada lado, atrapándola.

—Confías en mí, Diana?

—Sí, pero...

—Nada de peros. Confías en mí sí o no—. Ella se obligó a mirarlo, comprendiendo que su respuesta era importante para él en este momento. El corazón le retumbaba en el pecho, y sentía que se le quería salir por la garganta, pero asintió—. Mucho o poco?

—Mucho. Te confiaría mi vida.

—Eso hiciste en el altar. Al casarte conmigo, me confiaste tu vida, y yo cuidaré de ti de ahora en adelante —ella lo miró fijamente un poco sorprendida porque, aunque esos votos habían sido obligados, él los había dicho en serio—. Te voy a hacer una promesa —siguió él—: siempre te hablaré con la verdad. Si te digo que llegaré hasta diez, hasta diez llegaré...

—Qué quieres decir con eso?

—Si te digo que sólo te besaré, sólo te besaré —él tragó saliva mirándola quieta bajo su cuerpo—. No soy un adolescente inexperto, tengo experiencia, tal vez más de lo que es justo, así que sé controlar mi cuerpo. Si te digo que no pasaré el límite, no lo pasaré. Y esta noche sólo te besaré, todo tu cuerpo, de arriba abajo, pero sólo será eso, Diana.

Las manos de Diana temblaron, pero aun así, las elevó hasta su rostro.

Confiaba en él. Confiaba en él como nunca había confiado en nadie en toda su vida.

Cerró sus ojos y asintió dejando salir el aire, y Daniel sonrió de oreja a oreja.

Y entonces, se levantó de la cama y la obligó a ponerse en pie.

—Qué? —preguntó ella, alarmada.

—No pienso besarte a través del vestido —ella se echó a reír, y permitió que él la girara para bajarle el cierre. Cuando él se quedó quieto a su espalda, Diana se giró a mirarlo con una sonrisa.

—Ya te arrepentiste? —él la miró con una indescifrable expresión. Estaba pálido, y tenía la respiración agitada—. Dan? —lo llamó ella, asustada.

—Tú... —él señaló su espalda, y Diana cerró sus ojos comprendiendo. Él había visto el tatuaje.

—Lo siento.

—Qué? —exclamó él. Cuando ella guardó silencio, él cerró sus ojos con fuerza—. Mierda! Has mandado al traste todos mis buenos propósitos!

—Lo siento... —volvió a disculparse ella. Se había vuelto una costumbre pedir perdón. Él la tomó bruscamente de los hombros y la giró para mirar de nuevo el tatuaje. Era un búho, un búho sentado en la rama de un árbol y mirando a una pequeña estrella en el cielo.

Era un tatuaje pequeño y sólo en tinta negra. Ocupaba sólo la parte del omóplato derecho, pero había sido hecho por un artista, no un tatuador corriente.

Se inclinó sobre su espalda y lo besó con infinita ternura. Los ojos se le volvieron a humedecer; no se lo podía creer. Dios, esta noche estaba siendo más hermosa y extraña de lo que se imaginó.

Ella se había tatuado al búho enamorado de su estrella. Eso era más que si se hubiese tatuado su nombre.

—Por qué? —susurró. La sintió suspirar.

—Me lo hice luego de lo de Boston. Me dijiste que no eras más que un búho enamorado de su estrella. Yo... Yo pensé que jamás te tendría, así que te tatué en mi piel.

—He estado en tu piel desde entonces?

—Sí. Algo así.

—Mujer, qué regalo me has dado, qué... Diana! —él la rodeó con sus brazos por la espalda con el vestido a medio quitar, y ella se permitió relajarse en su abrazo. Él había hecho una promesa, y sabía que la cumpliría hasta el final.

—Nunca imaginé que lo vieras algún día, pero me alegra que te haya gustado.

—Estás loca? Gustarme? El café me gusta; esto... —besó su nuca y fue bajando por su columna. Besó el tatuaje infinidad de veces, y Diana cerró sus ojos, feliz, llena de algo a lo que no podía ponerle nombre.

Había imaginado que esta noche sería una pesadilla, pero estaba siendo un hermoso sueño hecho realidad. Él le había creído a todo lo que ella le había dicho, y sin exigir ninguna prueba a cambio. Además de eso, estaba cuidando de ella, la estaba mimando, y ella se sintió, por primera vez en mucho rato, el ser más especial para alguien en la tierra.

Se giró a él y recibió todos los besos que quisiera darle. Permitted que él terminara de bajarle el vestido y dejó su lencería roja de encaje al descubierto. Al verla, él sonrió.

—Sabía que no ibas de blanco también por dentro.

—Es curioso cómo los hombres permanentemente están pensando en la ropa interior de las mujeres.

—No nos acuses. Es nuestra naturaleza —cuando ella borró su sonrisa, él volvió a besarla, queriendo así borrar sus miedos, sus desesperanzas.

Ah, estaba besando a Diana, y ella lo amaba, e incluso se había hecho un tatuaje alusivo a él en la piel. Terminó de bajar todos los faldones de su vestido, y se sentó en la cama ubicándola a ella de frente entre sus piernas. Ahora la tenía en ropa interior, y su boca y sus manos picaban por besar y explorar. Besó el valle entre sus senos, que llenaban perfectamente sus manos; bajó sus labios por la estrecha cintura, y metió su lengua en el hueco de su ombligo. Ella puso sus manos sobre su cabello, y Daniel tuvo que detenerse y recostar su frente en el vientre de ella. Tenía la respiración agitada, la sangre corriendo a mil por todo su cuerpo. Iba a explotar.

La miró a los ojos.

Los de él estaban tan cristalinos, tan puros y verdes... Así eran sus ojos encendidos por la pasión, pensó Diana, y sonrió porque al menos esto podía comprobarlo.

Se arrodilló entre sus piernas y buscó su boca para besarlo. Era una bendición que al menos esto ella pudiera hacerlo.

Había muchas cosas que podía hacer, pensó. Aliviarlo, por ejemplo.

No era experta. Edward, una vez que comprobó que ella era incapaz de tener sexo con normalidad, quiso forzarla para que lo aceptara por los otros orificios de su cuerpo, y ella había respondido con un bofetón, y luego de una espantosa discusión donde su alma quedó desgarrada, terminaron.

Pero Dan era diferente. Era su Dan.

Así que, con mano temblorosa, pero con determinación, abrió el cinturón, y luego el pantalón.

—No —susurró él, deteniéndola, aun con la respiración agitada.

—Dan, si no aceptas al menos esto...

—No.

—Por qué?

—No sería muy caballeroso de mi parte obligarte a hacer algo así, cuando yo no he hecho nada mínimamente satisfactorio para ti—. Diana sonrió.

—Eres un caballero aun en estas circunstancias?

—Diana... —gimió cuando la mano de ella rozó sin querer su erección. En medio estaba la tela de su bóxer, su camisa y su pantalón; cómo se sentiría si ella decidía tocarlo con más firmeza piel con piel?

Sólo imaginárselo hizo que su erección se pusiera imposible.

Diana estaba en un dilema. Sentía que debía hacer algo por él, que estaba sufriendo en estos momentos, pero al mismo tiempo, eso que él encerraba en sus pantalones era para ella un arma que podía infringir mucho dolor.

Elevó su cabeza para mirarlo, y lo vio con los ojos cerrados y el ceño fruncido como si estuviera demasiado concentrado en algo. El cabello se le había despeinado con su previo toqueteo y ahora los tenía apuntando casi en todas direcciones.

Sonrió. Él era guapo a extremos surrealistas y ella se preciaba de ser una artista que valoraba la perfección.

Acercó su rostro al suyo y lo besó sobre los labios, y él le devolvió el beso con hambre. Sin pensarlo mucho, Diana puso su mano sobre él, y lo encontró duro, cálido, y su toque provocó un largo gemido que resonó en su propia boca.

—Eres grande —dijo ella, pero no sonaba feliz como sus antiguas amantes, sino preocupada.

—Lo siento —se disculpó él, y ella sonrió.

—Es sólo cosa de la genética. No es tu culpa —él abrió los ojos y la miró, encontrándola sonriendo con picardía. Tuvo que sonreír también, aunque la sonrisa no le salió muy clara, pues ella aún tenía su mano sobre él, aunque no la movía. Era como si simplemente se estuviera familiarizando con él.

Con la otra mano, Diana empezó a desabrochar los botones de su camisa, y él se quedó completamente quieto, sentado al filo del colchón, con ella en ropa interior entre sus piernas, tocándolo y desnudándolo. Empuñó fuertemente sus manos por el deseo de tocarla, pero se obligó a sí mismo a esperar, y a disfrutar esta dulce agonía.

Diana le apartó la camisa y él la ayudó sacandosela del todo. Sin mover su otra mano, empezó a explorar su torso, de piel dura y tersa, lampiño y tetillas de coral. Alguien tan activo como él debía ir al gimnasio, y se le notaba en la planicie de su vientre, en los brazos bien formados, en su pecho.

Y al admirarlo, sintió que su boca se hacía agua, y su mano actuó por sí sola, apretándolo con algo de fuerza. Él gimió, y pensando en que le había hecho daño, se apartó.

—Dios, mujer, no! —suplicó él tomando su mano nuevamente—. Está bien. Acepto lo que sea que me des. Por favor, Diana!

Atendiendo a su ruego, ella volvió a tocarlo, esta vez con más seguridad. De arriba abajo por encima del pantalón, y empezó a hacerse preguntas. Cabría eso dentro de su cuerpo? Dolería al extremo de no poder soportar llegar al final como siempre sucedía? Por qué tenía que ser de esta



manera, por qué?

Para que él no viera la angustia en su rostro si acaso abría los ojos, Diana se inclinó y lo besó a través de la ropa, como si en vez de besarlo le estuviera diciendo algo que era muy importante para ella. Pero no contó con que él ya estaba en el límite.

Daniel gimió largamente, y se corrió vergonzosamente. Joder, no era un adolescente. Qué le pasaba? Pero no pudo parar, puso su mano sobre la de ella usando un poco más de fuerza en su toque, y, sin poder detenerse, aunque eso le bajara de su categoría de amante atento, se ocupó de llegar al final.

Luego, cuando ya no hubo nada más que pudiera salir de él por dentro de sus pantalones, se tiró de espaldas sobre el colchón de la cama, poniendo ambos brazos sobre su rostro. Su respiración volvió a la normalidad poco a poco, y sintió a Diana acostarse a su lado.

—Lo siento —susurró. Su actuación esta noche había sido lamentable.

—Dan —susurró ella—. Es conmigo con quien estás hablando. Para mí, esto es una victoria —él se descubrió los ojos y giró su cabeza para mirarla. Ella tenía el cabello despeinado y todo el maquillaje corrido. Estaba preciosa.

La acercó a su cuerpo con un brazo y suspiró.

—Si esto hubiese sido una auténtica noche de bodas, habrías estado decepcionada.

—Por el contrario —sonrió Diana—. Sé de hombres que se hacen una paja antes para estar menos ansiosos y más relajados —él sonrió.

—Hablas de sexo con mucha normalidad.

—Mi boca está bien, lo que está mal es otra cosa —él suspiró, y la acercó para besarla. Su mano paseó la piel de su espalda y la dejó en una de sus nalgas, apretándola suavemente. Siempre le había gustado su trasero, y ahora se deleitó acariciándolo libremente.

Poco a poco, sus caricias se fueron volviendo más exigentes y la fue poniendo de espaldas. Ella tenía razón, ahora se sentía más relajado y menos ansioso.

Diana lo miró desde abajo concentrarse en su cuerpo. La miraba como si pensara darse un banquete con ella.

Él había dicho que llegaría hasta diez, y hasta diez llegaría, confió.

No le haría daño. Daniel nunca le haría daño.

Él metió su mano bajo su espalda y desabrochó su sostén, y su respiración empezó a agitarse, nerviosa, pero él sólo se detuvo a mirar sus senos libres.

Otro dato curioso acerca de los hombres y del que Daniel no era la excepción: les encantaba mirar tetas.

—Si hago algo que te molesta —dijo él con voz grave—, no dudes en detenerme—. Y sin agregar nada más, él bajó su cabeza, besó sus clavículas, y fue bajando. Con una mano elevó uno de sus senos, y se lo metió en la boca. Ella sintió agua en la boca y tragó. La lengua de él hacía círculos alrededor de su pezón, despacio, cálido, húmedo, y ella abrió su boca dejando salir un suspiro. Elevó su mano a su rubio cabello y los enredó entre sus dedos. Él olía tan bien, su toque era tan suave, tan paciente.

No lo había notado sino hasta ahora, pero su otra mano había estado paseándose por su vientre y ahora estaba ante la puerta de su cuerpo, quieta.

Él dijo que hasta diez llegaría, se repitió, tratando de calmarse.

Al sentirla tensa, él volvió a besarle la boca, y a pasear su mano por encima de la tela de sus bragas.

—Te quiero —susurró, acompañando sus palabras con un leve movimiento de sus dedos sobre ella—. Jamás te haría daño adrede.

—Lo sé.

—Sólo quiero tocarte.

—Dan...

—Sólo tocarte. No entraré. No hoy—. Ella apretó fuerte sus labios, pero terminó por aceptar, y Daniel metió la mano al interior de sus bragas.

Diana no se depilaba al completo, dejaba siempre una pequeña línea, porque le parecía un poco antinatural quedarse completamente calva, y él adoró la línea de vellos cortos que encontró.

Su erección volvió a crecer al imaginarse lo sublime que sería estar al interior de su cuerpo.

Pero para ella no sería sublime, recordó, y se detuvo en su ensoñación.

La besó más profundamente, con hambre, con el deseo encarnizado de poseerla, de marcarla como suya. Ella era suya.

Se ubicó entre sus piernas y se puso de rodillas sobre el colchón. Le sacó las bragas y le abrió los muslos para mirarla todo lo que quiso. Cuando la miró a los ojos, vio que ella los tenía cerrados.

—Eres hermosa.

—No me estás mirando la cara, sabes? —él rió.

—Tu cara también es hermosa—. Paseó sus manos por su vientre, y poco a poco fue bajando—. Aprovecharé al máximo todo lo que tenga de ti, todo lo que me puedas dar, de eso no te quepa la menor duda—. Y al decirlo, se inclinó sobre ella y la besó. Abajo.

Diana saltó sobre el colchón, y casi gritó. Daniel la tomó firme entre sus manos, y paseó su lengua por toda ella, hasta que encontró el pequeño botón, diminuto, y se dedicó a atenderlo. Necesitaba que ella se acostumbrara a él, a esto, a su invasión. Estaba poseyéndola, reclamándola, clavando una bandera sobre su cuerpo, pero era su derecho, su deber.

Y luego de unos minutos de tenerla allí, el diminuto botón dejó de serlo, y ella se humedeció. Sus gemidos cambiaron, y Diana metió de nuevo sus dedos entre sus cabellos, no para alejarlo, sino tal vez para acercarlo.

—Dan! —susurró, exclamó, reclamó. Pero él no se detuvo. Con lametazos rápidos y cortos se dedicó a excitarla hasta que la locura la invadió, y Diana lloró y gritó. Escucharla gemir y llorar era terriblemente erótico, y cuando su cuerpo se tensó, se atrevió a penetrarla con su lengua, y obtuvo aquello que quiso. El primer orgasmo de Diana en su boca.

Ella quedó flácida sobre el colchón, con el pecho subiendo y bajando, completamente desnuda y abierta ante él. Daniel se acostó a su lado, mirándola orgulloso.

—La frigidez no es tu problema —le dijo—. Primera barrera sobrepasada.

—Nunca... —intentó decir ella, pero le faltaba el aire—. Nunca... sentí algo así. Nunca.

—Lo sé. Es maravilloso que puedas sentir deseo como cualquier otra mujer—. Una lágrima bajó por la sien de ella, y se movió para acurrucarse a su lado y esconder su rostro en su pecho. La escuchó llorar quedamente, y sonrió; la abrazó, paseando su mano por su espalda, y suspiró.

—Deja de llorar. Te vas a deshidratar.

—No puedo parar.

—Vale, llora entonces. Te traeré luego una jarra de agua para reponer líquidos—. Ella rió entre lágrimas, y poco a poco se fue quedando quieta. Se quedó allí, entre sus brazos, y minutos después Daniel comprobó que se había quedado dormida.

No la soltó por largos minutos, y al cabo de lo que le pareció una eternidad, se levantó para acomodarla bien sobre la cama, y él se quitó los pantalones para dormir más ligero.

Faltaba muy poco para el amanecer, y jamás cambiaría esta noche por cualquier otra que hubiese vivido en el pasado.

:25:

Diana despertó sintiéndose extraña, liviana, libre.

Había sacado fuera su pesada cruz anoche, recordó. Ya Daniel sabía toda la verdad, y él, en vez de despreciarla, seguía atesorándola.

Lo encontró mirándola fijamente, con sus ojos que le recordaban las hojas en verano, tan verdes y puros, y sonrió feliz. Esta escena era más de lo que ella jamás había soñado.

—Buenos días, señora Santos —saludó él.

—Es cierto —se quejó ella—. He dejado de ser Alcázar. Echaré de menos mi apellido.

—Qué mala —ella sonrió y lo abrazó feliz, suspirando.

—Buenos días —contestó ella a su saludo al fin—. Debo estar horrible, anoche no me quité el maquillaje, y lloré mucho.

—Sí, estás horrible —ella se separó para mirarlo con reproche, pero no fue capaz de mantener la mirada por mucho tiempo. La felicidad le salía por los poros.

Que él no la hubiese despreciado, que le hubiese creído. Que no la hubiese obligado a tener sexo de todos modos para comprobar si era verdad o no lo que ella le había dicho. Que no reclamara sobre ella su legítimo derecho...

Tal como había dicho Meredith una vez, Daniel era el hombre más bueno del mundo, y ella estaba aquí, en su cama.

—Dijiste que me prepararías el café —le recordó ella en un suspiro.

—Eso fue antes de ver lo apetitosa que te ves por la mañana —cuando él se ubicó encima, ella lanzó un chillido, alarmada, pero no asustada. Él empezó a besar y a hacer cosquillas, y ella no paró de reír siguiéndole el juego. Esta mañana era el mejor regalo de todos. Aún no se podía decir que habían consumado el matrimonio, pero ella era feliz, feliz porque por fin podía gozar del amor de Daniel.

Si hubiese sabido que todo sería así, lo habría besado el mismo día que lo vio en la piscina aquella primera vez.

Bueno, ya no se valía llorar por el pasado. Por primera vez, tenía esperanzas con el futuro.

Prepararon el desayuno entre ambos, y no pararon de reír, charlar, besarse y jugar. Jorge había sido muy sabio al obligarlos a venir aquí, pensó Daniel. Si hubiesen permanecido en la mansión, donde había tantas habitaciones, ella habría logrado atrincherarse en una de ellas y él jamás habría podido sacarle la verdad.

Era Jorge una especie de vidente acaso?

—Llevaré el acta de matrimonio hoy mismo para que se hagan efectivos todos los traspasos —comentó Daniel mientras pinchaba una salchicha en su plato—. Y luego tú tendrás que ir a firmar una serie de documentos.

—Vale.

—Crees que Hugh quiera ver la sangre de tu virginidad en mi sábana? —a ella le entró tos, y Daniel se echó a reír.

—Seguramente —contestó ella luego—. Hugh es tan meticuloso... Sí que parece amigo de papá —Daniel la miró fijamente.

—Ahora, muchas cosas que hizo tu padre en el pasado cobran sentido para mí —dijo Daniel—. Me obligó a ir a Harvard. Intentó que su hijo se encaminara, pero al mismo tiempo, se aseguró de que

alguien pudiera reemplazarlo en caso de que no lo hiciera. Si Esteban hubiese sido un chico ejemplo, tal vez tú y yo no estuviéramos casados ahora.

—Esteban nació podrido —rezongó Diana—. No había esperanza para él desde pequeño. Jamás me perdonó haber sobrevivido al accidente donde murió mamá.

—Que un niño piense eso es aceptable, pero cuando maduró, él debió cambiar de parecer.

—No lo hizo. Por el contrario, fue empeorando. Prométeme que tendrás cuidado con él —dijo ella de repente y mirándolo con cara de circunstancias.

—Él no me asusta.

—Dan... promételo—. Él la miró fijamente por un momento, pero cuando ella insistió, suspiró dándose por vencido.

—Tendré cuidado —prometió. La vio relajarse. A ese punto confiaba en él? Sonrió—. Estaba pensando trasladar tu estudio aquí —dijo él, de repente.

—Cómo. Dijiste que no hay más habitaciones.

—Mentí.

—Qué?

—Hay una habitación, pequeña, pero puede servirte.

—Daniel Santos, eres un canalla! —él sonrió muy orgulloso de sí mismo.

—De todos modos, no es una habitación apta para mi esposa. Puede caber tu estudio. Y estaba pensando... si quieres, tal vez pueda ayudarte con tu galería de arte.

—Dijiste que no era viable.

—Y sigue sin serlo. Pero podemos hacerla viable con un poco de esfuerzo.

—Pero dijiste...

—Cualquier cosa se puede vender —dijo él, y ella recordó que esas mismas palabras las había dicho Marissa—. En esa ocasión estaba molesto contigo, y por eso no te lo dije: podemos hacer tu negocio exitoso, sólo si le ponemos un poco de esfuerzo y de fe.

—De verdad, Dan?

—De verdad—. Antes de que él terminara de hablar, ella se puso en pie y lo abrazó sumamente emocionada. Él no desaprovechó la oportunidad y la sentó en su regazo.

—Entonces, traslademos el estudio —pidió ella, inconsciente de los pensamientos que atormentaban a su esposo—. Podré pintar aquí sin problemas mientras montamos la galería, porque pienso tener también allí un estudio. Oh, va a ser maravilloso. Mis cuadros por fin... —ella se quedó en silencio, y él la miró ceñudo.

—Qué? —preguntó, ella sólo sonrió y negó. Se recostó a su pecho suspirando feliz.

—Tú no has visto mis cuadros.

—No necesito verlos.

—Siempre dices eso, para bien o para mal —Daniel rió, hundiendo su rostro en su cabello y abrazándola un poco más íntimamente.

—Te conozco a ti. Sé que tus cuadros han de ser maravillosos. Oscuros y coloridos al tiempo. Con mensajes melancólicos, pero aun así, llenos de movimiento y vida—. Ella se enderezó para mirarlos.

—No sabría decirte, pero lo de los colores sí que es cierto.

—Pintas lo que tienes en tu alma. Ahora sé lo que siempre ha habido en tu alma, Diana—. Ella puso

sus manos en su rostro y lo besó.

—Estoy segura de que soy la envidia de todas las mujeres en el planeta ahora mismo. Cómo fue que te conservaste soltero hasta ayer? —él sonrió.

—Porque sólo te quería a ti—. Ella, con una sonrisa un tanto triste, volvió a besarlo. Lástima, sin embargo, que no pudiera llegar más lejos.

—Por qué me llamas? —le reprochó Marissa a Diana por teléfono—. Deberías estar absorta en tu luna de miel! —ella se echó a reír.

—No hemos hablado de un viaje de luna de miel, pero dudo que podamos tenerlo cuando Daniel tiene tanto trabajo en la oficina.

—Daniel te dejó sola para ir a trabajar? Iré a matarlo. Ya mismo!

—Tenía que hacerlo.

—Nada! No hay excusa!

—Déjalo en paz! —Marissa se detuvo en su diatriba y miró el teléfono sorprendida.

—Estás defendiéndolo? Definitivamente, el sexo nos vuelve idiotas —Diana se echó a reír.

—Podemos vernos? Necesito tu consejo.

—Claro. Soy experta aconsejando a recién casadas.

—Al menos, en ciertas cosas de la vida tú tienes más experiencia que yo. ‘Rissa, por favor...

—Mmmm, bribona. Sabes que si me hablas en ese tonito, yo caigo rendida. Ea, pues. Veámonos. Chocolate otra vez?

—Vale.

—“Vale”? No has saltado de felicidad!

—Tengo un sustituto del chocolate en casa.

—Un sustituto que usa pantalones! —rió Marissa, encantada, y Diana no tuvo más opción que sonreír. Acordó el lugar y la hora con Marissa y cortó la llamada. Con el teléfono en la mano, sonrió.

Había estado a punto de perder esta felicidad. Anoche, se había asustado terriblemente cuando Daniel la atrapó en el suelo, imaginando que él quería tener sexo allí mismo. Casi había sentido sus manos ansiosas en su cuerpo desnudándola. Por eso había gritado, había estado aterrada, como siempre que se enfrentaba a ese tipo de situaciones.

Nadie sabía, nunca se lo había contado a nadie más que a los profesionales que habían intentado curarla, pero el dolor era desgarrador, humillante, aplastante. Pensar en ello ya la ponía mal. Recordarlo era revivirlo.

Le había hecho daño otra vez, a Dan. Pero bendito fuera, él otra vez había tenido paciencia. Luchó hasta el final, porque la amaba.

Tenía en sus manos su corazón, lo sabía. Y ahora quería atesorarlo, *necesitaba* atesorarlo, no enviarlo lejos.

Y ya no podría hacer tal cosa, había probado la miel de su amor, se había dado un buen trago de él anoche. Y aunque su matrimonio no era perfecto, al menos sí tenía todo lo que ella jamás esperó. Él la había sorprendido con su actitud y su paciencia en un tema que enloquecía a todos los hombres: el sexo. Admiraba tremendamente que él aceptara una vida con ella aun con sus limitaciones. No se

trataba de una enfermedad pasajera y que tarde o temprano superaría. Era un asunto de toda la vida, y Daniel se estaba condenando a sí mismo a vivir sin sexo por el resto de su vida.

Cuando pensaba en la magnitud del problema, volvía a pensar en que lo mejor debió ser negarse al matrimonio, vivir pobre, y afectar la economía del país. Daniel, al menos, habría tenido una vida normal. Pero las sensaciones de anoche la reconciliaban otra vez con la decisión que finalmente tomó. Estaba casada, y ya no quería estar sin él.

Esa mañana, luego de haber jugueteado un poco en la cama y desayunar juntos, él se fue a la oficina, y Diana se dedicó a explorar el apartamento. Le había preguntado antes de irse y mientras lo miraba ponerse su corbata y sus mancuernas si tenía algo que no quería que ella viera, como en la historia de Barbazul, y él sólo se encogió de hombros.

—La caja de condones en el nochero —contestó con todo desparpajo, y luego rió ante la expresión de ella.

Y era verdad, estaba bien provisto de preservativos. Lamentablemente, dudaba mucho que los fuera a usar.

Ahora estaba sola, y pudo fisgonear con toda libertad. Él guardaba los álbumes de fotos de su madre, los retratos con ella. Sandra Santos había sido una mujer guapa, aunque ella no la hubiese visto muy de cerca en vida. En las fotografías se le veía sonriente, y a veces feliz, al lado de su hijo; un hijo tan rubio como morena era ella. De ojos tan claros como oscuros eran los suyos. Daniel había sido un bebé precioso, blanco y de cabellos albinos.

Él debía seguir sin saber quién era su padre, o ella, de alguna manera, ya se hubiese enterado.

Luego miró en su guardarropa y comprobó la cantidad de camisas, trajes, relojes y zapatos que tenía. Llenaba todo el armario él solo, y el espacio que supuestamente le había dejado a ella era diminuto en comparación.

—Hombres —masculló, pero luego sonrió. Tal vez tenía obsesión comprándose relojes y ropa. De adolescente, tuvo muy poca, y juguetes electrónicos. Tal vez ahora llenaba sus vacíos con esto.

Suspiró al verse en medio de sus cosas. Todo olía a él. En todas partes estaba la marca de él. Era organizado, y limpio, pero en parte, era porque al contrario de ella, él nunca tuvo a nadie para que le fuera detrás recogiéndole el desorden, y así se había educado.

—Los chicos pobres son un mundo diferente —susurró sonriendo—, al menos, éste lo es—. Abrió sus maletas y se dedicó a colgar su ropa en el espacio que él le había dejado, y luego se dio una ducha para ir a verse con su amiga.

Se encontró con Marissa en una tienda de lencería fina. Ella estaba juntando lo que sería su ajuar, pero sospechaba que todas esas prendas que ahora tenía, las usaría antes de la luna de miel.

La miró con sentimientos confusos; la comprendía, la admiraba, la envidiaba. Ella podía tener una vida sexual plena con su novio sin temor al dolor.

—Deberías comprarte algo y sorprender a tu esposo —le aconsejó Marissa enseñándole un conjunto púrpura. Diana hizo una mueca.

—Sí, pero ese color me desanima.

—El secreto, querida, no es pensar en lo que te anima a ti, sino en lo que lo anima a él. Si quieres volverlo loco, vas a tener que perder un poquito la vergüenza.

—En este momento —contestó ella con voz apagada— lo que menos quiero es volver loco a Daniel.

Controlado está mejor—. Marissa la miró sorprendida.

—De qué hablas?

—De eso.

—Te ha hecho daño? —Diana suspiró y miró en derredor.

—Ve a la caja y paga. Vamos por ese helado de chocolate—. Marissa le hizo caso sin dejar de mirarla de reojo. Cuando ya estuvieron fuera, fueron a un sitio apropiado, y en vez de un helado, Diana pidió un trago. Marissa estaba cada vez más espantada.

—Vas a tener que contarme con detalle lo que sucedió anoche, Diana. Me estás preocupando.

—Haya sucedido lo que haya sucedido, no es responsabilidad de Daniel, sino mía, 'Rissa.

—Eso no lo sé. Si bien sé que no eras virgen, apostarí a lo que fuera a que él tiene más experiencia que tú.

—Y gracias al cielo por eso.

—Qué pasa, amiga? —Diana suspiró y miró lejos y apoyó su mentón en su mano. En los siguientes minutos, se dedicó a contarle lo que le había sucedido de adolescente con Edward, lo de los médicos y psiquiatras; la razón por la que siempre rechazó a Daniel. Que se lo había contado a él anoche y cómo había terminado todo. Marissa la miraba con ojos como platos, y cuando Diana terminó su relato, se cruzó de brazos recostándose al espaldar de su asiento y meneando su cabeza un tanto molesta.

—Nunca me imaginé que estuvieras pasando por ese infierno tú sola. Por qué nunca me contaste nada? Tan poco confías en mí?

—Por favor, Marissa. No lo tomes de ese modo.

—Y de qué modo he de tomarlo? No soy tu mejor amiga?

—Sentía mucha vergüenza.

—Vergüenza, mis calzones... —Diana estiró su brazo y tomó fuerte el de ella suplicándole que la entendiera. Al ver sus enormes ojos marrones llenos de incertidumbre, Marissa miró al techo exasperada.

—Está bien. Está bien. Deja de mirarme así —Diana sonrió.

—Te quiero.

—Sí, sí, sí. Lo que digas. Y qué resolviste con Daniel anoche? —Diana hizo una mueca.

—No me merezco a ese hombre.

—Para ahí. No te trates a ti misma con tan baja estima.

—Pero es la verdad. Todo lo que le hice en el pasado. Todo lo que ha sufrido... y todo lo que seguramente tendrá que soportar; y sigue allí, queriéndome. No me alcanzará la vida para amarlo, 'Rissa.

—Bueno, tal vez tengas un poco de razón... Y no porque tus circunstancias sean especiales; es lo que siente toda mujer enamorada—. Diana sonrió con ojos soñadores. Marissa sonrió. Si bien ella no era del todo feliz, al menos, ya no estaba la sombra de dolor que siempre había visto en ella.

—Entonces no habrá sexo entre los dos? Sexo del verdadero?

—Por ahora, él acepta lo que puedo darle, pero sé que llegará el momento en que querrá más, y... y en ese momento me odiará por haberlo encadenado a semejante matrimonio; lo perderé! Sin embargo... ya no quiero seguir viviendo con miedo. Si eso que tanto temo tarde o temprano



sucedará, estoy dispuesta a disfrutar lo que la vida me quiera dar ahora. Me dolerá ver su rostro de decepción, pero...

—No pienses eso. Dan te ama.

—Dan es sólo un hombre, con los mismos apetitos que los demás. Y por eso te lo dije una vez: entre más me ame, más lo haré sufrir.

—Entonces vas a tener que arriesgarte—. Diana alzó la mirada a los azules ojos de su amiga.

—Qué?

—Con Edward no funcionó. Con cualquier otro que hayas probado antes, no funcionó. Tal vez Dan sea el adecuado, a él lo amas. Si huyes toda la vida y no le das la oportunidad, nunca sabrás si la llave de tu cuerpo reside en él, en su amor—. Diana sintió su corazón acelerarse.

—Sería muy cruel por parte del destino hacerme esto, sabes? Que después de todo lo que sufrí y lloré, la respuesta esté en el hombre que desde niña me ama.

—Oh, no conoces al maldito destino; tiene unos trucos muy sucios.

—Pero me da tanto miedo... El sexo para mí... no es como para ti, ves? Es doloroso, es vergonzoso! Me sentí denigrada cada vez que estuve con mi pareja y me dolió y terminé siempre llorando, abandonada, reemplazada por otra mujer más normal. En todas las malditas ocasiones perdí más de lo que puedo explicar! —Los ojos de Diana se humedecieron mientras hablaba, y Marissa la escuchó en silencio—. Cómo crees que ha estado mi autoestima todos estos años? Otras mujeres dirán: la vida es mucho más que estar con un hombre al lado; pero eso fue elección de ellas. Yo no lo decidí! Qué puedo hacer cuando mi mente y mi corazón van por un lado, pero mi cuerpo por otro? Estuve dispuesta a hacer caso, y realizar mi vida sola, realizarme como artista, como profesional, como mil cosas. Por eso alejé a Daniel todo lo que pude... pero estoy casada con él, 'Rissa! Y a cada momento lo amo más! Y ya no quiero, ya no puedo seguir alejándolo—. Una lágrima terminó rodando, y Marissa extendió su mano a ella secándosela, tocándole el cabello y consolándola.

—Pero creo que en esta ocasión no tienes opción. Es todo o nada, amiga.

—Y si lo pierdo?

—Y si no, Diana? —Marissa suspiró—. No digo que lo hagas ahora, o esta noche. Ve, cada vez que estés con él, explorando nuevos terrenos. Dan te ama, te tendrá paciencia; te esperará si ve que tú no estás resignada, si ve que tú estás buscando salidas y opciones. Si te ve trabajar por su amor y su felicidad, él te esperará todo lo que haya que esperar—. Diana apretó sus labios y suspiró.

—De todos modos, cuándo te volviste tan sabia? —Marissa sonrió mostrando su blanca dentadura.

—Ah, cariño, tuve mi cuota de lágrimas también. Aprendí mi parte en la vida y trato de vivir con ello.

—David es un hombre fabuloso, y te ama.

—Lo sé. Para mí, no hay nadie mejor. Así como para ti tal vez no haya nadie mejor que Daniel. Te quiere desde hace tanto! Si te tuvo paciencia cuando creyó que te era indiferente, ¿qué tal si le dejaras saber lo importante que es para ti? Puedes obtener de él cosas que ninguna mujer jamás obtuvo de un hombre. Te imaginas? —Diana sonrió un poco sonrojada.

—Casi que puedo hacerlo—. Cerró sus ojos llena de esperanza por primera vez. Opciones, tal vez tenía opciones. Tal vez podía ser feliz de verdad con Daniel. Tal vez podía hacerlo feliz a él. Después de descubrir que ella simplemente no podía formar una familia con nadie, ni tener nunca una pareja con la que ser feliz, dejó de soñar. Por eso había intentado que Daniel se fijara en otra, que la

olvidara a ella, pero ya que no había funcionado, y la vida, por el contrario, los había unido, ella iba a luchar. Cada día de su vida lo intentaría una y otra vez. No importaba cuánto doliera.

Daniel entró a las oficinas del GEA en horas de la tarde. Había pasado la mañana y el mediodía con Hugh poniéndose al día en todo lo referente a los traspasos. Había llamado a Diana, pero ella estaba con Marissa, así que decidió pasar la tarde adelantando algo de trabajo. Quería planear un viaje, aunque fuera corto, con Diana. Quería su luna de miel.

Amy, al verlo, se puso en pie y lo siguió en silencio. Ya dentro de su despacho, se giró a mirarla.

—Sucedó algo, Amy?

—Felicitaciones por su boda, señor.

—Ah. Gracias.

—Pero imaginé que estaría en su luna de miel.

—Bueno, no lo estoy ahora por algunas circunstancias —contestó él con una media sonrisa y sentándose en su sillón—, pero justo a eso vengo. Planearé primero con mi esposa, pero lo más probable es que me tome unos días para el viaje.

Se concentró, más que todo, en organizar junto a Amy su agenda. Pronto, tendría que presentar su candidatura como CEO de las empresas, y cuando eso empezara, se le vendría una avalancha de trabajo. Por ahora, podía tomarse unos merecidos días de descanso y relajarse. Ya los demás accionistas sabían que no sólo tenía la autoridad y el poder, sino también el aval de Jorge y Hugh para ostentar el liderazgo. El valor de las acciones se había estabilizado al fin y los bancos se habían relajado.

Todo iba por buen camino, podía proponerle a Diana un viaje. Tal vez ella se sintiera bien, tal vez lo que necesitaban urgentemente era un tiempo a solas, juntos, perdidos en alguna playa cristalina.

Se detuvo cuando se dio cuenta de que estaba sonriendo solo. Carraspeó y siguió hablando con su secretaria.

Cuando oscureció, no perdió tiempo y volvió a casa. Su esposa tal vez lo esperaba allí, y esa sensación lo llenó de expectativa. Tal vez no la hallara luciendo un disfraz de diablesa y con un látigo en la mano, pero el mero hecho de saber que podía disponer de su compañía, hablar con ella de cualquier cosa como antes, o mejor, porque ahora podía besarla, lo llenaba de felicidad.

La encontró en la escena más doméstica que pudo jamás imaginar. Diana sacaba del horno una bandeja de comida, tenía el cabello corto recogido con pinzas, y un delantal de flores encima de su ropa.

—Qué haces? —preguntó él, y ella se giró a mirarlo.

—Hola. Bienvenido a casa —sonrió ella—. Intento ser una buena esposa. Recordé que te gusta el pollo al horno y ya que es un plato bastante sencillo te preparé la cena.

—Eso es pollo? —preguntó él mirando con ceño la bandeja, y Diana sonrió sin molestarse.

—Es berenjena rellena. No estoy segura de que me haya quedado perfecto, pero... —él se acercó a la encimera e inhaló el suave aroma que llegaba a él. Las porciones se veían jugosas y con buen aspecto.

—Parece que está bien—. Luego miró las demás cosas dispuestas en la mesa. Había ensaladas, puré de patatas, arroz de un color verde, y muchas otras cosas. Parecía una cena para diez, no para dos—. Hiciste todo eso?

—Es nuestro primer día de casados. Quise conmemorarlo.

—Ya. Espero que sólo sea por eso. Podrías malcriarme —ella sonrió, y cuando intentó levantar la

bandeja y llevarla a la mesa, él la detuvo y la besó sin más pérdida de tiempo. Ella suspiró devolviéndole el beso y recibiendo su abrazo—. Se siente muy bien estar justo aquí —ella sonrió ampliamente, y él besó la punta de su nariz—. Sin embargo, y aunque te agradezco todo esto, no necesito una cocinera.

—Quise sorprenderte. Tampoco te creas que te llevaré el desayuno a la cama.

—Oh, has roto mis más locas fantasías —ella volvió a reír y a besarlo.

—Se va a enfriar —le recordó ella, y Daniel tomó la bandeja que Diana había levantado antes y la llevó a la mesa. Era ella quien podría malcriarse, sonrió Diana.

Se quitó el delantal, descubriendo debajo un sencillo vestido negro, pero muy acorde para la ocasión. En esta ocasión, el tatuaje quedaba a la vista, y a él le encantó.

Cenaron juntos, frente a frente en la mesa, y conversaron y bebieron vino. Daniel puso música y la velada fue perfecta. Cuando los platos se desocuparon, él tomó su mano y la convidó a bailar.

Así, en sus brazos, moviéndose lentamente al ritmo de la música, con las luces tenues, todo estaba bien, todo era perfecto. Daniel besó su frente con exquisita ternura, y ella se sintió llena hasta rebosar de esa deliciosa calidez que la embargaba cada vez que él la tocaba. Lo amaba, Dios santo, lo amaba!

—Quería proponerte algo —dijo él, y ella no abrió sus ojos, sólo siguió experimentando las sensaciones—. Te parece bien si hacemos un viaje?

—Un viaje de luna de miel?

—Bueno, será corto, de unos dos o tres días porque todavía tengo mucho que hacer, pero es sólo para no perder la ocasión. Luego de que todo vuelva a la normalidad, podremos tomarnos más tiempo para descansar.

Ella abrió sus ojos y lo miró. Una luna de miel era lo que un hombre en verdad soñaba luego de la boda, pero ella ya no tenía miedo. Anoche él había demostrado que hasta en el sexo podía confiar plenamente en él.

—Me encantaría —contestó, y él sonrió ampliamente.

—Qué bien, porque ya puse a mi secretaria a reservar los tiquetes y las habitaciones de hotel.

—Estabas muy seguro de que yo aceptaría.

—Fue sólo una pequeña apuesta que hice conmigo mismo.

—Y ganaste?

—Absolutamente —ella rió, y él atrapó sus labios en un beso. No dejaron de bailar, y él tampoco paró de besarla aquí y allá, de pasear sus manos por su cintura, y a veces bajar por su trasero. Diana se sintió mimada, bonita, deseada. Habían recorrido un largo camino hasta aquí, tortuoso en gran medida. Pero ahora nada del pasado importaba, mirar atrás no traía nada bueno, ni nuevo. En cambio, el futuro hacía muchas promesas.

Entre los dos lavaron todos los trastos, conversando y riendo, contándose cosas que les había pasado en la universidad, y en general.

—De verdad que pudiste ser expulsado —le reprochaba Diana cuando le contó lo del descubrimiento del fraude en sus días de universitario en Harvard—. Y entonces, qué habrías hecho? —Daniel miró a Diana secar la encimera y quitarse el delantal sin borrar su sonrisa. Casi había deseado la regañina por parte de ella por ese suceso.

—Pero no me expulsaron.

—Ya. Contaste con suerte. Pero pudiste haber terminado en la calle, y en ese caso, te habría sido muy difícil entrar a cualquier otra universidad.

—Lo sé. Lo sé.

—Definitivamente, Daniel Santos, espero que hayas aprendido la lección —él se echó a reír, y la tomó de la mano y caminó con ella al sofá.

—Ya no me regañes más. Ya todo eso es pasado.

—Sí. Bueno. Tuviste suerte... —él la interrumpió con un beso, y ella se quedó embobada sintiendo sus labios suaves y sus manos rodearle la nuca en un acto posesivo.

—Diana... —murmuró él atrapando uno de sus pechos por encima de la tela del vestido, y ella fue cayendo poco a poco en el sofá. Daniel no dejó de besarla, de acariciarla. Pero como siempre, llegó un momento en el que se tuvo que detener.

Sin embargo, a pesar de que detuvo sus movimientos y sus besos, no cambió la posición en la que estaba, y siguió atrapándola con su cuerpo contra el sofá.

Siempre va a ser así, pensó ella cerrando sus ojos con un poco de angustia, y entonces sintió un dedo de él sobre su ceño, tratando de deshacer la arruguita que se había formado allí.

—Siempre frunces el ceño—. Diana movió su cabeza negando—. Te cuento algo indigno de mí? —preguntó él riendo, y Diana abrió sus ojos—. Cuando éramos adolescentes, odiaba y amaba que bajaras por la mañana a la cocina sin llevar sostén debajo de tu ropa —Diana se cubrió los senos por encima de la ropa con ambas manos.

—Qué pervertido! Sólo era una niña!

—Tenías quince años y ya estabas muy bien formada! Eras una inconsciente! Pobre de mí, adolescente y con las hormonas revolucionadas—. Diana se echó a reír burlándose de él.

—Cuándo te enamoraste? Quiero saberlo —él hizo una mueca y miró lejos como recordando.

—No me hubiera dado cuenta de no ser por tu hermano.

—Esteban? Qué tiene que ver él?

—Fue quien me hizo caer en cuenta de que me gustabas... Y fue precisamente... la noche que te conté la historia del búho enamorado—. Él paseaba su índice por su escote de manera casi distraída—. Me dijo que no podías gustarme, primero porque eras una boba, y luego, porque estabas fuera de mi alcance, ya que eras una Alcázar y todo eso. Lo de boba era verdad, tienes que admitirlo—. Diana le pegó un suave puñetazo y él sólo se echó a reír. Ella respiró profundo en silencio.

—Desde entonces, Dan? —preguntó con voz suave.

—Ah, bueno, no. Creo que realmente fue cuando me consolaste en esa piscina. Dijiste palabras muy sabias para alguien de tu edad, y yo quedé prendado. Qué podía hacer? Ahora es tu turno. Desde cuándo me amas? —Diana torció el gesto.

—No lo sé... Cuando estábamos en la mansión yo te veía más o menos como un hermano. Tal vez por papá, que pidió que te aceptáramos como alguien de la familia... Y como toda adolescente tonta que cree que vive la vida al máximo, quise un día tener mi novio, y elegí a Edward como el afortunado.

—Para ti ni siquiera existía... —comentó él haciendo pucheros.

—No digas eso. Te quería mucho, pero era un cariño... no lo sé. Quería protegerte; te veía triste por tu pérdida y me sentía identificada contigo, pero Dios, eras tan flacucho y larguirucho que no me atraías —terminó ella riendo, y él le enseñó los dientes en ademán amenazador, pero ella sólo se echó

a reír más fuerte. Pasados unos segundos recobró la seriedad y lo miró a los ojos—. Fue cuando te vi besar a Nina en la cocina esas vacaciones. Sentí tantos celos, y a la vez tanta envidia—. Daniel entrecerró sus ojos recordando el momento.

—No dijiste nada. Sólo fuiste y sacaste un vaso de agua.

—Porque tenía un nudo en la garganta que me ahogaba, créeme. Me fui a mi habitación a llorar, porque tuve que tomar la decisión más horrible: dejarte en manos de Nina, ya que yo no podía hacerte feliz—. Ella bajó la mirada, tal vez pensando en que eso aún no le era posible, no completamente, y Daniel se recostó sobre ella y apoyó su cabeza en su pecho suspirando.

—Tanto tiempo perdido –se quejó él en voz queda.

—Sólo intentaba que pudieras tener una vida normal.

—Una vida normal –parafraseó él—. Si tengo que poner mi vida bajo una lupa, nada en ella ha sido normal desde que nací. Y creo, Diana, que si yo hubiese sido alguien menos testarudo, ya me habría olvidado de ti –Diana no lo pudo evitar e hizo un sonido poco femenino con su garganta.

—Me estás diciendo que me quieres por pura testarudez?

—Qué, si no? –preguntó él sonriendo y mirándola de nuevo a los ojos.

—No estás siendo muy romántico ahora mismo, sabes?

—Tú acabas de decirme flacucho y larguirucho.

—Pero lo eras!

—Sólo tenía que vengarme—. Él enterró su nariz en su cuello haciéndole cosquillas y Diana no paró de reír. Siguieron acostados los dos en el sofá, jugueteando y riendo.

Tal vez, después de tanto tiempo lleno de tantos malentendidos, necesitaban esto, pensó Diana. Hablar con él siempre la llenaba de paz, después de todo; y ahora podía decirle abiertamente que lo amaba.

Marissa llegó con David a su apartamento abrazándolo y recibiendo los besos que desde hacía unos minutos venían siendo los preliminares de una fabulosa noche. Pero entonces los dos se quedaron como estatuas cuando vieron en el lobby del edificio a Nina.

—Le pasa algo? –le preguntó David a Marissa en un susurro, y ella sólo sacudió su cabello en una negación.

—Espérame arriba, cariño.

—Vale. Intenta no tardar –ella le sonrió y le dio un último beso. Lo vio alejarse suspirando y se centró en su amiga, que se puso en pie al verla y se le acercó. Miró también a David que se alejaba y le hizo una mueca.

—No quería arruinarte la noche.

—No te preocupes. Me necesitas, Nina? –Nina sonrió con tristeza al sentir que Marissa le estaba hablando de manera un poco cortante.

—Vengo a despedirme—. Marissa ladeó su cabeza sin dejar de mirarla.

—Te vas a algún lado?

—Me voy una larga temporada. Acepté la oferta de papá de irme a trabajar con él a San Francisco.

—Tan lejos?

—No es lejos. Estamos en el mismo país.

—Es todo por Diana y Daniel? —Nina negó sacudiendo su cabello.

—Estos meses me han servido para analizar mi propia vida. Yo criticaba a Daniel porque vivía estancado, enamorado de una mujer que no le correspondía, pero yo estaba haciendo exactamente lo mismo. Además... fue duro para mí descubrir que Diana sí lo quiere.

—Lo sabes? —Nina miró los azules ojos de su amiga.

—No sé qué me estás preguntando exactamente. Yo sólo sé lo que ella me dijo, y es que no va a renunciar a él, y no se lo cederá a nadie como una vez hizo conmigo. Pensar que lo tuve porque fue un sacrificio suyo me molesta, pero no puedo hacer nada ya. Es la verdad, la cabeza de Daniel siempre estuvo ocupada en ella. Él tenía sexo conmigo, pero hacía el amor con ella. Odio pensar eso, pero no hay nada más cierto en este mundo. Fui su primera novia pelinegra en toda su vida, te imaginas eso? —Nina rió, y pareció más bien un sollozo, y Marissa extendió una mano a ella y la puso en su brazo conduciéndola de vuelta a los muebles.

—Dan te quiere.

—Oh, lo sé. Pero su cariño ya no es suficiente. Sólo tengo miedo de que Diana no pueda hacerlo feliz y él termine otra vez decepcionado y herido.

—Por qué crees que ella no podrá hacerlo feliz? —Nina suspiró y miró lejos.

—Hace unos años, me encontré por ahí a Edward. Nos tomamos unos tragos y bailamos, y entre una cosa y otra, le pregunté cuál había sido la razón por la que las cosas con Diana no habían funcionado. Es un imbécil y me aproveché de eso, y lo que él me dijo es que ella... no responde como las demás mujeres en la cama.

—Nina, eso es muy bajo! —dijo Marissa con voz dura-. Y una opinión muy subjetiva!

—Pero le creo, Marissa. Le creo. Mírala! Es guapa, es rica, lo tiene todo! Pero siempre está sola. Hasta Meredith, que es la más tranquila de nosotras, pudo atrapar a un chico guapo y decente y casarse. Por qué Diana no?

—Creo que estás siendo muy dura. Diana tal vez lo ha preferido así.

—No. Y no me digas más, porque apostarí a que tú sabes la verdad y no me la quieres decir —Marissa sólo apretó sus labios y miró en otra dirección. Nina suspiró—. De todos modos, ya no es mi problema. He decidido dejarlos a ambos atrás. Y por eso me voy. No soporto verlos en todo lado. Como son un matrimonio por conveniencia, tendrán que fingir que son felices y odiaré ver a Daniel así.

—Y si no fuera todo fingido? Y si de verdad fueran felices?

—Entonces tendré que irme más lejos aún, porque soportaré menos verlo feliz al lado de otra. Llámame egoísta, pero yo lo quería para mí, y aún me cuesta aceptar que no pude retenerlo—. Marissa apretó su mano comprendiéndola. Ella había pasado por una situación parecida hacía tiempo—. También —siguió Nina—, tengo que pedirte perdón a ti. Furiosa, atacé a todo el mundo, y no tuve que ver con que ustedes, mis amigas, son mi tesoro. Lo siento.

—No te preocupes. Somos hermanas —los ojos de Nina se humedecieron.

—Espero estar aquí para tu boda.

—Lo prometes?

—Oh, claro que sí. Y para cuando nazcan tus hijos, esperaré fotos de ellos, que serán guapísimos — Marissa sonrió con un poco de tristeza al oírla hablar así.

—Tú también. Envíame fotos y mantente en contacto—. El par de amigas se abrazó, e incluso lloró un poco, pero al cabo de unos pocos minutos, Nina se levantó y salió dejando a Marissa sola en el lobby, pensando en lo complicada que era la vida a veces, y deseándole a su amiga que pudiese encontrar su felicidad allá donde fuera. Lo merecía después de todo lo que había tenido que pasar.

Y luego pensó en David esperándola en su apartamento, y ya no pudo quedarse aquí mucho rato más.

Diana y Daniel viajaron dos días después. Sólo sería un fin de semana; dos noches y tres días en Bora Bora, pero planeaban disfrutar todo lo que pudiesen.

En cuanto llegaron, en una avioneta privada, fueron instalados en el hotel que llevaba el mismo nombre de la isla, y Diana supo que nunca había visto nada tan exótico en su vida. Las cabañas parecían flotar en el mar, y el suelo de la que les había tocado era de cristal y se podía ver el aguamarina del mar, sus corales y peces de colores. Diana miró a Daniel con ojos grandes de sorpresa, y él sólo sonreía.

Desde que llegaron, casi a mediodía, estuvieron bastante ocupados. Bucearon, pasearon en un yate alquilado y disfrutaron de la gastronomía local. En la noche, habían llegado a la cabaña cansados y excitados a partes iguales, y se dieron su ronda de besos y abrazos cayendo en la cama.

Daniel se admiraba de lo placentero que podía ser sólo tocarla, besarla, hacerla llegar al orgasmo sólo con sus dedos y su lengua, tal como había predicho.

Habría estado diciendo mentiras si dijera que no ansiaba nada más. Por supuesto que lo ansiaba. Pero cuando comparaba esto con la alternativa, que era seguir alejado de ella y pensando que lo odiaba, se quedaba sin opciones. Aunque fuera de esta manera, él la tendría.

—Ah, necesitaba esto —sonrió ella suspirando y echando su cabeza atrás y extendiendo sus manos como si así pudiera acaparar un poco la belleza que la rodeaba. Estaban sentados a una mesa y bajo una sombrilla grande frente a la playa, con unas bebidas de fruta tropical en enormes vasos con sombrillitas de papel.

Daniel, que ya se había tostado bastante bajo el sol y ahora lucía sólo una camiseta blanca sin mangas, una bermuda y sandalias, la miró fijamente muy complacido consigo mismo. Ella lucía un bikini negro, y también estaba un poco más bronceada. Estaba preciosa, y sólo esperaba a la noche para poder tocarla otra vez a su antojo.

La miraba pensativo. Esa tarde, mientras ella enloquecía comprando cosas para sus amigas y para sí misma en una tienda que olía un poco a opio y sándalo, una anciana se le había acercado y en un francés marcado le dijo algo que aún lo tenía un poco confuso. Era algo que se parecía mucho a lo que Jorge le había dicho antes de morir.

—Has hecho un largo viaje —le dijo la mujer a Daniel, que la miró sorprendido. Bueno, tenía aspecto de americano turista, eso no era difícil de deducir, así que sonrió.

—Sí, un poco...

—Uno muy cansado —siguió la mujer, con una mirada penetrante, y Daniel pensó en los diferentes trasbordos que había tenido que hacer para llegar aquí, pero no dijo nada—. Un viaje que te ha parecido casi interminable, pero ya estás cerca. No es tu culpa si todo alguna vez lo diste por perdido; estaba escrito para ti que cuando tus esperanzas se hubiesen agotado, llegarías por fin a tu dulce destino. Sólo unos pocos pasos más, y estarás allí—. Él la miró ceñudo, y cuando quiso preguntar a



qué se refería, ella volvió a hablar—: El siervo diligente se convertirá en jefe del hijo que deshonra, y con los hermanos, compartirá la herencia.

La anciana simplemente le había dado la espalda y se había ido. Daniel se quedó allí un rato preguntándose por qué una desconocida le decía tales cosas.

Ahora, miraba a Diana sonreír y admirar la playa frente a ellos con una expresión relajada y satisfecha.

No había dejado de preguntarse qué significado podían tener aquellas palabras. Jorge había dicho algo muy parecido acerca del largo viaje y todo eso.

Él lo había dado todo por perdido con Diana una vez, pensó. No cuando la vio irse con Bertram, sino hace poco, cuando ella dijo que él le era invisible.

La palabra lo había ofendido sobremanera porque recordó de inmediato lo mucho que le mortificaba que su madre le recalcará que para los señores de las enormes casas y para los cuales trabajaban, ellos debían ser invisibles. Debían ir a donde se les necesitara, cumplir con su tarea y no dejar rastro de sí mismos. Para eso tenían escaleras del servicio, entrada del servicio, baños del servicio...

Escuchar eso de labios de una mujer de la que creyó no tenía esos prejuicios le hizo ver que él mismo tenía uno. Además del hecho de ver que ella no se molestaría jamás en fijarse en él.

Pero estaba equivocado, pensó con una sonrisa y tomando un poco de su frappé de Baileys y coco; ella lo quería.

Saber eso le daba paz, lo reconciliaba consigo mismo, con el niño que fue, con el adolescente que una vez lo perdió todo y se enamoró, con el joven que arriesgó todo por su locura, con el hombre que no había podido dejar de amarla.

Se levantó de su silla y tomó a Diana de la mano encaminándose con ella a las cabañas. Ella lo siguió sin mediar palabras, confiando en él como confía una niña, mirándolo incluso con un poco de expectación. Avanzaron hacia el muelle que los llevaría a su dormitorio, mientras a lo lejos, el sol volvía naranja las nubes y el agua.

:27:

Diana sintió de nuevo todas esas sensaciones invadirla mientras Daniel la besaba y paseaba las manos por su cuerpo. Él se estaba deleitando recorriéndola con sus manos y con su boca, y tuvo que agradecer al cielo toda la experiencia que él había recogido a lo largo de su vida, pues toda la estaba disfrutando ella ahora.

Si Daniel fuera menos experimentado, o más ansioso, ya habría dado algún paso en falso, pero llevaban cinco días casados y hasta ahora, él había sabido controlarse.

Sólo cinco días casados, pensó; les faltaba el resto de la vida. Y eso la asustaba.

Daniel le besó los labios y ella respondió con ansias. Lo abrazó con sus piernas y él tuvo que separarse para mirarla a los ojos.

Ella estaba elevando sus caderas y rozándolo, sabiendo que lo que tenía entre las piernas era una erección tormentosa.

—Diana... —la llamó él.

—Hazlo —le pidió ella—. Por favor—. Daniel cerró sus ojos y trató de separarse un poco de ella, pero Diana lo tenía encerrado.

—Estás segura? —ella asintió, y Daniel casi gimió.

Él se quedó un poco en blanco. Qué debía hacer? Por dónde empezar?

Algo que había notado estas pocas noches que había estado con ella, era que lo asustaba tocarlo íntimamente. Ella no era de esas que enviaba su mano para acariciarlo y comprobar el resultado de su toqueo. Excepto por esa primera vez donde lo había besado a través de la ropa, Diana siempre era distante con esa zona en especial.

Tampoco lo había visto completamente desnudo.

La miró al rostro, pero ella tenía sus ojos cerrados, como si se estuviera concentrando en algo que él no alcanzaba a comprender.

Daniel se alejó un poco para terminar de desnudarse, y volvió a ella como un rayo. Se ubicó en su entrada, y la sintió gemir. Ah, esto era increíble. No podía creer que al fin iba a estar en su interior. Así que empezó a moverse delicadamente.

Sin embargo, algo pasó. De alguna manera, no pudo seguir.

—Diana —la llamó, y la vio con el rostro contraído como si estuviera sufriendo.

Esto estaba mal, así no debía ser.

—Amor —volvió a llamarla—. Diana, mírame —pero ella rompió en llanto. La abrazó y la movió un poco para separarse de ella sin insistir.

—No! —reclamó ella—. Por favor, Dan!

—No te haré daño.

—Pero si no puedo contigo...

—No me importa. Jamás te haré daño si puedo evitarlo—. Ella lo abrazó llorando aún más fuerte, y pegándole como si así pudiese convencerlo, pero Daniel no cedió, y la sostuvo en sus brazos hasta que se hubo calmado.

Rato después, se miraron el uno al otro, cubiertos por la sábana, pues el aire se había enfriado y les había dado un poco de frío. Daniel elevó a ella la mano y le acarició el cabello.

—Te sientes mejor? —ella negó, y suspiró.

—No te hubieses detenido.

—Diana...

—Lo intentaré una y otra vez —le advirtió—. No tengas cuidado si lloro o grito. Lo seguiré intentando—. Él vio su determinación y no pudo sino admirarla. Quería que ella ganara en su guerra contra sí misma, contra su propio cuerpo, pero insistía en no querer hacerle daño.

La acercó a su cuerpo y la abrazó, y Diana lo rodeó con sus brazos y se dejó mimar, mimándolo ella también. No podía creer que, queriéndolo tanto, su cuerpo lo rechazara; toda ella estaba dispuesta, así que esperaba poder contagiarse al completo del mismo deseo. Si no lo intentaba con todas sus fuerzas, no importaba cuánto amor sintiera Daniel por ella, su matrimonio acabaría tarde o temprano, y acabaría irremediablemente mal.

Regresaron a casa y la primera tarea de Daniel fue presentar su candidatura como CEO, y su primera tarea luego de haber sido elegido con una mayoría de votos aplastante fue llamar a Maurice. Se reunió con él y estudió atentamente su currículum.

Al parecer, Maurice se había graduado en Yale con honores y había iniciado una especialización, pero esta se había quedado a mitad de camino.

—Yale, eh? —sonrió Daniel mirando a Maurice, que parecía un poco más delgado que antes. No lo había visto desde el día de la boda, y ahora que recordaba, él no había estado en la fiesta—. Dime, es una historia parecida a la mía, acaso? Un benefactor auspició tu carrera en una universidad tan costosa? —Maurice sonrió de medio lado.

—No, Daniel. No fue parecido a tu caso. Y ya que voy a trabajar contigo, tal vez sea justo que te cuente algo de mi vida —Daniel elevó una ceja como diciendo: por favor! Maurice volvió a sonreír—. Yo no nací pobre —siguió—, de hecho, soy el sobrino y único heredero de un hombre muy rico. Él me lo dio todo, fue más o menos un padre... pero por cosas de la vida, estoy donde estoy...

Daniel lo miró en silencio largamente, un poco sorprendido. Luego miró al techo, tal vez buscando entre toda la lista de sus conocidos al que podía ser el familiar de Maurice.

—Ramsay, Ramsay —repitió él, y Maurice sonrió al verlo concentrado tratando de relacionar su apellido con alguien conocido—. Si eres un Ramsay, y eres un egresado de Yale, no cabe duda de que eres de la firma Ramsay & Co—. Maurice sonrió asintiendo.

—Así es.

—No conozco al presidente, pero recuerdo claramente que una vez alguien le aconsejó a Jorge esa firma para un asunto y él se negó a trabajar con él —Maurice se alzó de hombros.

—No me imagino por qué. El tío Stephen es de lo más correcto y anticuado que he conocido en mi vida. No se robaría un dólar aunque se lo metieran en el bolsillo—. Daniel hizo también una mueca sin prestarle mucha atención.

—Bien, ya sólo tener a Yale en tu currículum pesa mucho... pero no tienes experiencia, Maurice. Nunca has ejercido como abogado—. Daniel volvió a mirarlo a los ojos interrogante.

—Y tengo treinta años, ya pronto treinta y uno —rió Maurice reconociendo que eso era exactamente lo que su amigo no se explicaba.

—No te haré preguntas. Asumiré que esos asuntos personales que truncaron tu especialización, tienen que ver también con todo esto. Sin embargo —siguió Daniel recostándose un poco en su asiento—, creo que no podré darte el cargo que deseaba para ti. Siempre está bien tener un abogado de

planta, como una especie de asesor... pero tengo a gente aún más calificada y con experiencia esperando su turno. No sería justo con ellos, sabes?

—Sí, lo comprendo. No aspiro a algo demasiado grande, no te afanes.

—Bueno, eso me alivia. Y por otro lado, tú en cualquier momento podrías decidir que quieres volver bajo el ala de tu tío, que debe estar esperándote—. Maurice sonrió.

—Tal vez.

—Bueno. Que nada aquí te ate. Pero como inicio de carrera te irá muy bien. Soy muy paciente con los aprendices —Maurice se echó a reír.

—Qué bueno —dijo.

Siguieron hablando de las opciones que tenía, del sueldo, de las tareas que desempeñaría, y luego Amy trajo el contrato y lo firmaron allí mismo. Maurice se hizo un empleado más del Grupo Empresarial Alcázar.

También Diana sintió que daba un paso más hacia la realización de sus planes. Junto a Daniel, en esas noches largas que últimamente estaban teniendo, y no precisamente por las actividades que unos recién casados normales podían tener, habían podido planear con mejor ánimo la apertura de la galería de arte de Diana. Y Daniel seguía sin ver sus cuadros. Pero ahora él tenía muchos deseos de ayudarla, aunque decía que nunca había dudado de que sus cuadros fueran buenos, y había ideado una estrategia que la ayudaría a subir un escalón más en el complicado mundo del arte.

A pocos días de la boda de Marissa, ya había organizado el que sería su estudio de pintura en casa de Daniel. Había desocupado la pequeña habitación que antes sólo había tenido una pequeña cama y unos cuantos chécheres que al parecer tenían valor sentimental para su esposo, y luego de trasladarlos a la mansión bien empacados, trajo su caballete, sus cuadros y sus pinturas.

Había estado muy ocupada esos días, de un lado a otro no sólo ayudando a Marissa en todo lo relacionado con su fiesta, sino también buscando el lugar donde montaría su soñado negocio. Sin embargo, seguía sin saber mucho de negocios y finanzas, por eso todo lo que tenía que ver con números lo consultaba con él.

Esa tarde entró muy normalmente al edificio principal de la empresa cuando, sin querer, tropezó, y algunas impresiones de fotografías de sus cuadros que había llevado consigo rodaron por el suelo.

Un poco molesta consigo misma por su torpeza, se inclinó a recogerlas, aunque otras personas estaban ayudando. Y fue cuando lo vio.

No había duda, se dijo mientras se ponía en pie con las imágenes de sus fotografías en sus manos; tenía que ser él.

Era alto, el cabello rubio encanecido y más claro. Tenía exactamente la misma estructura ósea de Daniel, con sus cejas rectas y pobladas, los mismos ojos verdes, la misma hendidura en el mentón.

Él le sonrió y las arrugas alrededor de sus ojos se pronunciaron.

—Tienes que ser Diana Alcázar —dijo extendiéndole su mano. El corazón de Diana casi no le dejó escuchar las palabras, así que tuvo que recuperarse inmediatamente para poderle contestar.

—Se equivoca, señor —lo corrigió ella tomando su mano y estrechándola—. Soy Diana Santos—. Él elevó una ceja, y el corazón de Diana se saltó un latido. Hasta en eso eran iguales.

—Santos... Es verdad. Te casaste recientemente. Pero... Santos? Qué Santos?

—Daniel Santos. El actual presidente de esta compañía.

—Mmmm... —alguien detrás de él le susurró algo al oído, y la mirada del hombre se iluminó—. Ah, claro. Lleva apenas unos días ostentando ese cargo, no es así? —Diana asintió muy tiesa—. No me mires así. No tenía modo de conocer a ese muchacho. Me entrevistaré con él en este momento. Tengo un asunto que tratar con el presidente del GEA. No tengo cita, pero espero que él sea un poco flexible con su horario el día de hoy. Me harías el honor de acompañarme, señorita... señora Santos? —Diana hubiese querido negarse. Le urgía comunicarse con él de algún modo. Avisarle que acababa de descubrir quién era su padre y prepararlo para la sorpresa que inevitablemente se llevaría, porque, nadie que los viera a uno y a otro dudaría jamás que eran padre e hijo.

“Sal de la oficina un momento, por favor. Es importante.”, leyó Daniel en su teléfono. Diana era la remitente del mensaje, y se extrañó. Marcó su número y la llamó.

—Ah, hola, Marissa —contestó ella, y Daniel se echó a reír.

—Cariño, soy yo.

—Claro que sí —la voz de ella sonó nerviosa, y eso lo preocupó.

—Estás bien? Por qué estás en una situación donde no puedes hablar?

—Recibiste mi mensaje? —preguntó ella en vez de responder. Aún más extrañado, él miró su teléfono.

—Sí, por qué quieres que salga? —Diana miró a su lado al hombre que aún no había dicho su nombre, pero que indudablemente era el progenitor de su marido, o su familiar más cercano, rodeado de un par de hombres que debían ser su ayudante y su guardaespaldas.

—Voy a entrar a un elevador y probablemente pierda la señal. Te espero donde acordamos, vale? —Diana cortó la llamada y guardó su teléfono. Daniel miró en derredor más confundido aún. Sin embargo, Diana no era de hacer peticiones extrañas sin una razón.

Salió de su oficina y miró a Amy.

—Tengo alguna reunión importante para hoy? —Amy revisó algo en su ordenador.

—Nada que no pueda ser aplazado, señor—. Él tomó su teléfono y le envió un mensaje a Diana. “Estaré en la sala de juntas”, dijo.

—Estaré un momento fuera —le explicó a Amy—. Si alguien llama o me necesita, no tardaré.

—Bien, los acompaño hasta aquí —le dijo Diana al anciano cuando llegaron al piso donde se hallaba la oficina de la presidencia.

—Tenía la esperanza de que me ayudaras a verme con tu marido. Ya sabes, usar tu influencia sobre él y eso—. Diana sonrió. El viejo era bastante sincero.

—Si él tiene tiempo, lo atenderá. Amy es su secretaria —la señaló ella y Amy sonrió poniéndose en pie—, estoy segura de que ella le ayudará en ese menester.

—Claro que sí—. Amy siguió hablando, y ella dio la vuelta rápidamente para ir a la sala de juntas donde la esperaba su marido. Lo encontró de pie y cruzado de brazos recostado al lado de la puerta. En cuanto ella entró, él la tomó del brazo y la acercó a su cuerpo. Él sólo sonreía.

—Estamos jugando a policías y ladrones? Soy yo el policía, o soy el ladrón? —ella sonrió, y cuando él hundió su nariz en su cuello aspirando su perfume, sintió que sus nervios se calmaban.

—Tenemos algo importante que hablar, Dan.

—Sí. Me sacaste de mi trabajo con un mensaje extraño y ahora estamos a solas en una sala de

juntas...

—Dan... Sé quién es tu padre—. Daniel se interrumpió de inmediato y la miró con una expresión de confusión y sorpresa. Pestañeó un poco y se separó de ella sintiendo su corazón acelerado. Luego se echó a reír.

—Cómo puedes estar tan segura de algo así?

—No lo sé —admitió ella—. Pero eres tan parecido físicamente a él, que nadie que los vea a uno y a otro podría dudarlos—. Daniel miró al suelo un poco ceñudo, y tal como él hacía cuando la ceñuda era ella, Diana puso la yema del dedo en la arruguita que se le había formado y lo besó.

—Dónde lo viste? —preguntó él en voz baja.

—Aquí. Vino a verte.

—Qué? Por qué?

—No lo sé. Pero no sabe de ti. De hecho, parece que acaba de enterarse de quién es el nuevo presidente de la empresa. No sabe de tu existencia, por lo que vi.

Daniel cerró sus ojos sintiéndose agitado. Todos los tormentos, todas las preguntas, todas las explicaciones a medias que su madre le dio acudieron a él en ese momento. Qué clase de hombre dejaba a una mujer sola con un hijo? Y luego: por qué su madre ni siquiera había querido que él se enterara de que tenía un hijo? Por qué lo había privado a él del derecho a conocer a su padre?

Siempre había pensado que debía ser alguien muy malo, pues también a él lo habían privado del derecho de conocer a su hijo. Solo una persona muy malvada se merecía algo así, y él siempre había estado seguro de que su madre no le haría daño a nadie sin que la provocaran, o sin una razón fuerte.

—Cómo es él? —preguntó Daniel. Diana hizo una mueca y se alzó de hombros.

—No puedo formarme una opinión de él basándome sólo en el escaso par de minutos que lo traté. Pero... parece ser alguien de buen humor—. Daniel rió irónico.

—Diana, no puedo ir y a hablar por primera vez con el hombre que tal vez me engendró con tan poca información.

—Al menos no serás tomado por sorpresa cuando lo veas.

—Sí, pero... Qué pregunta le haré primero? Cómo he de tratarlo? He de reclamarle algo? Insultarlo, quizás?

—No. Deberás conservar la calma.

—Qué? No seré capaz de tal cosa!

—Sí lo serás. Recuerda que según toda la información que recogimos, él no supo nunca que tenía un hijo. Si te reconoce, el sorprendido será él. ¿Y si todas las preguntas del mundo las tiene él?

—Debe ser alguien abominable.

—Eso son prejuicios.

—Mi madre no quiso que yo lo conociera!

—Pero tú toda la vida quisiste saber quién era! Incluso a mi padre, en su lecho de muerte, le preguntaste por él!

—Tal vez ya no quiero saberlo.

—Tú no eres un cobarde! —gritó Diana, y eso para él fue el equivalente de una bofetada. La miró un poco aturdido, como preguntándole: por qué me gritas? Y ella corrió a él y lo abrazó fuerte—. Sabíamos que éste momento llegaría —le dijo, tratando de suavizar el momento—. Por qué no

enfrentarlo al fin?

—Creí que estaba preparado. Pero... no sé.

—Mi amor—. Susurró ella buscando su boca para besarlo, y Daniel no puso peros en dejarse consentir. Pasaron unos minutos, y cuando vio que ya era inevitable y que no podía seguir retrasando el momento, respiró profundo y miró a su esposa, que asintió como si le estuviera leyendo la mente.

Sonrió y la besó.

—Me acompañarás? —Diana sonrió.

—Como si fuera tu primer día de escuela? —él hizo una mueca y enseñó sus dientes.

—Con eso me estás diciendo que ya no tengo cinco años?

—Algo así.

—Así serás con nuestros hijos? —la referencia a los hijos le borró un poco la sonrisa, y Daniel quiso darse una patada, pero ella contestó:

—Si tenemos hijos, los acompañaré en su primer día de escuela. No importa lo ocupada que esté—. Él sonrió, y le dio un último abrazo antes de ir a enfrentarse con el hombre que lo esperaba en su oficina.

Lo encontró sentado en los muebles donde una vez él y David Brandon se conocieron. Cuando Amy lo anunció, se puso en pie y elevó su cara para mirarlo.

Fue extraño. El par de hombres que habían venido con él se miraron el uno al otro, y luego miraron a su señor. Y el anciano lo miró a él largamente con el saludo interrumpido y la mano extendida.

Diana tenía razón, nadie que los viera a uno y a otro dudaría de su parentesco.

Cuántos años tenía? Unos sesenta? Menos, quizá?

No era mayor que Jorge, y en su juventud debió tener su misma estatura, y su mismo color de cabello. Verlo era ver el espejo del tiempo. Así sería él a esa edad.

—Señor —dijo Daniel al hombre, que permanecía quieto como una estatua mirándolo y estrechó su mano.

—No puede... no puede ser —dijo el hombre con una sonrisa teñida de confusión—. Eres... eres el presidente del Grupo Empresarial Alcázar?

—Así es —dijo Daniel. Miró a Amy, que también parecía tener muchas preguntas, pero, prudente como siempre, sólo guardaba silencio—. Atenderé a estos señores, Amy. Por favor, tráenos algo de tomar.

—A mí sólo agua —dijo el anciano, y Daniel lo vio ponerse la yema de los dedos en una sien, como si le estuviera empezando a doler la cabeza.

Pues que le doliera, pensó Daniel.

Los guió al interior de la oficina que antes había sido de Jorge, aunque ahora tenía muchos cambios. Alguien había mandado quitar los anticuados paneles de madera y ahora ésta se veía mucho más moderna que antes. Hugh había admitido que Jorge lo había ordenado antes de su muerte, preparando así todo para la estancia de su futuro yerno en este lugar.

Daniel le tendió la mano y el anciano entró solo. Miró a los hombres, pero estos se quedaron fuera. Sin hacer preguntas al respecto, Daniel cerró la puerta.

Bien. Ahora qué? Se preguntó. Se sentó frente al anciano y esperó en silencio. No dejó de mirarlo. El viejo parecía un poco fuera de sí. Empuñaba y abría sus manos y Daniel reconoció en ese gesto el suyo propio. Cómo podía él tener ademanes de alguien que nunca había visto?

—Soy Stephen Ramsay —dijo el hombre, y Daniel quiso echarse a reír por las ironías de la vida. Era el tío de Maurice—. Me he enterado de que... —Stephen respiró profundo sin mirarlo—. Me he enterado de que recientemente has contratado a mi sobrino para que trabaje aquí.

—Así es.

—He venido a pedirte que por favor... —Al parecer, el anciano estaba teniendo problemas para comunicarse. Se puso en pie y se ubicó detrás del mueble—. Santos —dijo de repente—. Qué Santos? Cuál es tu familia? Cuando tu esposa me dijo que eras Daniel Santos, y que se había casado contigo, me pregunté qué familia con ese apellido podía ser tan importante como para que uno de ellos se casara con la hija de Jorge Alcázar. Qué Santos eres?

—Qué curiosa pregunta —contestó Daniel con voz queda—. Porque, verá usted, yo llevo el apellido de soltera de mi madre—. El hombre lo miró a los ojos, y Daniel tuvo que admitir que sí; eran iguales a los suyos.

—Sandra —susurró él con los ojos cerrados, y Daniel se puso en pie.

No había necesidad de decir nada más. Este hombre era su padre.



Stephen Ramsay empezó a temblar. Daniel lo vio llevarse de nuevo la mano a la sien, pero los dedos temblaban tanto que se preguntó si acaso el anciano estaba sufriendo un colapso nervioso aquí y ahora. Pero no fue así. Él se sentó de nuevo, y con la cabeza entre las manos, guardó silencio un largo momento.

No le preguntó si estaba bien. No le preguntó si necesitaba una pastilla, un médico o tal vez una ambulancia. Sólo lo miró en silencio. Claro estaba, si el viejo caía al suelo, haría el alboroto correspondiente.

—Yo conozco a tu madre —susurró Stephen.

—No, señor. Conocía. Mi madre murió hace trece años —Stephen lo miró con los ojos abiertos como platos—. Del corazón —contestó Daniel a su silenciosa pregunta—. Una afección que, si hubiese sido tratada con tiempo, tal vez se le habría alargado la vida.

—Dios... —susurró el hombre con sus ojos cerrados, y volvió a sumirse en el silencio. Pasaron largos minutos en los que Daniel se preguntó si acaso el viejo estaba llorando, pues ocasionalmente los hombros le temblaban—. Yo... no lo sabía —dijo, y Daniel lo vio buscar un pañuelo en su traje.

—No me cabe la menor duda —dijo Daniel duramente. Stephen Ramsay levantó al fin su cabeza y lo miró.

—Me estás juzgando.

—Qué debo juzgar, señor?

—Yo no sabía que tú... no sabía de ti. Nunca me lo dijo.

—No es eso lo que me inquieta, señor. Lo importante aquí es saber por qué alguien tan humilde y necesitado como ella prefirió el hambre y la pobreza que darle a conocer a usted que tenía un hijo—. Los ojos del anciano se volvieron a humedecer, pero sonrió.

—Sí, eso mismo me estoy preguntando. Qué hice tan mal?

—Ahora intentará aparecer ante mí como la víctima?

—No, no—. Stephen respiró profundo, y sus lágrimas corrieron libremente por las mejillas. Su piel no estaba tan ajada a pesar de la edad; tenía arrugas, claro, pero eran unas pocas en la frente y alrededor de los ojos. Por lo demás, parecía alguien muy joven para la edad que probablemente tenía—. Quiero... quiero saber... Dios, tengo tantas preguntas... —Daniel apretó sus dientes, pero recordó las palabras de Diana. Al parecer era verdad, y el viejo tenía también su cuota de interrogantes.

Miró su reloj. Recordó que Amy le había dicho que no había nada en su agenda que no pudiera ser aplazado, y se recostó en el sillón cruzándose de brazos. Luego, como si se arrepintiera de su pose relajada, se puso en pie, caminó a la mesa donde había dispuestas unas pocas botellas de licor y se sirvió un trago. No le ofreció nada al viejo. Los años con Jorge y Hugh le habían enseñado que los viejos si querían un trago no dudaban en pedirlo, y no tenía intención de ser más cortés que lo estrictamente necesario.

Amy entró en el momento con una bandeja donde había una taza de café negro para él y un vaso de agua para el viejo. Al verlos, se extrañó un poco, pero no hizo preguntas, y Daniel le agradeció en voz baja antes de que saliera.

Ignorando al viejo, caminó al rincón más extremo de la oficina con su teléfono en la mano y llamó a Diana.

—Estás bien? Lo viste? —preguntó ella antes de que él pudiera decir algo. Daniel sonrió y cerró sus ojos.

—Aún está aquí —susurró.

—Qué? No se ha ido? Dan, estás hablando conmigo por teléfono y él sigue allí? —Daniel hizo una mueca y respiró profundo. Como era de esperarse, Diana sabía devolverlo a la tierra.

—Te amo —le dijo.

—Amor, me estás preocupando.

—Te llamaré luego de que termine con él.

—Terminar con él? Eso suena como que lo matarás —Daniel se echó a reír.

—Debería, pero no. Me falta una larga vida contigo; no lo arruinaré.

—Dan, escúchalo. Sé que amas a tu madre todo lo que un hijo puede amarla, pero tal vez ella... tal vez él tenga una explicación. Tal vez esté tan desconcertado como tú—. Daniel se giró a mirar hacia el anciano, y lo encontró con la espalda doblada, aún sentado en el sillón, y con la frente pegada en sus manos juntas, casi como si estuviera elevando una plegaria al cielo.

—Creo que sí lo está.

—Estaré aquí afuera esperándote. Fuerza! —él sonrió de nuevo y le agradeció. Acto seguido cortó la llamada y se encaminó de nuevo a los muebles.

—De antemano, quiero dejarle algo claro —empezó Daniel, balanceando el whiskey en su vaso y mirándolo de reojo—. No necesito un padre. Ya no. Míreme; tengo todo lo material que un hombre podría desear en este mundo, y la época en la que lo necesité pasó hace mucho tiempo. Además, mamá fue sabia y me halló un buen sustituto.

—Quién?

—Jorge Alcázar. Él me acogió cuando era un adolescente, me dio educación y me tiró de la oreja cuando fue necesario. Fue mi padre, y estoy casado con su hija, presidiendo su empresa. Como ve, no tengo intención, ni necesidad alguna, de iniciar una relación con usted.

—Claro —dijo el hombre, y Daniel lo vio un poco confuso, como si su corta explicación no hubiese suscitado sino más preguntas—. Y tu primera pregunta es... —Daniel sonrió mirando a un lado. Él le estaba dando el privilegio de lanzar la primera pregunta. Tuvo que recordar que trataba con un abogado de larguísima experiencia. Y Jorge se había negado a hacer negocios con él. Todo tenía sentido ahora.

—Cómo conoció a mi madre? —lo vio apretar los labios, cerrar sus ojos y asentir, como aceptando la pertinencia de la pregunta elegida.

—Yo... tenía unos treinta años en ese entonces —empezó Stephen—. Estaba en mi carrera hacia el poder. Ella llegó un día con su maleta buscando un trabajo como empleada doméstica—. Stephen sonrió mirando lejos, como si a su mente estuvieran llegando los recuerdos—. No le presté mucha atención a la chica. Aparte de que era guapa, no vi en ella demasiado. Pero... pasadas unas semanas mi hermana dio a luz y nació Maurice. Como ella se fue dejándolo, hice que Sandra se hiciera cargo del chico, y fue su nana por todos esos años que estuvo conmigo. Ah, Maurice era llorón y bastante pernicioso, pero ella era amorosa con él, y eso era de admirar. Tengo que admitir que no le tenía paciencia al chico. Era un hombre soltero, amaba ir de fiestas, juraba que nunca me casaría. Y ya que tenía un heredero... para qué hacerlo? Es claro que le dejé la responsabilidad del crío al personal.

Daniel hizo una mueca. Stephen no era muy diferente a cualquier otro joven a esa edad, entonces.

—Y... fue en una ocasión que Maurice enfermó. Yo... diablos, tu madre era tan guapa. Supongo que... la seduje. No sé aún por qué me aceptó en su cama. Pero me sentí bendecido, agradecido. Ella... delante de mis amigos era distante, pero a solas... Siento tener que hablar así de tu madre, pero para mí ella era una mujer sumamente hermosa, amorosa, sensible. Nos hicimos amigos, o eso pensé. Empecé a contar con ella en mis frustraciones, a hablarle de mis sueños. Lamentablemente, todos mis sueños en esa época eran alcanzar más poder y más dinero. Incluso llegué a advertirle en una ocasión que ni se le ocurriera embarazarse, porque yo no necesitaba semejante lío—. Stephen elevó sus ojos a él—. Era un imbécil.

—Como todos los imbéciles —corroboró Daniel, y Stephen se echó a reír. Daniel lo vio secarse una lágrima con su pañuelo.

—Y un día ella de repente desapareció —siguió el viejo—. Habíamos discutido recientemente. Ella... ella me había preguntado acerca de mis intenciones con el matrimonio. Le dije que no pensaba casarme aún, y que si lo hacía, me buscaría alguna rica heredera con la que hacerlo—. Stephen volvió a ocultar su rostro tras sus manos, como si recordar el pasado lo agujoneara profundamente—. Le dije que jamás me mezclaría legalmente con alguien como ella, que se bajara de esa nube. Sabía por qué me lo preguntaba, tal vez ella se estaba haciendo ilusiones, tal vez se había enamorado y estaba esperando algo de mí. Pero para alguien que ansía poder, casarse con la chica del servicio era una piedra atada al pie que lo hundiría irremediablemente. Eso pensé, porque lo pensé, y puse mi carrera por encima de la felicidad, haciéndole daño a ella, haciendo que sus sueños se desvanecieran, si era que los tenía... Diablos, qué imbécil fui. Qué imbécil fui.

Daniel respiró profundo mirándolo lamentarse. Jorge una vez se había lamentado de exactamente lo mismo. Qué les pasó a los hombres de esa generación? O sólo era que su madre había tenido muy mala suerte eligiendo?

—Desapareció —siguió Stephen—, y Maurice la extrañó horrores —Daniel frunció el ceño y sonrió con sarcasmo, tal vez también él la había extrañado, pero no lo admitía—. Estuve enfadado con ella bastante tiempo; había dejado todo tirado, al niño que cuidaba, su trabajo... a mí. Pero fui terco y no la busqué. No la busqué, y ni siquiera me pregunté por qué se había ido. Me merezco el haberla perdido. Me merezco el haber perdido a la familia que pude tener. Desilusionado, molesto, me dediqué a lo que me había propuesto: ascender cada vez más alto hasta alcanzar casi la gloria... Nunca me casé, e hice de Maurice mi heredero. Y ahora tengo todo lo que de joven quise... pero jamás me imaginé que hubiese perdido tanto —concluyó Stephen, mirando a Daniel a los ojos.

Daniel le dio un trago a su whiskey, y agradeció la aspereza del licor bajar por su garganta y su calor invadirlo. Respiró profundo y dejó el vaso en la bandeja que Amy había traído.

Sandra debía estar embarazada cuando le preguntó a Stephen acerca de sus intenciones con el matrimonio, y no esperó a ver si lo que había dicho él en ese momento era cierto, o si al verla a ella encinta, o al ver al niño, cambiaría de opinión.

Se había formado un juicio de él muy certero. Era mujeriego, soltero empedernido, denigraba el matrimonio, y había amenazado con hacer exactamente lo que ya antes otro hombre que ella había amado había hecho: casarse con una rica heredera dejándola a ella de lado sin contemplaciones.

Al estar embarazada y hallarse sin opciones, huyó. Nunca se lo dijo, pues, para qué? No necesitaba herederos, ya tenía uno en su sobrino, que entre otras cosas, estaba llevando una infancia muy difícil, siendo criado por el amor del personal de servicio. Le esperarían a él una infancia parecida si se lo decía?, debió preguntarse su madre.

Y la respuesta que él podía darle, teniendo la misma información que ella, era: lamentablemente, sí; tenía razón en huir.

Pero los hombres cambian y se arrepienten. Algunos, al menos.

Viendo ahora a Stephen llorar, porque tenía que admitir que un viejo no lloraba para impresionar y ya él no tenía nada que ganar con eso, era obvio que se arrepentía de esa decisión.

Y si diez años después ella se hubiese presentado ante él con un hijo?

El antiguo Stephen la habría echado fuera con cajas destempladas, pero el Stephen de ahora tal vez la habría abrazado y besado y recibido con los brazos abiertos. Y tal vez él se habría criado con un papá... e incluso un primo.

Vaya, tenía un primo, sonrió. Maurice era su primo.

Y recordó que cuando lo conoció, Maurice le preguntó si se habían visto antes. Tenía que recordarle a su tío, pues aún ahora lo miraba largamente como si estudiara sus facciones.

El idiota no había caído en cuenta de que era idéntico a su tío.

Respiró audiblemente y se puso en pie.

—Le di empleo a Maurice porque me lo pidió —dijo él, cambiando el rumbo de la conversación—. Si de casualidad viene a pedirme que lo despida, o cambie de opinión con respecto a eso, siento decirle que...

—No era a eso a que venía —dijo Stephen meneando su cabeza—. Le debo mucho a Maurice. Como te podrás imaginar, el chico no lo ha tenido fácil. He sido paciente con él todos estos años, pero ya no puedo seguir igual. Yo... no sé cuánto tiempo vaya a vivir, y él está alargando su regreso.

—Está enfermo? —preguntó Daniel algo aprehensivo, y Stephen lo miró preguntándose si acaso era preocupación. Pero Daniel sólo pareció curioso. Hizo una mueca.

—No. Nada en concreto. Tal vez me queden muchos años, pero tal vez no. No lo sé. Lo cierto es que Maurice tiene que reaccionar. Es mi heredero; ¿cómo alguien que va a heredar una gran empresa va y busca empleo en otro lado? Un empleado él, cuando podría ser el jefe y señor? Me disculparás, pero no lo eduqué para esto.

—No conozco las circunstancias de Maurice —dijo Daniel cuando el anciano terminó de hablar—. Pero no cree que debe respetar su decisión?

—Lo hice cuando se casó con la arpía esa, y qué ganó con eso? —Daniel frunció el ceño.

—Maurice está casado? —Stephen sonrió.

—Veo que no sabes nada de él. Y me asombra. O no, en realidad no me asombra —respiró profundo—. Dejaré que sea él quien te cuente. El asunto es muy delicado, y él merece el respeto suficiente como para que nadie hable de sus asuntos privados en su ausencia como si fueran temas de charla de salón. Pero estás evadiendo mi turno de hacer una pregunta, y no te lo permitiré más —Daniel todavía estaba pensando en Maurice, así que este reclamo lo tomó un poco fuera de lugar—. Háblame de tu madre. Cuéntame de su vida hasta que murió. Dímelo todo, por favor.

—Tiene derecho, señor?

—La ley me daría derecho sobre ti si fueras menor de edad, sabes? Me daría tu custodia, y tú serías un Ramsay—. Daniel apretó sus dientes admitiendo que él tenía razón. Sacudió la cabeza y respiró audiblemente.

—Nací normalmente en un hospital pagado por su seguro. El mismo día le dieron de alta, y ella usó su licencia de maternidad. No fue fácil para ella. Trabajar y criar un hijo al tiempo... no es fácil

—. Lo miró a los ojos ominosamente, pero tuvo que recordar que él no tenía la culpa de eso en concreto—. Cuando estuve enfermo, o cuando estuvo enferma ella... fue difícil. Aprendí a no ser una carga, sino una ayuda. En muchas ocasiones vivimos internos en las mansiones de sus jefes. Ellos odiaban mi presencia, me odiaban a mí. Pero ella era trabajadora, se esforzaba, y en una que otra ocasión las señoras la tomaron bajo su ala y la protegieron.

Vio a Stephen bajar la mirada, como imaginándose todo lo que Daniel le contaba.

—Pero en otras ocasiones no fue así, y ella fue despedida siempre sin justa causa; echada fuera con un niño pequeño, sin dinero y sin a dónde ir. Pero crecí, y pude ayudarlo. Cuando me hice mayor, quise retribuirle todo su esfuerzo, todo su sacrificio, pero murió demasiado joven, y no pude hacerlo.

—Lo siento tanto.

—Yo lo siento más. Sólo me consuela saber que está en un lugar mejor, lejos del dolor o de los padecimientos. Nada que en vida hubiese podido tener, lo echará de menos allá.

—Es un pensamiento que consuela.

—Sí —Daniel respiró profundo y siguió con su relato lo más aceleradamente que pudo—. Ella, antes de trabajar para usted, había trabajado para Jorge Alcázar; se enamoraron, sólo que, a diferencia de usted, el amor de ellos fue más platónico. Y Jorge cometió la misma estupidez: dejarla ir. Cuando vio que moriría y yo me quedaría solo, lo buscó. Al parecer, se habían hecho una promesa y ella hizo uso de ella. Me dejó bajo su cuidado. Cuando murió, Jorge hizo honor a su palabra y terminó de criarme y educarme. Yo... la mayor parte del tiempo fui un buen chico e hice las cosas bien. Me enamoré de su hija, y él me apoyó en eso. Por eso ahora estoy casado con ella, y presido su empresa.

—Pero Jorge tiene un hijo mayor, tengo entendido.

—Sí, pero ni siquiera tiene un pregrado, ni el ingenio, ni la disciplina, ni las ganas de tomar una responsabilidad. Sabiendo eso, es como si Jorge me hubiese entrenado para sucederlo desde que me vio la primera vez. Toda mi educación estuvo encaminada para que yo algún día estuviese aquí, y aquí estoy.

—Es todo muy extraño —murmuró Stephen—, un hombre como él tomar bajo su ala al hijo de una sirvienta... No me mires así —pidió cuando definitivamente Daniel le lanzó una mirada dura—. Tienes que admitirlo; nuestra sociedad es prejuiciosa.

—No tiene que decírmelo, señor. Soy más que consciente de eso. He aquí una víctima de esos prejuicios—. Stephen sonrió. Su hijo no tenía pelos en la lengua.

Su hijo, pensó sin borrar su sonrisa.

Lo miró largamente. Ya era un hombre hecho y derecho, y debía tener unos veintiocho años. Tan joven y en un cargo tan importante. Era un chico guapo, aunque decir eso era decir que él mismo era guapo, pero al César lo que era del César, sonrió.

—Qué quiere entonces con Maurice? —preguntó Daniel, sacándolo de sus ensoñaciones. Daniel había zanjado de nuevo el tema de su infancia como si le molestara hablar de ello. Hasta había contado todo como si fuera un simple informe.

—Tal vez —contestó Stephen—, ya que eres su amigo, y ahora sabes que es tu primo, puedas convencerlo de volver a casa. Dile que no le guardo rencor. Dile que lo espero, que todo lo que tengo es suyo; ya lleva demasiado tiempo lejos. Dile que es hora de olvidar el pasado, que no se esconda más. Se le pasará la vida, y vivir solo, pasar la vejez solo, es lo peor que a un hombre le puede

sucedier. Me he arrepentido mucho de tanto tiempo perdido, de tantas decisiones mal tomadas. No quiero que lo mismo le suceda a él.

—Son demasiados consejos para un hombre que no quiere levantar cabeza.

—Lo has visto, verdad? —preguntó Stephen—. Has visto la agonía en él, el dolor y el sufrimiento. No diré que son pequeños, o injustificados. Sólo diré que él tiene que ser más fuerte, o lo perderé. Lo perderemos. Tengo miedo de eso. Llegará un momento en que él no podrá más, y se completará su autodestrucción.

—Tan grave es?

—Oh, hijo. Parece que nunca has sufrido un mal de amores.

—Ni lo diga.

—Bueno. Multiplícalo por mil y piensa en Maurice. A él le hicieron todo lo malo, todo lo humillante, todo lo denigrante que le pueden hacer a un hombre enamorado. Y de eso se encargó ella misma.

—Pero estos días ha cambiado. Ha dejado de beber, y vino a mí en busca de empleo.

—Si va a volver a empezar, que lo haga como es y vuelva a casa. Yo lo estaré esperando—. Stephen se puso en pie y Daniel hizo lo mismo, dándose cuenta de que el tiempo se había pasado y al final hasta habían conseguido tener una conversación razonable. Se sintió un poco extraño al pensar en que había estado hablando con su padre.

Con su progenitor, se corrigió.

Stephen sonrió como si hubiese adivinado sus pensamientos.

—Me has dicho que no me necesitas, que no necesitas nada material que yo te pueda dar, y creo que es verdad; si tienes la fortuna de Jorge, eres tan rico como yo. Pero tal vez... las cosas inmateriales tienen más valor, dicen. Tal vez... —Daniel no sonrió al verlo titubear. Sólo lo miró impertérrito—. Bueno, no importa —dijo el anciano, y se encaminó a la puerta. Daniel lo acompañó fuera y se dio cuenta de que los hombres que habían venido con él se ponían en pie—. Tal vez nos volvamos a ver... Yo definitivamente quiero volver a verte—. Le tendió la mano a Daniel y él se la aceptó sin agregar nada—. Podría pedirte algo?

—Qué.

—Me perdí tu infancia, me perdí tu vida... tal vez puedas, algún día, dejarme ver, aunque sea de lejos, a mis futuros nietos? —Daniel sonrió ahora, pero no con alegría. Nietos? Ni siquiera tenía sexo con su mujer!

Su mirada desolada preocupó a Stephen.

—Lo pensaré —contestó Daniel, evasivo.

—Bien. Gracias—. El anciano soltó su mano con cierta renuencia. Lo miró varias veces mientras se alejaba, y al fin se fue.

Daniel se recostó al marco de la puerta sin fuerzas, y al instante apareció Diana, que prácticamente corrió a él, lo tomó de un brazo, y ante la mirada un poco preocupada de Amy lo condujo de vuelta a su oficina para escucharlo todo lo que tuviera que escuchar, consolarlo, y abrazarlo. En este momento, más que nunca, su marido la necesitaba.

—Tenías toda la razón —le dijo Daniel a Diana recostado en un sofá con ella a su lado y cerrando sus ojos—. Es mi padre—. Ella guardó silencio, sólo apoyó su cabeza en su hombro y suspiró.

Él le contó todo lo que habían hablado, la historia que le había contado acerca de cómo había conocido a su madre y la relación de la cual nació él. Que había lamentado todo lo sucedido, y ahora se arrepentía de muchas cosas; o al menos, eso había dicho.

Daniel no tenía muchas bases acerca de su personalidad para saber si era verdad que se lamentaba, pero tuvo que reconocer que al menos con respecto al pasado había dicho la verdad. Ese tipo de hombre jamás habría aceptado un hijo bastardo con una sirvienta si lo que tenía en su mente era el dinero y el poder.

Diana, al igual que él, concluyó que Sandra no había visto futuro ni para sí misma ni para él a su lado, con toda razón, y por eso había huido. Sin una promesa de amor, sin nada que los vinculara, sólo la amenaza de que si se casaba sería con alguien de su posición, qué podía esperar una mujer?

—Los hombres son tontos —acusó ella, y él la miró de reojo.

—En serio? Tengo que recordarte que me rechazaste por años y años? —ella hizo una mueca.

—Tenía una razón muy justificada.

—Ah, de veras?

—Dan, resistirás toda nuestra vida así? —él la miró en silencio sin saber qué responder. Ciertamente; no llevaba ni dos semanas casado con ella, y sentía que no resistiría. Toda la vida?, y sin poder tocar a la mujer que más amaba y deseaba en el mundo? —Lo ves? —preguntó ella con angustia.

—Pero te amo.

—Por eso mismo. No digas que mi razón era injustificada. Dios, tengo tanto miedo todavía! —él la abrazó, y terminó por sentarla en su regazo. Pasaron los minutos, y él la retuvo allí largo rato.

Esto era una tortura. Estaba sufriendo. Había que parar esto ya.

—Y a qué vino, al fin de cuentas? —preguntó ella, separándose un poco y mirándolo. Daniel la tomó de la cintura y la volvió a poner sobre el mueble. Tanto toqueteo lo había excitado, y no quería que ella se diera cuenta y sucediera lo que siempre sucedía: ella se ponía nerviosa primero, luego intentaba ayudarlo, y luego se frustraba y lloraba en silencio y a solas.

—Vino por... —respiró profundo, tratando de concentrarse—. Vino a hablar de su sobrino, Maurice.

—Maurice? Oh! —exclamó Diana cayendo en cuenta—. Maurice! Maurice Ramsay! Debí imaginarlo! Es tu primo, Dan!

—Sí—. Diana aplaudió feliz, y él sonrió al verla emocionada.

—Tenemos un primo!

—Un primo que está casado, y sufre —Diana borró su sonrisa.

—Maurice no está casado —contestó ella.

—Eso me dijo Stephen—. Diana meneó su cabeza negando. Miró a Daniel y se mordió los labios.

—No le digas que yo te lo dije, porque es un asunto feo; Maurice enviudó hace seis o siete años, amor—. Daniel abrió grandes los ojos.

—Cómo lo sabes? Y cómo es que nunca lo dijiste?

—Bueno, no es un tema que uno saque a relucir así como así. Me enteré como todo el mundo, a

través de los medios. Tal vez a estas alturas la gente lo ha olvidado, pero sabes que soy fisionomista, y rara vez olvido las caras.

—Sí...

—Vi su rostro una vez en los diarios. Fue por la época aquella en que vinimos los dos de vacaciones... y Bertram y todo eso.

—Sí... —volvió a decir él, aunque en otro tono. Ella sonrió fugazmente.

—Allí fue el escándalo.

—Tan grande como para que aparezca en los diarios? —Diana asintió.

—Ella no murió de muerte natural, ni en un accidente. Ella murió asesinada—. Daniel quedó en silencio, sorprendido—. Ella... —siguió Diana, sintiéndose mal por revelar los secretos de otra persona. La consolaba saber que aquello había sido de dominio público en su época—. Ella era una chica preciosa. Una reina, prácticamente. Era perfecta físicamente, pelirroja, ojos claros, alta... Hija de una familia reconocida, que habría aplaudido con ganas su matrimonio con alguien como Maurice. Pero era mala. Los periódicos hicieron un festín con lo sucedido. Dios! Marissa y yo lo compadecimos tanto! Qué nos íbamos a imaginar que años después él entraría a nuestro círculo de amigos?

Daniel no quiso preguntar, no quiso saber. Algo tan malo que llevara a un hombre a la miseria, a la miseria donde estaba Maurice; él no quería saber.

Se sentó de nuevo al lado de Diana y la abrazó. Él había sufrido terriblemente cuando creyó que Diana se había ido del brazo con un hombre a una cama a tener sexo por una noche. Había sido espantoso y lo más terrible que recordara ahora.

“Bueno. Multiplícalo por mil y piensa en Maurice”, había dicho Stephen.

Algo mil veces peor provocaría la muerte. Al menos a él.

—Qué te decía de Maurice? —le preguntó Diana.

—Es su heredero. Quiere que vuelva—. Diana guardó silencio y sólo suspiró. Daniel la apretó aún más fuerte en su abrazo, y luego de algunos minutos de silencio, le preguntó por qué había venido esa tarde a la oficina. Diana recordó la razón por la que estaba aquí cuando se encontró con Stephen Ramsay.

La visita del hombre les había hecho olvidar todo lo demás, y cuando Daniel habló de hablar con Hugh del tema, Diana apoyó la idea. Tal vez él sabía algo de todo esto, habían aprendido que los viejos siempre sabían más de lo que aparentaban.

Maurice entró a la casa de David y extrañó el ruidoso saludo de Michaela. Desde que ella estaba en la universidad, esta casa era demasiado silenciosa.

—Otra vez tú? —lo saludó la abuela Agatha, y él le sonrió con picardía.

—Hola preciosa. Ya pensaste en la idea de escaparnos tú y yo a una isla paradisíaca?

—Sí, pero no he reunido todos mis bikinis —Maurice rió y la abrazó dándole un beso en su cabeza encanecida—. Se acerca tu cumpleaños —le dijo la abuela y Maurice suspiró sin dejar de abrazarla.

—Sí —contestó.

—Qué planeas hacer esta vez? —Maurice se alejó de ella y caminó a los muebles extendiendo sus brazos.

—Tengo un buen empleo! —exclamó—. Daniel me contrató en su empresa. Qué opinas? —Agatha se



cruzó de brazos y lo miró con ojos entrecerrados.

—Más dinero para que inviertas en licor? —la sonrisa de Maurice se borró.

—He dejado de beber —Agatha descruzó sus brazos.

—Lo dices en serio? —Maurice se alzó de hombros.

—Lo intento, abuela.

—Ese es mi muchacho. Estaré muy orgullosa de ti si lo consigues. Si necesitas ayuda, no dudes en venir aquí. Mientras tengas ese propósito, te haré todas las sopas que quieras.

—Sólo mientras? A mí? A tu amante hijo más dedicado?

—Mi amante hijo más dedicado ha estado a punto de convertirse en un borracho a pesar de todos mis cuidados. Cómo crees que me siento? —Maurice se echó a reír y miró a Agatha lleno de agradecimiento. Dado que él nunca tuvo una madre que lo mimara, Agatha era lo más parecido a una que hubiese hallado. Era la única mujer que nunca lo había abandonado, ni engañado. Michaela prefería a David, y ahora a Peter. Sólo Agatha seguía siendo incondicional. Y a pesar de que era consciente de que estos pensamientos eran muy infantiles, no le importaba. Un día de estos se llevaría a Agatha consigo. David ya tenía otras dos mujeres que lo mimaban.

—Estás pensando guarrerías, ya sé —lo acusó Agatha, y Maurice volvió a reír, pero luego se puso serio.

—A pesar de todas mis tonterías, es verdad que te quiero mucho y que estoy agradecido contigo por todo.

—Siempre te pones sentimental por estas fechas. Madura.

—Yo te digo que te quiero, y tú te pones agresiva. Las mujeres, las mujeres!

—Qué puedes saber tú de las mujeres además de su anatomía? —rezongó David entrando a la sala con Marissa a su lado. Maurice los miró y torció el gesto.

—Han echado a perder mi momento romántico con Agatha! —se quejó Maurice, y luego miró a Agatha exclamando: —Amor mío!

—Calla, me avergüenzas!

—Oh, la daga de la traición! —Agatha no lo pudo resistir y se echó a reír. Se puso en pie y saludó a su nieto. Marissa también la saludó, y luego de conversar un poco, se fueron juntas a la cocina. David miró a su viejo amigo con una sonrisa ladeada.

—Estás de buen humor, o escondes algo? —Maurice mantuvo su sonrisa. Ya le había contado antes lo de su nuevo contrato, así que no tenía muchas cosas nuevas que contarle.

—Qué podría esconder? —preguntó Maurice con inocencia.

—No lo sé. Te conozco desde hace casi siete años y hay muchas cosas de ti que desconozco.

—Y por qué esa pregunta ahora?

—Lo mismo preguntas cada vez que te la hago. No me resigno.

—Diana y Daniel se unirán a la cena! —exclamó Marissa desde la cocina con el teléfono en la mano. David sonrió.

—Vaya! Interrumpirán su luna de miel por nosotros!

—No seas así —lo regañó Marissa un poco horrorizada—. Cuando estemos nosotros en la luna de miel quiero verte.

—Me verás, cariño, me verás —Marissa meneó la cabeza y volvió a meterse a la cocina. David no

dejó de sonreír. Volvió a clavar la mirada en Maurice.

—Bueno, creo que habrá demasiada gente en la mesa.

—Seremos seis. La mesa es de seis.

—Pero si vienen Michaela y Peter...

—No vendrán. Quédate.

—David...

—Huyes de alguien? De Daniel no puede ser. De Diana? Te gusta la mujer de nuestro amigo?

—No seas idiota. Cómo es posible que saltes tan rápido a semejantes conclusiones?

—Para hacerte hablar?

—Está bien, me quedaré—. David rió por lo bajo, pues había conseguido su propósito.

Minutos después llegaron Diana y Daniel con más comida y una botella de vino. Ya que habían avisado a última hora que se unirían, trajeron su parte de la cena. Con Marissa y Agatha, Diana se introdujo en la cocina e hizo parte de la organización de los platos y la mesa. Daniel miró a Maurice con una sonrisa; después de tantos años pensando que estaba solo en el mundo, sin familia de sangre, ciertamente era muy grato saber que tenía un primo.

—Qué me miras? —preguntó Maurice con actitud reservada.

—Estaba recordando una cosa.

—Qué cosa?

—La vez que David me convidó a aquél partido de béisbol y nos presentaron... tú insististe en que te parecía que me habías visto antes.

—Ah, eso —dijo Maurice cruzándose de brazos y sonriendo—. Era porque te había visto una vez en una revista...

—No. No era eso—. Daniel miró a David y respiró profundo—. Hoy —dijo con voz segura— me he enterado por fin de quién es mi padre—. David elevó una ceja. Daniel se estaba comportando extraño, pero como era una gran noticia, tal vez se justificaba su cambio de tema.

—Vaya! —exclamó—. Y? son gratas noticias? O muy malas? —Daniel se encogió de hombros.

—Todavía no lo sé, pero por lo menos, he contestado a otro de los grandes interrogantes de mi vida —miró a Maurice con sus cejas unidas en una pregunta—. Nunca te pusiste a pensar en que si te recordaba a alguien era porque me parezco mucho a tu propio tío? —Maurice soltó una carcajada que desconcertó a David y a Daniel, pero él siguió riendo.

—No, no, no... me estás diciendo que el anciano... con tu mamá? —volvió a reír, y Daniel esperó a que se calmara. Los ojos de Maurice se habían humedecido de la risa, y poco a poco se fue calmando. David y Daniel cayeron en cuenta de que entonces esa explosión de risa había sido ficticia, y que la humedad en sus ojos se debía a otra cosa. Él ahora estaba muy serio y miraba a cualquier lado menos a sus amigos—. Ya lo sabía —dijo. Daniel se cruzó de brazos.

—Sí, me lo imaginé. A ver, sabes qué pregunta te haré ahora. Contesta.

—Eh... chicos. Necesitan que los deje a solas? —preguntó David, sintiéndose un poco incómodo, pues esto era una especie de reencuentro.

—No, te necesito como testigo —contestó Daniel sin mirarlo.

—Vale.

—Yo... no estaba del todo seguro —siguió Maurice sin hacer caso de la interrupción de David—.

De hecho, me lo estás confirmando. Pero lo sospeché desde que te conocí, prácticamente.

—Y por qué no me compartiste tus sospechas? —Maurice suspiró, miró a David, pero éste sonreía disimuladamente, como si estuviera disfrutando el verlo acorralado.

—Lo siento—. Daniel sonrió un poco sarcástico y Maurice apretó sus labios. Era muy difícil explicar sus razones sin descubrir sus propias inseguridades. No quería desnudarse tanto delante de sus amigos.

—Hablé con él, con Stephen Ramsay, acerca de muchas cosas —siguió Daniel, mirándolo fijamente, y esa frase le dijo mucho a Maurice. Él debía saber. Si el anciano había ido a buscarlo, debía haberle contado muchas cosas. Además, Diana también lo sabía, y ella debía haberle confirmado algunas otras.

Miró a David algo nervioso. Se rascó la nuca, se pasó la mano por la barba.

Al verlo así, Daniel suspiró y miró a David.

—Tu mejor amigo y primo mío es un mentiroso, David.

—Daniel, por favor —suplicó Maurice cerrando sus ojos.

—Maurice Ramsay —siguió Daniel, inexorable— no es un pobre diablo, como nosotros creíamos.

—Qué? —preguntó David, y Maurice miró a Daniel sorprendido. No era “eso” lo que pensaba revelar?

—Es el heredero de un hombre muy rico. Tan rico como Hugh o como Jorge. O tal vez más. Te imaginas? —David tenía su boca abierta de sorpresa, y lo primero que se le ocurrió ante tamaña información fue extender la mano hacia Maurice con la palma hacia arriba.

—Me debes dinero —le dijo, y Daniel se echó a reír. Maurice pudo respirar relajado. Si Daniel sabía su otra verdad, no la diría hoy.

—Sí, ya sé.

—Si eres tan rico, cómo es posible que vivas en la pocilga donde vives? Por qué nos has tenido engañados? Por qué nos has hecho creer que no tenías nada de nada? —Maurice hizo una mueca.

—Porque así estaba, no tenía nada de nada. Era tal vez el ser más miserable sobre la tierra... y en ese edificio encontré algo muy valioso para mí: una familia. No quise volver, preferí quedarme allí.

—Maurice, tienes problemas serios —lo acusó David mirándolo sin comprenderlo del todo, pero aceptando parte de lo que él decía. Recordaba perfectamente al Maurice de aquella época; lo había hallado tan borracho y golpeado que tuvo que subirlo a su hombro para poder ayudarlo. Sus zapatos le habían dicho que no era un pordiosero, que debía ser alguien que tal vez lo había perdido todo recientemente, y como hablar del pasado lo lastimaba, nunca había insistido demasiado. Y ahora descubría que su mejor amigo guardaba más secretos de los que se imaginó alguna vez.

—Pido perdón —dijo Maurice mirando a Daniel y a David—. De corazón. Perdón por haber ocultado información.

David suspiró, y Daniel sólo lo miró fijamente. En el momento Diana y Marissa salieron de la cocina con sus rostros sonrientes con bandejas y platos caminando hacia la mesa. David pasó por el lado de Maurice sin decir nada y fue hacia donde estaban las mujeres, y Maurice se quedó a solas con Daniel.

—Te has esforzado mucho ocultando tu pasado —dijo Daniel—. Si no quieres que sea revelado, así se quedará. Por mi parte, ni siquiera quiero saberlo, sea lo que sea, no cambiaré el modo en que te veo—. Maurice sonrió.

—No puedes saber eso.

—La mataste tú, acaso? —Maurice lo miró fijamente a los ojos. Él sabía bastante.

—No.

—Bien, eso me basta. No sé tener un primo. Hay alguna regla de cortesía obligatoria o... —Maurice volvió a reír.

—Que yo sepa, no.

—Vale. Sigues siendo Maurice, entonces.

—Diana lo sabe? —Daniel respiró profundo.

—Sí, sabe más que yo, y también Marissa... y todos los que son como ellas. Has tenido muy mala suerte eligiendo a unos amigos que después de tanto tiempo te introdujeron de nuevo en la alta sociedad.

—Tal vez sólo es el destino —susurró Maurice con sus ojos cerrados, como si estuviera muy concentrado en algo. Daniel lo miró atentamente por unos segundos. El destino volvía a aparecer para hacer de las suyas. Miró a Diana hablar muy sonriente con Marissa que observaba el tatuaje en su espalda; se había quitado la pequeña chaqueta que llevaba, pues dentro de la casa no era necesaria la prenda y se veía absolutamente preciosa.

Oh, si el destino pensaba meter sus manos en la vida de Maurice, éste iba a necesitar valor de aquí en adelante.

Tal como hiciera David, Daniel le palmeó el hombro a Maurice y caminó hacia donde estaba su mujer dejándolo a solas.

Maurice se quedó allí, solo, sin saber qué hacer, qué decir o qué pensar. Miró hacia donde estaban sus amigos con sus mujeres y Agatha sonriendo y ubicando una fuente de comida en el centro de la mesa.

Miró también hacia la puerta de salida.

Tal vez debía irse. Ellos aquí eran tan felices que él sería simplemente una mancha. Estaba cansado de siempre parecer sonriente, cuando lo que quería era irse a dormir y dormir y dormir y nunca despertar.

Pero también estaba cansado de ese desánimo y de esa vida. Sintió un calor en la nuca y se giró a mirar de nuevo al comedor, encontrando que todos lo estaban mirando y esperándolo para que se sentara con ellos a la mesa.

Maurice sonrió. Una vez había elegido esta familia, y con los años había comprobado que no se había equivocado, que había elegido bien. Ahora, eran familia con más razón.

Caminó a ellos y se sentó al lado de Diana en la mesa, que le dirigió una sonrisa. Él, sin poder evitarlo, le tomó el rostro y le besó la mejilla.

—Hola, prima —la saludó, y Diana lo miró un poco sorprendida, luego se giró a mirar a Daniel, pero éste sólo sonreía, mientras Marissa aplaudía y David reía a carcajadas. Agatha lo miró interrogante, y él le prometió contarle la historia luego.

Estaba en familia. Ya era un poco mayorcito, pero se sentía muy bien.

—Qué le dijiste? —le preguntó Diana a Daniel cuando estuvieron a solas de vuelta a su casa. Daniel estaba en el otro extremo de la cama, llevando ya su pijama y con las luces apagadas.

Habían llegado bastante tarde de casa de David, y Diana sospechaba que era evitando llegar a casa demasiado temprano y ponerse sólo a mirarse las caras.

No era la primera vez que algo así sucedía. Daniel estaba evitando estar a solas con ella demasiado tiempo. A veces se levantaba por la mañana y él ya no estaba en la cama, y luego lo veía entrar con su ropa de deporte luego de haber estado en el gimnasio por horas. No se molestaba en encender el calentador de agua para ducharse, y cada vez que la besaba era más distante.

No había dejado de llamarla durante el día, sonreírle y hablarle de todo, pero su cuerpo cada vez estaba más y más alejado, justo como ahora, cuando, ni aunque extendiera todo el brazo, lograba tocarlo, de lo lejos que estaba. Un elefante blanco se había instalado en medio de los dos, y ella sabía exactamente qué era. Y no podía reclamarle nada.

—A Maurice? —contestó Daniel, y Diana asintió. Lo escuchó suspirar—. Bueno, le eché en cara que somos primos, y que ya sé que no es un pobretón.

—Así sin más? No fuiste un poco brusco? —Daniel sonrió.

—Maurice no es un niño, amor—. Quedaron en silencio un rato. Diana miró en la oscuridad queriendo hacer algo más. Quería dormir entre sus brazos como habían hecho en la luna de miel. Quería que la besara y le dijera que la amaba. Lo necesitaba con urgencia.

—Dan? —lo llamó de nuevo. Él contestó con un sonido de su garganta, y ella presintió que se estaba quedando dormido. Bueno, él se levantaba muy temprano. No para ir a trabajar, sino al gimnasio; a quemar toda esa energía que tenía y que no podía desfogar con ella—. No, nada.

Sintió deseos de llorar, pero no debía. Ella había sabido desde siempre que esto sucedería. Había sucedido con el escaso par de novios que tuvo en el pasado. Con Edward las cosas habían resultado abominablemente mal. Las noches se habían vuelto tal como éstas, y todo acabó en una ocasión en que él casi abusa de ella intentando forzarla a tener sexo oral.

Luego había tenido mucha fe en sí misma y salió con otro chico, pero ante la explicación de por qué no podían tener sexo, él simplemente huyó.

No importaba lo mucho que un hombre amara a una mujer. El sexo era importante. No importaba lo considerado que él fuera, lo paciente... algún día, su paciencia se agotaría y terminaría culpándola a ella. Y tendría razón.

Ella no estaba hecha para esto. Por algún error o maldad de la naturaleza, ella no estaba hecha para el sexo.

Sus ojos se habían humedecido y un sollozo pugnaba por salir, y entonces lo sintió moverse en la cama muy rápidamente, y ubicarse sobre ella. Diana se asustó un poco, pero Daniel no tuvo cuidado de eso. Simplemente la atrapó entre su cuerpo y el colchón. Ella se asustó. Se había convertido ya en una bestia? Sería violada aquí?

—Dan?

—Tienes miedo?

—Dan! —gritó ella. Cuando él besó su cuello y se apretó contra ella, y ella pudo sentir la erección bajo su pijama, gritó.

—He estado conteniéndome —susurró él.

—Lo sé —lloró ella—. Lo siento. Pero, por favor...

—Te necesito, Diana! —ella siguió suplicando y llorando, pero él no hizo ademán de quitarle la pijama, ni de desnudarse a sí mismo, y poco a poco se fue tranquilizando. Sin embargo, eso que él tenía entre sus piernas no se tranquilizaba. Hervía, estaba duro como una barra de metal, y se encajaba en su vientre con perfecta armonía—. No me tengas miedo —le pidió él—. La mayoría de las veces no me atrevo a tocarte porque sé que tienes miedo de que pierda el control. Pero no tocarte me está enloqueciendo.

Ella respiró profundo varias veces intentando hacerle caso y no tener miedo. Confiaba en él, se repitió, él no era como los demás, él no le haría daño. Abrió las palmas de sus manos, que antes habían estado empuñadas tratando de golpearlo y alejarlo. Las paseó por su espalda y las dejó quietas sobre su camisa de pijama.

Él había comprado esta que tenía puesta, pues antes no acostumbraba mucho usarlas. Estaba usando pijamas aun en verano por ella, y eso le dolió.

Al sentir sus manos en su espalda, él soltó un gemido quedo, y Diana alejó de nuevo sus manos de él; parecía que cualquier cosa lo enardecía, y ella temía el resultado de ese ardor. Él levantó un poco la cabeza, y aunque no podía verlo, sí que sintió su respiración, que estaba acelerada.

—Sigue —le pidió él—. Tócame.

—Pero...

—No importa. Quiero que me toques. O ya dejaste de confiar en mí? —ella meneó su cabeza.

Volvió a apoyar sus manos sobre su espalda, y empuñó la tela de su camisa.

—Te quiero tanto, Diana —ella cerró sus ojos, bebiéndose esas palabras y suspirando por poder oír las.

—Yo también te quiero.

—De verdad?

—De verdad —susurró ella. Metió las manos por debajo de la camisa y Daniel contuvo la respiración, pero se quedó quieto sobre ella, dándole confianza para seguir.

Tocarlo. Parecía que sólo tocarlo ya lo hacía feliz. Ella quería tocarlo otra vez, todos estos días con él conteniéndose luego de lo que había sucedido en la luna de miel habían sido horribles. Recordó que antes de eso, ellos lo habían pasado muy bien complaciéndose el uno al otro sin que él perdiera la cabeza.

Podía confiar en él, se repitió.

Le sacó la camisa sin desabrocharla, y tuvo su torso desnudo para poder explorarlo. Lo sintió gemir y apretarse más contra su cadera. Él se estaba moviendo como si ya estuviera en su interior, pero no era así. Tal vez era sólo que estaba tan excitado y en el borde que no necesitaba de demasiado estímulo para correrse.

Y entonces tuvo una idea.

Llevó su mano entre los dos y lo buscó, lo halló, y lo empuñó. Él no gimió ésta vez, sino que bramó. Ella siempre había rehuído a este tipo de contacto, pero de alguna manera, había vencido ese miedo al verlo sufrir de esta manera y había tomado al enemigo directamente entre sus manos. Con suaves palabras él fue guiándola para que ella supiera qué hacer. Decía: sí, así. O: más fuerte, más rápido, y ella le fue haciendo caso. Temía hacerle daño con sus uñas, o con sus manos que no tenía ningún lubricante para que él se moviera con facilidad, pero a él pareció no importarle.

De todos modos, tal como había pensado, aquello duró poco, y él se corrió en su mano. Fue largo, más de lo que recordaba que un orgasmo masculino duraba, y él cayó sobre ella con todo su peso.

No lo alejó, sino que lo abrazó y lo besó. Él se movió sólo un poco para no descargar todo su peso sobre ella, pero no se volvió a alejar. Con su cuerpo relajado, pudo al fin dormirse, abrazado a ella, y Diana no pudo más que sonreír. Ella se había asustado y llorado, y todo había pasado ya.

—Te amo tanto —susurró, notando que su cuerpo quería sentir esto que había sentido él. Estaba húmeda en su interior y no pudo sino sentir ira. Sí, su cuerpo se preparaba, pero al momento de la verdad, lo rechazaba. No había nada más injusto.

A la mañana siguiente, él ya no estaba en la cama. Como siempre, encontró en su nochero una nota que decía que se había ido al gimnasio, y Diana se quedó en la cama otro rato, remoloneando, sin ganas de levantarse, a pesar de que tenía mucho que hacer.

Su teléfono timbró y vio en la pantalla que era Esteban.

Eso la hizo salir de la cama.

Esteban? Tenía el descaro de llamarla?

Ignoró la llamada, y las siguientes cuatro veces también, pero cuando vio que ya era hora de que Daniel volviera, se resignó a recibirla. No quería que él viera el teléfono vibrar o timbrar y que ella lo ignoraba adrede.

—Qué mierda quieres? —le dijo ella por todo saludo. Escuchó un silencio y rechinó sus dientes—. Me llamas para quedarte en silencio?

—No. Sólo estoy sorprendido —contestó Esteban—. Soy tu hermano, tu único hermano, por qué me hablas así?

—No puedo creer la mala memoria que tienes! Tengo que recordarte que la última vez que nos vimos intentaste matarme tomándome del cuello?

—Aquello fue... me descontrolé. Te pido perdón—. Diana quedó atónita. Esteban pidiendo perdón? —Podemos vernos? —preguntó Esteban.

—No.

—Por favor...

—No.

—Te necesito.

—Ah. Eso lo explica todo. Me llamas, me pides perdón a pesar de haberme golpeado la última vez. Cuán tonta crees que soy, Esteban?

—Me van a matar —contestó él, y Diana se quedó en silencio.

—Qué?

—Hice... hice unos malos negocios. Yo... Diana, necesito tu ayuda.

—Qué malos negocios?

—Yo... perdí todo mi dinero.

—QUEEE? —gritó Diana—. Esteban, no eran tres centavos, era casi un billón de dólares. No han pasado ni tres meses, CÓMO ES POSIBLE QUE TÚ...

—Conocí a un tipo que me propuso un negocio para triplicar en poco tiempo ese dinero.

—Oh, Dios. Oh, Dios. Oh, Dios! No quiero saber qué burrada hiciste!

—Y ahora ese hombre me busca para matarme! Necesito tu ayuda!

—No te ayudaré!

—Cargarás con mi muerte en tu conciencia! —gritó Esteban.

—No me importa! —le contestó Diana, y cortó la llamada. Quiso tirar lejos el teléfono, pero se contuvo. Éste volvió a timbrar. Esteban otra vez—. No me vuelvas a llamar! —gritó Diana.

—No cuelgues, espera! —la llamó Esteban—. Sólo te pediré este favor una vez en la vida. Por favor, Diana. Necesito dinero. Dame dinero esta vez, y te juro que no sabrás de mí en toda tu vida. Te lo juro.

—No te creo.

—Por mamá. Te juro por mamá que no te volveré a buscar—. Diana se sintió tentada y guardó silencio.

—Cuánto dinero quieres?

—Con... veinte mil dólares estaría bien.

—Bien. Es un precio bastante bajo para deshacerme de ti.

—Me odias —dijo él, con voz dolida.

—A qué cuenta debo enviártelo?

—No, a ninguna. No poseo ninguna cuenta que no esté vigilada. En efectivo.

—Veinte mil dólares en efectivo? Estás loco?

—Eres Diana Alcázar! Estoy seguro de que el anciano te dejó más dinero a ti que a mí!

—Ese anciano era tu padre!

—Te dejó más dinero a ti que a mí, no te hagas la tonta.

—Sólo fue un poco más, no una cantidad desorbitante.

—Así fuera sólo un millón la diferencia, teníamos el mismo derecho.

—Sí, lo que digas, sobre todo porque estuviste ahí cuando enfermó y fuiste un amante hijo que cuidó de él —Esteban guardó silencio, y Diana apretó sus dientes—. Tendrás que darme tiempo para que reúna esa cantidad, tendré que consultarlo con Daniel...

—No hagas eso. No quiero nada de él.

—Sigues odiándolo? —preguntó Diana asombrada—. Qué te hizo él?

—Haberse atrevido a respirar el mismo aire que yo, eso hizo; y acostarse con mi hermana—. Diana cerró sus ojos. Esteban no sabía nada de nada.

—Sabes, si sigues hablando así de él, tal vez no te ayude en nada.

—No. Está bien, cerraré mi boca. Una semana te es suficiente? —Diana respiró profundo.

—Sí, está bien. Una semana.

—Gracias, hermanita.

—Púdrete —le contestó Diana, y cortó la llamada. Se sentó en la orilla de la cama y quiso llorar. Daniel y ella habían hecho lo indecible por conservar la fortuna que ahora tenían, y ese imbécil lo había perdido todo en menos de nada. Se podía ser tan estúpido? En serio llevaba él la misma sangre que su padre?

Sintió vergüenza, vergüenza de su hermano.

En las pocas semanas que llevaba al lado de Daniel, había aplaudido la decisión de su padre de



dejarlo a él a cargo de todo. Su esposo era un hombre frugal, pero no tacaño; al mismo tiempo que era dadivoso, sin ser derrochador. Hablaba del dinero con respeto, y nunca se había alzado contra nadie, menos ahora que tenía el poder.

Y Esteban... Esteban había perdido toda una fortuna en menos de nada.

Se lo podía imaginar con toda perfección viajando por el mundo, en casinos y hoteles caros, con todo tipo de mujeres a cada lado. Tal vez había tenido el dinero suficiente como para vivir el resto de su vida sin tener que trabajar, pero lo había perdido por sus malas compañías. Alguien más vivo que él se dio cuenta de que era un pendejo que no sabía ni dónde estaba parado y se aprovechó de eso para apoderarse de todo su dinero. Ahora estaba mendigando dinero a la hermana que siempre había odiado.

Afortunadamente, ella podía disponer de veinte mil dólares en una semana sin que Daniel tuviese que intervenir. Lo complicado iba a ser convertirlo en efectivo.

Daniel llegó y la encontró sentada en la cama, y la miró un poco extrañado, ella ni siquiera se había dado cuenta de que él había llegado, tan perdida como estaba en sus pensamientos.

—Todo bien? —preguntó, y ella saltó. Él sonrió elevando una ceja. Estaba un poco sudado, y sin hacerle mucho caso, él entró quitándose la camiseta sin mangas que había tenido puesta. Diana miró su piel aún bronceada y sintió seca la garganta. Los músculos se movían suavemente con cada movimiento que él hacía y quiso correr y tocarlo. Pestañeó un poco al darse cuenta de que antes no había tenido este tipo de deseos.

—Sí. Todo bien.

—Estabas un poco elevada —sonrió él, y Diana lo vio sacarse los zapatos. Cuando se internó en el cuarto de baño, ella no soportó el perderlo de vista y fue tras él.

—Ah... sí... Bueno... necesito hacer unas compras.

—Unas compras —repitió él sonriendo con sarcasmo imaginándose que ese “unas compras” sería medio centro comercial; la boda de Marissa sería pronto, y sabía que Diana quería ir espléndida para la ocasión. En fin, ella podía darse el gusto.

Se bajó el pantalón de franela que llevaba puesto junto con el bóxer y la escuchó contener un grito. Extrañado, se giró. Ella lo había seguido hasta el mismo baño, y luego de mirarlo de arriba abajo, se giró un poco sonrojada. Él sonrió. Se miró a sí mismo sin hallar nada fuera de lo normal; ni siquiera estaba excitado ahora luego de haber agotado todas sus energías mañaneras en el gimnasio.

Con la misma sonrisa, caminó tan desnudo como había venido al mundo hacia ella. Diana le daba la espalda, pero no había salido del baño, y luego se dio cuenta de que a través de un espejo ubicado frente a sí, podía verlo en todo su esplendor. Cerró sus ojos con el corazón trabajando extra, bombeando más sangre y más oxígeno del que ahora necesitaba, y él la abrazó desde atrás, sin importarle que aún estaba un poco sudado.

—Qué temes?

—Yo... yo... Estás desnudo!

—Sí, un poco.

—Un poco? Estás *totalmente* desnudo!

—Así es—. Él besó su cuello, y Diana sintió cómo todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo cosquilleaban—. Quieres ducharte conmigo?

—Qué? No!

—Por qué no? Temes verme más tiempo desnudo? O temes otra cosa? —él metió la mano bajo la blusa de su pijama y la subió hasta uno de sus pechos. Diana no pudo contener un gemido, y se recostó a él—. Dios, Diana. Te deseo tanto! —le sacó la blusa, y empezó a acariciar sus pechos con sus manos y a besar su tatuaje como hacía cada vez que tenía oportunidad. Diana seguía con los ojos cerrados, pero podía sentir perfectamente todo lo que él le hacía—. Abre los ojos —le pidió, y ella hizo caso, encontrándose a sí misma en el espejo desnuda de la cintura para arriba, y a él completamente desnudo detrás de sí. Ambos estaban morenos, conservando aún el bronceado que habían conseguido en esos días en Bora Bora, y los fuertes brazos de él la rodeaban, y se veían y se sentían tan bien, que Diana no protestó cuando él metió su mano por el frente de su pantalón corto y la tocó íntimamente—. Por Cristo. Estás mojada.

—Yo... —quiso justificarse ella, y Daniel la rodeó por la cintura con sus brazos y entró con ella a la ducha—. Daniel...

—Shht... —él abrió la llave del agua caliente, tomó el jabón líquido y empezó a embadurnarla con él. Le bajó los pantalones y la ropa interior, que ya estaban empapados, y suavemente la giró poniéndola de cara contra la pared.

—Qué... qué vas a hacer?

—Oh, cariño... He tenido que ser bastante recursivo... —admitió él con una sonrisa, y masajear sus nalgas y sus senos, haciendo espuma con el jabón—. Afortunadamente, tienes un marido con una buena imaginación—. Cuidadosamente, para no asustarla, se ubicó tras ella, y se metió a sí mismo entre sus muslos. Diana lo vio asomarse al otro lado de su cuerpo y contuvo un gemido—. Apriétame con tus muslos —indicó él, y Diana se quedó quieta por un instante, sin comprender, o tal vez era que todo el oxígeno había huido de su cerebro—. Por favor —pidió él, y ella al fin lo hizo.

Con sus dedos, él empezó a tocarla, a masajearla, y a balancear sus caderas dentro del pequeño capullo que se había fabricado. Diana lo veía asomarse y esconderse al mismo ritmo que sus dedos la tocaban, e imaginó que así era el sexo, el sexo placentero. Lo apretó más fuerte, y empezó a mover las caderas con él.

Él enterró su rostro en su cabello húmedo gimiendo de placer, feliz de poder hacer esto, sin dejar de atenderla y satisfacerse a sí mismo. Pronto empezó a acelerar. Si había algo que debía agradecer de todo esto, era que no debía esperar demasiado. Los orgasmos de Diana siempre venían rápido, afortunadamente, y él podía desfogarse pronto. La escuchó llorar, pero no era de dolor, ni miedo, ni tristeza, era placer. Puso su mano sobre la de él, como pidiendo algo más, y él introdujo su dedo medio en su interior.

Era la primera vez que lo hacía, y Diana se corrió. Lo apretó fuerte con sus músculos internos y tembló alrededor de él. Feliz, se dejó ir también.

Luego, volvió a girarla, y terminó de enjabonarla, mientras ella permanecía flácida en sus brazos. Estuvieron bajo el agua caliente otro rato, se besaron, se dijeron cosas hermosas, ella lo bañó a él y luego le aplicó el champú. Desperdiciaron bastante agua, y bastante jabón, pero fue una mañana fantástica.

Diana le llevó el dinero a Esteban en un pequeño maletín que disimulaba muy bien su contenido. Esteban la había citado en un hotel bastante modesto y ella entró anunciándose con su apellido de soltera, segura como estaba de que Esteban no la había registrado como una Santos.

Cuando lo vio, se sorprendió un poco, él no estaba perfectamente cuidado como antes, y la

ausencia de sus pendientes y diamantes lo hacían ver demasiado... normal.

No se le veía orgulloso y pendenciero como antes, sino más bien preocupado. En un milisegundo casi sintió compasión por él, pero luego recordó que tal vez él había propiciado la muerte de su padre, y todo afecto desapareció.

—Aquí tienes tu dinero —le dijo, lanzándole el pequeño bolso a la cara. Esteban lo atrapó en el aire—. Espero que por una vez en la vida cumplas tu palabra y no vuelvas a buscarme para nada—. Diana pretendió dar la media vuelta, pero él le tomó el brazo. Asustada, pues ya él una vez intentó asfixiarla, forcejeó con él e intentó gritar, pero Esteban le puso la mano en la boca.

—No grites, estúpida! No te voy a hacer nada! —ella negó sin creerle—. Supe por qué te casaste con ese imbécil. Yo sé que tú no sientes nada por él. Puedo librarte de él si quieres —cuando Diana lo miró con sus ojos abiertos como platos, él confió en que ella no gritaría y le liberó la boca.

—De qué mierda estás hablando? —preguntó ella.

—Me enteré del contenido del testamento. La parte que leyeron cuando Hugh me echó. Te casaron con él, no fue tu voluntad. A que sí, hermanita?

—Y si así fuera...

—El viejo estúpido ese te obligó a casarte con él o morir en la miseria. Sé que lo odias. No te has puesto a pensar en que en ninguna parte de ese absurdo testamento dice nada en caso de que Daniel Santos muera? —Diana dio un paso atrás completamente horrorizada—. Si él muriera —siguió Esteban—, tú enviudarías, y serías libre, conservarías tu dinero, y podrías hacer luego lo que se te antojase.

—No te atrevas, Esteban.

—Atreverme a qué? Es sólo una idea. Te estoy dando ideas.

—Para qué?

—Las mujeres son más sutiles. Puedes, por ti misma, hallar la manera...

—Y qué te hace pensar que quiero que él muera? No se te ha ocurrido pensar en que a lo mejor estoy felizmente casada? —Esteban se echó a reír.

—No, eso es imposible. Tú eres una niña bien criada, y él...

—Y él qué, Esteban? Todavía te crees todas las estupideces que mamá te metió en la cabeza? No eres especial! —gritó ella—. Eres tan ordinario como cualquier otro ser humano. No descienes de ningún rey ni emperador, y si así fuera, seguirías siendo tan ordinario como cualquier otro! Daniel es más especial que tú!

—No me provoques, Diana! Ya sabes lo que te pasó la última vez!

—Intentaste matarme! Pero prefiero que me mates a mí a que le toques un pelo a Daniel, porque eso nunca te lo perdonaría, me oyes? NUNCA! Si a él le llegara a pasar algo tan tonto como un rasguño, te culparé a ti, y te buscaré hasta el fin del mundo y te acabaré, con todas mis fuerzas, te acabaré! —Esteban la miró serio, tal vez un poco sorprendido por su vehemencia—. Aléjate de nosotros —le dijo ella entre dientes—. No me vuelvas a buscar. A partir de ahora, estás bloqueado en todos mis contactos. Ya hace mucho tiempo que dejé de ser tu hermana.

—Por qué?

—Porque estoy más que segura de que tú mataste a papá—. Él se quedó lívido, y la vio dar la media vuelta y salir de su pequeña habitación. No pudo ir tras ella ni decirle nada más.

Diana sabía eso, pensó. Y entonces recordó que ese día ella había llegado de la calle y lo había visto salir del despacho del viejo.

Diana se había convertido también en una amenaza.  
Qué diría el testamento si ambos desaparecían?

## :31:

Maurice entró a la antigua casa en la que había vivido toda su niñez y adolescencia y se detuvo en la puerta.

Era más bien una mansión al estilo mediterráneo, con algunas partes en piedra, una hermosa fuente a la entrada, y luces de exterior que iluminaban el jardín.

Suspiró cuando muchos recuerdos de sí mismo vinieron. Él correteó por estos jardines detrás de mariposas, de pajaritos, y de cualquier bicho que se moviera, siempre bajo la atenta mirada de la niñera de turno.

Luego ya no tuvo niñeras, sino tutores, profesores que se turnaban luego de su horario de escuela para mantenerlo ocupado e instruirlo en cuanto cosa a su tío se le ocurriera. A causa de eso, tuvo pocos amigos en la adolescencia, pero también fue bueno, pues al estar solo tanto tiempo, pudo haber caído en malos pasos y malas compañías.

Sus amigos siempre fueron personas pensantes e inteligentes, mayores que él, y se convirtió en el adulto que su tío necesitaba, uno apto para heredarlo.

Bueno, luego había pasado la gran catástrofe de su vida, y todo eso había desaparecido. No sabía si seguía siendo el adulto que su tío necesitaba, y ahora él había descubierto que tenía un hijo. Tal vez no se requería de su presencia aquí, después de todo.

—No deberías estar en una boda? —dijo alguien tras él. Maurice se giró lentamente y encontró a su tío acercándose por uno de los lados del jardín, y caminando hasta él. Miró su reloj. La boda de David y Marissa sería en una hora.

—Sí. Más o menos. Pero odio las bodas, y he tenido muchas este año.

—Sí. Daniel se casó hace sólo unas semanas. Pero no eres tú el que se casa. No defraudes al amigo que ha sido como un hermano para ti todo este tiempo—. Maurice sonrió.

—Lo has sabido todo de mí estos años.

—Bueno, debía vigilar mis intereses.

—Sigo siendo parte de tus intereses? Ahora tienes un hijo—. La sonrisa de Stephen fue inevitable.

—Sí, ahora tengo un hijo. Un hijo que... —ahora hizo una mueca un tanto triste— tal vez no me quiere, y no me necesita... Pero tú eres mi sobrino, y digamos que me he encariñado contigo—. Maurice se echó a reír. Luego miró lejos y respiró profundo.

—Recibí tu mensaje —dijo, y no necesitó agregar nada más. Stephen supo que su sobrino estaba considerando volver. No sabía exactamente qué lo había motivado a venir aquí, no creía que fuera su simple visita a Daniel Santos. Tal vez el saber que tenía un primo, que él lo esperaba, lo habían hecho recapacitar.

Le habría gustado saber qué pasaba en la mente de su sobrino, pero nunca llegaría a saberlo con total certeza.

—Me alegra —contestó. Aquí todo sigue igual, incluso las cerraduras. No necesitarás llamar — Stephen siguió su camino hacia la puerta de entrada—. Por otro lado —siguió—, comprendo que las bodas y sus fiestas son siempre para amanecer. Si quieres ocupar tu antiguo apartamento de soltero, también está intacto. Vivir al lado de un anciano puede ser tedioso—. Stephen entró a la mansión y cerró la puerta tras sí sin agregar nada más. Maurice siguió con su sonrisa y cuando hubo quedado solo, miró al cielo azul sonriendo.

Habían sido siete años escondido, lamiendo sus heridas, llorando su miseria. Tal vez ya era tiempo

de levantar un poco la cabeza.

Miró en derredor. Si todo seguía intacto, entonces su vieja moto BMW debía estar en su lugar. Presionó los botones para abrir la puerta de una de las cocheras y la encontró allí.

El corazón se le contrajo un poco, y mordió sus labios. Esta había sido una vieja amiga compañera de aventuras, su más estable amante, y él la había dejado abandonada por todos estos años.

Era preciosa, con un motor de cuatro tiempos de alto cilindraje, negra y plateada. Paseó su mano por el asiento de cuero y notó que no había polvo allí; entonces se puso de rodillas y observó el motor, la cadena y las ruedas. Se notaba que recientemente había sido llevada a limpieza y mantenimiento. Tal vez su viejo tío lo había hecho sospechando su regreso.

Cerró sus ojos sintiéndose emocionado, a la vez que recordaba las mil recomendaciones del tío Stephen cuando la compró. Su tío no quería que se alocara en las calles, temía que sufriera un accidente, y en más de una ocasión discutieron por los diferentes comparendos que llegaron a la casa por su exceso de velocidad. Su tío no había sido demasiado afectuoso en toda su vida; no era de abrazos y besos, ni de regalos sentimentales, pero a su manera, sabía decir “te quiero”.

Encontró las llaves colgadas en un gancho en la pared, y las tomó; se sentó en la moto y la encendió. El motor sonaba suave y potente, y no lucía mucho con su actual atuendo, pues estaba vestido para ir a una fiesta de bodas, pero acaso eso importaba? No creía que David se fuera a molestar. Se ajustó el casco, metió los cambios y salió de los terrenos de la mansión hacia la boda de su mejor amigo.

A juicio de Diana, Marissa estaba preciosa, la novia más hermosa y radiante que jamás hubiese visto.

Llevaba su cabello rubio recogido en la nuca en una coleta, y los cabellos que le quedaban sueltos formaban preciosos bucles hasta llegar a la espalda. Su maquillaje acentuaba el color azul de sus ojos, y los hacía grandes y expresivos, y no necesitaba nada que acentuara su sonrisa, ella se ensanchaba sola y a cada rato.

El vestido no era uno incómodo como el que ella había llevado. Parecía muy fácil de llevar, liviano, y sin faldones o miriñaques debajo para que se mantuviera en su lugar.

—Estás brutalmente hermosa —le dijo Diana al verla ya lista para irse a la iglesia. Marissa se miró satisfecha con el resultado, y bajó del banquillo que habían situado frente a un enorme espejo en su antigua habitación de la mansión Hamilton para recibir el bouquet de lirios que llevaría de manos de su mejor amiga. Meredith, que había llegado hacía dos días, la ayudó acomodándole el velo, y las tres se miraron la una a la otra, emocionadas por la ocasión.

—Creo que sólo falta Nina —comentó Meredith mirando de reojo a Diana. Marissa suspiró.

—Me dijo que vendría. Diana...

—No te preocupes. Las cosas entre ella y yo quedaron claras la última vez que nos vimos. Tal vez no podamos ser las mejores amigas como antes, pero no nos tiraremos de los pelos cada vez que nos veamos.

—Me alegra mucho —sonrió Marissa.

—Además —siguió Diana—, es tu boda, no haría nada que lo arruine—. Marissa abrazó a sus dos amigas y se contuvo de llorar, no quería arruinar su maquillaje.

—Muchas gracias por todo a las dos.

—No digas tonterías —la regañó Meredith—. Si alguien tiene que agradecer, seré yo.

—No, yo —rebató Diana, y las tres se echaron a reír.

—Allí faltó yo —dijo Nina entrando, y las tres la miraron al tiempo. Diana notó que no la miraba, pero no se había privado de venir a la fiesta de bodas de su amiga por la enemistad que tenía con ella. Respiró profundo viéndola abrazar a Meredith y a Marissa, y cuando la miró a ella, Diana bajó sus ojos—. No me mires así —le pidió Nina—. La única manera en que podré perdonarte es haciendo feliz a Daniel. Si no es así, te odiaré, Diana—. Diana elevó el rostro sonriendo.

—Estoy dando todo de mí por hacerlo feliz.

—Bien... me conformo con eso por ahora... —Y tomándola por sorpresa, la abrazó—. Te he echado de menos, tonta.

—Y yo a ti. Mucho.

—No lloren! —reclamó Marissa, abriendo y abanicándose los ojos para que sus lágrimas se secaran sin llegar a rodar, se echaron a reír, y la ayudaron en lo que fue necesario hasta llegar al jardín y abordar el auto que la llevaría a la iglesia.

—Viniste sola? —le preguntó Marissa.

—Sí, me temo que sí.

—Maurice está solo —dijo Diana, mirando a Nina de reojo—. Podrías hacerle compañía—. No se perdió la mirada de Marissa, que no sonrió, ni pareció de acuerdo con la idea.

—Maurice estará bien por un rato, pero no te vayas a hacer ideas con él.

—Quién creen que soy? —preguntó Nina poniendo sus manos en su cintura—. No vine aquí a buscar novio. Estoy radicada en San Francisco, tampoco busco relaciones a distancia.

—Me alivia —sonrió Marissa, y Diana miró a su amiga preguntándole con los ojos si acaso le estaba ocultando algo. Ella sacudió su cabeza casi imperceptiblemente y subió a su auto decorado, donde la esperaba un Hugh muy bien vestido. Al ver a su hija, sonrió y le besó la frente.

Diana subió a un auto con Meredith y Nina al suyo y se adelantaron para llegar a la iglesia antes que la novia. Meredith se sentó al lado de Thomas, su esposo, y Diana al lado de Daniel. Cuando vio a Nina, él la miró interrogante, pero Diana sólo sacudió su cabeza.

Los novios pronunciaron sus votos, y la abuela Agatha soltó una que otra lágrima. También Michaela, aunque ella lo negó hasta el final; sólo Peter sabía la verdad, y la miraba con una sonrisa sobrada.

En la fiesta, Maurice parecía preferir bailar con Agatha, o con Michaela, o con la misma novia, así que ignoró a todas las demás mujeres que estaban allí casi disponibles. Su relación con Marissa había mejorado en los últimos meses. Y ya no denigraba tanto el matrimonio o el sexo femenino.

Y hacia la media noche, los novios se despidieron, y quedaron ellos a cargo, y bailaron, y bebieron, y algunos invitados se embriagaron a costa de Hugh, y robaron comida, o flores, o cualquier otra cosa.

Nina no dejó de observar a Daniel, y la manera como se conducía con Diana; la forma en que la miraba y la tocaba. Era un tanto extraño, pero ya que ambos estaban enamorados, supuso que era normal. Mientras bailaba, él de vez en cuando bajaba su mano hasta una de sus nalgas, y ella no lo alejaba, sólo sonreía y le rodeaba el cuello a él con sus brazos. Tal vez lo que había dicho Edward acerca de ella era falso. O tal vez era cierto, pero con Daniel era otra historia. Y seguía sin entender por qué lo había rechazado hasta ahora.

—Eres una de las madrinas de la boda? —preguntó un hombre tras ella, y se giró a mirar. Era un tipo guapísimo, de barba oscura y cerrada, ojos miel y cabello cortado casi al estilo militar. Tenía unos ojos melancólicos, la piel tostada, y unas cejas negras y pobladas. Era el padrino del novio, que había llegado a la iglesia en una moto ruidosa, llamando la atención de algunos de los invitados. Estaba para quitar el aliento. Y no estaba ebrio, ni parecía que hubiese tomado una copa.

—Sí, me temo que sí.

—Ah, bueno. Entonces estás prohibida—. Nina se echó a reír.

—Prometiste no tocar una dama de honor jamás? —él se encogió de hombros.

—Algo así. David me mataría—. Ella se echó a reír y le tendió la mano.

—Nina Pontini —se presentó. Él la estrechó y contestó:

—Maurice Ramsay —ella lo miró con una sonrisa cortés, y él se relajó un poco cuando notó que ella no lo recordaba de nada, como algunos invitados, que incluso habían tenido el descaro de preguntar por su vida personal. Al parecer, no todos recordaban al detalle los pormenores del escándalo del que había sido objeto hacía siete años.

Eso era un alivio. El tiempo había pasado cumpliendo con parte de su trabajo, después de todo.

Miró a Nina de nuevo. En los meses que ella había salido con Daniel, apenas si la había visto en un par de ocasiones. David nunca había sido feliz viéndolo con esta mujer, y cuando le preguntaba, él no sabía explicar las razones. Viendo a Daniel con Diana, podía comprender algo, pero la chica que tenía delante era guapa, y al parecer, bastante liberal.

La candidata ideal para una noche sin compromisos.

Sin embargo, inexplicablemente, su cuerpo no se excitó ante la expectativa. La miró, y ella parecía tan aburrida como él, y quiso reír. Ella tampoco se estaba haciendo ideas, y sus ojos habían vuelto a Daniel.

Ella estaba enamorada de él aún, no cabía duda, y por experiencia propia sabía que no se olvidaba a una persona acostándose con otras cien.

Permaneció a su lado, aunque en silencio, por simple solidaridad. No sabía si consigo mismo o con ella. Eran los únicos que habían venido sin pareja aparte del mismo Hugh, y era preferible esto que estar solos.

—Creo que te tengo una noticia poco grata —le dijo Hugh a Daniel en un momento en que pudo acercársele mientras buscaba un par de copas.

—Es de trabajo? —preguntó Daniel con cara de acontecimiento. Hugh hizo una mueca.

—Es acerca de tu cuñado —Daniel respiró profundo resignado. Miró a Diana a la distancia, pero ella estaba entretenida con Meredith.

—Bien, háblame.

—Está en bancarrota.

—Mierda —repuso Daniel al instante.

—No tardará en darte problemas a ti o a Diana —siguió Hugh—. Tal vez deberías contarle, y prevenirla. Conociendo a Esteban, la buscará para pedirle dinero, y si ella le da aunque sea una vez, allí lo tendrá para siempre.

—Cómo puede un hombre perder tanto dinero en tan poco tiempo?

—Alguien con su estilo de vida y forma de pensar es muy vulnerable a los aprovechados y



estafadores; sería como quitarle un dulce a un bebé...

—No puedo creerlo —farfulló Daniel, meneando su cabeza. Por la misma cantidad de dinero él se había casado con Diana, pues eso representaba el bienestar de miles de familias; pensar en eso lo molestaba; Esteban lo había perdido todo en tres meses.

—Ya estás avisado —advirtió Hugh—. Nada de pasarle dinero.

—Dice algo al respecto el testamento?

—Tú lo escuchaste, y no, no dice nada. Ya es decisión de ustedes si lo tienen allí como parásito o no.

—Qué pesadilla.

—Con esa carga vivió Jorge toda su vida, e intentó enderezarlo una y otra vez, pero no pudo. Por el contrario, cada vez él está cada vez más y más lejos de redimirse—. Hugh le puso una mano en el hombro a modo de pésame. Daniel miró el par de copas que tenía en la mano preguntándose si esa carga tendría que llevarla él de ahora en adelante. Miró a Diana y ella le sonrió a la distancia.

Tal vez era el precio a pagar por toda la felicidad que ahora tenía.

—A propósito —siguió Daniel antes de que Hugh hiciera ademán de alejarse—. Conocí a Stephen Ramsay—. Hugh lo miró fijamente tratando de comprender lo que esas palabras significaban en realidad. Hizo una mueca sonriendo de medio lado.

—Ya. Siempre supe que lo averiguarías. Y cuando vi a Maurice la primera vez, le advertí a Jorge; pero él había hecho una promesa y la mantuvo hasta el final—. Daniel respiró profundo y quiso alejarse para ir hacia su mujer, pero Hugh lo detuvo—. Stephen no es una mala persona, y si nos ponemos justos, Jorge cometió el mismo error que él. La diferencia estuvo en que a él tu madre sí le dio la oportunidad de reivindicarse, en cambio a Ramsay, no.

—Crees que merezca una oportunidad?

—Eso lo decides tú. Eres bastante grandecito como para tener claro si deseas agrandar tu familia o no—. Daniel meneó su cabeza, y sin agregar nada más, se fue a buscar a su mujer.

A la mañana siguiente, Diana despertó desnuda en su cama.

Anoche, Daniel había sacado de debajo de la manga otra de sus gloriosas ideas para llevarla a ella, y a sí mismo, al éxtasis.

Sonrió un poco sonrojada ante todo lo que habían hecho. Sin coito.

Cómo sería? Se preguntó. Cómo sería en ausencia del dolor?

Se sentó poco a poco, con cuidado de no despertarlo, y lo encontró durmiendo a pierna suelta a su lado, desnudo también... y con su acostumbrada erección mañanera.

Tenía un marido bastante activo por la mañana. Por eso, muchas veces huía temprano de la cama y se recluía en el gimnasio, para quemar todas esas energías.

Ella quería satisfacerlo. Quería que él encontrara en ella toda su saciedad. Anoche, en la boda de Marissa, había sentido algo de aprehensión por la presencia de Nina, pero él apenas si la había saludado, y había vuelto a ella y ni siquiera la había mencionado. Él era fiel, a pesar de lo poco que ella le daba. Quería pensar que sería así siempre, pero... y si no? Era justo con él?

Pasó una mano por su pecho y la fue bajando hasta su vientre plano y musculoso. Él había desarrollado aún más sus músculos últimamente, y no era para menos. Con todo lo que invertía en el

gimnasio, no podía ser de otro modo.

Se subió encima de él poniéndose en cuatro y lo miró largamente. Su expresión se suavizaba mucho mientras dormía, tenía los labios un poco entreabiertos y quiso besarlos, pero eso lo despertaría y quería disfrutar un poco más de la vista de él desnudo y dormido. El cabello, alborotado y un poco largo estaba desparramado sobre la almohada; también se abstuvo de tocarlo.

—Dan, te amo tanto —susurró, y se mordió los labios siguiendo con su escrutinio.

Bajó un poco el rostro a él y aspiró su aroma masculino, una mezcla entre hombre que acaba de tener sexo y las esencias maderables de la Obsession de Calvin Klein. También esto la embelesaba. Ningún otro hombre en el mundo olía tan bien como él. Era cuidadoso con su limpieza, y en su baño había encontrado artículos para el cuidado de las uñas y los pies. Hasta el momento, nunca le había hallado un mal olor, ni en él, ni en su ropa o sus cosas. En ocasiones, era él quien recogía su desorden, y ella se avergonzaba un poco, pero él nunca decía nada.

Tenía que ser de mentira, un hombre no podía ser tan parecido al ideal.

Y entonces se quedó mirando su miembro, erguido y duro sobre su vientre. Hasta eso era hermoso. Hacía días que había dejado de temerlo, y ya no se escandalizaba cuando él la rozaba, o lo veía desnudo, y muchas veces lo tocó ella por placer.

Lo tomó ahora en su mano, y lo sintió moverse, pero él siguió dormido.

Esto despertó su curiosidad. Hasta dónde podía llegar ella sin que él despertara? Quería ver.

Lo acarició de arriba abajo con la yema de sus dedos un par de veces, pero sólo logró que éste creciera más en su mano, y la punta se humedeciera. Se maravilló al ver su tamaño, pero se obligó a sí misma a no asustarse. Él había estado con muchas mujeres en el pasado. Apostaba a que ninguna de ellas había salido lastimada por su tamaño. Tampoco es que fuera algo fuera de lo normal o natural, pensó.

Y tuvo una idea. Él siempre se negaba a volver a intentarlo, pero ahora estaba dormido, y lo que tenía en su mano parecía muy dispuesto.

Bajó la cadera un poco hacia él y se lo ubicó en la entrada, sintiendo expectativa, algo de temor, pero decidida. Se acarició con él, tal como él hacía, pasándoselo de arriba abajo con la punta, y sintió que se humedecía inmediatamente. Esto era increíble, pero muy cierto; su cuerpo lo anhelaba, al menos, una gran parte de él.

Y luego se fue empalando en él poco a poco. Como siempre, llegó un punto en que no pudo avanzar, y se quedó allí, preguntándose por qué, deseando llorar. Lo miró, y se encontró con un par de ojos muy verdes, y muy despiertos que la miraban.

—Diana... —susurró él, excitado y preocupado a partes iguales.

—Te dije que lo volvería a intentar.

—Pero no quiero hacerte daño... —ella se empujó hacia abajo, y él entró otro poco; Diana contrajo el rostro, como si le doliera. Daniel cerró sus ojos, pero no la animó tocándola, y Diana comprendió que si esta vez quería llegar hasta el final, tendría que hacerlo sola.

Bajó otro poco y ésta vez gimió. Por qué dolía? Por qué? No estaba húmeda? No estaba preparada ya?

Los ojos se le humedecieron, pero no se separó de él. Daniel se sentó sin moverse mucho, viendo su determinación, y elevó una mano a ella y le quitó el cabello que se le venía al rostro.

—Mírame —le pidió, y ella hizo caso. Su pecho subía y bajaba agitado, y él tragó saliva

imaginándose solamente lo que ella debía estar pasando. Cómo podía ayudarla? Qué podía hacer que no hubiera intentado ya? cerró sus ojos, pues no podía dejar de ser consciente de que estaba la mitad dentro de ella, y él llevaba deseándola mucho rato—. Te amo —le susurró—. Te amo, Diana.

Ella lo miró fijamente, olvidándose por un momento de todo, tal como sucedía cada vez que él pronunciaba esas palabras.

Ella también lo amaba. Quería hacerlo feliz, quería pasar con él toda la vida. Quería, por una vez, ser una con él.

—Te amo desde el primer día que te vi —siguió él, buscando con sus labios su cuello, acariciándola con su nariz—. Te amo como el búho ama a su estrella—. Eso la hizo sonreír. El búho había tenido que morir y convertirse en una nebulosa. Esa nebulosa se había transformado luego en una estrella, y había podido al fin estar al lado de su amor.

Y entonces comprendió la verdad de todo. El búho no era Daniel. El búho era ella. Era ella la que nunca había estado a la altura de él.

Desde que había descubierto que lo amaba, lo había sentido inalcanzable, demasiado lejos. Sus limitaciones no eran de cuna, o de poder. Sus limitaciones, como las del búho, eran físicas. Y la estrella, radiante y hermosa, era él.

Él gimió echando su cabeza hacia atrás, y ella miró el sitio en el que los dos estaban unidos preguntándose qué había sucedido. Él estaba todo en su interior, y a ella no le dolía. Asustada, sorprendida, lo miró a los ojos, y algo hizo clic dentro.

Todo en el universo se puso en su lugar. Al fin. Y sin necesidad de decirlo, ambos lo comprendieron. Estaban unidos en más de un sentido. En todo el mundo, no había nadie más para ella, ni nadie más para él. Aquí y ahora, llegaban al fin a su destino.

Diana gimió de un placer inexplicable e infinito y se retorció por dentro apretándolo fuertemente. Él apretó sus dientes conteniendo dentro un bramido. Ella empezó a moverse primero lentamente, como tanteando, pero al primero de sus embates perdió el control y sus caderas empezaron a mecerse loca, desenfrenada, urgente y descontroladamente. Lo estaba reclamando, le estaba poniendo un sello invisible, pero era su sello. Este hombre era suyo.

Lo tomó a él del cuello para afirmarse y siguió balanceando sus caderas sintiendo que blanqueaba los ojos, que su cuerpo se bañaba en sudor, que toda ella moría y volvía a resucitar. Esto era increíble, sublime, hermoso.

Él la tomó de la cabeza y la atrajo a él. La llamaba, notó, pero ella estaba lejos, no podía comprender su lengua, sólo sabía que lo tenía dentro, que lo podía sentir plenamente, casi como si lo estuviera viendo, y que estaba sintiendo un orgasmo con la fuerza de un segundo Big Bang.

—Diana —escuchó ella cuando regresó de su nebulosa, transformada al fin en una estrella. Él la acariciaba suavemente, y se mantenía duro y quieto bajo ella—. Amor...

—Te amo, Dan —lloró Diana—. Te amo tanto.

—Lo sé, amor, lo sé.

—Quiero estar a tu lado por siempre.

—También yo.

—Quiero tener tus bebés, quiero ser tu compañía, tu amiga y tu amante.

—Lo eres, mi cielo.

—Te amo —insistió ella buscando su boca, y él la besó. Ella empezó a moverse otra vez, pero ésta

vez él la detuvo con más éxito poniendo una mano fuertemente sobre su cadera.

—Lo mejor del sexo —la instruyó él con una sonrisa cuando ella lo miró reclamándole por detenerla—, es que podemos hacerlo tan largo como podamos. Quieres probar tus propios límites?

—Oh, sí.

—Estás segura?

—No me quiero separar de ti jamás—. Él tuvo que reír.

—Cariño, en algún momento del día tendremos que hacerlo.

—Retrasemos el momento —y volvió a arquearse encima de él, sacándole un gemido.

La acomodó debajo de él ubicándose entre sus muslos abiertos, y sin demasiados preámbulos, que no eran ya necesarios, pues Diana lo estaba urgiendo, empezó a moverse en su interior. Al fin! Llegaba hasta el fondo de su cavidad, y luego salía hasta sólo dejar dentro la punta; y luego volvía a empezar.

Esto era el cielo. Estar dentro de Diana, sentirla centímetro a centímetro, sin rastro de dolor o incomodidad por su parte. Esto era el cielo. Hoy había ocurrido un milagro, y él no había podido imaginar que hubiese podido existir un sitio mejor que la primera fila para verlo.

Inevitablemente, y antes de lo que hubiese querido, empezó a acelerar sus movimientos. Diana lo besó, lo arañó un poco y no dejó de pasear sus manos por todo su cuerpo. En un momento estaban en su cabello, luego en su pecho, en su espalda y bajaban hasta sus nalgas. Apretaba, pellizcaba, mordía y movía las caderas recibiendo con placer cada embate. Era la amante perfecta, aunque lo estaba sacando de quicio.

Aceleró de nuevo, y la habitación se llenó del sonido de sus cuerpos al chocarse y encontrarse, de sus quejidos, del aroma a sexo y placer. Diana gritó de nuevo y se convulsionó en su interior, apretándolo tan fuertemente, que Daniel tuvo que dejarse ir, abandonarse, darse por vencido, y se corrió en su interior hasta sentirla toda empapada. La abrazó fuertemente, sin separarse de ella, deseando quedarse allí por toda la eternidad, y volvió a lanzar un último embate que la hizo llorar y morderlo y apretarlo aún más fuerte.

Por fin, cuando ya ninguno de los dos tuvo fuerza, se derrumbaron. Ella siguió abrazándolo, él siguió en su interior. Los vestigios de su increíble orgasmo los inundaban aún, y de vez en cuando él volvía a moverse, y ella a balancearse, hasta que todo resquicio fue desapareciendo, y el cielo de ambos volvió a despejarse. Era el mismo cielo. Era el mismo destino.

**:32:**

Un teléfono timbraba.

Entre sueños, Diana lo escuchaba, pero tenía la esperanza de que el molesto sonido desapareciera.

Pero no lo hizo; timbraba y timbraba.

Resignada, extendió la mano, y vio en la pantalla la imagen de Meredith. Era ella quien llamaba.

—Hola, cariño —saludó ella con pereza.

—Esa voz! —exclamó Meredith—. Oh, Dios mío, Diana. Sigues en la cama! Y yo aquí en un restaurante esperándote! —Diana saltó de la cama. Tenía una cita con Mer para almorzar hoy! Miró el reloj. Las doce!

—Ya... ya voy en camino! —exclamó ella corriendo al cuarto de baño, pero tuvo que detenerse. Caray, le dolía! Miró a Daniel en la cama cuan largo era y mirándola con una sonrisa satisfecha. Habían hecho el amor desde que había amanecido hasta ahora casi sin parar. Sólo para ir al baño una vez y atacar la nevera otra. Y estaba adolorida en ciertas zonas.

—Mentirosa! —acusó Meredith—. Oh, Diana!

—Dame una hora! —pidió ella corriendo a la ducha—. No! Dame cuarenta minutos. Vete de aquí! —le gritó a Daniel, que había ido tras ella hasta la ducha, pero él sólo sonrió cruzándose de brazos y elevando una ceja.

—Más te vale que cumplas, Diana Santos. Me voy en unas horas a Los Ángeles, así que si quieres almorzar otra vez conmigo tendrá que ser allá. Me escuchaste?

—Sí. Sí. Lo sien... —dejó la disculpa a la mitad, pues Meredith había cortado la llamada sumamente molesta. Mer molesta. El mundo se iba a acabar!

Se cubrió la boca con el teléfono mirando a Daniel preocupada. Su amiga estaba molesta con ella!

—Y qué haces allí mirándome? —reclamó él con la risa pugnando por salir.

—No recordaba la cita que teníamos con ella.

—“Teníamos”?

—La idea era que nos viéramos los cuatro.

—Ah. No me dijiste. Y si me hubieses dicho... no habría servido de nada, ya que estábamos muy ocupados —dijo él acercándose a ella, pero Diana se encerró en la ducha cerrando la puerta de cristal quedando dentro.

—Eres un peligro! —gritó desde adentro.

—Miedosa! —se burló él.

—Sólo tenemos cuarenta minutos para ducharnos y llegar! Date prisa!

—Te vas a duchar con el teléfono en las manos? —ella se miró y cayó en cuenta de que no lo había soltado. Abrió la puerta lo suficiente para pasar el teléfono y él lo recibió riendo. Diana volvió a cerrar y abrió la regadera.

Veinte minutos después, ambos estaban listos, con el cabello aún húmedo, y Diana daba vueltas buscando los accesorios adecuados para su vestido.

—Vamos ya —la apuró Daniel—. Los hemos hecho esperar demasiado.

—Dios, y yo tengo hambre.

—Claro, si no hemos podido comer nada por tu culpa —ella lo miró de reojo, pero no lo contradujo, y una sonrisa satisfecha se le salió cuando a su mente vinieron algunas imágenes de todo

lo que habían hecho durante la mañana. Por Dios! Con razón estaba un poco adolorida!

Llegaron al restaurante cinco minutos más tarde de lo previsto a causa del tráfico, y Daniel estaba seguro de que se había excedido un poco con la velocidad. Bueno, ya llegarían los comparendos a su buzón.

—Hola, Mer! Lo siento, Mer! Qué bonita estás, Mer!

—Eso. Tienes muchas suelas que lamer si quieres que te perdone semejante retraso! —Daniel miró a Thomas, y éste lo saludó poniéndose en pie y abrazándolo. Él no hizo reclamos; sabiendo que sólo llevaban un mes casados, imaginaba qué los había retrasado.

Daniel miró a Diana, y cuando ésta empezó a disculparse de nuevo, él le puso los dedos en la boca para detenerla.

—Fue mi culpa —dijo—. Me temo que la entretuve demasiado—. Diana se sonrojó, pero Meredith, que ya llevaba años casada, sólo suspiró.

—Vale.

—Estás preciosa, Diana —saludó Thomas, sonriéndole mientras se sentaban y Daniel le corría la silla a su esposa para que lo hiciera con tranquilidad.

—Gracias.

—Es verdad —dijo Meredith mirándola analíticamente—. Qué te hiciste? Te vi apenas anoche, y no estabas tan... rozagante.

—Oh, bueno...

—El cabello —interrumpió Daniel elevando las comisuras de sus labios en una sonrisa—. Cuando lo lleva suelto, luce genial, no es así?—. Diana sonrió recordando que a su marido le encantaba su cabello... y esta mañana también se había convertido en un fetiche sexual...

—Es verdad que te vas esta tarde? —preguntó, intentando sacar de su mente imágenes tan impuras.

—Sí —contestó Meredith.

—Cosas de mi trabajo —intervino Thomas—, pero últimamente he tenido que desplazarme aquí muchas veces... muchas bodas —Daniel sonrió.

—Gracias por venir a las dos.

—Si no lo hacía, Meredith habría dejado de hablarme por un mes.

—Exagerado —acusó Meredith sacudiendo su cabeza. El maître llegó con las cartas y los cuatro se concentraron en su comida. El estómago de Diana rugía ya, y prácticamente acabó con las entradas.

Meredith observó a su amiga y se sintió más relajada. Este par de días que había estado aquí para la boda de Marissa, había notado que esa sombra de preocupación y tristeza que tenía desde hacía años, no se le había borrado del todo a pesar de haberse casado con un hombre al que ella sabía que amaba.

Pero esa tristeza y esa preocupación se habían ido. A Dios gracias.

Luego del almuerzo, caminaron un rato por los alrededores, y Diana y Meredith se adelantaron para hablar de sus cosas mientras Daniel y Thomas, unos pasos atrás, las seguían y hablaban también sin dejar de observarlas.

—Parece que se han hecho realidad tus sueños —rió Thomas mirando a Daniel, que observaba embelesado el balancear de las caderas de su mujer al caminar.

—Bueno, gran parte de esos sueños sí. También se han hecho realidad cosas que no sabía que soñaba—. Thomas lo miró con ojos entrecerrados.

—Eso es demasiada información –Daniel se echó a reír.

—No sé si recuerdas una vez en Boston que me embriagué y...

—Te embriagaste muchas veces.

—Sí, lo sé... pero esa vez yo creí que había tenido un sueño con Diana. Creo que llegué a contártelo –Thomas suspiró.

—Sí. Lo recuerdo. Hablaste de búhos y estrellas, y de que al fin le habías dicho que la quieres y blah, blah, blah... —Daniel siguió sonriendo—. Qué –inquirió Thomas—, eso no fue un sueño?

—No. Ella realmente estuvo allí.

—Ah. Entonces fue ella –Daniel lo miró interrogante—. Te llamé, y una mujer contestó el teléfono. Me pidió que fuera a verte porque estabas mal. Me imaginé que sería una de tus tantas amiguitas, pero ahora pienso que debió ser Diana. Ninguna de ellas te llamaba “Dan”, ni tenían el cerebro para fijarse en alguien más que en sí mismas. Por qué las escogías rubias, de todos modos? –Daniel señaló a Diana con su mano.

—Porque ella es morena—. Thomas lo miró haciendo una mueca.

—Eso no tiene sentido—. Daniel rió y siguieron andando.

Hacia las horas de la tarde, Diana y Daniel acompañaron a Thomas y a Meredith al aeropuerto. Meredith abrazó a Diana fuertemente, y Thomas y Daniel palmearon sus espaldas prometiéndose una visita, ahora por parte de Daniel y Diana, a Los Ángeles.

En cuanto quedaron solos, Diana y Daniel se miraron el uno al otro y se echaron a reír descubriendo que, aunque los dos querían mucho a sus amigos, y realmente lamentaban que se fueran, era más urgente estar a solas pronto, en una habitación ojalá.

Subieron al auto conducido por Daniel, y ahora él parecía tener más prisa que antes, y en cuanto llegaron al edificio en el que vivían, bajaron del auto y corrieron al ascensor, entre risas, besos, abrazos y carreras.

En cuanto cruzaron la puerta, Daniel la llevó contra la pared, y ya los besos eran urgentes, calientes, más parecían ser mordiscos que besos, y agradeció el que ella llevara un vestido y no pantalones, así pudo desnudarla más pronto y estar dentro de ella.

Ambos gimieron de placer, y más parecía ser el sonido que se hace cuando se está sediento y se toma un vaso de agua fría, que un gemido.

—Me envicias –susurró él, mientras empezaba a mecerse dentro de ella, y Diana se aferraba a él para no caer. Elevó a él el rostro, y en vez de besarla, Daniel empezó a besar y lamer la curva de su cuello, a mordisquear el lóbulo de su oreja, meter la lengua y repetir palabras que en una conversación de salón habrían sonado tremendamente sucias.

Diana se mecía con él a su ritmo, gemía cuando sentía cómo la tocaba hasta lo profundo y volvía a salir dejándola vacía y anhelante.

Con manos torpes, empezó a desnudarlo, pero las sensaciones y el placer que estaba sintiendo retrasaban su objetivo, y al final se rindió y simplemente se aferró a su camisa y se limitó a sentir el orgasmo que había llegado tan de repente. Daniel se separó un poco de ella y la miró admirado, con una sonrisa en los labios.

—Mujer, qué rápido llegas –se burló, pero ella tuvo la suficiente humildad para aceptarlo.

Salió de su cuerpo, y tal y como estaba, con su erección apuntando justo al frente, la alzó en brazos para llevarla a la cama. Una vez en ella, se desnudó a sí mismo y se acostó a su espalda. Diana se giró

a mirarlo interrogante, pero él tenía sus ojos cerrados mientras besaba sus cabellos. Cuando la miró, Diana llevó a su rostro sus manos y le acarició la mejilla. Hoy no se había afeitado, pero aun así estaba guapo.

—Parece que disfrutas... de muchas formas –susurró ella con la voz todavía agitada por el último orgasmo; él sonrió, la rodeó por la cintura con su brazo y la pegó más a él.

—Es sólo que aún no me puedo creer todo esto. Temo estar viviendo un sueño. Eres mi esposa, eres mi mujer, y me amas –besó la piel de su hombro y aspiró su perfume—. Siento que si no te beso a cada momento del día, estoy perdiendo el tiempo—. Ella sonrió ante esas palabras, pero no agregó nada. Había momentos en los que simplemente era mejor callar y escuchar—. Llevo tanto tiempo amándote –siguió él entre besos—, y significas tanto, tanto para mí, que esta realidad me sobrepasa; levantarme en la mañana y verte a mi lado, comer contigo, reír... Cada día es un regalo, es un milagro. Podría quedarme aquí eternamente, simplemente mimándote, simplemente mirándote. Quiero llegar a viejo y saber que no desaproveché ningún instante—. Diana cerró sus ojos, giró su cabeza a él de nuevo y lo besó con toda la ternura que ahora sentía—. Agradezco tanto a Dios poder estar a tu lado –concluyó él, y respondió a sus besos, despacio, no con la furia y la urgencia de hace un momento, sino como si cada beso fuera una reverencia.

Amada, totalmente amada, desde todos los ángulos, por todos lados. Así se sentía Diana, y no encontró las palabras para expresarlo. Se decía a sí misma hábil con las palabras, pero él la había dejado en silencio, como el silencio que ha de guardar el amante del arte ante una obra maestra. Se sentía humilde, tal vez un poco deudora, pero agradecida, infinitamente agradecida.

Una vez, hace mucho tiempo, un búho se subió a la rama de su árbol predilecto, y desde allí aguardó a su estrella. Ella le hablaría hoy, estaba seguro. Hoy le diría que ya había llegado el momento, el momento de estar juntos al fin.

“Tu vida es corta –le dijo la estrella al búho—; no tendrás que padecer mucho. Yo, en cambio, llevo demasiado tiempo esperando!”.

Por eso Daniel era la estrella. La amaba desde hacía tanto tiempo, y con tanta desesperación, que cuando al fin ella pudo llegar a él, le costó un poco comprenderlo.

Oh, aceptó feliz el regalo, y luchó por él hasta el último minuto cuando se presentó la adversidad.

Muchas veces sintió que no podría llegar a su nivel. En aquellas noches solitarias deseó que el amor de Daniel pudiese ser envasado para poder tomar aunque fuera una pequeña dosis. Cada vez que lo veía, salía un poco lastimada por el daño que le hacía, pero también reconfortada por haberlo visto, por haber escuchado su voz.

—Yo soy el búho –susurró ella cuando lo sintió besar su espalda, acomodarse detrás para entrar en ella—. Soy yo quien tuvo que subir a ti. Soy yo quien te miraba de lejos callando mi amor—. Se interrumpió cuando lo sintió en su entrada, con expectativa. Cada vez que estaba con Daniel, cada vez que se unía a él, era un evento.

Daniel la atravesó lentamente, y besó su oreja, su cabello, su nuca. Susurró llamando su nombre, como si estuviese agonizando y la necesitara con urgencia.

—Estoy aquí –contestó ella, y se movió un poco para sentirlo pleno en su interior. Era magnífico—. He cruzado todo el universo para estar a tu lado, mi amor—. A pesar de todo, él la escuchaba, y ante sus últimas palabras, se pegó más a ella y empezó a moverse. Ella estaba tan resbaladiza que no necesitó demasiados estímulos para empezar ese viaje que los llevaría a la locura. Todo su cuerpo, toda su mente, sus sentidos, su deseo, estaban concentrados en la mujer que tenía entre sus brazos. Lo



hacía feliz saber que la estaba haciendo feliz.

Pero entonces ella soltó un gemido y Daniel perdió el hilo de sus pensamientos, y empezó a acelerar sus movimientos, condenado a satisfacer la urgencia que lo embargaba ahora. No supo si gritó, bramó o guardó silencio; sólo supo que en Diana estaba todo lo que él necesitaba ahora. Su mundo era perfecto porque ella estaba en él.

—Así que eres el búho? —preguntó él, finalmente agotados. Ella movió su cabeza para mirarlo; había estado dormitando, pero ninguno de los dos había salido de la cama. Ahora yacían desnudos, el uno con la cabeza en dirección al piecero, y el otro, en la cabecera; él con un brazo rodeaba su pierna, como si simplemente no se resignara a dejar de tocarla.

—Lo comprendí ésta mañana —susurró ella con voz perezosa, sintiendo los toques suaves de sus dedos en su piel—. Era muy arrogante de mi parte pensar que soy alguien tan hermoso e importante, digno de ser amado de esa manera. No soy luminosa; por el contrario, hay demasiadas sombras en mí. Y no estoy tan alto, he vivido atada a la rama de un árbol toda mi vida—. Lo escuchó sonreír.

—Si mamá se hubiese imaginado en lo que se convertiría esa historia... Tal vez no me la habría contado.

—Si no fueran la estrella y el búho, serían la luna y la luciérnaga; o el sol y el gallo —ella bostezó—, o la polilla y el fuego—. Él volvió a sonreír.

—Estamos destinados a amarnos?

—Absolutamente.

—Y si yo hubiese sido un Ramsay...

—Me habría enamorado de ti en la escuela.

—No, yo era un flacucho larguirucho —ella se echó a reír, y se puso de medio lado, cerrando sus ojos y sintiéndose adormecida.

—Ahora puedo imaginar historias alternas, una donde nuestros padres deciden casarnos por dinero, y donde, finalmente, yo me rindo a ti. Otra donde tú me haces el amor y me robas la virginidad justo después de decirte mi nombre, pero al final terminamos bien; o tal vez la mejor es esa donde nos miramos a la distancia, y sin saber por qué, ni cómo, ni de dónde, el amor nos asalta.

—Son buenas historias, sobre todo porque estoy seguro de que si reencarnara doce veces, doce veces me enamoraría de ti —ella sonrió emocionada de nuevo por sus palabras. Luego suspiró.

—De cualquier manera —siguió ella con voz pastosa—, si estoy contigo, estoy en casa. Mi viaje termina al fin—. Daniel frunció un poco el ceño al escuchar esas palabras. Era como lo que había dicho Jorge antes de morir, y aquella anciana loca.

Tal vez era todo verdad, y el viaje terminaba ahora.

Qué seguía?

Al lado de Diana, pensó, el paraíso.

Su mano quedó quieta sobre la rodilla de ella cuando al fin se quedó dormido, y en su rostro había una sonrisa satisfecha y feliz.

Maurice entró a la oficina de Daniel en horas de la tarde y éste lo recibió con una sonrisa y un apretón de manos. Parecía como si él ya supiera la razón por la que había pedido verlo hoy.

—Siéntate —lo invitó Daniel, y Maurice suspiró.

—Me temo que vengo a renunciar —empezó Maurice, sin ningún tipo de preámbulos, y miró a Daniel, que permaneció en silencio sin muestras de sorpresa—. Lo he estado pensando —siguió Maurice—. Es tiempo de que regrese —Daniel lo miró analítico.

—Estás seguro?

—No —eso lo hizo reír—. La verdad, estoy bastante asustado, pero estoy cansado de estar asustado. Además, es mejor que regrese ahora que por fin he tomado el impulso. Estaré un tiempo bajo el ala de tío Stephen, y luego, tal vez, sea capaz de llevar las riendas yo mismo—. Daniel respiró profundo.

—No puedo, ni debo retenerte.

—Gracias. Pero quiero que sepas que mi paso por aquí, aunque fue de unas pocas semanas, fue definitivo para que tomara esta decisión. Recordé que me gustaban las leyes, que estudié con gusto, e incluso inicié una especialización. Quería llevar la firma a la gloria... y por mi culpa ha estado más bien a la sombra. Tendré que rozarme con toda esa gente que habló a mis espaldas, se burló o me compadeció, pero será inevitable, y tengo que avanzar.

—Eso es muy valiente de tu parte.

—Y una mierda —rió Maurice—. He estado cagado de miedo todos estos años. No hay valentía en mí, sólo... esto sólo es supervivencia.

—Por lo que sea.

—Y eso también te lo debo a ti —continuó—. Me hiciste caer en cuenta, con un par de frases aquí y allá, de que me estaba convirtiendo en el amigo borracho y autodestructivo—. Maurice sonrió un poco triste, y Daniel se preguntó cómo habría sido este hombre antes, antes de que esta mujer llegara y le destruyera la vida, y se llevara a la tumba su felicidad. Maurice era bromista, tenía chispa, era inteligente y extremadamente leal. Cómo habría sido en esa época en que tenía motivos para ser feliz? Quién era la maldita, de todos modos, para volverla a asesinar?

—No iniciaré un discurso melodramático —dijo Daniel—, pero me alegro mucho por ti—. Maurice suspiró.

—Lo sé. Y ahora que regrese David de su luna de miel, se alegrará también. Y Agatha.

—Y tu tío—. Maurice lo miró de reojo.

—Él espera, algún día, poder invitarte a ti y a tu mujer a cenar—. Ante esas palabras, Daniel elevó una ceja.

—No es fácil aceptar siquiera que tienes un papá por allí luego de tantos años.

—Te entiendo —dijo Maurice poniéndose en pie, y Daniel lo imitó—. Yo mismo no sabría qué hacer si mi madre apareciera ahora. Aunque es diferente, es imposible que ella haya parido un hijo sin enterarse, como le sucedió a tío Stephen, que nunca supo de ti. Parece que en mi familia no está esa habilidad de proteger a las crías, como en el resto de los mamíferos—. Daniel sonrió.

—Te aseguro que a mis hijos los protegeré con mi vida. Y estoy seguro de que luego de haber carecido de padre y madre, tú también lo harías. Aprendemos de nuestras carencias.

—No tendré hijos —aseveró Maurice—, porque para tenerlos, tendría que casarme, y no volveré a cometer semejante atrocidad. Jamás.

—Vale, lo que digas. Mis hijos tendrán un tío solterón, entonces—. Maurice se alzó de hombros.

—Yo tuve uno y no fue tan malo; me lo dejó todo—. Daniel se echó a reír, y cuando Maurice le tendió la mano, se la estrechó con fuerza, intentando transmitirle un poco del bienestar que él ahora mismo tenía. Lamentablemente, eso no podía pasarse de un ser humano a otro como se pasan datos de un móvil a otro.

—Si llegas a necesitar ayuda en lo que sea, ya sabes.

—Gracias, y seguro que lo necesitaré—. Alguien tocó la puerta un par de veces, y luego ésta se abrió. El rostro de Diana apareció, y el rostro de Daniel se iluminó al verla, que soltó la mano de su primo y caminó a ella para saludarla con un beso en los labios.

—Perdonen —se disculpó ella mirando a Maurice—, no quería ser inoportuna.

—Ya me iba, de todos modos —miró de nuevo a Daniel—. Estamos hablando —se despidió, y salió de la oficina de su recién descubierto primo, que seguro estaba esperando a que se fuera para poder darle un beso en forma a su mujer.

Ese conocimiento le atravesó el pecho. Hubo una época en la que él estuvo ansioso por quedar también a solas con una mujer, porque había estado tan enamorado como tal vez lo estaba Daniel. Esta generación Ramsay se volvía estúpida cuando se enamoraba, no había duda.

Daniel estaba besando en forma a su mujer, y ésta no se opuso para nada.

—Te he echado de menos —se quejó él, entre beso y beso.

—Pero si estuvimos juntos a mediodía!

—Demasiado tiempo —ella se echó a reír, y recibió el abrazo de su marido.

—He venido para decirte que he logrado concertar la cita para hoy mismo. Visitaré tres sitios y elegiré por fin mi galería de arte.

—“Visitaré”, “elegiré”... Yo iré contigo.

—Estás seguro? Pero estás tan ocupado...

—Nunca para ti —miró su reloj—. Ese negocio me importa, podría hacerme rico si te ato a un grillete, desnuda, frente a un caballete y toneladas de pintura—. Diana se echó a reír entre encantada y horrorizada por sus ocurrencias.

—Vale, mientras no llesves el negocio de papá a la bancarrota...

—Presumida —caminó a la puerta, y desde allí le avisó a Amy que se iba ya. Luego volvió por sus cosas y salió con Diana tomándole la mano, como siempre hacía desde que estaban casados—. Te parece si luego te llevo a cenar por allí?

—Me encantará.

—Bien, prepárate luego para una noche de mucho sexo—. Ella sonrió un tanto sonrojada.

—No ha sido así siempre desde... ese día? —bromeó ella, y era verdad. Había comprobado que Nina había tenido razón en todo lo que dijera aquella vez acerca de él. Era un amante exquisito, atento y minucioso. Además, fuera de la cama, su desempeño también era completamente satisfactorio. Le hablaba como un igual cuando de decisiones se trataba, le daba su lugar como mujer cuidando de ella, y era caballeroso en esos detalles que ya hoy en día se habían olvidado, como tomarle la mano y tomar él el lado de la calzada cuando iban por la calle, abrirle las puertas, correrle suavemente la silla... La llamaba a media mañana o a media tarde para saber cómo estaba, mientras su trabajo no se interpusiera, siempre comían juntos, y en ese caso, siempre avisaba antes. Si ya no hubiera estado

perdidamente enamorada, esos detalles seguramente la habrían terminado de conquistar.

Él sólo odiaba que ella insistiera en desplazarse de un lado a otro en taxi. Todavía no podían hacer uso de la mansión y su personal, y Daniel insistía en que usara los choferes y autos de la empresa, pero ella siempre se adelantaba y usaba el transporte público. Eso lo sacaba de quicio, pero era por su seguridad.

Bajaron del auto y entraron a un salón enorme de ladrillos terracota desnudos. Una escalera en un costado llevaba a un segundo piso y Diana abrió su boca con una sonrisa. Daniel la miró y sonrió también.

Este era el tercero que veían hoy, los dos anteriores no la habían entusiasmado mucho; el uno era muy blanco, y el otro muy oscuro. No motivarían en ella la chispa creadora, y ella necesitaba un espacio donde se sintiera cómoda para pintar y enseñar sus obras.

El agente inmobiliario que los acompañaba iba explicando los usos que se le podían dar, los posibles arreglos que necesitaba, lo céntrico que era, y en general, todas sus ventajas.

—Tendré mucho trabajo —susurró Diana, pero no parecía asustada o cohibida, más bien emocionada.

—Eso parece. Pero eres lista; te irá bien —ella lo abrazó emocionada. El abrazo duró sólo un par de segundos y él quedó un poco decepcionado, pero al verla enumerar la lista de artistas con los que pensaba contactarse y pasearse de un lado a otro mientras hacía planes y soñaba despierta, se le pasó. Ella sacó una agenda de su bolso y empezó a apuntar cosas y a escribir notas mientras miraba las paredes desnudas como si ya estuviese imaginando los cuadros colgados allí.

—Creí que tu sueño era sólo pintar —sonrió él luego de despedirse del agente inmobiliario y caminar hacia el auto estacionado en la acera del frente.

—Claro que sí, pero mientras estudiaba, vi a muchos buenos artistas a los que nunca se les dio una oportunidad de mostrar su trabajo.

—La belleza está en ojos de quien la ve —siguió Daniel, mirando desactivando la alarma del auto—. Todo en lo referente al arte es muy relativo. Incluso, un famoso escritor dijo que las obras de arte sólo se dividían en dos categorías, las que nos gustan, y las que no.

—Fue Chejov —confirmó ella—. Y tengo que mostrarme de acuerdo. Visto así, todo es muy simple...

Tuvo que interrumpirse. De repente, Daniel la había tomado de los hombros y puesto entre él y el auto. Quiso preguntar qué pasaba, pues él no estaba siendo nada delicado y llegó a asustarse, pero entonces escuchó los disparos. Dos, tres cuatro... y un quejido de Daniel. Sangre, y gritos, que luego se dio cuenta, venían de sí misma.

Daniel se derrumbó en sus brazos y ella tuvo que depositarlo en el suelo vencida por su peso. Tenía una herida a la altura de la clavícula de la que salía sangre a borbotones, que, a pesar de la luz crepuscular, se veía rojo brillante, y salía con la fuerza de las pulsaciones del corazón. Una arteria rota. Moriría desangrado aquí.

—AYUDA! —gritó—. Alguien que me ayude!! —siguió gritando con voz desgarrada, pero la calle estaba un poco solitaria. Puso la palma de su mano sobre la herida intentando restañar la sangre, pero no era suficiente, la sangre estaba cayendo alrededor y pronto se formó un charco—. No, Dan, mi amor... Dan! —él abrió sus ojos y, débilmente, la miró. Intentó enfocar la vista, decir algo, pero al parecer no pudo—. Daniel, mi amor. Por favor, no me vayas a dejar!

Alguien se acercó corriendo, un hombre, que en cuanto los alcanzó, se ocupó de tomarle a Daniel los signos vitales.

—Soy médico —informó el hombre, y le abrió los párpados a Daniel. La pupila rehuía la luz—. Debemos llevarlo de inmediato a un centro asistencial.

—Llamaré una ambulancia.

—No hay tiempo —indicó el médico—. Para cuando llegue, será demasiado tarde. Tendremos que transportarlo nosotros mismos. No levante su mano de la herida. Lo levantaré para introducirlo en el auto—. El hombre era fuerte, pues pudo con él, y Diana siguió presionando la herida, aunque de las otras también salía sangre, ésta era la peor y la más peligrosa.

Una vez introdujeron a Daniel en el asiento de atrás, éste se empapó de sangre. Diana empezó a angustiarse.

—Cambiamos de mano. Yo intentaré vigilar sus signos vitales mientras usted conduce.

—Qué? —preguntó ella con voz lívida. Conducir ella? El médico repitió sus indicaciones más lentamente, pensando tal vez que el shock le impedía comprender, pero ella había comprendido perfectamente. Le puso la mano sobre la de ella, completamente manchada de la sangre de Daniel, y tras un conteo, hizo el cambio de palmas. Diana se miró la mano libre con terror. En el milisegundo en que cambiaban de manos, había salido más sangre.

—No puedo conducir —sollozó.

—Señora —insistió el médico—. Si no lo hace, este hombre morirá—. En ese momento, Daniel movió su mano, y ella se la tomó. Él se la apretó, y con eso, ella supo que tendría que hacerlo.

Se puso al volante después de haber sacado del bolsillo de Daniel la llave, y en un segundo se juntaron todas las imágenes que por tanto tiempo la habían aterrorizado.

En aquella ocasión, Laylah la estaba riñendo porque no había querido participar en la obra del lago de los cisnes de su escuela, y Diana iba enfurruñada, insistiendo en que no lo haría. Estaba lloviendo, y de repente su madre gritó, el carro empezó a dar vueltas y se salió de la carretera para dar contra un árbol. Su madre había quedado con la frente enterrada en el volante, con un hilo de sangre saliendo de su boca. Ella había llorado y gritado, con ganas de salir corriendo de allí, pero por alguna razón, el cinturón la tenía atrapada y tuvo que estar allí, en el auto, con el cuerpo de su madre muerta, durante las horas que tardaron los rescatistas en llegar por ella.

Odiaba los autos. Eran un mal necesario, un mal que ella evitaba siempre que pudiera.

Pero el peor miedo de su vida estaba ocurriendo ahora mismo. Dan iba a morir.

—Recuerda, recuerda —se dijo a sí misma introduciendo la llave en el arranque y girándola. Pero no encendió. Qué tipo de auto era éste? Automático, semiautomático, manual?

La voz de un Daniel diez años más joven dándole clases para conducir la guió, y reprodujo los pasos uno a uno, y el motor encendió. Miró la palanca de cambios, y sin saber cómo, supo qué hacer. La movió poniéndola en la posición adecuada, miró el retrovisor para retroceder un poco y salió disparada de allí.

Ahora, no tenía ni idea de dónde quedaba un centro médico, así que se ocupó primero en salir de la zona. El médico sí debía saber, y él la fue guiando.

En el camino, de vez en cuando miraba atrás para asegurarse de que Daniel seguía vivo, pero como llevarlo lo más pronto posible a un hospital era lo primero, se ocupó de conducir.

La policía se les vino detrás, y tuvo que mirar su velocímetro. Había excedido el límite. Sin

embargo, no se detuvo, por el contrario, aceleró aún más.

Dieron varios botes, y el médico tuvo que aferrar a Daniel para no dejarlo caer ni soltar su herida. Ella misma no se había puesto el cinturón, y así, entre infracciones, con varias patrullas de la policía detrás, un médico que se bamboleaba en el asiento de atrás, y un Daniel inconsciente, llegaron al centro médico.

La policía los rodeó en cuanto frenaron, pero al ver a Diana bajar toda manchada de Sangre y gritar por un médico, al hombre que estaba herido en el asiento de atrás y al que lo auxiliaba, olvidaron el parte y entraron a la clínica a solicitar la ayuda por la que Diana gritaba.

Inmediatamente, paramédicos sacaron una camilla y pusieron a Daniel sobre ella. Diana hubiese querido ir con él hasta el final del pasillo, pero le impidieron el paso.

Una vez sola, y con los nervios destrozados, sólo pudo echarse a llorar.

Pasó una hora, y Diana permaneció sentada en uno de los asientos de la sala de espera. Tenía la misma ropa manchada que antes, y la mirada perdida en un punto del piso embaldosado.

Intentaba no pensar, pero era imposible.

No podía ser que esto estuviera sucediendo, debía ser una especie de pesadilla. Daniel en peligro, por qué?

No quería perderlo, lo quería bien, a su lado, sano. Lo necesitaba! Ya había perdido demasiada gente importante en su vida. Cada muerte de sus seres queridos había sido traumática. No podían quitarle a lo más valioso y hermoso que tenía, ni ahora que acababa de descubrir su felicidad a su lado, ni después, nunca! Si había que morir, mejor era hacerlo al mismo tiempo, bien ancianos, con una vida bien vivida.

—Necesitamos sangre —dijo un médico—. A negativo—. Diana se puso en pie y dijo el suyo, pero el médico meneó la cabeza negando—. Si el paciente tiene familiares, es hora de que los vaya llamando, es urgente—. Y con esas palabras, volvió a meterse en una de las salas. Diana sintió que se despejaba un poco. Tenía algo que hacer y eso era mejor que hundirse en el miedo.

Buscó su bolso en el auto de Daniel, y al sentir el olor metálico de la sangre, sintió náuseas. Del bolso sacó el teléfono y llamó a Marissa. Ésta debía estar en su luna de miel, y había evitado llamarla todos estos días pasados, pero según sus cálculos, regresaban mañana. Lamentablemente, les echaría a perder la última noche.

—Nena, estás bien? —preguntó Marissa cuando escuchó la voz de Diana. Ante la pregunta, ésta se echó a llorar.

—Se trata de Dan! —y a continuación le contó lo sucedido. Se dio cuenta de que, preocupada, Marissa había puesto el altavoz, y escuchó las exclamaciones de David, y su promesa de tomar ya mismo el vuelo de regreso. Marissa le facilitó el número de Maurice, y en cuanto cortó la llamada, Diana lo llamó. Con voz pétrea, Maurice prometió llegar en cuanto pudiera.

Sola, empezó a pasearse en la sala de espera.

Los minutos pasaban, y nadie daba noticias. Tan mal estaba? Estaba ocurriendo algo crítico? Cómo era que ella no podía ayudar?

—Dónde está? —preguntó Maurice al llegar; ella señaló sin decir nada, y de inmediato él fue a preguntar. Unas enfermeras lo atendieron al instante, pues, tal vez por ser familia, tenían el mismo tipo de sangre. Maurice podría donar.

Hugh llegó minutos después, y verlo fue algo como un bálsamo para Diana, que corrió a él a abrazarlo. Le hubiese gustado estar abrazando a su papá, pero no tenía nada más a mano. Y Hugh había sido como un tío para ella, siempre constante, siempre allí.

—Te aconsejo que vayas y te cambies de ropa.

—No pienso desprenderme de Dan.

—Mujer, mírate. Necesitas...

—Necesito estar aquí, unas cuantas manchas de sangre no me van a asustar —resignado, Hugh tomó su teléfono y se alejó de ella. Cuando volvió a quedar sola, vio a Stephen Ramsay, caminando con paso lento hasta ella, como si temiera que al estar muy cerca fuera a desatarse una catástrofe.

—Maurice le está donando su sangre —le informó Diana, y se llevó las manos a la boca para impedirle hacer una mueca. Pero sus manos estaban manchadas de la sangre de Dan, así que las alejó de inmediato.

Los ojos se le llenaron de lágrimas otra vez. Se recriminó a sí misma el llorar, tenía que ser fuerte, tenía que estar presta a cualquier necesidad. No podía derrumbarse.

Sintió la mano de Stephen en su espalda, y ella se concentró en respirar profundo.

Stephen no dijo nada, parecía mudo hoy, y ella lo miró. El hombre tenía los ojos apagados, llenos del mismo miedo que ella.

—Vas a tener que contarme cómo ocurrió todo —dijo Hugh volviendo con su teléfono aún en la mano—. Imagino que estuviste allí, así que cuéntame, Diana—. Ella asintió.

—Salíamos de una de las galerías que fuimos a ver, la última... y a la salida... cuatro disparos.

—Viste quién disparó? —ella negó, y frunció el ceño.

—Pero creo que Dan sí. Él... él me protegió. Me cubrió con su cuerpo antes de que empezaran a disparar.

—Algo que él haría, de todos modos—. Dijo Hugh, y vio a Stephen levantar su cabeza ante esas palabras. Hugh volvió a alejarse de ella e hizo más llamadas. Se sentía mejor ahora que tres hombres estaban aquí y se ocupaban de lo que ella no era capaz, ni para lo cual tenía cabeza.

Ninguna de sus amigas estaba en la ciudad, y cualquiera de ellas tardaría por lo menos un día en llegar, así que las dejó en paz.

Pero no fue necesario que ella llamara a nadie. Cuando Maurice regresó, la familia de David se apareció en pleno en la clínica y Michaela traía consigo una bolsa de papel con ropa para ella. Al parecer, habían hecho una parada en la mansión Alcázar y allí el personal de servicio le había entregado sus cosas que aún se mantenían en ella. Caminó a uno de los baños, se lavó concienzudamente las manos y se puso ropa limpia.

—Esto es inaudito —decía Michaela mientras ella, a toda velocidad, se ponía la ropa—. David me avisó y no lo podía creer. Quién querría hacerle daño? A Daniel! El hombre más tranquilo y pacífico que he conocido! —Diana arrugó su entrecejo haciéndose la misma pregunta. En todas estas horas no había pensado sino en el miedo de perderlo, pero Michaela estaba haciendo las preguntas adecuadas ahora.

Ciertamente, ella sabía de alguien que le quería hacer daño a su esposo.

Salió de los baños meditando, preguntándose qué hacer. Poco a poco fue acelerando sus pasos; tenía una difícil decisión que tomar. Estaba segura de que detrás de todo esto estaba Esteban. Había intentado no sólo acabar con Daniel, sino con ella misma. No podía olvidar que Daniel la había

cubierto con su cuerpo, lo cual quería decir que ella misma había estado expuesta.

Tendría que encerrar a su hermano. Su único hermano había intentado matarla, y matar a la persona más importante en su vida.

—Hugh —llamó ella con voz un poco temblorosa, y éste interrumpió su llamada y la miró atento—. Sé quién le hizo esto a Dan—. Él abrió grandes sus ojos, pero no hizo preguntas; sólo esperó a que ella terminara—. Fue Esteban. Fue mi hermano.



**:34:**

—Y bien? —preguntó Esteban por teléfono.

—Todo en orden —contestó un hombre—. Fuimos de compras, y nos cargamos el paquete.

—Perfecto. Veámonos entonces, para lo acordado—. Cortó la llamada y miró al frente, sin ver.

Con Diana y Daniel fuera de juego, las leyes se verían obligadas a buscar al heredero más inmediato, y éste era él. No tenía idea de lo que decía el testamento con respecto a la posible muerte de ambos, pero entonces él contrataría a los mejores abogados y ganaría el pleito. Era mucho dinero en juego, era una fortuna completa que no debía, de ningún modo, estar en manos de ese criado. Era una ofensa para su existencia.

Además, con este paso que hoy por fin se había atrevido a dar, podría hacerse con el control de la empresa de Jorge. Siempre había deseado eso, tener el poder. Había perdido los escrúpulos hacía muchísimo tiempo, y si alguien le había hecho daño a él quitándole todo, por qué no podía simplemente cobrárselas y hacer lo mismo?

Era su dinero, después de todo, no?

Diana no iba a estar viva como para que tuviera que sufrir padecimientos, ya que estaba acostumbrada a tenerlo todo. Además, nunca había estado conforme con lo dispuesto en el testamento. Él debió, como hijo mayor, heredar las empresas que producían el grueso de las entradas, eran el corazón de la riqueza de los Alcázar; todo lo demás podía ser mutilado, pero mientras ellas funcionaran, se repondrían, tal como estaba sucediendo ahora.

Los bienes que el viejo le había dejado a su nombre, las propiedades, lo negocios, y lo demás, le daban la riqueza, pero no el poder que él deseaba. Ese viejo zorro se lo había legado todo a su estúpida hermana, y la había casado con el criado. Jorge estaba senil, o tal vez era que, al ser él también de baja cuna, no le importaban las diferencias que había entre la gente bien, y los ordinarios como Daniel Santos.

Pero ahora lo tendría todo. Al fin.

—Le diste dinero a Esteban? —le preguntó Hugh a Diana en un susurro, pero ella no se engañó; supo al instante que estaba sumamente molesto.

—Sí —contestó y se mordió los labios—. Sólo fueron veinte mil dólares. Me prometió que con eso desaparecería para siempre...

—Pues no lo hizo! Te das cuenta de que tal vez le facilitaste el dinero para que contratara un matón a sueldo y acabara con la vida de tu esposo? —Diana palideció ante semejante posibilidad.

—Nunca me imaginé... Oh, Dios, Hugh! —Hugh respiró profundo y rodeó los hombros de Diana.

—Está bien, no te alteres. No es tu culpa. No tenías manera de imaginar que la mente de Esteban estuviera tan podrida—. Ella negó entre sollozos.

—Sí lo sabía. Estoy segura de que él le provocó ese infarto a papá—. Hugh la separó para mirarla fijamente.

—Qué? —inquirió.

—Todas las señales, la manera como encontré a papá, la manera como quedó la oficina... estoy casi segura, Hugh.

—Ese maldito! Maldito hijo de puta! —Hugh le dio la espalda y se alejó de ella caminando

rápidamente a la salida. Diana lo llamó una vez, pero no insistió cuando lo vio determinado a salir.

Tenía como hermano a un monstruo que había ido acabando con todo a su alrededor. Y si se enteraba de que ella había salido ilesa de semejante atentado, vendría personalmente a acabar su trabajo.

Su piel se erizó ante ese pensamiento, pero no se dejó invadir por el pánico. Miró a Maurice, que la observaba sin decir nada, y a Stephen, que también permanecía en silencio. Estaba rodeada de hombres útiles y fuertes. Tal vez unos más locos que otros, pero no corría peligro mientras permaneciera cerca de ellos.

Y lo importante ahora era que Daniel sobreviviera.

Daniel despertó poco a poco, aunque no abrió sus ojos.

Estaba adolorido. Sentía la espalda que le hervía como si estuviera expuesta al fuego. Dolor, ardor, y debilidad. Apenas si podía abrir los párpados.

Intentó tragar, pero no había saliva en su boca, y al instante, una mano pequeña y delicada se introdujo en la suya. Diana.

Él se aferró a ella todo lo que pudo, y sintió su voz y sus labios sobre su frente. Olía a ella, y si ella estaba aquí, no afrontaría esto solo. Volvió a quedarse dormido.

Diana miró a su esposo sobre la camilla, con sus ojos cerrados y los labios pálidos. Todo él había perdido mucho color. Ya estaba amaneciendo, pero ella no se había separado de él en ningún momento; tampoco Maurice, Stephen, ni Agatha. Michaela y Peter habían vuelto a casa, pues debían estudiar mañana, y Hugh se había encargado de denunciar a Esteban como posible sospechoso. Hasta donde sabía, ya la policía lo estaba buscando.

Según los médicos, tres balas habían hecho impacto a Daniel en la parte alta de su espalda; dos se habían quedado dentro, y una había salido. Las dos primeras habían sido extraídas en una operación; no habían tocado ningún órgano vital, pero la última había sido la más peligrosa, pues había rozado una arteria. De haberse tardado un minuto más en llegar a la sala de urgencia, no habría sobrevivido a la pérdida de sangre, pero su reacción inmediata, la rapidez con que lo trajo y la atención oportuna del médico que los había ayudado, lo habían salvado.

Había perdido de vista al médico que los había auxiliado en el momento del atentado. Tan enfrascada estaba en su propio terror que no recordó que alguien la había ayudado en todo el camino hasta aquí.

Ahora, no se podía creer que hubiese conducido como lo hizo por las calles de la ciudad. Incluso le había ganado la carrera a tres patrullas de la policía. Se pasó semáforos en rojo, hizo cruces prohibidos, destruyó propiedad del gobierno y echó a perder el carro favorito de Daniel, pero él se había salvado, y era todo lo que importaba.

Había tenido que rendir declaración, y lo había hecho en presencia de un taciturno Maurice, y Hugh, que estaba tomando nota de todo. Stephen había prometido buscar al culpable y hacer caer sobre él todo el peso de la ley. Y no lo dudaba; éste hombre presidía una de las firmas de abogados más prestigiosas del país. Si su hermano había hecho esto, le esperaba una larga vida en la cárcel.

Hugh había convocado una reunión de accionistas extraordinaria donde se había ocupado de explicar la situación, y la amenaza en la que se había convertido Esteban Alcázar. Todos se habían

mostrado de acuerdo en no hacer mucho ruido al respecto, y comportarse como si el presidente simplemente hubiese tenido una torcedura de pie. Eso desconcertaría a Esteban, y ya que él no sabía nada de negocios, no tendría modo de imaginar que todo se hacía por proteger la empresa. Eso le indicaría que su objetivo no se había completado. Seguramente a esta hora estaba pegado a algún televisor esperando la noticia del fallecimiento de la pareja Santos, pero eso no lo vería. Se desesperaría, y se pondría en movimiento.

En la empresa, sólo se informó de lo sucedido al personal más inmediato al presidente, como su secretaria y un par de asesores más. Estos asumieron la responsabilidad de guardar el secreto, y ya que David y Marissa estaban en camino, Hugh podría ponerse a la cabeza del Grupo Empresarial Alcázar los días que fueran necesarios hasta que Daniel se recuperara.

Todos en derredor estaban aportando algo para que las cosas se mantuvieran en la normalidad, y Diana sonrió al pensar que ni ella ni Daniel habían estado solos. Tampoco lo estaban ahora. Contaban con amigos valiosos que estaban moviendo cielo y tierra por el bien de ambos. Esteban no podría contra ellos.

Paseó la yema de su pulgar por la mano de Daniel, que permanecía quieta; el peor miedo de toda esposa enamorada había estado a punto de realizársele. No había sabido que temía tanto esto. No se imaginó que la posibilidad de perderlo pudiera llevarla al borde de la locura.

—Necesitas descansar —dijo la voz de Maurice a su espalda, pero ella apenas si se movió. No soltó la mano de Daniel, ni apartó la vista de él—. Estás aquí desde anoche, no has comido, no has dormido...

—No estoy cansada ni tengo hambre —contestó ella.

—De todos modos —insistió Maurice—. Cuando él despierte y vea que no cuidamos bien de ti, nos matará—. Eso le hizo sonreír, pero aun así, no lo dejó.

Se escuchó un suspiro de Maurice, y el sonido de sus pasos acercarse. Lo vio en la piecera de la camilla de Daniel y aferrar los tubos metálicos con fuerza. Ella lo miró directamente entonces.

—Él estará bien —le aseguró.

—Más le vale —contestó Maurice, cerrando sus ojos—. Me he acostumbrado a tener un primo.

—El riesgo de infección ya pasó —siguió Diana, volviendo a fijar su vista en Daniel—. Tu sangre lo ayudó mucho, y con los cuidados adecuados, volverá a su vida normal.

—Si no matas a tu hermano tú, lo haré yo, Diana —ella sonrió con tristeza y meneó la cabeza negando.

—No creo ser capaz de algo así. Lo odio. Lo odio y odio que me haya quitado tantas cosas... y que haya estado a punto de arrebatarme otra. Pero no podría hacerle nada. Somos hermanos.

—En ese caso, que la policía lo encuentre y lo encierre a tiempo. Tampoco quiero convertirme en asesino—. Diana respiró profundo.

—Yo también lo espero.

La noche llegó, y con ella Marissa y David. Al ver a Diana, Marissa corrió a ella y la abrazó. Ya Diana estaba más tranquila, pues el parte médico era favorable, pero de todos modos, al contar otra vez lo ocurrido, no pudo evitar llorar.

A David le permitieron entrar y ver a Daniel, aunque éste no despertó, y tampoco se enteró de que alguien lo visitaba. David salió de allí bastante furioso por ver a su amigo en ese estado, y de

inmediato se reunió con Hugh, Maurice, y Stephen para hablar de las sospechas de todos: Esteban.

—No has hablado con él? —le preguntó Marissa a Diana refiriéndose a Daniel. Diana negó.

—No ha despertado. De vez en cuando sostiene mi mano, pero no ha abierto los ojos.

—Tal vez sea normal. Qué te dicen los médicos?

—Que se recuperará... pero me angustia tanto verlo así! —Marissa respiró profundo. Ella también estaría muerta de miedo si fuera David el que se encontrara en esa situación, y tuvo que recordar que en el pasado había hecho hasta lo indecible para que eso no sucediera.

Abrazó de nuevo a su amiga tratando de infundirle fortaleza, y estuvo con ella toda la noche. Los hombres estaban en sus investigaciones, aunque no eran mucho lo que podían hacer por su cuenta. Diana ya había dado la dirección del hotel en el que había estado cuando le dio dinero a Esteban, pero había abandonado la habitación hacía muchos días.

Stephen miraba a su hijo dormir con un nudo en el estómago. Estaba aprovechando que Diana se había ido un momento y lo había dejado solo. Tenía que admitir que esta muchacha realmente estaba preocupada por él, y no lo había dejado solo ni un instante. Había sido obligada a ir a comer por insistencia de Marissa Brandon, y esperaba que por lo menos le diera media hora con él.

Estaba seguro de que esto que le habían hecho, intentar matarlo, era por dinero. Daniel estaba sufriendo el precio de haberse hecho con una fortuna que no había sido suya en principio, aunque ahora le perteneciera con todas las de la ley. Esperaba que esto no volviera a ocurrir; ésta preocupación, tan aguda, tan descorazonadora, era insoportable. En el pasado había estado preocupado por Maurice, y aunque era su sobrino y por ende lo quería, no era lo mismo cuando se trataba de su hijo, el hijo de su sangre.

Y luego pensaba en que si él hubiese sido un Ramsay, no habría tenido que pasar por nada de esto.

Siempre, desde que conociera la existencia de Daniel, se había preguntado cómo habría sido su vida si Sandra hubiese estado en ella. De seguro, ahora no estaría tan solo. Por qué ella no le había dicho nada? Tan villano había sido?

O era que ya su corazón había estado predisuesto contra él?

No podía evadir su responsabilidad, y ahora lo estaba pagando caro, pero era inevitable preguntarse si en realidad se había merecido este castigo tan grande.

Alzó la vista y se encontró con los verdes ojos de su hijo, que lo miraban con serenidad, como si fuera normal que él estuviera allí. Bueno, era su padre, debía ser normal que estuviera, no?

—Te estás recuperando —dijo Stephen sin evadir su mirada—. Vas a estar bien.

—Diana...

—Dale un respiro; no se ha separado de ti ni un minuto desde ese día.

—Cuánto... ha pasado? —preguntó Daniel con un poco de ceño.

—Dos días. Has estado dos días inconsciente, y todo ese tiempo, ella ha estado aquí. Ahora está con su amiga, que hizo el deber de obligarla a comer—. Daniel giró su cabeza y cerró sus ojos, como si no tuviese ningún interés en gastar sus pocas energías hablando con él. Stephen no se lo recriminó; había venido aquí sólo para vigilar su sueño, de todos modos.

Guardó silencio por un largo rato, hasta que Daniel volvió a hablar.

—No me molestará que vengas a verlos —dijo, y Stephen creyó haber entendido mal.

—Ver a quiénes?

—A tus nietos –siguió Daniel—. No me molestará –Stephen sonrió feliz. Esto era una especie de tregua, una oportunidad que le estaba dando de introducirse en su vida.

—Gracias. Intentaré ser un buen abuelo –vio a Daniel respirar profundo, y hacer una mueca ante el dolor del movimiento. Stephen quiso acercarse y reconfortarlo, ponerle una mano sobre el hombro, o algo, pero se contuvo. Algún día podría abrazarlo como se debía, sonreírle y poder llamarlo abiertamente “hijo”.

Diana entró y vio a Stephen al pie de la cama de su esposo, así que se acercó lentamente. Daniel volvió a abrir los ojos, y sin dudarle, ella le tomó la mano.

—Estás cómodo? –Le preguntó, y Daniel movió su mano para acercar la de ella a sus labios.

—No creo que pueda estarlo por ahora—. Él tenía los párpados pesados, como si se fuera a quedar dormido de nuevo en cualquier momento.

Una enfermera entró y los hizo salir a ambos, y se quedó a solas con él para atenderlo. Estando fuera, Diana miró a Stephen de reojo. Él sonrió.

—No me odies. Intentaré, siempre que pueda, ser parte de su vida.

—No lo odio.

—Bueno, eso me alegra... —Stephen suspiró y metió sus manos en sus bolsillos—. Eres la mujer de la que mi hijo está enamorado, así que no me favorecería mucho ante sus ojos que me odiases.

—No tiene que temer eso de mí. Además, no puedo influenciarlo de esa manera.

—Tú crees que no? –sonrió Stephen, dándose cuenta de que Diana desconocía el poder de influencia que tenía sobre Daniel. Mejor así, pensó. Darle tanto poder a una mujer tampoco era saludable—. De todos modos –siguió—, quería advertírtelo, ya que cuando vengan mis nietos, me verás con frecuencia cerca de ti y de él. Quiero a Daniel, y querré a sus hijos... Hay posibilidades de que éstos vengan pronto? –Diana miró a otro lado un tanto sonrojada. Había muchas posibilidades, ellos habían estado en el ejercicio de la procreación sin parar por casi una semana, y los preservativos de Daniel habían seguido sin usar en el cajón de su nochero.

Se preguntó si no estaría ya embarazada. Llevaba poco más de dos meses casada, y según el testamento, ella debía estarlo antes de que llegara el primer aniversario.

Una sonrisa se coló en su rostro. Le gustaba la idea de estar embarazada, aunque eso no era compatible con su proyecto de vida pasado. De todos modos, todo había venido casi sin su consentimiento, y no era su intención pelear contra los regalos por los que tanto lloró en el pasado.

Además, perfectamente podría ser una pintora exitosa y una buena mamá al tiempo; no conocía un oficio que le permitiera estar tanto tiempo en casa como ese.

Stephen miró a Diana y casi pudo adivinar todo su tren de pensamientos. Había esperado una respuesta donde ella dijera que no tenía planes de embarazarse por ahora, arguyendo que eran muy jóvenes, o que primero querían desarrollarse y realizarse como profesionales, y otras cosas más; pero ella había guardado silencio, y por el contrario, había sonreído. Esta chica era diferente a las otras jóvenes que había conocido alrededor de Maurice en el pasado, diferente, sobre todo, de la esposa, la fallecida Stephanie.

En cuanto la enfermera salió, Diana entró disparada a la habitación de su marido, y Stephen vio a Maurice acercarse por el pasillo.

—Ya puede entrar cualquiera? –preguntó él cuando estuvo a unos pasos.

—No. Todavía son restringidas las visitas.

—Ya—. Stephen miró a su sobrino de arriba abajo. Ahora él no lucía ropa costosa; su sobrino había estado trabajando como empleado en diferentes oficios todos estos años, como si fuera pobre; comprando ropa genérica, comiendo cualquier cosa, y viviendo en un cuchitril.

Nunca lo había acosado para que volviera ni para que se hiciera cargo de sus responsabilidades o continuara con su vida a pesar de todo. Había esperado que las heridas sanaran por sí solas, y si bien era cierto que estas no estaban cerradas del todo, él estaba mucho, muchísimo mejor que la última vez que lo viera, hacía unos años.

—Hablaste con él? —preguntó Maurice, ajeno a los pensamientos de su tío.

—Un poco.

—Bueno, parece que ya se está recuperando. La policía sigue sin encontrar a Esteban —informó—. Además, dado que están siendo cautelosos para no alertarlo, van a paso lento.

—No importa el tiempo que tome, lo importante es encerrarlo. Si se entera de que sospechamos de él, lo estaremos poniendo en peligro.

—Pero puede que se desespere y cometa un error.

—No quiero arriesgar su vida por una posibilidad. Deja que la policía haga su trabajo—. Maurice sonrió ahora.

—Estás un poco protector con tu hijo.

—Si tuvieras uno, sabrías lo que se siente. Lo veo y es un adulto hecho y derecho, pero para mí, realmente, acaba de nacer.

—Eso es confuso.

—Y complicado. No puedo protegerlo como quisiera si él no me lo permite—. Stephen sacudió su cabeza—. Pero lo intentaré en cada oportunidad—. Se alejó dando unos pasos, y Maurice se quedó allí en el pasillo mirando a su tío irse. Abrió un poco la puerta de la habitación de Daniel, y encontró a Diana besando la frente de su esposo, mientras éste cerraba sus ojos y sostenía su mano sobre su pecho. No quiso invadir la intimidad de la pareja, así que volvió a salir dejándolos solos. Ya podría hablar con su primo más adelante.

Esteban estaba desconcertado. Qué pasaba? Por qué todo estaba normal?

Cuando Jorge Alcázar murió, habían puesto una cinta negra en el logo de la entrada en los edificios de oficinas de la empresa, se había anunciado por la televisión, y todo había sido una alharaca terrible. Había imaginado que con Daniel Santos iba a ser parecido, pero tal vez le había dado demasiada importancia.

No sabía dónde estaban viviendo ahora. En la mansión no era, había vigilado las entradas y salidas y parecía más bien deshabitada; sólo entraban y salían los criados. Incluso había estado en el apartamento de Marissa Hamilton, pero tampoco la había visto entrar o salir. Dónde estaba la gente?

Entró de nuevo a la recepción de las oficinas del GEA, y se observó en el reflejo; nadie podría saber que era Esteban Alcázar, estaba totalmente cambiado. Se había dejado crecer el cabello, había dejado los accesorios, pues había tenido que venderlos para subsistir, y su ropa ya no era de diseñador, sino muy corriente. Además, estaba manejando un bajo perfil, no quería que lo viesan y lo identificasen; le convenía quedarse a la sombra por un rato.

Entonces vio a Hugh.

Inmediatamente, se escondió tras un muro y esperó a que pasara por su lado. Iba hablando por teléfono y en voz demasiado baja, así que no pudo escuchar lo que iba diciendo, pero esto era sospechoso, así que tomó el camino más rápido a la salida del edificio decidido a seguirlo cuando saliera. Si Daniel Santos seguía vivo, y esperaba que no, él lo sabría. Estaba seguro de que vigilando los movimientos del cómplice de su padre, conocería el paradero de su hermanita y su esposo.

—Te ha vuelto el color —sonrió Marissa mirando a Daniel. David estaba a su lado rodeando su cintura y lo miraba también con alivio. Sentada a su lado estaba Diana con una sonrisa. Daniel estaba medio sentado en la camilla en la que recientemente lo habían trasladado y escuchaba las expresiones de alivio de sus amigos.

—Ya quiero irme a casa —dijo.

—Los doctores recomiendan que te quedes bajo observación otros días —dijo Diana en voz baja—. Y la verdad, aunque también quisiera que estés en casa, tu recuperación será mejor y más rápida si permaneces aquí—. Daniel la miró fijamente, observando sus ojos chocolate y apretando su mano. Ella tenía aspecto cansado y odiaba eso.

Hacía unas horas, había rendido declaración a la policía. Todo había sucedido demasiado rápido, pero trató recordar detalle a detalle lo sucedido y lo narró lo más claro que pudo. Todavía no podía explicarse qué fue exactamente lo que lo alertó; en un momento él estaba caminando al lado de su mujer, y al otro, miró hacia la calle y vio un auto aproximarse. De la ventanilla del copiloto había salido un brazo sosteniendo un arma y había disparado cuatro veces. Tres de esas balas habían hecho impacto, y él había luchado por no perder el conocimiento. En su loco camino hacia el hospital, había perdido tal batalla. Habían sido muy pocos segundos los que transcurrieron entre que él vio el auto y protegió a Diana con su cuerpo, pero su rápida reacción la había salvado a ella. La altura de los impactos señalaban que su objetivo había sido la cabeza, pero tal vez por alguna suerte del destino, estas no habían llegado allí.

Quería volver pronto a casa más que por capricho propio, por estar en un sitio privado donde Diana estuviera a resguardo. Él no tenía enemigos, ni sabía de nadie que lo odiara, excepto Esteban, y era perfectamente consciente de que esos hombres que habían disparado no habían discriminado a la

hora de atacar; si actuaban bajo la orden de alguien, y era lo más probable, a éste sujeto no le importaba lo que a ella le sucediera, o tal vez estaba dentro del plan. En este momento Diana podría estar hospitalizada o muerta, y eso lo aterraba; debía ponerla a salvo. Pero los doctores insistían en que se quedara aquí, y así había sido.

Respiró profundo y miró a David, y éste le hizo una señal casi imperceptible con la cabeza. Tal vez comprendía su afán, pero también estaba de acuerdo en que permaneciera más tiempo aquí.

—Siento haber estropeado su luna de miel —se disculpó Daniel. David hizo una mueca.

—No seas presumido, que hayamos tenido que volver de nuestro viaje antes, no quiere decir que hayas arruinado nuestra luna de miel; nadie puede hacer eso —y acto seguido besó a Marissa. Diana se echó a reír.

—Oír eso me alivia —en el momento entró Maurice, y al ver a las dos parejas, se detuvo en la entrada mirándolos con recelo.

—Están en una especie de convención de casados o algo? —preguntó con una mueca.

—Deja el miedo, que no es contagioso —bromeó David, y Maurice hizo caso sonriendo.

Estuvieron allí hasta que una enfermera entró y los echó a todos, pues había demasiada gente en la habitación.

En los días siguientes, Diana se dedicó a cuidar de Daniel. Olvidó todo lo concerniente a galerías, o estudios de pintura y se estuvo con su esposo casi todo el día hasta que al fin los doctores le autorizaron la salida.

Hugh había ordenado una escolta para Diana, y otra en el hospital para Daniel. Si Esteban descubría en qué clínica estaban, no tendría fácil la entrada. Los hombres que había apostado a la puerta de la habitación de Daniel tenían una fotografía suya y lo identificarían cuando intentase traspasarla.

Daniel estaba de acuerdo con las medidas de seguridad, y se sentía enormemente aliviado por tener alrededor gente que se preocupaba por ambos. Diana no había faltado a sus horas de sueño y comidas gracias a Marissa, y a veces al mismo Stephen que le hacía invitaciones a comer sin que ella pudiese escabullirse, y David se había hecho cargo de H&H para que Hugh pudiese dedicarse al GEA sin problemas. Maurice estaba aquí gran parte del día haciéndole compañía, acompañándolo en los exámenes o llevándolo incluso al baño cuando Diana no estaba.

Thomas y Meredith los habían llamado preocupados, incluso Nina había enviado un mensaje ofreciéndose a venir si era necesario. Había mirado a Diana mientras le contestaba con un mensaje de voz que decía que ya estaba recuperándose, y que agradecía su ofrecimiento.

Ella había estado un poco pensativa desde entonces. Había intentado decirle que no debía preocuparse, pero entonces ella dijo que debía ir por ropa para él y se fue.

Ahora menos que nunca Diana debía sentirse celosa. Pensaba que le había demostrado con creces que ella era la única para él.

Se sentó en la camilla cuando la enfermera salió luego de hacerle otro chequeo de rutina. Las heridas habían cerrado bien, sólo una requería un poco de atención, pero ya no sería necesario permanecer aquí. Buscó su teléfono con el objetivo de llamar a Diana. No le gustaba que estuviese así con él. Que supiera, él no había hecho nada mal, verdad? O tal vez ella esperaba que él le contestara de mala manera a Nina?

Ellos habían terminado bien, pero tal vez Diana no estaba muy segura de eso. No le gustaba esta



situación.

La puerta se abrió, y Daniel elevó su cabeza para mirar al visitante, y entonces apretó el teléfono en la mano. Era Esteban. Llevaba un uniforme de interno y en las manos traía una historia clínica que tal vez había robada en otro sitio. Su aspecto de ahora no coincidía para nada con el de las fotografías que Hugh había repartido, y recordó que Diana había advertido que él ahora lucía muy diferente. Tenía razón; sin su cabello de corte desigual, pendientes, ni ropa de diseñador parecía más bien ordinario. Tenía un leve parecido a Jorge, pero la expresión de su mirada le hacía rechazarlo internamente y verlo muy diferente y opuesto a su padre.

El corazón empezó a latirle acelerado, pero no se arredró. Lo enfrentó con la mirada, incluso miró en derredor buscando algo que le sirviera como arma.

—Eres como la mala hierba! —exclamó Esteban con una sonrisa—. Nada puede hacerte desaparecer!

—Hola, Esteban.

—De qué mierda estás hecho? —miró en derredor—. Y dónde está mi hermanita? Pensé que estaría aquí cuidando de ti como una buena esposa.

—Cómo hiciste para poder entrar? —quiso saber Daniel. Esteban sonrió y se sacó del bolsillo una identificación del hospital.

—Llevo días planeando esto.

—Vaya. Tienes inteligencia para eso —la sonrisa de Esteban se apagó.

—Siempre me menospreciaste.

—Dime si no tenía razones.

—Siempre te creíste más, pero no eres sino escoria—. Daniel lo miró fijamente a los ojos.

—Discutir contigo siempre ha sido inútil —dijo—, porque la única neurona que tienes, sólo te sirve para pensar que eres una especie de príncipe. Pero la verdad es que no eres nadie, ni siquiera puedes ganar un dólar por ti mismo, y mucho menos sostenerte. Todo el orgullo del que siempre has presumido, no viene sino del dinero de tu madre, que en el pasado no fue más que la nieta de un minero.

—De qué mierda estás hablando? —dijo Esteban con una sonrisa macabra, enseñaba los dientes como si más bien quisiera despedazar a Daniel con ellos.

—Nunca tuviste la suficiente curiosidad como para investigar la genealogía de tu madre? Era la nieta de un inmigrante irlandés, que vino en un barco a América buscando fortuna, huyendo de una peste. No tenía nada para comer, ni él, ni sus hermanas, que murieron por la influenza. Él sobrevivió, y se hizo minero, y luego capataz en un rancho, y luego vino aquí a probar fortuna. Era alguien como Jorge, sencillo, con sueños y con la inteligencia suficiente como para hacerlos realidad—. Al terminar de hablar, Esteban tenía el rostro contorsionado de rabia. Empuñó fuerte la historia clínica que tenía en su mano y dio un paso hacia él.

Daniel se puso en pie con dificultad. Odiaba ésta debilidad, odiaba no poder hacerle frente en una pelea con justicia.

—No tienes idea de nada! —susurró Esteban, cuidando que su voz no se oyera fuera—. No sabes nada!

—Sí lo sé. Un día me di la tarea de buscar tus orígenes y los de Diana. Hay tanta nobleza en la sangre de tu madre como en la de tu padre. Que el uno haya tenido dinero por más tiempo que el otro

no son sino tecnicismos. En un país libre como América, tus pretensiones no valen nada. Ya debiste darte cuenta de que aquí lo que vale es tu habilidad, no tu ascendencia.

—Aun así, no te dejaré quedarte con lo que es mío.

—A costa de la vida de tu hermana, Esteban?

—Ella no sufrirá.

—Ella está sufriendo ya –le dijo.

—Es sólo porque la estúpida está enamorada, pero borraré esa abominación aquí y ahora –con estas palabras se abalanzó sobre Daniel, que retrocedió hasta el nochero y se pudo defender tomando la pequeña lámpara metálica, chocando contra Esteban. Éste dio un paso atrás y se tocó el corte que Daniel le había hecho en la frente. Sus dedos quedaron manchados con sangre.

Pero Daniel también estaba mostrando sangre. La herida de la clavícula se había abierto por el esfuerzo, y se notaba por encima de su bata de hospital la mancha roja. Eso pareció incentivar a Esteban, que se relamió los labios y volvió a atacar.

Era una lucha demasiado desigual. Daniel pronto se vio superado en fuerza, y Esteban logró tirarlo al suelo. Acusó el golpe contra la fría baldosa sin dejar salir un solo quejido, pero lo cierto era que había dolido. Sentía que toda la fuerza escapaba de sus brazos, que la sangre lo abandonaba. Por Dios, hacía sólo unos días había sido baleado! Pero tenía que luchar.

Una mano de Esteban apretaba su garganta, y la otra le propinaba puñetazos en las costillas. Él también golpeaba, y aunque empleaba toda la fuerza que le quedaba, no hacía gran daño. Odiaba esto.

—Pienso hacer que mueras lentamente –le susurró Esteban—. Pienso causarte todo el daño que pueda—. Apretó más fuerte su mano, y aunque Daniel intentaba alejarlo, no lograba separarlo de sí—. He querido hacer esto desde que te vi por primera vez en mi sala –sonrió.

Daniel cerró sus ojos sintiéndose ahogado. No podía, no podía perder esta lucha. Empleó toda la fuerza que le quedaba y metió uno de sus dedos en los ojos de Esteban, y éste aflojó, pero no lo soltó. Aprovechó el instante de vacilación para tomar aire y empuñó su mano haciendo impacto en su nariz. Ya que no tenía fuerza, debía atacar en zonas sensibles.

Esteban rechinó los dientes y apoyó el codo en el hombro herido de Daniel. Cuando él quiso gritar, Esteban tuvo la idea de taparle tanto la nariz como la boca, y siguió lastimándolo sin piedad.

De repente, Esteban salió despedido de encima suyo. Abrió los ojos y vio a Diana con un asta porta-suero en la mano, y luego la escuchó gritar y acercarse a él. Esteban estaba inconsciente a unos metros de él, con un corte en la frente, al otro lado del que le había hecho él con la lámpara.

—Estás bien? –preguntó ella, preocupada, pero él estaba teniendo dificultades para respirar, y la habitación empezó a dar vueltas—. Dan! –gritó Diana, y lo ayudó acomodando su cabeza para que se despejaran las vías respiratorias—. Dan? –volvió a llamarlo. Daniel pudo alcanzar el aire al fin. Ella lo abrazó entonces.

—Estoy bien –susurró él con dificultad. Intentó ponerse de pie, pero sólo consiguió sentarse.

Diana le quitó la bata para mirarle las heridas. Éstas sangraban por encima de las gasas, le revisó la garganta, las pupilas, el rostro...

—Estoy bien –repitió él, y ella lo abrazó de nuevo sin quitarle la mirada a su hermano, que permanecía inconsciente.

No se había dado cuenta, pero ahora la habitación estaba llena de gente. Enfermeras, doctores, los escoltas...

Lo ayudaron a levantarse y luego lo llevaron hasta la camilla, y una de las enfermeras le cambió las vendas. Los escoltas levantaron a Esteban y éste despertó entonces dando voces. Se removía con intención de soltarse e ir de nuevo en contra de Daniel. Diana se puso en medio haciendo de escudo, aunque no era necesario, pues estaba siendo fuertemente sujetado.

—Te mataré! —gritaba Esteban—. Esto no se quedará así, te mataré, te lo juro por mi madre!

—Cállate! —gritó Diana, y los escoltas, que habían hecho ademán de sacarlo de la habitación, se detuvieron sin dar un paso—. Mamá estaría avergonzada de ti —siguió Diana—, del hombre en que te convertiste! —Esteban la miró con ojos como platos.

—Cómo te atreves?

—Cómo te atreves tú! Acaso crees que esto es lo que ella hubiese querido para ti? Mírate! —los ojos de Diana se humedecieron—. Das vergüenza, das asco! No eres alguien del que una madre se sentiría orgullosa!

—Tú siempre preferiste a papá, qué puedes saber de lo que quería mamá? La mataste!

—Sí, ya sé que siempre has querido que quien hubiese muerto en ese accidente hubiera sido yo y no ella, pero acaso tuve la culpa de eso? La que iba conduciendo era ella, maldita sea! Fue ella la que debió tener más cuidado, pues llevaba a su hija en una carretera bajo la lluvia!

—No te atrevas a acusarla!

—Ya me cansé de que me culpes de eso! Si hay aquí un culpable eres tú! Tú mataste a papá, y eso sí lo hiciste con intención! Le quitaste tal vez los meses o años que le quedaban. Y ahora la vida te lo devolverá, porque yo me encargaré de eso! —por el rabillo del ojo vio que Daniel se balanceaba en su lugar, y fue ágil al abrazarlo, pero su fuerza no fue suficiente para retenerlo, y sólo logró apoyarlo suavemente en la cama.

Esteban la vio preocupada encima de Daniel y quiso llorar. Por qué ese malnacido tenía toda la atención? La de Jorge, la de Diana. Todos alrededor parecían preferirlo. Por qué? Qué tenía Daniel que él no?

—Esteban Alcázar —dijo uno de los escoltas que lo sujetaba—, te espera una larga estancia en la cárcel—. Diana miró a los escoltas con reproche, pero no podía acusarlos por lo sucedido; con su disfraz, Esteban habría engañado a cualquiera que no lo conociera bien.

Sacaron a Esteban, y éste siguió gritando y amenazando. Diana tuvo que darle paso a las enfermeras y los doctores que se ocuparon de su esposo mientras le volvían a poner inyecciones, le hacían curaciones, y ahora le revisaban los golpes que Esteban le había propinado.

Se le humedecieron los ojos al verlo adolorido. No era justo, él apenas se había empezado a recuperar de tres heridas de bala y una grave pérdida de sangre. Ahora tendría que estar aquí más días!

—Te pondrás bien —le dijo, y él frunció el ceño en señal de que la había escuchado—. Te cuidaré mejor... —él sonrió, aunque su sonrisa sólo duró un instante. Diana se quedó allí a pesar de que las enfermeras le pidieron que se fuera. Estuvo allí hasta que ellas se retiraron y él quedó otra vez solo y acostado. Corrió a él y lo abrazó y lloró. Lloró porque ahora además de su madre y su padre, había perdido también a su hermano. No lo volvería a ver, estaba segura. Hugh se encargaría de refundirlo en la cárcel, estaba segura desde que le había dicho que tal vez Esteban había causado la muerte de su padre. En venganza, Hugh no tendría compasión.

—Todo está bien —susurró Daniel—. Siento no haber podido defenderme como se debe—. Ella se retiró un poco de él para mirarlo.

—Fallamos en tu protección. Soy yo quien debe disculparse.

—No pasó nada. Llegaste a tiempo, mi chica maravilla—. Diana miró el asta que había usado. Si hubiese sido alguien más fuerte, lo habría dejado más tiempo inconsciente, o definitivamente lo hubiese matado. Suspiró y tomó su mano para besarla—. Ya no estás molesta? —ella lo miró un poco confundida.

—Molesta? Por qué? —él sonrió.

—Nada. No importa—. Diana suspiró y acercó de nuevo la mano masculina a su rostro para mimarla. Verlo bajo el ataque de Esteban había despertado todos sus instintos de protección y ataque. Cualquier cosa se habría convertido en un arma en sus manos en ese momento. Ahora pensó en que un asta era algo demasiado pesado para que ella lo levantara con la facilidad con que lo hizo, y sin vacilar, para asestarlo contra la cabeza de su propio hermano.

Pero era eso o perder a su marido.

Lo recordaba y se le encogía el corazón. Él luchó hasta el final, pero no podía comparar la fuerza de un hombre sano contra la de otro que hacía sólo unos pocos días había estado a punto de morir por una grave pérdida de sangre y que había estado en una operación de varias horas donde se le extrajeron dos proyectiles. Daniel había tenido todas las de perder.

Pero estaba aquí, herido, pero vivo. Con dolor, pero con posibilidades de recuperarse. Además, Esteban estaba encerrado ahora, así que podían ser libres al fin.

Esperaba que a su hermano no le dieran salida por muchos años, o que al menos, le pusieran una orden de alejamiento. Lo necesitaban en verdad.

Hugh se enteró del atentado contra Daniel, y fue de inmediato a verlo a la clínica en la que estaba. Diana le contó lo sucedido, y él la miró pensativo. Daniel estaba descansando ahora y no quiso despertarlo. Había quedado muy maltratado luego del enfrentamiento, tanto, que los médicos aplazaron su vuelta a casa.

—No entiendo el origen del odio de Esteban hacia Daniel —dijo, muy concentrado en sus pensamientos—. Cuando Jorge lo recibió en su casa, él siguió teniendo sus privilegios; luego en la universidad, a él tampoco lo expulsaron, a pesar de ser el beneficiado del fraude que se hizo. Y después, hasta él puede decir que Daniel se ganó con creces cada ascenso en la empresa, no puede mentirse a sí mismo hasta ese punto.

—Esteban no tuvo problema en hacer uso de la inteligencia de Daniel cuando le convino —explicó Diana—. Incluso tal vez pensó en algún momento en tenerlo como asesor, ya que, según lo que Daniel me contó, el trato era que Daniel trabajara para él cuando se graduaran.

—Entonces?

—Esteban no soporta los orígenes de Dan —siguió Diana—. Casi no aceptaba a papá porque para él era de un nivel social inferior al de mamá.

—Menuda estupidez!

—Pero es lo que hay en la mente de Esteban. Se cree... no sé, superior, como que pisar el mismo suelo que nosotros, respirar el mismo aire es... indignante para él—. Hugh sacudió su cabeza, como si esa no fuera una razón suficiente para él, pero Diana no supo qué más decirle, y tuvo que aceptar que o era todo lo que Diana sabía, o era todo lo que había. Y seguía siendo inconcebible.

—Iré a verlo —dijo Hugh—. Quieres que le lleve un mensaje de tu parte? —Diana negó.

—Todo lo que quise decirle, se lo dije aquí. No me interesa intercambiar mensajes con él, ni mantener contacto. Para mí, como si hubiese muerto.

—Te entiendo —contestó Hugh poniendo una mano sobre su hombro y apretándolo con delicadeza.

Salió de la clínica y, antes de ir a la estación de policía donde tenían recluido a Esteban, recogió unos papeles importantes en la caja fuerte de su propia mansión.

Estaba furioso, le había venido acumulando a Esteban cada cosa que había hecho, y de muchas de ellas se enteró hacía muy poco; había llegado el momento de pasarle la cuenta de cobro.

Recogió dos sobres de carta idénticos al que contenía la que les había leído a Daniel y Diana aquella vez en la mansión Alcázar, dejando otros tres en el interior, y salió de allí para verse con el hijo de su mejor amigo.

Lo encontró sentado en un catre bastante mugriento, con los pies sobre él y la frente entre las rodillas. Parecía muy solitario y miserable, pero no hubo en su corazón ni una pizca de compasión. Pensar que este malnacido había provocado la muerte de Jorge lo enardecía.

—Hola, Esteban —saludó Hugh. Al escucharlo, Esteban se puso en pie y se apresuró a caminar a él, aunque los barrotes de la celda los separaba.

—Hugh, tienes que sacarme de aquí! —Hugh lo miró en silencio—. Tú tienes que hacerlo. Llama unos buenos abogados. Tienes que ayudarme!

—Por qué tendría que hacerlo?

—Cómo que por qué? Tengo que recordarte que somos socios?

—Somos socios? —preguntó Hugh casi sin poderse creer—. En qué negocio?

—Cuando tenga en mis manos el GEA, seremos socios. Si además me caso con tu hija, seré tu yerno.

—Nunca tendrás en tus manos el GEA —lo interrumpió Hugh, y luego, casi con asco, añadió—: y jamás te casarás con mi hija; ella ya está casada.

—Eso son tecnicismos. Los divorcios están de moda hoy en día. Soy el hijo de Jorge Alcázar y...

—Sí, lo eres, lamentablemente —lo atajó Hugh, sin ganas de escucharlo por más tiempo—. Y por eso estoy aquí—. Abrió el maletín que traía y extrajo de ella dos sobres que le mostró a Esteban, pero no se los pasó, y él tampoco hizo ademán de tomarlos—. Sabes lo que son?

—No parece dinero.

—No, no es dinero... al menos, no en una. Antes de morir, tu padre escribió cinco cartas que debían ser leídas al menos un año después de su muerte. Dos de ellas eran para ti, y tal vez deba esperar a que pase el año, pero no creo que tus circunstancias cambien para entonces, así que Jorge sabrá perdonarme—. Señaló una de las cartas—. Ésta tenía un propósito especial. Si no enderezabas tu camino, como sucedió; si seguías siendo el mismo Esteban Alcázar de ahora, derrochador, mujeriego y pendenciero, él te pediría perdón por no haber podido ayudar a enderezar tu camino, pero no mereces las disculpas de un hombre tan bueno como Jorge. Alguien que no conoce el valor del dinero y el trabajo, no merece que un hombre que lo consiguió todo con muy duro esfuerzo se rebaje a pedir perdón. No la leeré para ti—. Esteban bufó, como si al fin y al cabo, no le interesara escuchar la carta—. Ésta, en cambio, sí la leeré —dijo Hugh rasgando el sobre y mostrándosela, pero sin ponerla a su alcance—. Reconoces la letra de tu padre, Esteban? —Esteban miró de mala gana, pero sí, era la letra de Jorge.

Se cruzó de brazos y alzó sus cejas preguntándose qué nueva cantinela iba a escuchar, y consideró seriamente poner la mente en blanco para no tener que escucharla. Aun después de su muerte, los sermones de su padre lo perseguían.

“Estoy feliz —empezó la carta de Jorge—, porque si esta carta fue abierta, fue porque mi hijo enderezó su camino, se hizo un hombre de bien, aprendió su lección.

Siento haberte tenido en vilo todo este tiempo. Siento habértelo quitado todo, pero fue necesario, hijo, para que fueras el hombre que seguramente hoy eres”.

Esteban frunció el ceño. Qué mierda era ésta? Hugh siguió leyendo.

“Le habré ganado la apuesta a Hugh, yo sabía que tú comprenderías, que tú recapacitarías. Comprenderías la razón por la cual incluí a Daniel en nuestras vidas. Fue por ti, hijo. Cuando te dije a ti y a Diana que lo trataran como a un hermano, lo hice por ti. Tenía la esperanza de que notaras en él las virtudes que le eran tan difíciles de ocultar, y con el paso del tiempo, vieras en él lo que fue mi vida: una vida llena de trabajo y de mucho esfuerzo, pero donde, al fin y al cabo, se recibía la recompensa.

Estaba seguro de que no lo entenderías del todo, pero con el paso del tiempo, yo sé que sí lo comprendiste...”. Esteban interrumpió con una grosería, y Hugh elevó su mano deteniéndolo y siguió leyendo: “Por eso, por haber entendido que todo en la vida tiene un precio, y uno muy alto, por reconocer ahora que no se recoge de donde no se ha sembrado, te devuelvo todos tus bienes. Sí, el hombre que te estafó, tu pérdida y posterior pobreza, fue una treta ideada por mí”.

—Qué!!! —gritó Esteban y agarró fuerte los barrotes—. Maldito seas, anciano! Devuélvemelo todo!

“Todo volverá a tus manos con un plus: ahora serás parte de la mesa directiva del GEA, y si llegas a completar tus estudios, algún día ocuparás el cargo de presidente. Sé que Daniel con mucho gusto te

dará su lugar, pues me prometió que cuando hubiese uno de mis herederos con mi sangre apto para tal cargo, él se haría a un lado. Lo tendrás todo, todo lo que quisiste de adolescente. Perdóname por haber utilizado estas estratagemas, pero ya ves que sólo así recapacitaste”.

Ahora Esteban estaba en silencio, mirando atónito la carta que sostenía Hugh. Había dejado de extender la mano tratando de alcanzarla, y su respiración estaba acelerada. Sentía un dolor, un dolor no sabía dónde. Un dolor profundo.

Hugh continuó:

“Te amo, hijo. Siempre te he amado. No es cierto que amara más a Daniel; es verdad que le tengo mucho afecto, y sé que será un excelente marido para mi hija, pero te digo lo que te dije aquella vez: mi hijo eres tú. Lamento tantos disgustos, tanto tiempo perdido. Pero ahora, por favor, vive tu vida y sé feliz. Haz aquello que yo no pude, y disfruta de tus hijos y tus nietos. Cásate con una buena mujer y cría a muchos chicos que lleven el apellido Alcázar. Y por favor, reúnanse los días de acción de gracias para que los primos se quieran mucho y se cuiden entre sí.

Con amor, tu padre”.

Hugh levantó la mirada y se encontró con los humedecidos ojos de Esteban. No se dejó conmovir, e hizo una mueca socarrona.

—Tenía muchas ganas de leerte esta carta. Muchas ganas—. Esteban permaneció en silencio, pero Hugh no—. La otra carta, donde te pide perdón, contiene las lágrimas de Jorge, porque odió tener que escribirla; pero que tú fallaras era una gran posibilidad, la posibilidad que al fin y al cabo, ganó. En ella, Jorge le deja tu parte también a Diana y a Daniel, pero ellos no lo sabrán sino hasta que se complete el año de la muerte de Jorge y ya Diana esté embarazada de su primer hijo, o éste haya nacido. Ese niño heredará tu parte, y no habrá nada qué hacer al respecto. Desde ahora, y para siempre, has perdido todos los privilegios de tu apellido, la consideración por parte de la sociedad, el apoyo de cualquier abogado que creyera que tenía una posibilidad contigo.

Hugh vio a Esteban apretar fuertemente los barrotos de metal y bajar la cabeza. Tal vez ahora estaba recapacitando?

—Demasiado tarde para arrepentimientos —dijo Hugh con voz dura—. No sólo mataste a tu padre — Esteban se encogió de hombros como si el escuchar eso fueran espinas que lo atacaran desde todos lados—, también intentaste matar a tu propia hermana y a Daniel, y luego volviste para rematarlo a él. En tus manos, empresas como el Grupo Empresarial Alcázar, o cualquier tiendita de venta al detal, se arruinaría, o se convertiría en un arma nuclear que usarías para dañar a mucha gente. Mira lo que hiciste sólo con veinte mil dólares—. Ahora Esteban elevó sus ojos a él.

—Pero yo no sabía!

—De eso se trataba todo, de que sin necesidad de decirte cuáles serían tus recompensas, hicieras las cosas bien. Tu padre tenía la esperanza de que luego de perderlo todo cambiaras tu ritmo de vida, te emplearas en algún lado, y, en un muy remoto caso, buscaras la ayuda de tu hermana. La buscaste, sí, pero mírate, no ideaste nada bueno luego de eso—. Esteban le dio la espalda y se alejó dentro de la celda todo lo que pudo como huyendo de sus verdades, pero Hugh continuó; tenía todas estas palabras atragantadas desde hacía mucho tiempo—. Se pasó toda su vida planeando esto, sabes? Y Daniel fue su esperanza, no para sus empresas solamente, sino para ti. Pero tú lo tomaste como una grave ofensa; no podías perdonar que fuera el hijo de una sirvienta. Sin embargo, si de sangre noble se tratara, Daniel tiene mejor abolengo que tú; es el hijo de Stephen Ramsay, una familia que por generaciones ha sido de mucho dinero, y Stephen en especial hizo crecer esa fortuna. Sabías entonces

que el abuelo de Daniel era inglés? De esas familias que incluso tienen un escudo de armas. Pero su madre era una inmigrante latinoamericana, una chica sencilla que lavaba los platos y barría la cocina porque no tuvo una familia que le pagara la universidad, o la mantuviera mientras estudiaba cualquier carrera que mejorara sus posibilidades. Terrible, verdad? —Hugh suspiró—. En fin, que la vida es especialista en construir ironías, y a ti te ha ocurrido la peor de todas. Quiero que entiendas que no hay vuelta atrás. Si Daniel muere ahora, Diana heredará todo en absoluto. Si ambos mueren, todo se repartirá a la caridad y no habrá posibilidad para ti. Si mueren en quince o diez años, heredarán sus hijos. Si mueren sus hijos, heredarán los nietos. Si Diana muere sin hijos ni nietos, todo se irá a la caridad; sólo porque tú eres una amenaza para ella, no hay un escenario donde puedas obtener un beneficio de sus muertes. Me entendiste? Nunca tocarás un centavo de la fortuna Alcázar. Ya parasitaste demasiado tiempo—. Y con estas palabras, Hugh dio la media vuelta y lo dejó solo.

Cada palabra resonaba en el interior de Esteban, y rápidamente buscó opciones para salir de ésta. Pero Diana, la única persona que tal vez podía abogar por él, por ser su hermana, lo odiaba. Había intentado matarla a ella y a su marido, y jamás lo perdonaría.

Y Daniel... sabía que era un hombre de palabra, y tal vez pudiera sacarle algo luego de dejarle en claro que si tuvo estudios, fue en parte gracias a que él se prestó para aquella mentira que lo llevó a Harvard. Pero él ya no era un adolescente que se dejara engatusar. No había salidas. No había nada que hacer. Había perdido todas sus posibilidades, todas sus oportunidades.

Quería leer la carta de su padre, esa donde él lloraba y le pedía perdón. Quería leerla.

—Hugh! —llamó—. Por favor... —pero supo que Hugh no regresaría, no se la entregaría. Él mismo lo había dicho, no se merecía que alguien como Jorge le pidiera perdón. Pero él quería leerla—. Hugh! —volvió a llamar con fuerza.

Un frío lo invadió, se sintió, por primera vez en su vida, realmente culpable.

Estaba recogiendo lo que había sembrado a lo largo de su vida, y al pensar en todo lo que había hecho, lo invadió el terror.

Daniel volvió a su apartamento apoyado en Diana más por deseo de tenerla muy cerca que por necesidad. Ella insistió en llevarlo hasta la cama y él se lo permitió. No apoyaba todo su peso en ella, pero sí de vez en cuando se hacía el débil y ella entonces lo rodeaba con sus brazos y lo acercaba más.

Cuando estuvo en la cama, disimuló su sonrisa de satisfacción.

—Estás cómodo?

—Más o menos.

—Más o menos? Qué te falta?

—Tú, aquí, a mi lado—. Ella sonrió, y sin pérdida de tiempo, se acostó a su lado.

—Pero tengo mucho que hacer —se quejó ella, sin embargo, no dudó en abrazarlo.

—Nada que no puedas hacer luego.

—Tienes que comer.

—Existe la entrega a domicilio—. Ella sonrió, y cerró sus ojos suspirando, sintiendo que hacía décadas no dormía como se debía. Al sentir el toque suave de su esposo en su brazo, se fue relajando.

—Te amo, mi Dan boy—. Él se echó a reír.

—Te amo, mi estrella.



—No soy la estrella.

—Lo eres para mí. Anda, duerme.

—En una hora debes tomarte unas medicinas.

—Estaremos despiertos entonces.

—Lo prometes?

—Sí... —ella sonrió y cerró de nuevo sus ojos. Él la miró mientras se entregaba al sueño, y tuvo

que sentirse agradecido por estar aquí de nuevo y tenerla así. Habían estado a punto de perderse el uno al otro, casi había sido así, pero habían podido cuidarse y defenderse.

Sonrió y se fue quedando dormido con sentimientos muy románticos y agradecidos en su pecho. Tal vez ahora, por fin, podían ser felices sin más sobresaltos.

Pasaron un par de días, y Hugh los mantuvo informados acerca del juicio de Esteban. Lamentablemente, no pudieron darle todos los años de cárcel que hubiesen querido, pues si bien es cierto que había provocado la muerte de Jorge, no había ninguna prueba de ello, más que conjeturas. Lo de Daniel había quedado como un atentado, y con unos cuantos años en prisión, su deuda con la sociedad quedaría saldada.

Furioso con el veredicto, Hugh apeló, pero sólo consiguió una orden de alejamiento contra Esteban para Diana y Daniel. Nada más.

Por otro lado, Diana estaba furiosa con Hugh, pues no hacía sino traerle trabajo y más trabajo a Daniel. Constantemente se venía al pent-house con documentos que luego él leía, rectificaba o firmaba, y ella tenía que rogarle que lo dejara y se viniera a descansar. La mayoría de esas veces, él sólo le prometía que pronto acabaría, pero tardaba mucho en volver.

—No te estás cuidando como se debe! —le decía ella, molesta—. Tienes que guardar absoluto reposo. Absoluto! Cómo te vas a recuperar así?

—No estoy haciendo ningún esfuerzo físico —se defendía él—. Puedo hacer esto perfectamente.

—Puede ser que el esfuerzo no sea físico, pero...

—Anda, ven aquí —le pidió él tendiéndole una mano para que se sentara a su lado en el sofá, pero Diana se alejó más.

—Por favor, Daniel! —al verla así él frunció el ceño. Luego de que se casaran y ella le contara su verdad, nunca volvió a rechazar un toque suyo, o una invitación, y ahora lo estaba haciendo.

—Estás bien, cariño?

—Estoy preocupada por ti!

—Yo estoy bien—. Cuando la vio cubrirse los ojos con sus manos, él se preocupó y se puso en pie y llegó a ella—. Qué pasa?

—Fue... fue terrible.

—Qué cosa, amor?

—Verte así, desangrándote, inconsciente, quedándote frío como si la vida escapara de ti. En ese momento me vi obligada a conducir, pero pude hacerlo sólo por el terror de perderte. Los autos ya no eran un monstruo para mí, el monstruo ahora era perderte—. Él la abrazó suavemente. Recordaba vagamente a Diana frente al volante conduciendo como si la persiguiera una legión de demonios.

—Lo sé. Me salvaste la vida. Y luego otra vez, cuando Esteban entró a la clínica.

—No quiero volver a pasar por algo así.

—No tendrás que hacerlo.

—Por eso, hazme caso. Por favor, tómate las cosas con calma. Quiero que te recuperes!

—Y cuándo podré volverte a hacer el amor?

—Daniel! —exclamó ella un poco escandalizada, y él se echó a reír. La besó delicadamente y ella se relajó un poco sobre su pecho y suspiró.

—Estaré bien —le prometió él—. Estás siendo una excelente enfermera. Dentro de poco podré volver a la oficina. Mis heridas están curadas—. Ella apoyó su cabeza en su pecho abrazándolo como si no quisiera separarse ahora. Daniel sonrió y empezó a bajar sus manos por su cuerpo.

—El médico dijo que nada de esfuerzo físico —lo atajó ella, y Daniel hizo una cara de decepción bastante cómica. Riendo, ella lo abrazó, y ésta vez él la acercó para besarla.

Su luna de miel, su verdadera luna de miel, había sido interrumpida por Esteban, y toda esa pasión recién descubierta había sido momentáneamente aplazada. Ella tenía razón al pedirle que guardara reposo, pues la herida de la clavícula seguía sin sanar del todo, pero era ya mucho rato sin ella.

Pronto el cuerpo de Diana empezó a despertar a los toques y caricias de su marido, a sentir fuego en su piel.

—Sólo un poquito —dijo ella como para sí, rindiéndose, y él sonrió internamente. Era su dulce manera de dar su brazo a torcer, y él la fue conduciendo poco a poco a la cama. Una vez en ella, se puso encima suyo y empezó a desnudarla. Prefirió quedarse con la camiseta que llevaba puesta por no exponer sus cicatrices y enfriar así el ánimo de ella, pero disfrutó viéndola nuevamente desnuda. La besó, la tocó, la chupó y la fue llevando poco a poco a la locura. Ella metió sus manos debajo de su camiseta tocándolo, pero no alcanzó a rozar la zona donde las balas habían impactado.

—Te amo —susurró ella—. Te amo, te quiero dentro ya—. Él sonrió.

—Apresurada.

—Por favor! —él le hizo caso, le bajó las bragas, se desnudó a sí mismo de la cintura para abajo y tomándose con una mano se puso en su entrada. A continuación la miró al rostro para no perderse ninguna de sus reacciones, y se vio gratamente recompensado. Diana lo recibió con hambre y anhelo, el deseo que ella estaba mostrando lo enterneció y encendió a partes iguales, y empezó a acelerar.

No podía ser una sesión larga, tenía que admitir aunque fuera para sí mismo que de vez en cuando sufría las consecuencias de haber perdido demasiada sangre de un momento a otro. Diana le estaba dando todos los jugos de frutos rojos que según internet y consejos de abuelas decían que ayudaban a subir los glóbulos rojos, pero lo cierto era que hacía sólo poco más de una semana había estado a punto de morir. Pronto se recuperaría y le haría el amor a su esposa por horas.

Sin embargo, y gracias al cielo, ella no tenía pretensiones por ahora, y lo aceptó tal como vino. Rápido, urgente, a prisa.

Se corrió dentro de ella y la besó y la mimó, se tiró en el colchón arrastrándola consigo y abrazándola fuertemente, hasta que ella vio la mancha roja en su camiseta y salió de la cama espantada.

Daniel la miró sonriente... se veía tan hermosa luego de hacer el amor... y sobre todo si estaba enojada también.

—Lo sabía! Aún no podemos hacerlo!

—En mi concepto, sí que podemos —ella lo miró con sus ojos abiertos de incredulidad.

—Ese es tu problema, ves? —le reclamó, dando vueltas por la habitación con las diminutas bragas que había conseguido ponerse por todo vestido—. No te cuidas, no me haces caso, no tomas tu incapacidad en serio! Todavía necesitas mucho para recuperarte, no estás del todo bien!

—Creí que hace un rato te demostré que estoy muy bien.

Diana lo miró furiosa cruzándose de brazos, intentando que su sonrisita no le abriera una brecha en su determinación. Él estaba apoyado en las almohadas, con el brazo derecho debajo de la nuca, y mirándola de arriba abajo como si nunca la hubiese visto semidesnuda.

—Eres testarudo a morir. Te has salido con la tuya sólo porque...

—Porque me extrañabas, a que sí—. Ella hizo rodar los ojos en sus cuencas, pero no fue capaz de negar lo que él estaba diciendo. La sonrisa de él se ensanchó—. Si vienes aquí, prometo tomarme todo lo que a tus doctores se les ocurra, y hacerte caso en todo lo que me aconsejes—. Ella voló a su lado con la velocidad de un rayo, con mucho cuidado, se situó encima de su pecho y lo miró a los verdes ojos.

—En serio lo prometes? Prometes que aunque Hugh te traiga trabajo como si fueran dulces no lo aceptarás?

—Sí, lo prometo. Ahora —susurró el dándole un ligero cachete en las nalgas y dejando la mano allí de un modo muy posesivo a la vez que cerraba los ojos—, deja de chillarme y duerme a mi lado como la buena esposa que eres.

—Engreído —lo acusó ella, pero hizo caso.

No, él no lo era, pensó Daniel, pero con respecto a ella, estaba seguro de muchas cosas.

—A propósito —le dijo Daniel a Diana antes de que el sueño la venciera—. No deberías tener la regla ya? —Diana tensó su cuerpo, hizo cuentas mentalmente, pero no atinó a sacar nada en claro, así que casi corriendo, buscó su teléfono y verificó algo en él. Luego lo miró a los ojos.

—Tengo una semana de retraso —dijo, con voz sibilante; la sonrisa de Daniel se ensanchó.

—Entonces —sonrió, apoyando su peso en su codo—, parece que te embaracé. Vuelve aquí.

—Una semana no es prueba de que... Dan...

—Vuelve aquí —insistió él palmeando el colchón a su lado. Ella caminó lentamente a él, haciéndole caso. Se sentó a su lado y él hizo un poco de fuerza para que se acostara boca arriba. La miró largamente, mientras ella permanecía tiesa como un palo. El corazón le latía muy acelerado, notó él, y le besó los oscuros cabellos con ternura—. No estuvimos tomando precauciones, y tienes que admitirlo, hemos estado haciéndolo como conejos; era de esperarse.

—Sí —susurró ella cerrando sus ojos—, pero de todos modos...

—Estás asustada? —Diana tragó saliva, pero pasados unos segundos, respiró profundo.

—Tener un hijo es una gran responsabilidad —contestó ella al fin—. Siempre pensé en ti y en nosotros, en la manera tan diferente como nos levantaron en la vida. A ti, tu madre te crió para ser un luchador... No estoy segura de poder hacer eso mismo con mi hijo—. Daniel frunció el ceño.

—Diana, no vas a criar a ese hijo sola; lo vamos a hacer entre los dos... si nos equivocamos, nos equivocaremos los dos, y si tenemos éxito... nos lo repartiremos—. Ella lo miró y no pudo disimular una sonrisa—. Pero estoy seguro de que será un buen chico porque desde el día en que nazca le enseñaremos valores. Yo pondré mi parte y tú pondrás la tuya... —ella elevó una mano a él sintiéndose otra vez completamente enamorada, y sonrió.

—Lástima que no estén aquí los abuelos para que lo malcríen —Daniel sonrió.

—Bueno, está Stephen. El que menos esperó tener un nieto es el que más pronto lo va a disfrutar. Las ironías de la vida—. Diana no dejó de sonreír.

—Y si no estoy embarazada? —él puso suavemente su mano, abriéndola cuan grande era sobre su vientre y haciendo círculos suaves.

—Mañana te haces la prueba y ya está —contestó él—; o si quieres esperamos una semana más —Diana suspiró de nuevo cerrando sus ojos, y él acercó su frente a la de ella—, aunque me parece a mí —siguió con voz pícaro— que el resultado va a ser el que ya sabemos. Ya sé que en circunstancias normales nos habríamos tomado un tiempo para disfrutar la vida a solas y en pareja, pero nuestras circunstancias nunca fueron normales.

—No, no que yo recuerde —sonrió ella, y cerró sus ojos besando suavemente sus labios.

—Por otro lado... no sería fantástico que tengamos una niña con tu cabello negro? —Diana frunció el ceño.

—No. Quiero un niño.

—Será una niña, la princesa de papá —insistió él, dejando quieta su mano sobre el vientre de ella como si más que un deseo fuera una orden. Diana se echó a reír.

—Lo pariré yo, al fin y al cabo, no? —Daniel suspiró.

—Como sea, tendremos un hijo. Me siento bendecido—. Diana cerró sus ojos.

—Lo llamaremos George, como papá, pero en inglés—. Él hizo una mueca, pero no dijo nada. Realmente quería que fuera niña. Sin embargo, debía estar abierto a la posibilidad de que ni siquiera

estuviese embarazada, o que, después de todo, fuera un George.

Ah, tendría muchos tíos que la mimarían, empezando por Maurice. Luego estaban David, Marissa, Thomas y Meredith que querrían malcriarla con regalos.

Su hija viviría en circunstancias muy distintas a las suyas, se criaría en otro mundo; sólo esperaba poderla guiar bien por el camino de la vida, mostrarle lo correcto que era tomar buenas decisiones.

Hizo una mueca al notar que todos sus sueños eran con relación a una niña, y analizó su propio deseo de que fuese mujer.

No encontró ninguna razón coherente y sonrió.

—Stephen estará feliz —dijo, pero Diana ya estaba dormida. Sonrió y la besó, aunque ella no se dio cuenta. Al parecer, podrían retomar su vida ahora que todo había pasado.

Y esa vida había comenzado ya.

—Ya estás allí? —le preguntó Daniel a Diana, que conducía hacia su cita médica para hacerse el examen. Ahora que Diana conducía, definitivamente era más fácil todo, ya no dependía de nadie para ir a ningún lugar, y él se sentía más tranquilo porque ella ya no andaba en taxis.

Se había hecho dos pruebas caseras, y una había dado negativo, y la otra positivo, así que habían decidido acudir a un profesional y salir de dudas. No le había contado nada a nadie hasta estar segura; luego de que saliera el resultado, la primera persona a la que llamaría sería Marissa.

—Voy de camino —le contestó ella—. Dan, me dan nervios conducir y hablar por este aparato al tiempo! Te llamo cuando esté allí.

—Yo voy en camino —le dijo él.

—Vendrás? Pero no es necesario.

—Sí que lo es. Quiero estar allí —Diana sonrió, y no se opuso más.

—Vale, nos vemos allí—. Cortó la llamada y miró el espacio donde debía parquear el auto y suspiró. Esperaba no tardar demasiado.

Luego de unos minutos, y de haber inspeccionado a un lado y a otro las líneas de su límite, Diana miró el auto satisfecha y se encaminó al consultorio donde tenía su cita.

Nerviosa, se sentó en la pequeña sala amoblada donde otras mujeres esperaban con sus vientres crecidos, tal vez para los controles prenatales. Algunas iban acompañadas de sus esposos, y eso la enterneció. El suyo vendría pronto.

—Vienes a hacerte la prueba, verdad? —preguntó una que intentaba controlar a un niño de tres años a pesar de su voluminoso vientre.

—Cómo lo ha sabido?

—Por la cara de ilusión que traes. Éste es mi tercero —le informó tocándose la enorme panza; estaba sentada con las rodillas un poco separadas y la espalda recta, y Diana elevó sus cejas preguntándose si podría dormir con esa forma de su cuerpo—. Pero será el último —siguió la mujer—. Mi Geoffrey y yo siempre quisimos una familia grande.

—Pues son afortunados —En el momento, llegó Daniel, y ella lo miró sonriente tendiéndole su mano. La mayoría de las mujeres allí se lo quedaron mirando, e incluso algunas se hicieron comentarios en el oído.

—Creí que era muy normal ver hombres aquí —comentó él cuando observó a las demás pacientes cuchichear entre sí, pero la mujer con la que Diana había estado hablando lo escuchó.

—Te miran porque eres guapo. Y a ella la están envidiando a muerte porque, si estás aquí, es que eres el padre, y por tanto, heterosexual —Daniel elevó sus cejas un poco sorprendido y Diana se echó a reír.

Minutos después, y luego de dos turnos, entraron al consultorio. Ante las preguntas del médico, Diana contestó que no tenía síntomas, excepto por el retraso, y cierta sensibilidad en los senos. Nada de rechazo a los alimentos, ni cambios bruscos de humor.

El médico condujo a Diana a una silla donde le extrajo sangre, y una enfermera llevó la muestra de inmediato a laboratorio. En cuestión de minutos tendrían los resultados.

—Quieres comer algo? —le ofreció Daniel, y ella negó. Se sentía demasiado nerviosa como para ingerir algo. Daniel elevó su mano para tocar su cabello que ahora estaba mucho más largo y rozaba sus hombros. Sonrió al pensar que ella se lo estaba dejando crecer sólo porque a él le gustaba. Había notado también que usaba vestidos y tacones por él, hasta que le había insistido en que fuera y se vistiera como ella misma, pues esa era la Diana que lo enloquecía. Ella había vuelto a usar sus botas, pero cuando se disponía a salir a su lado a algún evento o reunión social, usaba su uniforme de mujer rica y de alta sociedad, que consistía en caros vestidos de diseñador, y joyas de todos los valores y colores.

Se acercó a ella y le besó el cuello en un movimiento natural como si simplemente se tratara de respirar. Ella miró en derredor nerviosa, lanzándole una mirada para que se controlara, Daniel sólo siguió sonriendo.

Al fin, una enfermera se les acercó y les entregó un sobre. Ansiosa, Diana abrió y leyó el contenido.

Se quedó como una estatua cuando, al lado de unas siglas cuyo significado desconocía, se leía en mayúscula fija la palabra “positivo”. Pestañeó un poco y dejó la hoja en manos de Daniel para que lo leyera.

—Cariño, vamos a tener un bebé —sonrió él. Ella lo miró a los ojos, y él notó que las manos le temblaban, se las tomó y las besó.

Ella lo abrazó rodeando su cuello con sus brazos. El corazón les latía acelerado, y a Diana los ojos se le humedecieron.

Este hijo sería la máxima muestra de su amor por Dan, y ya se sentía bendecida. Antes ni siquiera podía tocarlo, o permitir que él lo hiciera. Ahora, en la tierra, habría una prueba viviente de lo mucho que se amaban. Al menos ella lo veía así.

Esa noche, celebraron la noticia en grande. Marissa, David, Michaela, Agatha, Peter, Hugh, Maurice, e incluso Stephen, asistieron a su pent—house para festejar.

—Dios, Diana, no sabes la sorpresa que me llevé cuando me llamaste —le dijo Marissa emocionada—. Ni siquiera me habías contado que... ya sabes, se había arreglado tu problema.

—Bueno, es que fue todo tan... —contestó ella, sonrojada—. Tú estabas en tu luna de miel, y luego él fue herido. Supongo que tenía la cabeza en otro lado y no tuve espacio para confidencias —Marisa suspiró sonriendo—. Es verdad. Pero estoy muy feliz por ti. Le contaste a Meredith? —Diana asintió, y las dos se miraron preguntándose si sería bueno contarle a Nina. Diana no se sentía capaz de hacerlo; sin bien en el pasado Nina sí fue capaz de restregarle su felicidad en la cara, ella no lo era.

Sin palabras, entre las dos acordaron que sería Marissa quien le comunicara la noticia a Nina. Tal vez eso le ayudara a olvidarse por fin de Daniel. No lo pensaba así por sí misma, sino por su amiga. Ella merecía ser feliz, y enamorada de un hombre que no le correspondía, jamás lo sería.

—Cuando me vas a dar tú la buena noticia? —le preguntó Hugh a Marissa interrumpiéndolas y con una copa de champán que Maurice había traído en su mano. Ella sonrió.

—Pronto.

—Eso espero —dijo, y luego miró a David con ceño, como si fuera el responsable de la tardanza.

Comieron mucho y bebieron poco. Ni siquiera Maurice se mostró apático a la celebración, más bien parecía el más contento de todos y pidió tomarse una fotografía con la futura mamá de su sobrino.

—Pensé que ya que las bodas te producen urticaria, los embarazos serían peores —rió David, burlándose.

—Hey, yo no fui quien la embarazó, por eso no tengo problema en celebrar. Además, los hijos son otra cosa, son para toda la vida! Cuándo te crecerá la panza? —le preguntó de repente a Diana, ella se alzó de hombros.

—No tengo idea. El médico dijo que era diferente para cada mujer.

—A Laylah se le notó hacia el cuarto mes —informó Hugh, el único presente que había conocido a sus padres jóvenes—. Si es verdad y eso se hereda, será igual para ti—. Diana lo miró y sonrió con nostalgia. Hugh debía echar mucho de menos a su padre, y lo confirmó cuando se le acercó y le dijo —: Tu padre estaría saltando en un pie de felicidad. Es una lástima que no esté aquí para verlo.

—Sí... pero... tengo que admitir con cierta tristeza que de no ser por su testamento, esto no estaría ocurriendo. Fui tan testaruda...

—Los dos, hija, los dos fueron testarudos. Imaginemos que, dondequiera que esté, está saltando en un pie de la felicidad. Al igual que Sandra, la madre de Daniel. Sólo es ver a Stephen y comprobarlo —Diana miró al padre de Daniel, que conversaba con él y Maurice y los ojos le brillaban. Sonrió, pero igual, ella no había parado de sonreír desde esa mañana cuando había leído el resultado de la prueba de laboratorio, así que no hubo mucha diferencia.

Miró a Daniel y no pudo evitar poner su mano en su vientre, aunque éste estaba tan plano como siempre. Era extraño, pero saber que dentro llevaba algo de él la hacía sentirse especial. Era lo que sentía cada mamá?

Y por otro lado, pronto sería responsable de otro ser humano, para dormir, para comer, para crecer y formarse. Bueno, era verdad que no lo haría sola, y estaba más que segura de que Daniel sería un excelente papá.

Quería que el tiempo empezara a transcurrir ya para verlo, y al mismo tiempo, quería disfrutar cada segundo de su presente, tan diferente a como ella pensó que sería sólo un año atrás, cuando Daniel le dejó un mensaje diciéndole que su padre estaba enfermo, y ella tomó la decisión de quedarse aquí indefinidamente.

Daniel sintió su mirada y le sonrió a través de la habitación, y ella le devolvió la sonrisa, deseando que él viniera aquí al instante y la besara. Como si leyera sus pensamientos, él dejó a Stephen y a Maurice y se encaminó a ella para hacer exactamente eso, y la besó con ternura.

—Estás cansada?

—No.

—Deseas algo de la mesa? —ella volvió a negar, y no dejó de mirarlo sonriente—. Quieres algo? —siguió preguntando él.

—Sí. A ti—. Él sonrió apretando sus labios.

—Tendremos que esperar a que todos se vayan para eso—. Diana se echó a reír y se dejó abrazar y mimar. Hacía sólo unas horas se había enterado de su nuevo estado, y ya la habían mimado como para el resto de la vida. Se sentía especial, y por una vez, sintió que lo era. Al menos, lo era para este hombre que la tenía entre sus brazos y le susurraba lo mucho que la amaba, y lo feliz que lo hacía.

Al año de la muerte de Jorge Alcázar, y con George Santos de sólo un mes de nacido, se trasladaron a la mansión, tal como había sido estipulado en su testamento. Hugh les leyó una nueva carta de Jorge, y allí se enteraron de la verdad acerca de Esteban. No los hacía felices saber que todo lo que había sido de él pasaría a manos del bebé en cuanto éste cumpliera la mayoría de edad, ellos no necesitaban ese dinero, pero había sido la última voluntad de Jorge, y ellos, comprendiendo que si estaban juntos era por él, aceptaron su último encargo. George sería un bebé millonario; ellos sólo hacían de fideicomisarios. Daniel asumió la responsabilidad de administrar esos bienes sintiendo que no había diferencia entre una fortuna y otra; siempre demandaba trabajo. Sin embargo, habiendo aprendido de Jorge, se prometió a sí mismo no permitir que sus obligaciones se tragarán todo su tiempo, pues su mayor bien era su familia, y desde entonces, hizo todo lo posible por regresar temprano a casa, y siempre llevarse a su mujer a sus viajes.

Mientras el personal trasteaba con sus cosas, y Diana verificaba que todo estuviera en su lugar, sobre todo la habitación del bebé, Daniel tomó a su hijo en brazos y salió a pasear con él por los jardines. Era la primavera, así que lo abrigó muy bien con gorros y guantecitos para poder sacarlo; era tan pequeño que le cabía en un brazo, aunque según Diana, era enorme y pesado y glotón. George tenía el cabello oscuro como Diana, pero los ojos verdes del abuelo Stephen, y Diana aseguraba que tenía su nariz, y él le creía. La verdad, es que para él todavía era redondo y blanco como la leche, pero era su hijo y lo amaba hasta la locura.

—Aquí —le decía a George señalándole la piscina—, conocí a tu madre; fue una tarde lluviosa, y los dos quedamos empapados —suspiró—, fue amor a primera vista. Y allá —ahora caminó con él hacia el lago—, le conté una historia que le encantó, la historia del búho y su estrella. Algún día te la contaré a ti —luego miró el lago, pensativo—. O mejor no te la cuento. Dejemos que tu historia sea diferente.

Se estuvo con él hasta que vio que el movimiento del trasteo había cesado, y entonces entró a la casa buscando a Diana. En la sala no estaba, así que subió las escaleras y la buscó en su antiguo estudio, donde era muy probable hallarla.

Pero tampoco allí estaba.

—Mira —le dijo al niño—, las pinturas de mamá—. Había orgullo en su voz. Diana no había dejado de pintar, y últimamente sus cuadros se vendían muy bien, demasiado, tal vez. Su última colección se vendió sin pérdida en menos de dos meses y cada pieza viajó alrededor del mundo. La galería, que habían puesto a funcionar hacia el tercer mes de su embarazo en aquel lugar frente al cual Daniel fue baleado no la dirigía ella, pues prefería pintar, pero había contratado personal calificado para ello.

Descorrió una de las cortinas para que la luz bañara la habitación que Diana siempre había preferido para pintar y entonces se quedó allí, como una estatua, observando estos cuadros que él nunca había visto.

Eran variados, paisajes urbanos y rurales, gente yendo y viniendo, aves; una calle lluviosa en una noche oscura llena de estrellas, un campo de trigos mecido por el viento, una farola encendida en una noche neblinosa, gente andando a prisa luego de salir del trabajo por una calle de adoquines... Pero había algo que los conectaba, algo que le hacía acelerar el corazón... y descubrió qué era cuando, del



suelo y entre otros cuadros, vio un búho enorme pintado en óleo y espátula. Entonces sonrió.

Todos los cuadros tenían algo en común, en todos había por lo menos una estrella, o un búho, por eso eran siempre de noche. En la rama de un árbol, diminuto, se asomaba el búho, que necesitaría un ojo crítico para ser captado, y siempre había una estrella diferente a las demás.

Estos cuadros era viejos, de mucho antes de casarse o comprometerse, él no los había visto sino hasta ahora. Diana los había pintado pensando en él, y eso le hizo sentirse pleno de algo indescriptible.

George hizo un movimiento en su brazo, y él dejó de nuevo el lienzo en su lugar para arrullarlo con movimientos suaves y le besó la coronilla de la cabeza.

—Ah, estás aquí —se escuchó la voz de Diana, y él se giró a mirarla.

—No había visto estos cuadros —le dijo cuando ella estuvo dentro. Diana apretó sus labios y se alzó de hombros.

—No son mi mejor producción.

—Que no? A mí me parece que éste búho es excelente —ella sonrió y se pasó al frente el cabello recogido en una trenza, que ahora le llegaba a la cintura. Lo miraba de reojo, sonrojada, como si le avergonzase un poco que él hubiese descubierto el último de sus secretos—. Cuándo pintaste estos? —ella suspiró.

—Cuando... estabas saliendo con Nina.

—Ah.

—Me encerraba aquí... y de alguna manera, todos salían iguales—. Daniel miró las obras. Ante la vista de un desconocido, se verían diferentes, aunque colorido, pero ella tenía razón, todos tenían algo en común.

—Supongo que cuando pintas muchos cuadros bajo la misma emoción, éstos salen imbuidos en ella—. Diana asintió en silencio, y él se acercó a ella—. Qué emoción tienen estos cuadros? —ella suspiró.

—Tristeza, y melancolía.

—Los odias?

—No, la verdad es que no. Fue una etapa de mi vida, no puedo eliminarla—. Extendió sus brazos y tomó a George, lo recostó en su pecho y puso su mano en su cabecita.

—En cierta forma —dijo él mirando en derredor—, es bastante poética la imagen de una Diana triste y pintando, y pintando, y pintando—. La miró a los ojos, como si casi pudiera verla allí.

Cuando él se acercó y la besó, ella sonrió en su interior. Ya todas sus melancolías se habían ido, espantadas por la felicidad de su presente. Sin embargo, habían sido muchos años en esta habitación deseando y llorando por esto que sucedía ahora mismo; ella, con el hijo que había tenido con Daniel en sus brazos, recibiendo sus besos y sus miradas tan llenas de amor.

Salieron del estudio y Diana lo condujo a la habitación principal, que había sido remodelada para los dos antes de que se cumpliera el tiempo de venirse a vivir aquí por una orden póstuma de Jorge. Era como si siempre hubiese sabido cómo se iban a conducir sus hijos y simplemente hubiese preparado el camino.

Esa noche llegaron a casa sus amigos y las esposas de éstos para celebrar el traslado. La verdad era que constantemente estaban encontrando pretextos para reunirse y celebrar; si no era un nuevo nacimiento, era un nuevo compromiso, o un nuevo negocio, o un traslado, como hoy.

Daniel y Diana suponían que de esto se trataba el “felices por siempre”, a mantener a los amigos, la familia cerca, y la llama en el hogar.

Dos años después del nacimiento de George, Diana dio a luz a Shandra, una nena rubia y también de ojos verdes; los ojos chocolate de Diana, al parecer, no eran dominantes, y Daniel lamentó eso, pero con ojos chocolates o no, Shandra se convirtió oficialmente en su princesa, pues no había querido quedarse sin una, y no fue difícil convencer a Diana para ir en su busca.

Para entonces, ya Marissa tenía una preciosa bebé también rubia que sería la compañera de juegos de George y Shandra, y esperaban otra. David refunfuñaba diciendo que se volvería loco entre tantas mujeres, pero Agatha lo acusaba diciendo que era de la boca para fuera, en el fondo, no se cambiaba por otro.

Michaela, por su parte, seguía su relación con Peter, aunque a veces tuvo que ser a larga distancia por los viajes del uno y del otro al exterior a causa de sus estudios. Sin embargo, y aunque habían empezado muy jóvenes, se les veía muy maduros en sus decisiones y en la manera como estaban llevando su relación. David se encogía de hombros diciendo que lo más probable era que se casaran, y como Peter se había convertido en algo así como su hermano menor, casi deseaba el hecho.

Cuando pasaron tres años más, al fin nació el chico Brandon, y Hugh y David saltaron literalmente en un pie.

Daniel y Diana sólo se quedaron con George y Shandra, habitando de nuevo la enorme mansión, esta vez, durmiendo en la misma habitación.

—Son buenos hermanos —dijo Diana arrojando mejor a su hijo con su frazada, mientras Daniel le besaba la cabecita rubia a Shandra. Los niños ocupaban la misma habitación por ahora, pero llegaría el momento en que deberían irse cada una a la suya, y Daniel se temía el momento. Shandra estaba muy apegada a George—. Espero que se cuiden el uno al otro.

—Lo harán.

—Pero la vida es tan caprichosa...

—Nuestros hijos no. Son chicos buenos—. Él caminó a ella y la abrazó, tratando de espantar sus incertidumbres—. Pero si quieres, hacemos otro —ella lo miró fijamente con recelo y Daniel tuvo que reír—. Vale, con dos está bien—. Le tomó la mano a su mujer y la condujo a su habitación, a su enorme cama, y una vez en ella, empezó a desnudarla.

Desde que habían nacido los niños, habían aprendido a valorar el tiempo a solas y en paz. Había habido una época en la que Diana se acostaba todas las noches extremadamente agotada, sin ganas de nada, y él se preocupó. Contrató más personal para que la ayudaran, y la obligó a ella a soltar un poco a los chicos. Amaba que fuera una madre tan dedicada, pero extrañaba a su mujer, y ella, bendita fuera, le había hecho caso. Ahora, sentían que habían alcanzado un equilibrio. Aún debían enfrentar las etapas de escuela de los niños, pero había que vivir un día a la vez.

—No has dejado de desearme? —le preguntó ella cuando él besó su pecho, y lamió sus senos.

—Por qué iba a hacerlo?

—Luego de dos partos... —siguió ella, aunque sentía que iba perdiendo el rumbo de su conversación— mi cuerpo no es el mismo—. Él sonrió y detuvo sus movimientos para apoyar el codo en el colchón y mirarla con una sonrisa.

—Diana, te he amado casi desde que estas eran así de diminutas —dijo, señalando sus senos y haciendo un círculo con su índice y su pulgar. Diana se echó a reír.

—No eran tan pequeñas.

—Bueno, no —le tomó la cintura con un brazo y la puso de medio lado, paseó su mano por su muslo e hizo que lo rodeara con sus piernas—. Pero he sido testigo de muchas transformaciones en ti. Si decides ponerte gordita me dices, y te hago juego —ella volvió a reír a carcajadas, y atrajo su cabeza a la suya para besarlo.

—Te amo tanto.

—Y yo a ti —respondió él—, déjame hacerte el amor. No importa cómo se pongan nuestros cuerpos, yo sigo enamorado de ti—. Sonriendo, ella le quitó la camisa y lo terminó de desnudar. Su amante esta noche la sorprendería otra vez, y ella estaba ansiosa por empezar.

\*\*\*

Esteban recogió el polvo con la escoba en la pala plástica y miró a su jefa maquillarse. Todo en derredor estaba en movimiento, y se preguntaba si era que acaso iba a presentarse el mismísimo presidente de los Estados Unidos, pues lo habían hecho lavar las paredes y las ventanas, abrillantar el piso, y todas las secretarias habían bajado sus escotes, pintado sus labios y organizado sus escritorios.

Llevaba trabajando aquí desde que salió de la cárcel, hacía cosa más de un año. A estas personas no les había importado su pasado judicial y le habían dado un puesto como el chico del aseo. Aunque de chico no tenía nada. A sus treinta y cinco años, su vida era muy diferente a como la había soñado.

Se había venido a New York cuando salió libre, con unos pocos dólares en el bolsillo y un disfraz de interno de hospital, que era la ropa que había tenido cuando lo encerraron, y con sólo eso, había decidido poner distancia entre él y su pasado.

Ahora, vivía en una habitación de unos pocos metros cuadrados, donde nada separaba al baño de la cocina, y sólo por pura terquedad y sus viejos hábitos se mantenía limpia. Lo que ganaba aquí era un chiste comparado con lo que gastaba él en una sola noche antes de su cambio de vida, pero cada dólar era ganado con duro esfuerzo, y con honestidad.

Si su padre lo viera ahora, lloraría.

Le había escrito a Hugh cada mes de los años que estuvo preso, pidiéndole que por favor le enviara la carta de su padre. Al tercer año, tal vez el viejo amigo de su padre se había cansado de su insistencia, o había decidido que ya había recibido un buen castigo y se la envió.

Había llorado leyéndola, había maldecido su propio nacimiento, y lamentó profundamente cada mala decisión de su pasado. Su padre no había tenido la culpa de nada, él había sido estúpido hasta la exageración.

Suspiró y tomó sus herramientas de trabajo para guardarlas en su debida habitación. Era probable que la jefa volviera a pedirle que limpiara aquí o allá, pero eso no importaba. Para eso le pagaban.

—Ya viene, ya viene! —dijo Page, una de las secretarias, una que, si bien no era exageradamente bonita como las mujeres de su pasado, era la más guapa de todas aquí, guapa al natural. Le gustaba, pero ella ni se giraba a mirarlo. Ya se había vuelto muy normal en él que la gente lo ignorara; tenía aspecto de perdedor.

Un fino automóvil, un Volvo, vio, se detuvo frente al pequeño edificio y de él bajaron varios sujetos. Se quedó de piedra cuando vio que uno de ellos era el mismo Daniel Santos.

No había perdido ni un solo cabello, ni ganado peso. Por el contrario, tenía el aspecto de un exitoso hombre de negocios al que todo le va de maravilla. El brillo en su mirada y su sonrisa así lo expresaban. Lo vio abrocharse el saco de su costoso traje y entrar al edificio.

Esteban quiso que la tierra se abriera y se lo tragara allí mismo. Estaba trabajando para él?

No sabía que esta empresa, que no era más que una oficina de bienes raíces muy pequeña, perteneciera al Grupo Empresarial Alcázar. No había prestado mucha atención a detalles como los propietarios. Había asumido que la jefa era la misma dueña, pero al parecer, debió ser más cuidadoso.

No podía creer que él, Esteban Alcázar, fuera el sujeto que menos ganara en la empresa más pequeña de todo el conglomerado que ahora dirigía el que había sido su enemigo más odiado en el pasado.

Se sintió como un insecto, como si Daniel pudiera aplastarlo de un momento a otro con la suela de su fino calzado.

Y podía hacerlo, pensó casi con deseos de llorar. A una palabra suya, lo despedirían, no importaba si era justo o no.

Si perdía este empleo, estaría en la calle. Lo que ganaba apenas le alcanzaba para vivir, y estaba ahorrando cada centavo para algún día estudiar, pues quería ser algo más que un aseo, pero lamentablemente no recordaba ni una sola cosa de sus años en Harvard, y no podía presumir siquiera de los semestres que estuvo allí, pues la universidad se había negado rotundamente a enviarle el certificado de lo poco que había estudiado.

Todo lo que debió haber aprendido él estaba en el cerebro de este hombre que iba entrando bajo los festejos y halagos de todas las mujeres de la oficina y ya no podría reprocharle nada. Daniel había sido más listo que él y se había quedado con todo lo que debió ser suyo.

Cuando lo tuvo frente a frente, pudo ver cómo lo reconocía, cómo la expresión de su rostro cambió de repente, y se quedaron mirándose el uno al otro en silencio. Daniel tragó saliva.

—Esteban —susurró, y Page, la secretaria bonita, miró a uno y a otro como si le sorprendiera ver que el supremo jefe conociera al chico del aseo.

—Hola, Daniel. Parece que el destino nos trajo aquí —Daniel pestañeó y frunció levemente el ceño, como si sus palabras le trajeran una nueva información a su mente. Siempre se había admirado por la manera en que funcionaba el cerebro de su rival. Era listo, el maldito. Tenía una memoria prodigiosa, y era capaz de hacer cálculos difíciles en sólo segundos. Había intentado enseñarle, pero él siempre estuvo más interesado en las tetas de las mujeres.

Todo el personal que se había reunido los miraba en silencio, y Esteban no soportó tanta atención. Se había vuelto más bien ermitaño, y odiaba ser el centro, cuando antes le fascinó; dio la media vuelta y se alejó de todo el ruido, buscando un hueco oscuro y profundo en el que meterse, como hacían las alimañas ante la luz del sol.

Daniel no se lo podía creer, y de inmediato pidió toda la información posible a Tracy Smith, la jefa de esta oficina que hacía poco se había incorporado al GEA. Ella quiso hacer preguntas, pero se contuvo y él se lo agradeció.

Le contó que lo habían contratado hacía más o menos un año, que desde entonces desempeñaba el cargo de aseo, y nunca había faltado a su trabajo, ni había pedido permiso para irse antes, ni solicitó dinero prestado. Era silencioso y hacía su trabajo con eficacia.

—Sabía que estuvo en la cárcel? —preguntó Daniel. La mujer, que tenía un poco de sobrepeso, se sonrojó, pensando en que tal vez había cometido un error al contratarlo y sería despedida o removida de su puesto por eso.

—Sí lo sabía —contestó Tracy—. Pero... pensé que es un ciudadano americano como muchos, con errores en su vida.

—Errores graves —insistió Daniel.

—Pero si no se les da una oportunidad de integrarse a la sociedad, nunca podrán volver a empezar —agregó Tracy—. Le di un mes de prueba y lo superó, y cada día hace bien su trabajo—. Daniel se recostó en su silla y respiró profundo. Todo lo que escuchaba de Esteban ahora discordaba con lo que era él en verdad, o con lo que había sido en el pasado. Sin embargo, ahora era un empleado suyo, y debía estar enterado de todo, así que le pidió a Tracy que lo llamara. Ella lo miró de reojo, como si temiera que lo fuesen a despedir, pero entonces no podría hacer nada. Aquí se hacía la voluntad de Daniel Santos.

Esteban entró a la pequeña oficina casi de mala gana. Al ver a Daniel de pie y recostado al escritorio con sus brazos cruzados, dijo:

—Me iré antes de que te vayas; tendrás que entender que no fue mi intención violar la orden de alejamiento, así que ahórrate el discurso.

—No te despediré, ni te acusaré ante la policía.

—Ah, no?

—Sólo quiero saber... qué haces aquí? —Esteban suspiró.

—Barro, brillo, limpio las ventanas, los baños...

—Desde cuándo?

—Desde que me contrataron.

—No. Desde cuándo te rebajas a trabajar? —Esteban cerró sus ojos. Esas habían sido sus palabras en el pasado.

—Desde que no tengo para comer y poner un techo sobre mi cabeza. Tú no sabes lo que es eso, de todos modos.

—Ah, no lo sé? —preguntó Daniel entrecerrando sus ojos—. Olvidas que soy el hijo de una sirvienta? Yo sé muy bien lo que es no tener nada en el bolsillo para la comida del día siguiente, atrasarte en el pago de la mensualidad de tu habitación, temer que te echen—. Esteban lo miró a los ojos.

—No parece.

—Porque no me quedé allí, estudié duro, trabajé duro.

—Y te enamoraste de mi hermana —sonrió Esteban.

—Sí, me enamoré de ella, pero para cuando ella al fin estuvo a mi lado, ya yo llevaba por lo menos una década escalando, superándome. Con o sin su fortuna, yo habría podido darle una vida digna—. Esteban sacudió su cabeza de negros cabellos, ahora en un corte clásico, y miró al piso. Daniel tuvo que reconocer que a pesar de los años en la cárcel, él no se veía acabado, ni había perdido parte del atractivo que siempre lo caracterizó. Y extrañamente, ahora le repelía menos su parecido con Jorge.

—Cómo está ella? —preguntó Esteban, refiriéndose a Diana.

—Bien, muy bien.

—Tienen... tienen hijos? —Daniel guardó silencio, y Esteban rió—. No les haré nada.

—Eso no lo sé.

—Ese niño... es inteligente como tú... o es como yo? —Daniel dio unos pasos a él.

—Cómo es “como yo”?

—Idiota. Estúpido.

—George es listo.

—George... —repitió Esteban, y Daniel se admiró al ver que el brillo de su mirada no era de odio ni resentimiento. Estuvo tentado a ofrecerle su ayuda, pero debía ser cauteloso. Esteban era hábil engañando.

—Y si le pasara algo, nada volvería a tus manos, y luego yo te mataría—. Esteban sacudió su cabeza.

—No, Daniel. No le haría nada a mi sobrino. Por el contrario... este tiempo... en la cárcel, en la calle... por fin alcancé la paz, más o menos, hasta hoy. He intentado empezar de nuevo aquí, lejos de ti y de Diana... Ya no soy un Alcázar, fui un hijo que avergonzó mucho a su padre, y por eso estoy en esta situación; y por eso tú, el empleado fiel, se convirtió en el heredero de todo —Danielladeó su cabeza y recordó: “El sirviente que se esfuerza se convertirá en jefe del mal hijo, y se quedará con la herencia que a éste le tocaba”.

Cerró sus ojos al ver la lealtad con la que éstas palabras se cumplían y le dolió por Esteban. Su destino había estado escrito desde hacía mucho. Pero, acaso no tenía opción de cambiarlo? Era todo lo que había para él?

—No tengo intenciones de volver a sus vidas —siguió Esteban—, así que puedes estar tranquilo.

—Qué planes tienes? —preguntó Daniel, y Esteban lo miró a los ojos. Se encogió de hombros y contestó:

—He intentado cambiar de empleo, pero nadie contrata a un exconvicto. No tengo dinero para empezar mi propio negocio, ni estudiar. Seguiré aquí, supongo.

—Y lo que estudiaste en Harvard? —Esteban se echó a reír.

—Lo que tú estudiaste en Harvard. Lo olvidaste?

—Pero tuviste que estudiar de vez en cuando para los exámenes.

—Exacto, para los exámenes, no para la vida, como sí hiciste tú—. Daniel respiró profundo—. Además —siguió Esteban—, Harvard se rehúsa a enviarme el certificado de estudios, y está en todo su derecho. Soy el tipo de egresado que cualquier entidad educativa intentaría esconder—. Daniel lo miró fijamente. Era impactante ver la vida obrar aquí y ahora; en este momento, estaba viendo a un hombre recoger lo que había sembrado, recibir de vuelta lo que él mismo había repartido.

Qué podría hacer?

Dio unos pasos por la pequeña oficina pensando, pensando. En esos minutos, Esteban lo miró en silencio también.

—Escríbeme en un año —le pidió, y Esteban lo miró extrañado—. Si en un año puedes demostrar que te has superado, te ayudaré. No con dinero, tenlo presente, pero te ayudaré... Eso, si quieres mi ayuda—. Vio a Esteban cerrar sus ojos y tragar saliva.

—No quiero tu ayuda —dijo.

—Recibir ayuda no es muestra de que hemos perdido, sino una evidencia de que no estamos completamente solos. O prefieres estar solo a contar conmigo? Crees que alcanzarás tus metas así? Tienes sueños, Esteban? —los ojos de Esteban se humedecieron.

—Sí. Tengo sueños.

—Haz que se cumplan. Yo recibí ayuda. Sin tu padre, no sería quien soy ahora. Conozco gente que sin ayuda, habría muerto, se habrían hundido. Recibe mi ayuda, Esteban. Te prometo que no heriré con ello tu orgullo.

—Ya no tengo de eso.

—Pues más te vale que saques un poco de donde no hay. Todo hombre necesita un poco de orgullo; es eso lo que nos hace levantarnos del lodo, y nada más—. Esteban lo miró a los ojos.

—Sigues sermoneando como una abuelita —Esta vez, esas palabras no molestaron a Daniel, por el contrario, le hicieron sonreír. En el pasado, Esteban siempre se quejó de eso, pero la queja de ahora tenía otro cariz.

—Porque he vivido mucho —contestó—, y absorbí todas las enseñanzas de tu padre.

—Fuiste más hijo para él que yo, entonces.

—Pero su hijo fuiste tú, siempre—. Esas palabras quebraron a Esteban, que no pudo contener las lágrimas.

—Lo sé. Lo sé—. Daniel casi levanta su mano y la pone sobre su hombro, pero se contuvo. No podía olvidar que por su culpa Diana y él estuvieron en peligro de muerte más de una vez, y que los días de Jorge se habían acortado.

—Un año, Esteban. Vendré aquí en un año. Y te veré, y me tendrás que mostrar tus logros. O tú decides si te vas hoy mismo, y entonces espero no volverte a ver en lo que nos resta de vida—. Y con esas palabras lo despachó. Esteban salió de la oficina mirando el piso y caminando lentamente. Vio a Page mirarlo con cierta curiosidad, y su corazón vibró. Sí, tenía sueños. Por una vez en su vida, tenía un sueño y no un capricho.

Tragó saliva y siguió su camino.

Daniel llegó a casa un poco más tarde de lo acostumbrado, pero ya Diana estaba informada, así que no se preocupó.

Los niños ya estaban acostados, y ya ella había cenado, pero lo esperó despierta en la sala del piano.

Ahora, sobre la chimenea, no estaba la pintura de la familia Alcázar, sino una fotografía de los Santos. George y Shandra mostraban la picardía que los caracterizaba, y Diana y Daniel sonreían felices.

Muchos le preguntaban, ¿por qué no había pintado ella un cuadro de su propia familia? Y no sabía qué contestar, lo único que podía sacar en claro era que consideraba su familia tan hermosa y valiosa, que creía nunca poder poner todo eso sobre el lienzo. No podría dibujar la inocencia en los hoyuelos de Shandra, ni la insaciable curiosidad en la sonrisa de George. No podría, jamás, dibujar todo el amor que sentía por su familia en sus propios ojos, y mucho menos, plasmar la entrega y la pasión en los rasgos de Daniel. No podría pintarlos y sentirse satisfecha, sería su cuadro menos logrado, así que no lo pintaba. Prefería la fotografía.

Sintió los pasos de Daniel, y se giró para verlo llegar. Él, con una sonrisa y en silencio, se sentó a su lado y buscó su boca para besarla por todo saludo.

—Ya cenaste? —le preguntó, y él asintió apoyando su cabeza en su hombro. Debía estar cansado, y no era para menos, según lo que le había contado esta mañana, hoy debía hacer un recorrido por las diferentes pequeñas empresas en los alrededores; eran empresas recién adquiridas, y que pronto



pasarían a manos de otros para que luego ellos se hicieran cargo, pero hasta entonces, él mismo hacía el trabajo.

Había aprendido mucho con él todos estos años que llevaban juntos, pero ciertas cosas prefería no preguntarlas siquiera. Seguían dándole dolor de cabeza los números.

Daniel se quedó allí otros minutos, en silencio, recostado en el hombro de su esposa.

Había decidido no contarle lo que había descubierto hoy acerca de Esteban, porque, para qué? Si en un año Esteban volvía a desaparecer, no le habría causado más que desazón, y una falsa esperanza, pues él sabía que muy en el fondo ella deseaba otro destino para su hermano; ese sentimiento había salido a flote al ver a sus propios hijos crecer juntos. Pero si Esteban cambiaba y en un año cumplía con su encargo, le contaría. Tal vez no volvería a ser parte de la familia, pero ella estaría más tranquila.

Se puso en pie y le tendió la mano para que ella la tomara. Sonriendo, ella lo hizo y lo siguió hasta la habitación. Le echó una mirada más a la fotografía; su Dan boy quería llevarla hoy de nuevo a su dulce destino, viaje que no se cansaría de hacer jamás.

**:Fin:**

**Dulce Renuncia (Saga Dulce No. 1):** Marissa Hamilton tuvo que renunciar a su novio para que éste fuera feliz con la mujer de la que se enamoró estando ella ausente, pero eso ha dejado un gran vacío y un gran dolor en su corazón; toda su seguridad y confianza en sí misma ha sido mellada. Con el corazón herido, una mujer podría cometer cualquier locura... como desnudarse delante de un desconocido...

David Brandon no es más que un trabajador más, pero lleno de sueños y aspiraciones. Cuando una hermosa mujer se descubre ante él, ocurre una gran batalla entre su deseo y su caballerosidad. Podría él aprovecharse de una mujer que tiene el corazón roto y busca a gritos reafirmar su feminidad?

Cualquier cosa que haga, decidirá y sellará el destino de los dos.

**Ámame tú:** Allegra Whitehurst debería ser una mujer feliz, pues lo tiene todo: belleza, dinero y poder. Pero su novio de toda la vida le ha sido infiel, y luego de humillarla, la reta: Nunca encontrará a un hombre como él; más guapo, más rico, y mejor en la cama. Allegra sólo quiere hacerle tragar cada una de sus palabras, pero para conseguirlo, tendrá que internarse en una arriesgada aventura: contratar un novio a sueldo.

**Locura de Amor:** Samantha Jones y Heather Calahan no podían ser las mujeres más opuestas entre sí: la una es una afable y pobre anciana que se lamenta por haber perdido su oportunidad de amar y ser amada, y que sin embargo, todos a su alrededor casi veneran por su alma generosa; mientras que Heather es una hermosa y millonaria joven de veintitrés años, adicta a las drogas y a las fiestas que lo tiene todo, y sin embargo odia su vida, a sus padres, pero por sobre todo, a Raphael Branagan, su prometido.

El destino ha decidido enredarlo todo para que así, al menos una de las dos encuentre al fin su camino y viva una segunda oportunidad.

**Tu silencio (Saga Tu Silencio No. 1):** Juan José Soler nunca imaginó quedar atrapado en la trampa que él mismo diseñó: el amor. Desde siempre, y sabiendo que es atractivo a las mujeres, ha jugado con ellas a placer, pero el destino le enseñará que hay cosas que no se pueden evitar, que contra el amor no se puede luchar, pero sobre todo, no se debe callar.

**Tus secretos (Saga Tu Silencio No. 2):** Ana ha llegado a la ciudad junto con su mejor amiga y sus hermanos para cambiar, para ser libre, para mejorar. Pero hay alguien que no aprecia los esfuerzos que ella hace, y sólo la ve como la campesina que alguna vez fue, haciendo caer sobre ella la sentencia de que aunque se vista de oro, seguirá siendo la misma. O eso es lo que ella cree.

Carlos es un hombre de negocios ante todo. Tiene su vida organizada, su destino y futuro trazados, pero guarda un secreto que lo ha venido carcomiendo desde hace mucho tiempo, y ya no podrá aguantarlo. Pronto aprenderá que el amor, entre más intentes contenerlo, más desbordante se hará.

# Table of Contents

Sinopsis:

## PRIMERA PARTE

:1:

:2:

:3:

:4:

:5:

:6:

:7:

:8:

:9:

:10:

:11:

:12:

:13:

## SEGUNDA PARTE

:14:

:15:

:16:

:17:

:18:

:19:

:20:

:21:

:22:

:23:

:24:

:25:

:26:

:27:

:28:

:29:

:30:

:31:

:32:

:33:

:34:

:35:

:36:

:37:

:38: